Volumen 2



Mi vida y mis amores

Frank Harris

La sonrisa vertical



Si, en el primer volumen, Harris se lanza a la vida sexual «con la loca urgencia de la saludable juventud y el deseo de aprender», en esta segunda etapa de su vida descubre, entre otras cosas, que «el placer del abrazo no era el objetivo principal. Cuando el amor entró en mi vida, comprobé que el más intenso estremecimiento del éxtasis sólo puede alcanzarse en el deleite que se brinda a la compañera».

Por esto, y porque sabe que la historia lo justificará, afirma: «En este volumen, no despreciaré las convenciones tanto como en el primero, pero me propongo utilizar tanta libertad de lenguaje como sea necesario, de hecho como Chaucer y tantos autores franceses».



Frank Harris

Mi vida y mis amores II

La sonrisa vertical - 27/2

ePub r1.2
Titivillus 10.11.15

Título original: *My life and loves*
Frank Harris, 1922
Traducción: Susana Constante

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo al volumen II

El primer volumen de mi autobiografía recibió ásperas críticas de uno a otro extremo del mundo de habla inglesa, especialmente por parte de supuestos hombres de letras y periodistas. A juzgar por el clamor, se hubiera dicho que les había sacado el pan de la boca. Lo más notable es que los anatemas fueron más feroces y amargos en Inglaterra que en América, pero lo que más me conmovió fue que hubo dos importantes excepciones. Bernard Shaw escribió que hubiera podido defender el libro de no haber sido por las ilustraciones, que en su mayor parte eran fotografías de bonitas chicas desnudas[1]… en mi opinión inofensivas, en el peor de los casos. Sin embargo Mencken, el mejor de los críticos americanos, fue más lejos que Shaw y declaró audazmente, en letra impresa, que el impulso sexual debería ser descrito con franqueza, siendo la principal emoción de un muchacho saludable, y expresando al mismo tiempo su certeza de que, si yo describía con la misma claridad mi vida posterior en Londres, resultaría de ello un gran documento humano.

Sólo dos entre doscientos millones. No había esperado una proporción mayor, y su calidad me infunde esperanzas. Cambiar convenciones largamente establecidas es difícil y peligroso y requiere tiempo. Hoy hace cincuenta años que algunos de nosotros comenzamos a cuestionar los beneficios de la vacunación. Alfred Russel Wallace[2], Bernard Shaw y otros han escrito contra ella; pero las autoridades, manejadas por los médicos, han hecho obligatoria la vacuna y contestaron a nuestros razonables argumentos con la fuerza y diversos castigos. Sin embargo, nos asistía la razón. Tomemos un hecho: en 1914, último año del cual poseemos cifras oficiales, se registraron en Gran Bretaña cuatro muertes por viruela y seis por vacunación, para no hablar de las docenas que no se denunciaron con exactitud, debido a la parcialidad del asistente médico ordinario. Podría pensarse que un hecho de esta índole haría reflexionar a cualquiera. Pero ahí

tenemos a hombres con sentido común y conocimientos, como Sir Henry Maine, que escribe que «la vacunación obligatoria (inoculación) se encuentra en el más grave de los peligros», no porque en Gran Bretaña haya cada año más muertes por el remedio que por la enfermedad, sino a causa, y tomen nota, «del gradual establecimiento de las masas en el poder», que es, agrega, «una de las más negras perspectivas para toda legislación fundada en la opinión científica». ¡En este caso, por «opinión científica» quiere decir los honorarios de los médicos!

El infantilismo irracional del mundo me llena de temor por el futuro de la humanidad. Por todas partes sigo escuchando defensas estúpidas de la Guerra Mundial, a pesar de sus cincuenta millones de jóvenes muertos y la consiguiente miseria y empobrecimiento de nuestra generación. Ese lema mentiroso de «la guerra para terminar con la guerra» ni siquiera ha podido detener la carrera armamentista o a los fabricantes de armas. Las viejas mentiras son tan populares como siempre y se las deja pasar sin contradecirlas, casi sin discutirlas.

La ciencia nos ofrece todos los días nuevos poderes y, con la declinación de la religión, nuestra moralidad ha disminuido de manera sensible, por no decir que ha desaparecido. Las naciones se hacen día a día más fuertes y más egoístas. Puede decirse que la Guerra Mundial ha sido el primer acto de la lucha entre las naciones para conseguir el dominio del mundo. Parece como si los Estados Unidos y la Commonwealth estuvieran seguras de resultar las más poderosas. Con Rusia inmediatamente detrás. Pero, si no se reprime el instinto guerrero en el individuo, puede haber todavía guerras de aniquilación en las que desaparezcan las actuales estirpes de hombres. Nuestra tarea es formar, si podemos, una nueva religión o al menos una nueva moral. Y las nuevas leyes morales deben ser leyes de salud y de razón. Se nos ha hablado mucho de nuestro deber para con el prójimo; pero primero debemos aprender nuestro deber para con nosotros mismos y debemos estudiar nuestros cuerpos por lo menos con tanta atención como nuestras mentes.

Los pueblos inglés y americano tienen un poder enorme, preponderante; poder de número, de riqueza, el poder de una posición casi inatacable. ¿Pero quién no advierte que su fuerza es

totalmente desproporcionada a su cerebro? Están a la cabeza del mundo industrial, pero no tienen una posición correspondiente en el mundo de la ciencia, el arte o la literatura. Debemos copiar a los alemanes e impulsar la investigación científica; debemos copiar a los franceses e impulsar las artes y debemos indudablemente imitarlos liberando a la literatura de las estúpidas prohibiciones de un puritanismo agotado. Al menos esta es mi madura opinión, y, de acuerdo con ella, he decidido dar el ejemplo en este campo. ¿Cree alguien que podemos esperar producir un Balzac respetando convenciones de escuela dominical y utilizando eufemismos como los de nuestra «pequeña María»?

En la actualidad, todos aceptan que pintores y escultores deberían tener libertad de representar la figura humana desnuda, pero, cuando un escritor reclama semejante libertad, es boicoteado y deshonrado, sus libros se secuestran y se queman, y puede considerarse afortunado si escapa a la multa y la prisión. Y, sin embargo, los pésimos resultados de esta política de avestruz son lo bastante claros y conocidos. En este volumen me propongo relatar la historia íntima de media docena de contemporáneos famosos; de entre ellos, los tres más grandes y famosos murieron en la flor de la edad de sífilis, y de esos tres dos eran ingleses. Durante la Guerra Mundial, más de uno de cada cuatro oficiales americanos había padecido, o padecía, esta horrible enfermedad. Nace y es favorecida por el secreto y la gazmoñería. Voltaire sabía que, «cuando la modestia desaparece de las costumbres (*moeurs*, del latín *mores*), aparece en el lenguaje».

No es necesario que nadie lea nuestros libros, a menos que lo desee; los conventículos e iglesias siempre podrán manifestar su desaprobación, pero ¿por qué habría de permitirles convertir sus prejuicios en ley y castigar a otros por no participar de su ceguera? Nadie puede discutir la petición de Milton a favor de dejar «que la verdad luche cuerpo a cuerpo con la falsedad».

En lo que se refiere a este asunto, el espíritu del tiempo está conmigo y con las más altas autoridades. En Francia, Flaubert fue procesado por escribir y publicar *Madame Bovary*, pero, una generación más tarde, *Nada*, de Zola, se salvó de la persecución y, al cabo de otra generación, se publicó libremente *La garçonne*, de Victor Marguerite[3].

En Inglaterra también hay progresos, pero hacia atrás. Hace treinta años, se le permitió a Burton[4] publicar privadamente sus *Arabian Nights* y enviarla por correo; hoy sería encarcelado por ese crimen. Sin embargo, todos los grandes escritores están a favor de la libertad. Deseo que aquellos que no tengan prejuicios consideren algunas de las indudables autoridades.

Una noche, después de cenar, Goethe leyó a Eckermann[5] varias escenas de *Hochzeit Hanswurst's*, escrito o al menos comenzado en la juventud del poeta. Eckermann lo compara con el *Fausto* por su vigor creativo y su libertad, pero agrega de inmediato que va «más allá de todos los límites» y no puede siquiera publicar un extracto que ejemplifique su fuerza y su libertad. El propio Goethe admite que no puede publicarlo en Alemania. «En París hubiera podido publicarlo» añade, «pero no en Frankfurt o en Weimar».

Esto demuestra suficientemente cuál era la opinión de Goethe sobre la libre expresión, porque los límites en Alemania eran, y son, mucho más amplios que en Inglaterra o en América. Permítanme citar a otro escritor igualmente grande. He aquí una pequeña parte de lo que escribió Montaigne sobre este asunto, y Montaigne es, según declara Sainte-Beuve, «el más sabio de los franceses». Utilizó la traducción de Florio:

Non pudeat dicere quod non pudeat sentire («No nos avergoncemos de decir lo que no nos avergonzamos de pensar»)… «Por mi parte, estoy resuelto a atreverme a decir cualquier cosa que me atreva a hacer. Y me desagrada que no se publiquen los pensamientos. La peor de mis acciones o condiciones no me parece tan fea como feo y vil considero no osar declararlas…». Y también: «Tanto nosotros como ellas (hombres y mujeres) somos capaces de mil corrupciones más dañinas y desnaturalizadas que la concupiscencia o la lujuria. Pero encuadramos los vicios y pesamos los pecados, no según su naturaleza, sino según nuestro interés…». Y en el mismo capítulo: «Qué bestia monstruosa es aquella a la que disgustan sus placeres…», Y finalmente «Conozco pocos de entre los que gruñirán ante la libertad de mis escritos, que no tengan más motivos para gruñir ante la lascivia de sus pensamientos[6]».

Y no sólo están de mi lado los más grandes escritores alemanes y

franceses, sino también los mejores americanos. Más de una vez he mencionado la fe y la práctica de Whitman en este sentido. Pese a una extraña falta de articulación lo considero el más grande de los americanos. Pero Poe está siempre a su lado, de modo que deseo ofrecer la considerada opinión de Poe. He aquí sus palabras:

Si cualquier hombre ambicioso tiene el capricho de revolucionar con un solo esfuerzo el mundo universal del pensamiento humano, los humanos sentimientos y opiniones, tiene la oportunidad. El camino del renombre inmortal se abre delante de él, derecho, despejado y libre de gravámenes. Todo lo que tiene que hacer es escribir y publicar un libro muy pequeño. Su título debería ser sencillo, unas pocas palabras claras: *Mi corazón al desnudo*. Pero este librito debería ser veraz. Ahora bien, ¿no es singular que, con la furiosa sed de notoriedad que distingue a tantos entre los seres humanos —tantos, además, a los que no les importa un comino lo que se piense de ellos después de muertos—, no sea posible encontrar a un hombre que tenga la suficiente osadía como para escribir este pequeño libro? Escribirlo, digo. Hay diez mil hombres que, una vez escrito el libro, se reirían de la idea de que su publicación durante su vida pudiera perturbarlos y que ni siquiera podrían concebir por qué irían a objetar a su publicación después de muertos. Pero escribirlo… ahí está el problema. Ningún hombre se atreve a escribirlo. Ningún hombre se atreverá jamás a escribirlo. Ningún hombre podría escribirlo, aun si se atreviera. ¡El papel ardería y se consumiría a cada contacto de la pluma furiosa!

Me pregunto si incluso Poe comprendió lo difícil que es decir la verdad sobre uno mismo. No es simplemente una cuestión de miedo, como él parece pensar; el papel podría consumirse y a mí me importaría un pepino. Las mediocridades germano-americanas podrían seguir charlando sobre mi «suicidio moral y literario» y las autoridades americanas podrían seguir haciendo hogueras públicas con mis libros, guardando algunos ejemplares para llenarse los bolsillos o satisfacer sus gustos en privado. ¿A mí qué me importa? ¿Pero es vano mi intento? Este es el problema. ¿Es realmente posible reflejar en palabras el alma entera de un hombre y ese mágico e incomprensible misterio de un mundo?

Pensé que si usaba la Verdad y describía con sencillez el intenso deseo sexual de mi juventud, mostrando al mismo tiempo qué

apasionadamente ansioso de aprender y crecer a toda costa he estado siempre, en cualquier caso la entrada del templo sería significativa y atractiva.

Mi primer volumen me enseñó que la Verdad es una enemiga mortal de la Belleza. Recuerdo que una vez medí la distancia entre los pilares del Partenón, en el Acrópolis, y descubrí que no era nunca la misma. Los pilares parecían tener el mismo tamaño y estar todos a la misma distancia unos de otros, pero todo era una ilusión óptica, y la belleza rítmica de la columnata se debe sin duda a la inexactitud.

¿Fue esta la razón por la cual Goethe escribió *Wahrheit and Dichtung*[7]? ¿Vio que no podía escribir la verdad desnuda y, en consecuencia, admitió la poesía?

¿Debería seguir su ejemplo?

Su autobiografía es insípida, hasta tediosa; sin embargo, si hubiera intentado decir la verdad, qué fascinante hubiera sido. Hubiéramos conocido en profundidad a Frederika, Mignon y Madame Von Stein y una multitud de otras mujeres apasionadas; hasta su esposa-cocinera hubiera arrojado una nueva luz sobre lo que era en él prosaico y sentimental a la alemana. Hubiéramos conocido infinitamente mejor a Goethe, y valía la pena conocerlo. Cómo él mismo lo dice:

> *Willst du ins Unendliche schreiten,*
> *Geh nur in Endlichen nach alien Seiten*[8].

En cuanto lo leí, supe que era el lema de mi vida. El hecho es que nosotros, los hombres, no podemos enfrentarnos con absolutos. La verdad no es para nosotros; no podemos siquiera ver la Luz pura; pero nuestro esfuerzo debería consistir en una aproximación cada vez mayor a la verdad.

Podría pensarse que la Guerra mundial demostró con suficiente claridad el peligro de nuestro común Ideal agresivo; ¡y sin embargo, la Guerra Mundial, con sus muchos millones de vidas jóvenes y vigorosas pérdidas, no es peor que el aborrecimiento, los gruñidos y las dentelladas de estos *dachshunds poodles* y *bulldogs* que están haciendo de Europa un infierno en la tierra! ¡Y América, la América de Whitman y Lincoln, se quedará en verdad a un lado, viendo la injusticia y llenándose los bolsillos!

Propónle esta prueba al hombre:
Tu cuerpo en su mejor forma
¿A qué distancia proyectará a tu Alma
En su camino solitario[9]?

¿Qué esperanza hay para la humanidad, como no sea en la confesión y en la reforma, en la verdad y en el amor? Debemos construir un nuevo ideal de vida y crearnos una nueva fe. El ideal arrogante, guerrero y mojigato del pasado debe ser finalmente desenmascarado y descartado.

Y, si todos los caminos del amor son hermosos para mí, ¿por qué no iría a decirlo? Todas las chicas y mujeres que he conocido y amado me han enseñado algo; han sido para mí el encanto y la sorpresa, el misterio y el romance de la vida. He viajado del Cabo a El Cairo y de Vladikavkas a Vladivostock, pero una sola muchacha me ha enseñado más de lo que pude encontrar en dos continentes. Hay más que aprender y amar en un espíritu femenino que en todos los océanos. ¡Y, gracias a Dios, sus cuerpos son tan fascinantes como sus almas! Y las lecciones que me han dado han sido de gentileza y generosidad, de consideración amorosa y tierna piedad, de palmas suaves como flores y labios persistentes, y el perfume de su carne es más dulce que todas las esencias de Arabia y son graciosamente ricas en su dádiva, como reinas coronadas. Todo lo que en la vida es amable y dulce y bueno, todo lo que ennoblece y depura, lo he obtenido de las mujeres. ¿Por qué no cantaría sus alabanzas o al menos no iría a mostrar mi gratitud hablando de la sutil intoxicación de su amor que ha hecho de mi vida una novela arrebatadora?

Para mí, el alma de la vida ha sido siempre el amor de las mujeres y la admiración por los grandes hombres.

Durante muchos años, sólo dos hombres me atrajeron como guías en el laberinto de la vida: Jesús y Shakespeare, espíritus gemelos de la más intensa atracción. Después, en mi madurez, otros, como Goethe y Heine, Leopardi, Keats y Blake, Nietzsche, Wagner y Cervantes, Cézanne, Monet, Rodin y muchísimos otros. Mis contemporáneos, que me enseñaron que ellos también compartían mi lucha y estaban orgullosos de su logro singular. Esta admiración por los grandes hombres, y en especial por los grandes artistas, es la otra faceta de mi religión.

En el mundo me he hecho muchos amigos y he encontrado una consideración por lo menos igual a la mía; días soleados de júbilo y noches encendidas por el misterio, y ningún enemigo salvo la ignorancia; ningún adversario salvo los corsés, las prohibiciones y las convenciones; ningún fastidio salvo la hipocresía y la carencia de pensamiento; ningún Dios, salvo mi amor por lo más alto; ningún demonio, salvo mis propias terribles limitaciones de simpatía y sentimiento.

Sin embargo, el *unco quid*[10] me dice que este honesto intento mío de relatar con las palabras más simples la historia de mi peregrinaje terrestre, hará daño y no bien; corromperá y no fortalecerá. Mienten, y lo saben, o la población del mundo disminuiría con tanta rapidez como aumenta.

Pero debo hacer una advertencia: este segundo volumen, no será tan exacto y penosamente veraz como el primero, por diversas razones. En primer lugar, tan pronto como mi miedo a la vida y el terror de no ser capaz de ganarme una subsistencia cómoda fueron eliminados por mi éxito juvenil en los Estados Unidos, la propia vida se hizo más fascinante para mí. Comprendí que podía moldearla casi a voluntad, que podía viajar o estudiar como lo deseara, desarrollándome casi como quisiera. Es verdad, había aprendido que tenía terribles limitaciones naturales. Jamás podría ser un gran atleta, porque no era lo bastante grande; ni un tirador de primera, a causa de mi astigmatismo. Pero creía que, dentro de ciertos límites estrechos, podía hacer mucho conmigo mismo y seguramente mejorar mi mente y mi corazón hasta hacerlos irreconocibles. Resolví hacerlo, pero antes que nada deseaba mantener la palabra que le había dado al profesor Smith y pasar tres o cuatro años estudiando en Alemania y, después, por lo menos un año en la universidad de Atenas, Debía ser un estudioso, aun a riesgo de no ser nunca un erudito.

¡Ay!, la vida en mi *Lehrjahre* me resultaba infinitamente interesante, de modo que tomé pocas notas, y ahora debo confiar en mi memoria incluso en lo referido a asuntos importantes.

Hay una paradoja que puede servir como verdad en el hecho de que una excelente memoria es origen de mucha falsedad. Hablando una vez con mi amigo, el profesor Churton Collins, descubrí que su extraordinaria y minuciosa exactitud provenía de una mala

memoria; no conseguía retener una fecha o un hecho o un verso, de modo que se veía obligado a verificar todas sus declaraciones. Por otra parte, como ya he dicho, yo tenía una memoria privilegiada, sobre todo para las palabras, pero siendo todavía joven descubrí que mi memoria, aun para la poesía o la prosa, quedaba con frecuencia viciada por el tiempo. Aquí y allá alteraba esta u otra palabra en un poema, mejorándolo a veces, pero con mayor frecuencia disminuyendo el valor de la palabra en beneficio de una mayor sonoridad. Mi don natural, una voz de bajo fuerte y resonante, la perjudicaba.

A medida que fui llegando a la madurez, descubrí que mi memoria padecía de una manera diferente: comenzó a colorear dramáticamente los incidentes. Por ejemplo, alguien me contaba una historia que dormía en mí durante años. De pronto, algún suceso notable me recordaba el cuento y lo contaba como si hubiera estado presente, llenándolo de efectos dramáticos que iban mucho más allá de la primera narración.

Ya no soy un testigo fiable; y sin embargo soy más honesto, me atrevo a decir, que cualquier Rousseau o Casanova que andan por ahí. Hamlet declara que podría acusarse de faltas terribles, pero se cuida de no insinuar siquiera la salvaje sensualidad y los celos dementes y frustrados que derrama a chorros sobre su desdichada madre quien, por amor a la lujuria, representa para él su amante sin fe. Tengo intención de acusarme de las peores faltas, porque observo ya que mi mente es partidaria tan empedernida que, si no expongo todas las sombras, habrá poca semejanza con la humanidad en el autorretrato por mí coloreado. Para escribir verazmente la propia vida, habría que llevar un diario completo y registrar en él no sólo los hechos, sino los motivos —temores, esperanzas y fantasías—, día a día y con notable extensión. Es demasiado tarde como para que yo comience un trabajo de esta índole, pero desde hoy, 22 de noviembre de 1923, me propongo llevar un registro tan cuidadoso, que, cuando llegue a esta última etapa de la carrera, sea capaz de transcribir la verdad verdadera de cada detalle. Sin embargo, ningún hombre puede reflejar perfectamente la verdad.

Pero el hecho de que pueda o no pueda decir la verdad, no altera el hecho de que, en este segundo volumen, me propongo

acercarme a ella tanto como pueda.

El alma del primer volumen fue la loca urgencia sexual de la saludable juventud y el deseo de aprender y crecer y transformarme en una persona notable. La inspiración de este segundo volumen es la comprensión de la virtud de la castidad o, si lo desean, de la total abstinencia de todo placer sexual durante años, y sus efectos no sólo sobre el carácter sino sobre la mente y en especial sobre la capacidad creadora.

Durante el primer período, cultivé un poco mi voluntad con objeto de hacer a mi cuerpo sumiso a mi inteligencia; durante el segundo período, obtuve enormes beneficios de esta disciplina.

En ese momento no se me ocurrió que algún día, en mi vejez, cantaría las alabanzas de la castidad. Pero ahora veo con toda claridad que la castidad es madre de muchas virtudes. Hay una historia sobre Balzac que ilustra lo que quiero decir. Creo que la relata Théophile Gautier. El gran novelista llegó un día con una cara melancólica.

—¿Qué sucede? —preguntó Gautier.

—Algo bastante serio —replicó Balzac—. La literatura francesa ha perdido otra obra maestra.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Gautier.

—Anoche tuve una polución —contestó Balzac—, y en consecuencia no seré capaz de inventar ninguna buena historia por lo menos durante una quincena. Y, sin embargo, en ese tiempo podría escribir una obra maestra.

Descubrí que la castidad no debe ser demasiado prolongada, porque entonces uno se haría demasiado sensible al simple placer sensual; el semen, por así decirlo, se metería en la sangre y afectaría la saludable corriente de la vida. Pero sentirse agotado durante quince días después de un orgasmo e incapaz de crear nada que valga la pena, sirve para demostrar que Balzac, como Shakespeare, debe haber tenido una pobre virilidad. ¿Acaso no exclamaba Shakespeare a los treinta y cuatro o treinta y cinco años:

> Más que es razón buscada, y no bien poseída
> Más que es razón odiada.

para hablar de una experiencia que pocos hombres saludables conocen antes de los cincuenta y cinco años y algunos de nosotros,

gracias a Dios, no llegamos a conocer?

Pero el autocontrol, o castidad, debe ser practicado por todo aquel que desee comprender lo más alto de sí mismo o alcanzar una vejez vigorosa.

Hay otras experiencias de este tenor que me parecen tan interesantes e importantes como la de Balzac que me propongo registrar en esta historia personal. Por ejemplo, además de los méritos de la castidad, iba a aprender también que el placer del abrazo no era mi objetivo principal. Cuando el amor entró a mi vida, descubrí que el más intenso estremecimiento del éxtasis sólo puede alcanzarse en el deleite que se brinda a la compañera. Una vez más, me parezco en esto a Montaigne; «De hecho, el placer que produzco a otros en este deporte regala mucho más dulcemente mi imaginación que aquel que me hacen sentir a mí».

En este volumen, no despreciaré las convenciones tanto como en el primero, pero me propongo utilizar tanta libertad de lenguaje como sea necesario, de hecho tanta como Chaucer y los mejores franceses.

Después de todo, la prueba de fuego del budín es el momento de comerlo. Si hay alguien que puede escribir un relato tan verdadero de su tiempo o pintar retratos tan profundos e íntimos de grandes hombres como los que yo he pintado, sin utilizar una similar libertad de lenguaje, puede condenarme. Si nadie lo ha hecho, o puede hacerlo, entonces estoy justificado y con el tiempo seré elogiado y se seguirá mi ejemplo.

Skobelef[11]

Cuando, en el verano de 1877, estalló la guerra ruso-turca, supe de inmediato cómo debía pasar la temporada: tenía que descubrir por experiencia propia cómo era la guerra moderna y aprenderlo mientras echaba una ojeada a Rusia y los Balcanes, además de la posible seducción que ejercería sobre mí Turquía. Debía ir de inmediato al frente.

Con esa intuición que de vez en cuando tienen los periodistas ingleses cuando escriben sobre la guerra, el nombre de Skobelef, conquistador de Turquestán, había sido publicado en media docena de periódicos, encendiendo mi imaginación céltica. Me senté y le escribí en seguida en inglés y en francés, pidiéndole que me permitiera verlo trabajar y hacer la crónica de sus acciones contra los turcos para publicarlas en algunos periódicos americanos. Ya había obtenido el consentimiento de dos de ellos para actuar como corresponsal y (una) promesa de pagar veinte dólares la columna por todo lo que aceptaran, lo que en mi absoluta ignorancia me pareció una oferta bastante justa. En junio estaba en Moscú, alojándome en el «Slavianski Bazaar» y había vuelto a escribir a Skobelef, rogándole una entrevista. Sin embargo, pronto descubrí con estupefacción que Skobelef no iba a ser comandante en jefe; que no tenía en realidad ningún puesto oficial y había ido al teatro de operaciones con la esperanza de ser útil.

El primer puesto oficial que obtuvo —después de pasar el Danubio y después del sitio de Plevna— fue como una especie de asistente del general Dragomirof[12]. Pero ni la envidia ni los celos podían derrotar por mucho tiempo a este espíritu. Fuera donde fuese en el campo, era un hombre que se hacía notar. Lo primero que oí decir sobre él fue una broma obscena que hizo cuando le ofrecieron una yegua después de que su caballo había muerto mientras lo montaba: «Es negocio de las hembras, ¿no le parece?, ser montadas por un hombre», se dice que dijo.

Su desprecio por las convenciones me complacía inmensamente.

Pocos días después conseguí serle presentado y le agradecí en mi mejor francés por el *mot*. Un encogimiento de hombros y una chispa de diversión en sus ojos me bastaron. Hubiera sido más o menos que humano si hubiera podido resistir mi admiración entusiasta. Años más tarde, le hablaba de esto a lord Wolseley, que me dijo: Me recuerda a Stanley[13] en mi campaña Ashanti. Se me acercó y me pidió que le permitiera acompañarme. Yo era la única persona que deseaba conocer, dijo. Pero estaba tan seguro de sí mismo y era tan frío, que le dije que se dirigiera al oficial a cargo de los corresponsales. Después, de vez en cuando, lo veía, siempre cerca de mí. Pero un día caímos en una especie de emboscada y quedamos casi rodeados por los salvajes. Cuando el fuego disminuyó, observé a un hombre vestido de gris, que se encontraba a unas cuarenta yardas frente a mí, a la derecha. Los salvajes hormigueaban a su alrededor, pasando de árbol en árbol, y se encontraba en el mayor peligro. Pero él no les prestaba atención, disparando con gran éxito hacia los que tenía frente a sí. Su frialdad y su espléndida puntería me fascinaron. Llegaron nuestras tropas y los salvajes huyeron en desorden. No pude resistir la tentación de acercarme a ver quién era el tirador. Descubrí que era mi independiente americano. Se inclinó y tuve que preguntarle:

—¿No vio que los negros lo habían rodeado?

—Para decirle la verdad, general —observó, sacudiéndose el polvo de una rodilla—, estaba tan ocupado con los caballeros que tenía enfrente, que no presté atención a los otros.

—A partir de ese momento fuimos amigos —terminó Wolseley —, imagino que más o menos de la misma manera que Skobelef y usted hicieron amistad. El coraje frente al peligro común derriba rápidamente las barreras.

Sea como fuere, Skobelef y yo hicimos pronto amistad. Su rica humanidad y su desprecio de las convenciones eran un irresistible atractivo para mí. Y había en él algo ingenuo, joven, que lo hizo aceptar mi admiración entusiasta, mi adoración del héroe, por así decirlo, sin pensamientos ulteriores. Desde entonces, he observado este mismo tipo de *naïveté* en otros grandes hombres de acción. Como persona, Skobelef era más alto que la media, ancho y fuerte; la parte inferior de su rostro estaba oculta por un espeso y ondulado bigote, barba y patillas coquetamente cepilladas hacia los costados;

la frente era ancha y alta, la nariz gruesa y de tipo judío, los ojos grises y agudos. No había nada notable en su rostro. La impetuosidad de su carácter se manifestaba en rápidos movimientos abruptos. Siempre parecía dispuesto a atacar. Sin embargo, debajo había mucha gentileza y sentido del humor.

Fue a mediados de agosto cuando tuvo su primera oportunidad real: una semana antes, había declarado que la llave de Plevna era cierto fuerte. «Si tuviéramos eso, dijo, se lo pondríamos muy mal a Osman». No sé mediante qué influencia consiguió la jefatura de una fuerza grande; probablemente a través del propio emperador Alejandro[14], de quien Skobelef hablaba siempre con simpatía.

Las tropas de asalto tenían que cruzar una vía de agua y después trepar por la explanada en pendiente. La noche anterior había llovido mucho y el largo declive estaba resbaloso. A medida que los rusos comenzaban a subir, el fuego turco se hizo ensordecedor. Pero al comienzo no resultó eficaz. Sin embargo, cuando los rusos hubieron hecho las tres cuartas partes de la ascensión, comenzaron a caer por filas. Hubo una pausa para pensar las cosas y Skobelef se metió a galope en el prado, cruzó el río y pronto llegó donde estaban los caídos. Como es natural, yo le pisaba los talones. Allí, el fuego turco era diabólico; observé que había cercenado a cierta altura todos los arbustos que nos rodeaban. No podía comprender por qué, pero Skobelef lo comprendió casi de inmediato. Haciendo volverse a su caballo, regresó al galope y ordenó que los hombres avanzaran en línea, dejando unas cien yardas entre cada una. Cuando la primera ola de hombres alcanzó a sus compañeros caídos, también pareció abatirse (el fuego turco era extraordinariamente efectivo); pero la siguiente línea pasó y llegó cerca de la fortaleza; la tercera también fue aniquilada; pero la cuarta pudo reunirse con la primera. En seguida, Skobelef galopó pendiente arriba otra vez y dirigió personalmente el asalto entre los vivas frenéticos de los hombres que ahora alcanzaban el reducto. En su prisa, Skobelef cayó al foso y hubo que ayudarlo a liberarse de su caballo. Pero aunque estaba muy golpeado y lastimado y los oficiales le suplicaron que retrocediera, no quiso escucharlos, y cuando entramos al fuerte vimos a los turcos huyendo por el otro lado.

Una mirada al muro me aclaró la táctica turca. Para no

exponerse, los soldados habían colocado sus rifles en las troneras, disparando de este modo. A unas quinientas yardas colina abajo, las balas pasaban a unos cuatro pies del suelo… Esa era la zona de la muerte; unas pocas yardas más abajo, las balas desaparecían en el aire y trescientas yardas más arriba silbaban por encima de la cabeza, inofensivas. Al ascender al galope la colina, Skobelef había observado que la zona de peligro era muy estrecha, comprendiendo de inmediato la situación y manejándola con éxito.

Pero no había contado con sus jefes. Tan pronto como terminó de distribuir los soldados rusos en el fuerte, pidió refuerzos. Pero no llegó ninguno, ni siquiera una palabra de respuesta a su demanda. Había ganado Plevna. La posición predominante del reducto hubiera sido clara en ese momento hasta para un niño, pero había sufrido grandes pérdidas y no tenía hombres suficientes para resistir un ataque. Comenzó a caer la noche. Eran pasadas las tres cuando finalmente nos instalamos en el fuerte y la oscuridad llegó lentamente, pero llegó. Una y otra vez Skobelef pidió refuerzos. Por fin, recibió la información de que no había fuerzas a disposición.

Después, nos dijeron que el propio Zar había pedido al general que mandara los refuerzos, pero le aseguraron que no era posible disponer de ningún hombre, aunque era claro como la luz del día que de entre los doscientos mil hombres que había en el campo, hubiera sido fácil destacar veinte mil, y la cuarta parte de esa fuerza, enviada a Skobelef, hubiera salvado Plevna ese día de agosto.

Cuando Skobelef se convenció de que no le enviarían ayuda, quedó como atontado por la desilusión. Después se sintió lleno de ira, su rostro se distorsionó, las lágrimas rodaron por sus mejillas, sin que les prestara atención, mientras gritaba lleno de desprecio por sus superiores:

—Los grandes duques me odian, y también el personal del general, porque logro victorias, pero quién les impide venir y llevarse los laureles… a quién le importan en la medida en que se haga el trabajo… ¡oh, malditos sean ellos y sus mezquinos celos! ¡No pueden disponer ni siquiera de cinco mil hombres, los mentirosos malditos!

Esa noche, un par de sus oficiales se sentaron a su mesa y bebimos y discutimos las probabilidades. Tal como resultaron las

cosas, Skobelef leyó más correctamente a su adversario Osman que cualquiera de nosotros.

—Cuando por la mañana Osman vea que no los bombardeamos —dijo—, llegará a la conclusión de que somos débiles y nos dispersará con un ataque temprano. Entonces tendremos que prepararnos para salir, pero si tuviera cinco mil hombres y cincuenta cañones de campaña, precisamente lo que había pedido, al mediodía habría ganado Plevna. Osman tendría que rendirse. ¡La estúpida envidia de nuestros comandantes le costará a Rusia medio millón de vidas y prolongará la guerra otros seis meses!

Skobelef me enseñó que ponerse en el lugar del adversario es la esencia de la estrategia. Recuerdo que cuando quedamos solos se volvió hacia mí:

—No informe nada de todo esto —dijo—. Ningún ruso expondría la vergüenza rusa. Es como si usted encontrara h su madre en falta, y no quiero que los malditos alemanes se rían. Ah, si sólo tuviera una oportunidad, les mostraría que nuestros soldados rusos son los mejores del mundo, incomparables… —y continuó dando ejemplo tras ejemplo de su osadía y desprecio por la muerte.

Sucedió casi exactamente lo que Skobelef había previsto, pero más tarde. Fue mucho después del mediodía cuando atacaron los soldados turcos. Tuvimos dificultades para contener a los nuestros. Una hora más tarde Osman lanzó otros treinta mil hombres y tuvimos que retirarnos; una hora después, la retirada se había transformado en una estampida y durante horas pequeños grupos de hombres vencidos llegaron cojeando, tropezando y maldiciendo, a sus cuarteles anteriores.

Al día siguiente, Skobelef se quedó en sus habitaciones. Observé en seguida que su reputación había crecido inmensamente. Sus oficiales sabían lo que había hecho y cuando se presentaban ante él oficiales de otras compañías, se manifestaban respetuosos de su capacidad suprema. Lo bueno de él era que todo el respeto y de hecho la adulación no ejercían sobre él el menor efecto. Cuando nos encontramos después, siempre me trató con cierta amable intimidad.

Por supuesto, nada podía salvar a Plevna. Cuerpo tras cuerpo de ejército se unieron a las fuerzas rusas y las comunicaciones turcas fueron cortadas. Plevna fue rodeado. Meses más tarde, Osman se

rindió y fue noblemente recibido por Skobelef, a quienes todos saludaban ahora como al héroe de Plevna. Osman, cabalgando a la cabeza de su guarnición de 100 000 hombres era un hermoso espectáculo. Era pequeño y pálido y tenía un brazo en cabestrillo a causa de una herida reciente. Cuando atravesó las filas rusas a la cabeza de sus oficiales, los rusos, dirigidos por el propio Skobelef, lo vitorearon una y otra vez de la manera más noble. La guerra casi vale la pena cuando produce estas honorables distinciones a los vencidos.

Pero, aunque aprendí mucho en la guerra, no estoy aquí para competir con el historiador profesional. Quiero retratar a Skobelef que fue, junto con Roberts[15], el mejor general que he conocido. Y el contraste entre los dos los hace más interesantes. Ninguno de ellos era muy inteligente. En la guerra Boer, Roberts iba a la iglesia todos los domingos y observaba las costumbres ordinarias. Era un cristiano sincero y en asuntos sociales seguía las directivas de su esposa. Al comienzo, creyó a pie juntillas en Kitchener y, aun cuando en Paardeberg se vio obligado a comprender su insignificancia como soldado, se guardó este conocimiento durante tanto tiempo, que apoyó en cierta forma la formación del mito Kitchener. En cambio, Skobelef estaba libre de cualquier forma de esnobismo; de hecho, sentía cierta simpatía por el desprecio a la disciplina y todas las observancias sociales; parte del «regreso a la verdad» de los nihilistas se le había metido en la sangre; odiaba toda falta de sinceridad y en ese sentido me parecía un hombre mucho más grande que Roberts. En lo que se refiere a intuición y velocidad de reacción, eran muy parecidos.

En los días de inacción que siguieron a la toma y abandono del fuerte, conseguí que Skobelef me hablara de sus primeros años. Con gran diversión me confesó que a los catorce o quince años iba detrás de toda chica bonita que aparecía. Un día, un tío lo descubrió tratando de abrazar a una joven sirvienta de la casa; cuando su tío entró, la joven acababa de empujarlo. El tío dijo tranquilamente:

—Mi niña, deberías estar orgullosa de ser besada por el joven barón.

—No tuve más problemas —dijo simplemente Skobelef—. Las noticias corrieron por toda la casa como el fuego y no experimenté más rechazos.

Nada me hizo comprender con mayor claridad que este incidente el verdadero sentido de la servidumbre. Fue tan iluminador como lo fue más tarde una frase de Kropotkin[16], cuando en sus *Memorias de un revolucionario* nos habla de las «prácticas orientales» en los cuerpos de los pajes y las incontables inmoralidades y espantosas crueldades que imperaban durante la época de la servidumbre. Hay hechos que hablan por volúmenes. Cuando se castigaba con el látigo a un soldado o sirviente, si moría bajo el *knut*, se continuaba golpeando el cuerpo insensible hasta llegar a la cuenta exacta de latigazos. Y a menudo el amo arreglaba los matrimonios entre los siervos sin ninguna consideración por el amor o la preferencia individual.

—¿Iba usted a menudo con su bonita doncella? —pregunté.

—Continuamente —rio Skobelef—, y cuando no era esa, era una de las otras. Las tuve a todas, toda chica y mujer, entre trece y cincuenta años, pero me gustaban más las más viejas —agregó pensativo—. Si no hubiera tenido que ir al colegio, me hubiera matado con ellas. Tal como sucedió, me debilité de tal manera que ahora, alrededor de los cuarenta años, soy prácticamente impotente. ¡Desde los veinticinco años, se necesita alguna situación extraordinaria, como una juerga alcohólica, para ponerme a la altura de las circunstancias!

—¡Buen Dios! —grité—. ¡Qué espantoso destino!

Hasta entonces, no había tenido idea de que el patrimonio del placer sexual fuera tan limitado.

—¡Debe haberse sentido furioso consigo mismo y haber lamentado terriblemente sus complacencias tempranas! —sugerí.

—No —contestó—. ¡No! En general, lo he pasado muy bien, y si bien siendo muchacho comí bocados dobles, como dicen los franceses, ahora tengo muchos dulces recuerdos. Oh, en Petersburgo, cuando joven, viví horas doradas. Allí encontré la verdadera pasión, deseosa de emular la mía, y una comprensión de la vida, una decisión de hacer grandes cosas y no ser obstaculizado por las convenciones. Recuerdo que mi amor me dejó poseerla un día en su vestidor, cuando todo el mundo estaba listo para salir a cabalgar. Y la llamaban y la llamaban… ¡Ah, los victoriosos momentos de la vida son *todo* lo que tenemos!

La confesión parecía salir de mi propio corazón, sólo que yo

estaba resuelto a ser más sabio y hacer durar más tiempo el placer.

Hay dos escenas de esta campaña que me impresionaron. Creo que fue después de la toma de una ciudad llamada Lovtcha. Skobelef y su estado mayor tropezaron con un montón de turcos heridos a quienes sus camaradas habían dejado a un lado del camino días antes; hombres moribundos y hombres muertos, los heridos acurrucados en cien actitudes distintas. Skobelef le dijo al intérprete que les preguntara qué deseaban antes de ser trasladados al hospital de campaña. Todos pidieron comida, pero un turco grande, con la cabeza vendada, pidió un cigarrillo. En seguida, Skobelef se inclinó sobre su caballo y le ofreció su propia pitillera. El turco la tomó, un oficial le dio una cerilla y aspiró el humo con un aire de alegría inefable. Y después, como retribución, deshizo el nudo del vendaje y comenzó a desenrollar la venda sucia que cubría su cabeza. Pese al gesto y a la súplica de Skobelef de que no lo hiciera, continuó, y cuando se desprendió el último pliegue, a pesar de la sangre pegajosa, media mandíbula del hombre cayó sobre su pecho. Evidentemente, la otra mitad había sido arrancada por una bomba —espectáculo espantoso— pero el turco sonrió, se levantó la mitad que quedaba y volvió a ponerse el vendaje. Cuando lo hubo asegurado, volvió a meterse el cigarrillo en la boca y nos sonrió con la más viva gratitud.

—¡Hermosos hombres —dijo Skobelef—, grandes soldados!

Y lo eran… ¡y son!

Otra escena. Como inglés, me las arreglé para llegar a Adrianópolis mucho antes que las tropas rusas. Antes de retomar el trabajo, quería ver Constantinopla y los turcos. Tuve que permanecer uno o dos días en una estación cuyo nombre no recuerdo. El caravasar era una miserable improvisación. Una mañana oí decir que habían traído algunos prisioneros rusos. Salí y encontré una fila de ellos fuera de la estación, sentados en bancos y vigilados por media docena de turcos. Un turco gigantesco caminaba arriba y abajo frente a los pobres cautivos, frunciendo el entrecejo y murmurando. Le dije al intérprete que iba conmigo que encontrara a un oficial turco o los rusos serían asesinados; salió corriendo. De pronto, el turco enorme se detuvo frente a un ruso barbado que había en un extremo de la fila, lo cogió por la barba y los cabellos, lo obligó a abrir la boca y escupió en su garganta…

jamás vi un gesto de odio y furia salvaje semejante a este. Mi sangre hervía, pero no podía hacer nada excepto rezar por la llegada de algún oficial. Afortunadamente, llegó uno a tiempo y los pobres rusos se salvaron.

No volví a ver a Skobelef después de ese otoño, pero queda en mí como un espléndido recuerdo y ahora hablaré de su fin. Un día, en Londres, estaba elogiándolo, cuando un oficial ruso perteneciente a la embajada me contó cómo había muerto.

—Ya sabe que era nuestro héroe —comenzó—. En las casas campesinas de toda Rusia hay más fotografías de Skobelef que del propio Zar. Y su fin fue maravilloso. Había ido a Moscú a pasar revista a un par de cuerpos del ejército. Como siempre, después de una revista donde había sido muy severo con algunos oficiales, nos pidió a muchos de nosotros, los jóvenes, que cenáramos con él en el «Slavianski Bazaar». Supongo que para hacer olvidar la espina de su crítica. Por supuesto, todos nos crecimos, orgullosos como pavos reales por haber sido invitados, y tuvimos una gran fiesta. Después, alguien sugirió que podíamos ir a lo de Madame X, que tenía una casa en una calle de la vecindad. De buena gana, y para nuestra sorpresa, Skobelef consintió y allá fuimos, escogimos nuestras chicas y desaparecimos en los dormitorios. Después de medianoche, escuché un griterío enloquecido y tal como estaba abrí la puerta y encontré en el pasillo a la chica que había elegido Skobelef.

—¡El general ha muerto! —gritó.

—¡Muerto! —exclamé—. ¿Qué quieres decir? Guíame —y ella me llevó, sollozando histéricamente, a su dormitorio. Allí estaba Skobelef, inmóvil, con los ojos muy abiertos, contemplando el cielorraso. Lo llamé, puse primero la mano y luego el oído sobre su corazón. Se había detenido. Miré a la chica.

—No fue culpa mía —gritó ella—. ¡De verdad no lo fue!

Me apresuré a regresar a mi habitación y me vestí de prisa. Ya se habían levantado todos los oficiales. Fuimos a ver a la dueña del burdel y le dijimos que debíamos llevar al general inmediatamente de regreso a su hotel, el «Slavianski Bazaar». Pero ella dijo: «Está prohibido. Lo prohíben las regulaciones policiales. ¡Primero deben obtener el permiso!». En seguida, un par de nosotros corrimos escaleras abajo y fuimos al cuartel de policía, pero ni siquiera allí pudimos hacer nada. Según parece, sólo el gobernador de Moscú

podía damos el permiso. Así que fuimos a toda prisa al palacio. Por pura mala suerte, el gobernador se encontraba en su villa de las afueras, de modo que tuvimos que tomar un *droshky* y conducir como locos. Hacia las tres de la mañana, lo despertamos, conseguimos el permiso y regresamos de prisa al burdel. El general estaba frío y rígido. Era increíblemente difícil vestirlo, pero había que hacerlo. Y después mi amigo lo tomó de un brazo y yo del otro y medio lo arrastramos y lo llevamos en andas al carruaje. Ninguno de nosotros había pensado en la hora. ¡Ay!, ya era de día y para nuestra estupefacción, las noticias habían circulado y las calles estaban llenas de gente. ¡Tan pronto como nos vieron cargando a Skobelef, todos se arrodillaron en las aceras y en la calzada, la buena gente, y haciendo la señal de la cruz comenzaron a rezar por el descanso de su alma!

Fue a través de una multitud arrodillada que llevamos a nuestro héroe al «Slavianski Bazaar» y lo tendimos en su lecho. Y la piedad del pueblo ruso es tal, y tan profunda su admiración por la grandeza, que la historia jamás se ha publicado. ¿Le asombra que algunos de nosotros pensemos en nuestra tierra como la Santa Rusia?

Mientras escuchaba esta historia, me vinieron a la cabeza las grandes palabras de Blake, las palabras finales para todos nosotros, mortales:

Y por toda la Eternidad,
Yo te perdono, tú me perdonas:
Como dijo nuestro querido Redentor:
Este es el vino y este es el pan[17].

Cómo llegué a conocer a Shakespeary las costumbres estudiantiles alemanas

No podría decir por qué fui a estudiar a Heidelberg en lugar de a Berlín. Había en el nombre un toque novelesco que probablemente me atrajo. Tenía en el banco más de mil quinientas libras y pensé que esto me mantendría durante cinco años y permitiría regresar a los Estados Unidos a comenzar mi trabajo con por lo menos mil libras. ¿Pero iba a regresar a América? Tenía que confesarme que me desanimaba la idea de la malaria; además, me gustaba más Inglaterra, de modo que aplacé toda decisión. Ya influía en mí el proverbio: no cruzar un río hasta que llegues a la orilla.

Heidelberg me fascinaba. Amaba su belleza, las grandes colinas boscosas que la rodeaban, su río, su castillo en ruinas, su universidad sencilla, casi comercial, su Café Leer, sus librerías… todo. Fui al Hotel de l'Europe por una semana y me pareció caro. Pero los vinos del Rhin son deliciosos y baratos. El «Marcobrunner» y el «Liebefraumilch» de diez años me enseñaron el aroma y el sabor que puede poseer el vino.

En el río conocí a un par de jóvenes americanos de nombre Treadwell, con quienes pronto hice amistad. Había ido a la ribera con la esperanza de conseguir un bote. Un joven robusto estaba precisamente pagando por su canoa.

—*Kann ich*? —pregunté vacilante, señalando su esquife.

—*Ja wohl*! —fue su respuesta sonora y cordial—. ¿Pero usted es inglés? —agregó en inglés.

—Más bien americano —contesté, y mi conocido pronto me confió que él y su hermano menor habían sido educados en una escuela alemana y que él estudiaba química y ya era asistente del celebrado profesor Bunsen, el hombre que había descubierto la composición química de las estrellas y había inventado el espectroscopio. ¡Ahí había maravillas! Yo ardía por saber más, por

conocer a Bunsen.

—¿Podría?

—¡Por supuesto!

Estaba exhultante.

El mayor de los Treadwell era un tipo bien parecido, de unos cinco pies nueve pulgadas de altura y evidentemente vigoroso, totalmente afeitado, con rasgos enérgicos y expresión alerta. Pero pronto descubrí que pese a sus conocimientos de análisis cuantitativo y cualitativo, no era un intelectual en el sentido que yo le daba a esta palabra. Su hermano menor, que acababa de entrar a la universidad para continuar sus estudios de filología, me agradaba más. Tenía más o menos mi tamaño y ya sabía latín y griego, alemán y francés. Reflexivo además, con interesantes ojos grises. «Un buen cerebro, fue mi conclusión, aunque inmaduro», y pronto nos hicimos amigos. A través suyo fui a vivir en una pensión en la que se alojaban él y su hermano y donde vivir me costaba menos de una libra por semana. Las condiciones de mantenimiento eran excelentes, porque la pensión pertenecía a una inglesa muy maternal, viuda de un profesor alemán, que era una sabia y amable *maîtresse femme*.

Allí conocí a un tal señor Onions que había obtenido toda clase de honores en Oxford y que pronto fue una especie de camarada, porque él también amaba la literatura, como yo, y me parecía increíblemente inteligente, porque escribía brillantes versos latinos y griegos y en tres meses había aprendido el alemán, aunque no lo hablaba bien. Onions confesó que estudiaba alemán tres o cuatro horas todas las mañanas, de modo que hice lo mismo y le dediqué tres o cuatro horas más por la tarde. Un día me sorprendió y me halagó al decirme que yo debía poseer ingenio para las lenguas, porque mi alemán ya era mejor que el suyo. En todo caso, lo hablaba con mayor fluidez, porque lo practicaba siempre que tenía la oportunidad y él, en cambio, era más bien callado.

Naturalmente, el joven Treadwell me introdujo en la universidad. Me inscribí en todas sus clases y trabajé día y noche, dejando el tiempo justo para el sueño y el ejercicio. En tres meses, hablaba fluida y correctamente el alemán y había leído a Lessing, Schiller, los *Leider* de Heine y todas las novelas en boga, en especial *Soll und Haben*.

Pero no había obtenido mucho de las clases de la universidad. Había asistido a una serie de clases sobre el verbo griego, pero dos meses después el profesor seguía inmerso en el sánscrito, y como yo no sabía ni una palabra de sánscrito ni de su significación, me resultaba difícil seguirlo. De hecho, recordaba continuamente la experiencia de Heine. Nos cuenta que había estado asistiendo a clases de historia universal, pero después de tres años de asistencia asidua, se dio por vencido, porque el profesor no había llegado todavía a la época de Sesostris.

En ese momento, el profesor más popular de Heidelberg era tal vez Kuno Fischer. Había anunciado una serie de conferencias sobre Shakespeare y Goethe y el *aula* estaba atestada no sólo de estudiantes, sino también de damas y caballeros de la ciudad. Fischer tenía cara de bulldog y le habían partido la nariz en un duelo, lo que aumentaba la semejanza. Comenzó llamando a Shakespeare y Goethe las flores gemelas de la raza germánica. Yo todavía era lo bastante inglés como para pensar que la frase era casi una blasfemia, de modo que froté enérgicamente los pies en el suelo, como señal de desaprobación o desacuerdo (*ich scharrte*). Fischer hizo una pausa de absoluta sorpresa (después me dijo que era la primera vez que lo habían interrumpido así). Luego, haciendo un esfuerzo evidente por controlarse, dijo:

—Si el caballero que tan enfáticamente manifiesta su desacuerdo conmigo, hace el favor de esperar al final, le pediré que exponga las razones de su desaprobación.

El público aplaudió y los hombres que estaban cerca de mí me miraron con encolerizada sorpresa. Fischer continuó diciendo que:

—… el propio nombre de Shakespeare demuestra su ascendencia teutónica; era tan alemán como Goethe.

Sonreí para mis adentros, pero no pude negar que el resto de la conferencia era interesante, aunque el profesor apenas intentó comprender a cualquiera de los dos hombres. Al final, comparó sus conocimientos y satisfizo a sus oyentes con el hecho de que Goethe había gozado de oportunidades educativas muy superiores, haciendo un brillante uso de ellas. Cuando se sentó, el público aplaudió con entusiasmo. Sin embargo, Fischer volvió a ponerse de pie en seguida y levantando la mano para pedir silencio, agregó:

—Si el crítico que tan manifiestamente mostró su desacuerdo al

comienzo de mi conferencia, desea ahora explicarse, estoy seguro de que lo escucharemos con mucho gusto.

Me puse de pie y balbuceé un poco, como si estuviera molesto, mientras pedía al público y al profesor que excusaran mi alemán defectuoso. Pero como celta galés, dije:

—Lo que pienso es que el elocuente profesor sobreestima a los teutones y en especial a su educación superior. ¡Superior! —repetí —. Shakespeare nos ha dado el drama del primer amor en *Romeo y Julieta* y el de la pasión madura en *Antonio y Cleopatra*; el de los celos en *Otelo*, la enfermedad del pensamiento en *Hamlet* y la locura en *Lear*. ¡Y, contra esto, Goethe sólo ha dado *Fausto* como prueba de sus ventajas «superiores»! Pero se nos dice que «Shake» y «speare» son teutones. Ahora bien, el inglés es una amalgama de bajo alemán y de francés. Pero lo curioso es que las palabras más complejas son francesas y sólo los pobres monosílabos son teutones. Por ejemplo, *mutton* es francés, mientras que *sheep o schaf* es puro alemán. Siempre pensé —añadí después de una pausa—, que «Shakespeare» provenía sencillamente del francés y era una manifiesta corrupción de «Jacques Pierre».

Ante esto, el público empezó a reír disimuladamente y Fischer, aceptando el chiste, batió palmas, sonriendo. Naturalmente, una vez conseguido mi efecto, me senté.

Cuando salía del colegio, me alcanzó el sirviente de Fischer y me dijo que el profesor desearía verme en su habitación. Por supuesto, lo seguí de inmediato y Fischer me recibió riendo.

—*Ein genialer Streich*! Una invención genial —dijo—, y no peor que muchas de nuestras etimologías —y agregó seriamente—: Hizo usted una admirable defensa de Shakespeare, aunque pienso que Goethe tiene para ofrecer mucho más que sólo el *Fausto*.

Esto es lo que recuerdo del comienzo de una conversación que iba a cambiar mi vida. Cuando le hablé a Fischer de las para mí incomprensibles clases sobre el verbo griego y otras dificultades similares, me interrogó sobre mis estudios y después me dijo que la mayor parte de los estudiantes americanos en Alemania no conocían suficiente latín y griego como para aprovechar al máximo las ventajas que les ofrecía una universidad alemana. Finalmente, me aconsejó enérgicamente que me afeitara el bigote y fuera durante un año a un *gimnasium*. ¡Otra vez la escuela, a los veinte

años! Mi naturaleza se rebelaba; sin embargo, Fischer fue insistente y persuasivo. Me invitó a su casa, me presentó al profesor Ihne, que había sido maestro de los hijos del Káiser o alguna otra cosa muy honorable y hablaba un excelente inglés. Estuvo de acuerdo con Fischer y Fischer se anotó un punto al observar:

—Harris tiene cerebro; su discurso nos lo enseñó, y estará de acuerdo conmigo en que cuanto más talento tenga, más necesitará una base firme.

El resultado de esto fue que consentí, dejé mi pensión, fui a vivir con una familia, asistí regularmente al *gimnasium* y me sumergí en el latín y el griego durante ocho o diez meses, durante los cuales trabajé a un promedio de doce horas diarias.

En cuatro o cinco meses, estaba entre los mejores del gimnasium. En realidad, sólo había un muchacho que estaba indiscutiblemente por encima de mí. Cuando nos proponían un tema latino, acostumbraba a escribir en lo alto de la página «Livio» o «Tácito» o «César» y jamás usaba un lenguaje o una palabra que no pudiera encontrar en el autor que estaba imitando. Por lo menos dos veces por semana el profesor acostumbraba a leernos su ensayo, subrayando las frases más características. Por supuesto, me hice amigo del joven Cari Schurz: estaba resuelto a descubrir cómo había conseguido semejante maestría. «Fue fácil», dijo. Había comenzado con César y después de leer una página trató de reproducirla en el lenguaje de César. Pronto descubrió que su latín era defectuoso. Una verdadera desgracia, de modo que comenzó a leer todas las frases características en su clase diaria sobre César. Gradualmente, fue descubriendo que todo escritor tiene su manera específica de expresarse y hasta su propio léxico.

Eso me dio la clave. Me fui a casa y cogí mi Shakespeare. Ya había notado semejanzas entre *Hamlet* y *Macbeth*; ahora comencé a leerlos e incidentalmente aprendí de memoria todos los pasajes poéticos. Pronto comencé a captar el acento de la voz de Shakespeare, a escuchar cuándo sus palabras salían del corazón y cuándo de sus labios. Frente a mí fueron armándose atisbos de su personalidad y un día me senté a reescribir *Hamlet*, utilizando mi memoria y mi pensamiento. Cuando llegué a la escena en la que Hamlet hace reproches a su madre culpable, me hice consciente de un Shakespeare que había sospechado oscuramente. Visualizando la

escena, vi de inmediato lo imposible que sería escribirla. Ningún hombre podría reprochar cosas a su madre de esa manera. Hamlet estaba usando el lenguaje de los celos sexuales. La infidelidad de mi madre jamás me hubiera enloquecido. No podía juzgar sus tentaciones o las faltas de mi padre para con ella. Su bondad haría más incomprensible su pecado, y la madre de Hamlet no intenta justificarse o explicar. El rayo de luz llegó inevitable, revelador: Shakespeare estaba pintando sus propios celos y no estaba enfurecido por el pecado de su madre, sino por la traición de su amor. Estaba claro, cada estallido rezumaba sexo. ¿Quién había engañado a Shakespeare, enloqueciéndolo de celos? ¿Quién? El enigma comenzó a intrigarme.

Durante las largas vacaciones que pasé en Fluelen, sobre el lago de Lucerna, leí y releí a Shakespeare. Fue su *Ricardo II* el que me iluminó de manera inconfundible. ¡Era tan claro que Ricardo era un Hamlet más joven e inestable, de la misma manera que Póstumo y Próspero eran Hamlets más viejos y formales! Me congratulé por mi descubrimiento: ¿por qué nadie había visto la verdad? Una y otra vez lo leí y toda forma de luces oblicuas caían sobre la página, hasta que la propia forma de su alma se me hizo familiar.

Mucho antes de que apareciera el libro de Tyler, revelando a la dama de honor de la reina Elizabeth, Mary Fitton, como la amante de Shakespeare, yo sabía que en 1596 él se había enamorado de una oscura gitana (*sic*), de piel hermosa, que lo trataba con desdén y era al mismo tiempo ingeniosa y disipada. ¿Por qué, si no, hubiera descrito tan minuciosamente en *Romeo y Julieta* a Rosalinda, que ni siquiera aparece en el escenario, mientras que no hay ni una palabra de descripción física de Julieta, la heroína?

Ese mismo año, también, él revisó *Trabajos de amor perdidos* para ser representado en la corte en Navidad, y la heroína era otra vez Rosalinda y todos los personajes la describen físicamente. ¡Y el propio Shakespeare, como Byron, se revuelve furiosamente contra su amor por una «blanca libertina que tiene en la cara dos pedazos de brea por ojos»! Tampoco pude dejar de ver que era la Dama Oscura de los Sonetos… probablemente alguna dama de la corte, solía decir, que miraba a Shakespeare desde la altura del origen y la crianza aristocráticos.

Es curioso, pero en ese momento no la identifiqué con la «falsa

Crésida» o con Cleopatra. No llegué tan lejos hasta que años después tropecé con el libro de Tyler y vi que este limitaba la pasión de Shakespeare a los «tres años» de los que se habla en los sonetos. Supe entonces que Shakespeare había amado a su gitana, Mary Pitton, desde finales de 1596 en adelante, y pronto comprendí que la historia de la que se habla en los sonetos se repite en las obras de este período. Finalmente, me vi obligado a comprender que la «falsa Crésida» y la gitana Cleopatra también eran retratos de Mary Fitton, a quien amó durante doce años, hasta 1608, cuando ella se casó y abandonó Londres.

Siempre recordaré aquellos meses pasados en Fluelen, donde escalé todas las montañas que rodean al lago, pasé dos veces por el San Gotardo y viví con el dulce espíritu y la noble justicia del «gentil Shakespeare».

Este descubrimiento de Shakespeare tuvo sobre mí un efecto importante: acrecentó enormemente mi autoestima. Cogí los ensayos de Coleridge sobre Shakespeare, vi que su puritanismo lo había enceguecido y comencé a pensar que con el tiempo podía escribir algo memorable. Cuando llegó el momento, regresé a Heidelberg, volví a ingresar en la universidad y resolví no leer más latín, excepto a Tácito y Catulo. Sabía que había hermosas descripciones en Virgilio, pero no me gustaba la lengua y no veía razones para prolongar mi estudio en algún seminario, cuando podía librarme de él.

Mi siguiente lección sobre la vida alemana fue muy peculiar. Iba caminando por una de las calles laterales con un muchacho inglés de unos catorce años que vivía con ven y alto que me empujó con rudeza, haciéndome pasar de la acera a la calzada.

—Qué bruto grosero —dije a mi compañero.

—¡No, no! —gritó el chico, salvajemente excitado—. ¡Todo lo que hizo fue *rempeln*!

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté.

—Es su manera de preguntarte si deseas pelear.

—Muy bien —grité y corrí detrás de mi rudo caballero. Cuando llegué a su lado, se detuvo—. ¿Me empujó usted a propósito? —pregunté.

—Creo que sí —contestó con altanería.

—Entonces, en guardia —dije, y al instante siguiente había

arrojado mi bastón a la alcantarilla y lo había golpeado tan fuerte como pude en la mandíbula. Cayó como un leño y se quedó allí. Cuando estaba inclinándome sobre él para ver si estaba realmente lastimado, comenzó a surgir de las tiendas cercanas una multitud de excitados alemanes. Uno de ellos, recuerdo, era un fornido carnicero, que atravesó corriendo la calle y me cogió del brazo izquierdo.

—Corre y busca a la policía —le gritó a su ayudante—. Yo lo sujetaré.

—¡Suélteme! —le dije—. Me dijo que me había empujado a propósito.

—Yo lo vi —exclamó el carnicero—. Lo golpeó con el bastón. ¿Cómo, si no, hubiera perdido el sentido?

—Si no me deja ir —dije— y se guarda las manos, le enseñaré.

Y como trató de aumentar el apretón, lo puse en posición adecuada utilizando mi brazo izquierdo y al mismo tiempo lo golpeé tan fuerte como pude en el mentón con la mano derecha libre. Cayó como un saco de carbón. La multitud nos dejó pasar con muchas sonoras maldiciones y mi compañerito y yo seguimos nuestro camino.

—¡Qué fuerte debe ser! —fue su primera observación.

—No especialmente —repliqué, burlonamente modesto—, pero sé dónde pegar y cómo hacerlo.

Pensé que el asunto estaba terminado, porque había visto levantarse al estudiante frotándose la mandíbula y Hupe que no había daños serios. Pero a la mañana siguiente estaba en mis habitaciones, leyendo, cuando llegaron seis policías alemanes y me llevaron con ellos ante un Juez. Me interrogó y le contesté. Me dijeron que el caso contra mí no se hubiera sostenido si no hubiera sido por la mentira del carnicero, que dijo que me había visto pegar al estudiante con mi bastón y de no haber descubierto que el bastón estaba «cargado». Ningún alemán de esa época podía creer que un golpe de puño, dado por un hombre más bien pequeño, podía ser tan eficaz. La cara del estudiante estaba vendada como si se le hubiera roto la mandíbula. El resultado fue que tuve que comparecer a Juicio, y a su debido tiempo fui juzgado y acusado de *groden Unfugs auf der Strasse*, o como diríamos en inglés «rudo asalto en la calle», y sentenciado a seis semanas en Carcer y expulsión de

la universidad.

Vida estudiantil y de placer en Alemania

Mi vida en Carcer, la prisión de estudiantes, fue sencillamente divertida. Gracias a mis «propinas» a los carceleros y a las amables palabras sobre mí dirigidas a las autoridades por Kuno Fischer, me visitaban amigos desde las diez de la mañana a las siete de la tarde, y después tenía en mis habitaciones luz que me permitía leer o escribir hasta medianoche. Mis amigos, en especial los ingleses y americanos, se complacían en traerme toda clase de manjares, de modo que mis comidas, que ordenaba en un restaurante cercano, se transformaron en festines. Acostumbraba a sacar por la ventana enrejada una fuerte cuerda, con la cual subía botellas de vino del Rhin. De hecho, vivía como un «gallito de pelea», para usar la buena expresión inglesa, y no tenía de qué quejarme, salvo de la falta de ejercicio. Pero la detención fortaleció de manera curiosa mi disgusto por aquello que los hombres llaman justicia. En el juicio, el estudiante a quien había arrojado al suelo contó la verdad: que me había empujado con rudeza e intención fuera de la acera, sin ninguna provocación. Pero el juez intentó creer al carnicero, que juró que lo había golpeado con mi bastón, aunque admitió que había usado también el puño. El muchacho que me acompañaba contó la verdad exacta. Todos esperaban que saldría con una fianza, pero mi ignorancia sobre los insultos alemanes y la manera de aceptarlos, me condenó a seis semanas de confinamiento. Y, cuando salí, tuve que abandonar Heidelberg y ni siquiera me permitieron terminar los cursos por los que había pagado. Ya había sido expulsado de la universidad de Kansas, y ahora me pasaba lo mismo en Heidelberg. Pero Kuno Fischer y otros profesores siguieron siendo buenos amigos míos. Fischer me aconsejó que fuese a Gottinga, «una universidad puramente germana» y asistiera a las clases de Lotze, que se contaba, dijo, entre los mejores filósofos alemanes del momento, y me dio cartas que aseguraron mi admisión inmediata.

Gottinga tenía para mí muchos atractivos especiales, en parte

porque era famosa por el mejor alemán que allí se hablaba, tanto en lo referido a acento como a léxico, y en parte porque Bismarck y Heine habían estudiado allí, y ya ambos hombres gozaban de mi mayor admiración. Bismarck por sus cualidades de carácter y Heine por su intelecto y su humor. Ya por entonces la esencia de mi religión consistía en aprender a conocer a los grandes hombres y, de ser posible, comprender sus virtudes y capacidades. De modo que emigré a Gottinga. Pero antes de relatar nada de lo que me sucedió allí, debo decir algo sobre mis diversiones durante los meses de verano que pasé en Heidelberg.

Había gustado todos los placeres ingleses y alemanes. Había remado en el río casi todos los días, manteniéndome en buen estado físico, y había hecho largos paseos al Koenigstuhl y las colinas cercanas. Había aprendido bastante música alemana, yendo a la ópera de Manheim y escuchando al estudiante americano, Waldstein, elogiar a Wagner y otros maestros mientras al mismo tiempo ilustraba sus trabajos en el piano. Tenía bastante conocimiento de la poesía y la novela alemanas, aunque había decidido no intentar leer a Goethe hasta que supiera alemán tan bien como inglés y, por extraño que parezca, subestimaba a Heine, pese al hecho de que conocía de memoria la mitad de sus poemas y gozaba con su *Reisebilder*. Pero la opinión alemana del momento colocaba a Schiller mucho más alto, y obedientemente me adherí a esta tontería. En realidad, pasaron años antes de que pusiera a Heine tan por encima de Schiller con respecto al pensamiento, como lo está el poeta por encima del retórico; y me llevó aún más años comenzar a comparar a Heine con Goethe; y pasó un cuarto de siglo antes de que comprendiera que Heine era mejor prosista incluso que Goethe y uno de los más grandes humoristas que hayan existido. La opinión común sobre los grandes hombres es tan absolutamente errónea, que ni siquiera yo pude librarme de su servidumbre durante la mitad de mi vida. Mi creciente admiración por Heine me ha permitido a menudo disculpar las falsas apreciaciones de otros hombres, enseñándome a ser más paciente con sus juicios erróneos de lo que hubiera sido en otro caso. Tenía más de cincuenta años cuando comencé a reconocer con inmediata certeza las diversas manifestaciones del genio. Agradezco a la buena fortuna por no haber escrito ninguno de mis retratos antes de esa

edad.

Pero fue en Heidelberg donde inicié mi relación con Wagner y Bach, Mozart y Beethoven, Schiller y Heine, y me maravillaba que mi firmamento estuviera iluminado por tan radiantes estrellas nuevas.

Mi vida sexual en Heidelberg no fue de ningún modo tan rica. Mientras aprendía la lengua, tuve pocas oportunidades de flirtear y ya había descubierto que mi labia era mi mejor recomendación con las chicas.

Antes de comenzar a relatar mis experiencias sexuales en Heidelberg, debo contar un incidente cuyos resultados fueron vitales para mí. Siendo maestro en el Brighton College, llegué a conocer bastante íntimamente al doctor Robson Roose y una noche, cenando en su casa con otros hombres, la conversación recayó sobre la circuncisión. Quedé atónito cuando un cirujano que se hallaba presente declaró que la pequeña proporción de judíos sifilíticos se debía a la comparativa inmunidad provista por la circuncisión, que endurecía la piel del sexo del hombre.

—La sífilis sólo se contrae a través de la abrasión de la cutícula —explicó—. Endurezcan la cutícula por exposición y dificultarán el contagio de la enfermedad. Toda la moralidad del Antiguo Testamento —continuó— es higiénica. Las leyes morales mosaicas eran leyes sanitarias.

—¿Entonces, sería prudente que todos nos circuncidáramos? —preguntó riendo.

—Si yo estableciera la ley —replicó—, lo transformaría en uno de los primeros mandamientos.

De inmediato, decidí hacerme circuncidar. Además, estaba seguro de que el endurecimiento de la cutícula prolongaría el acto, y ya había comenzado a observar que en mi caso este se terminaba por lo general demasiado rápido. Además, mi capacidad de repetirlo decrecía año tras año y en la misma proporción se intensificaba el deseo de prolongar el placer. Porque en esto también me parecía a Montaigne, que en aquel maravilloso capítulo quinto del tercer volumen, tuvo que admitirse «culpable de repentismo» y «tenía que detener el placer fugitivo y retrasarlo con preámbulos». Le gustaba yacer «en el soporte y el pesebre», porque estos «arrebatan y prolongan la gracia del asunto».

Así que en cuanto terminó mi trabajo en el Brighton College, me metí en cama y fui circuncidado. Aunque el cirujano me aseguró que no sentiría dolor, sentí mucho, y durante los diez días posteriores sufrí horriblemente varias veces por día, porque cada contacto casual con mi órgano me producía dolores agudos. Durante los primeros meses de verano pasados en Heidelberg, mi prepucio se contrajo de modo tal que el acto hubiera sido dificultoso además de penoso, y esta castidad compulsiva me enseñó la lección más importante de mi vida.

Me enseñó que la castidad absoluta me permitía trabajar más horas de las que había trabajado nunca. Era imposible cansarme; de hecho, estaba dotado, por decirlo así, de una intensa energía, que hacía del estudio un placer, y de una vivida claridad de comprensión que jamás había experimentado. Al comienzo pensé que el clima debía tener alguna virtud especial; pero una polución nocturna me hizo comprender que la capacidad residía en el semen retenido. Comencé a decidir que en el futuro sacrificaría muchos placeres con el objeto de mantener esa intensa energía y sentimiento de abundante vigor. Reconocí que muy a menudo había arruinado la oportunidad y había buscado el placer sin estar siquiera enamorado. Además, una y otra vez había cedido a un falso sentimiento de vanidad, cuando hubiera debido contenerme. En resumidas cuentas, comencé en ese momento a decidir sacrificar mi fortaleza sólo cuando me sintiera realmente atraído, o mejor aún, sólo cuando estuviera profundamente enamorado. Resolví que dejaría de hacer el tonto. Había actuado como un idiota atolondrado que dispersa su patrimonio sin comprender su valor. Ahora volvería la página y haría de la vida un arte.

¡Cómo había podido ser tan ciego, tan estúpido! Comprendí que ya había disminuido seriamente mi capital de vigor, por así decirlo. En Brighton me había resultado difícil entregarme a dos abrazos sucesivos, mientras que cinco años antes, a los dieciocho, apenas había algún límite establecido. Resolví contenerme con rigor y retornar a mi capacidad anterior, si era posible de alguna manera.

Desde ese momento en adelante fecho mi *Lehrjahre*, como llaman los alemanes a los años de aprendizaje. Más tarde comprendí que debía mi salvación a la casualidad de la circuncisión o, como lo expresaba mi vanidad, al deseo de hacerme lo más perfecto posible,

que fue la razón por la cual me sometí al dolor de la operación.

Una frase de Goethe, cargada de significado, marcó esta crisis: *In der Beherrschung zeigt sich erst der Meister* (Es en el autocontrol donde se revela el maestro).

Dos experiencias que tuve en Heidelberg ilustran para mí esta nueva actitud hacia la vida.

Un día, había conocido a orillas del río a una bonita chica. Empecé a conversar con ella y la acompañé a su casa, donde vivía, según me dijo, con una hermana. Estaba oscureciendo y en un lugar en penumbras la besé, y cuando respondió al beso, mi mano incorregible y cálida encontró su camino por debajo de sus ropas, hallando su sexo preparado para el abrazo.

Ya esto me alertó y me enfrió. Estaba decidido a no ir nunca con una mujer pública. Decidí pagar, pero contenerme. En la sala me presentó a su hermana mayor, que estaba charlando con un fornido estudiante que acababa de llegar.

Fraternizamos en seguida. Pronto pedí una botella de vino del Rhin. El estudiante prefería cerveza y pronto se manifestó ferviente admirador de Kuno Fischer. De pronto dijo:

—Sabes, Marthe y yo somos grandes amigos —y señaló a la hermana mayor—, y esta noche he venido a hacerle el amor.

—Ponte a ello —dije—. No te molestaré. Si te perturbo, me voy.

—No nos perturbas, ¿eh, Marthe? —y unió la acción a la palabra poniéndose de pie y llevando a la muchacha al sofá que había a un costado de la habitación.

—¡Vayan al dormitorio! —gritó mi chica, Kätchen, y Marthe siguió su consejo.

Estuvieron fuera diez minutos, pero su proximidad pareció afectar a Kätchen, que me besó apasionadamente una y otra vez.

Cuando regresó el estudiante, arrojó cuatro marcos sobre la mesa, besó mecánicamente a su chica y dijo:

—Dejo uno para la cerveza —y después se volvió hacia mí—. ¿Vienes? —dijo, lo que me dio la oportunidad. Me volví hacia Kätchen, le di diez marcos, besé sus manos y sus ojos y seguí al estudiante. Había escapado sin ser demasiado grosero, porque Kätchen me agradeció calurosamente la pieza de oro y me suplicó con ojos y labios que volviera cuando pudiera, pero… yo no podía soportar al estudiante ni su charla. Había algo tan ordinario, tan

animal en todo el asunto, que me apresuré a decir «buenas noches» y a apartarme. Estaba francamente disgustado. Vi por primera vez con toda claridad que si no participaba en él alguna admiración, alguna atracción espiritual, el acto me dejaba frío. Si por lo menos el tipo hubiera admirado el cuerpo de la chica, me dije, o su bonito rostro de Gretchen, esto hubiera salvado el asunto. Pero este acoplamiento de animales, brutalizado por los cuatro marcos arrojados sobre la mesa y la rápida partida… ¡No! Era desagradable y una mancha en el nombre del amor.

Y ahora voy a una experiencia mejor y más memorable.

Estando en Heidelberg, había ido dos o tres veces a bailes, bien porque un amigo deseaba que lo acompañara, bien para hacer número en una alegre reunión. Raramente lo hacía por mi cuenta, porque bailar me mareaba muchísimo, como ya he contado. Pero en un baile fui presentado a una tal señorita Betsy C., una chica inglesa de buen tipo, muy bien vestida y extraordinariamente bonita, aunque pequeña. Se destacaba entre las grandes *fräuleins* alemanas como una rosa musgosa envuelta en un verde delicado para realzar su adorable color, y se lo dije en seguida y le aseguré que tenía los más estupendos ojos oscuros que había visto nunca, porque jamás he sentido vergüenza y sabía que el elogio es para toda mujer como el aliento de la vida. Nos hicimos amigos en seguida, pero para mi decepción me dijo que al día siguiente se iba a Frankfurt donde algunos amigos la irían a buscar un día después para acompañarla de regreso a Inglaterra. Antes de tener tiempo para pensar en qué me estaba metiendo, le dije que me encantaría ir a Frankfurt con ella y mostrarle el lugar de nacimiento de Goethe y la Goethe-Haus. ¿Aceptaría mi escolta? ¿La aceptaría? Los grandes ojos castaños danzaron ante la posibilidad de aventura y «compañía». Yo estaba dispuesto. ¿Esta era mi recién estrenada resolución de contención? ¿Era este mi primer ensayo para hacer un arte de mi vida?

Sin embargo, ni siquiera pensé en excusarme. Bessie era demasiado bonita y atractiva, con un humor apacible que me seducía intensamente. Una gran muchacha alemana pasó junto a nosotros y Bessie, mirando sus brazos, dijo:

—Nunca hasta ahora supe lo que quería decir «jaspeado». ¡He visto propagandas de «jabón jaspeado», pero «brazos jaspeados»! No son bonitos, ¿no es cierto?

Bessie era mucho más que bonita. De estatura menor que la media, pero redondeada en curvas arrebatadoras que la transformaban en una belleza; el rostro era picante; los ojos oscuros relampagueaban a veces con malicia, otras veces se oscurecían con la manifestación de su ser; los brazos eran exquisitos, y los pequeños globos de sus senos blancos estaban a medias ocultos y a medias descubiertos por el vestido de encajes. No es sorprendente que le preguntase:

—¿A qué hora sale tu tren? ¿Te llevaré al *Bahnhof*?

—Nos encontraremos en la estación —dijo con un brillo en los ojos—, ¡pero debes ser muy bueno y amable!

¿Se había entregado alguna vez? ¿Esta última admonición significaba que no cedería conmigo? Yo estaba en un frenesí, pero resolví ser tan amable como audaz.

A la mañana siguiente nos encontramos en la estación y tuvimos una larga charla. Y en Frankfurt la llevé directamente al mejor hotel, fui audazmente hasta el escritorio y ordené dos buenas habitaciones comunicadas. Firmé el registro como señor y señora Harris.

Nos mostraron habitaciones en la segunda planta. Nuestro aspecto inglés nos había conseguido lo mejor del establecimiento y la suerte quiso que la segunda habitación, más pequeña, tuviera la llave y el cerrojo, de modo que podía fiarme al menos de una buena oportunidad. Pero en seguida abrí la puerta que comunicaba las habitaciones y la ayudé a desprenderse de su abrigo y después, tomando su cabeza entre mis manos, la besé en la boca. Casi en seguida sus labios se calentaron, lo que me pareció un buen augurio.

—Golpearás cuando estés preparada, ¿no es cierto? —le dije—. ¿O vendrás?

Ella sonrió, tranquilizada por mi retirada y asintió alegremente.

—¡Llamaré!

Pasé todo el día con ella y hablé lo mejor que pude, contándole muchas aventuras amorosas de Goethe y de Gretchen-Frederika. Después de cenar, salimos a dar un paseo y luego regresamos al hotel y subimos a nuestras habitaciones.

Entré en la mía y cerré la puerta, con el corazón palpitando furiosamente y la boca reseca como si tuviera fiebre. Debo engañar

al tiempo, me dije, y me puse mi mejor pijama, una especie de cosa blanca con hilos de oro. Y después esperé la convocatoria, pero no se produjo. Miré mi reloj. Habían pasado veinte minutos desde que nos habíamos separado. Debía darle por lo menos media hora. ¿Me llamaría? Había dicho que lo haría. ¿Cedería fácilmente? ¡Una vez más, cuando mi imaginación reprodujo su rostro voluntarioso y rebelde y sus hermosos ojos, comenzó a latir mi corazón con violencia! Finalmente había pasado la media hora. ¿Debía entrar? Sí, lo haría, y fui hacia la puerta y escuché… Ni un sonido. Hice girar el picaporte. La habitación estaba totalmente a oscuras. Fui rápidamente hacia las luces y las encendí. Allí estaba, en la cama, y sólo su bonita cara y los grandes ojos estaban a la vista. Un segundo después estaba a su lado.

—Prometiste llamarme —dije.

—¡Apaga las luces! —suplicó.

Sin contestar, aparté las ropas y me acosté a su lado.

—¡Serás bueno!, —dijo haciendo un puchero.

—Lo intentaré —fue mi evasiva respuesta, y deslicé mi brazo izquierdo por debajo de ella y atraje sus labios hacia los míos. Estaba electrizado por su fragilidad y calidez y al comienzo sólo tomé su boca y la acerqué al calor de mi cuerpo. Uno o dos minutos después, sus labios se calentaron y bajé la mano para levantar su camisón.

—¡No, no! —se resistió, lloriqueando—. Prometiste ser bueno.

—No hay nada malo en esto —dije, perseverando, y un momento después había puesto mi mano sobre su sexo.

Con un suspiro, se resignó y me entregó sus labios. Después de acariciarla unos minutos, su sexo se abrió y pude separarle las piernas, de modo que en seguida hice que tocara mi sexo. Mi excitación era tan intensa que sentía mucho dolor. Pero estaba más allá del dolor. Un momento después, estaba entre sus piernas, con mi sexo acariciando el suyo. Los grandes ojos se cerraron, pero cuando quise penetrarla retrocedió con un grito de dolor:

—¡Oh, oh! Es terrible… por favor, basta. Oh, me dijiste que serías bueno.

Por supuesto, la besé sonriendo y volví a acariciarla. Como es natural, pocos minutos después estaba otra vez tratando de entrar al paraíso; pero de inmediato recomenzaron los gritos de dolor y las

súplicas para que me detuviera, y que fuese bueno y cómo me amaría entonces, instaba tan bonita en su actitud de súplica, que le dije:

—Déjame ver, y si te lastimo me detendré —y fui hacia el otro extremo de la cama para ver. Los tontos dicen siempre que el sexo de una mujer es igual al de otra. Es absolutamente falso. Son tan diferentes como bocas, y este que estaba contemplando era uno de los más adorables que había visto. Mientras yacía así frente a mí, no pude dejar de exclamar: «¡Mi querida Venus de bolsillo!». Era delicadamente pequeño, pero el daño hecho era innegable. Había sangre en su sexo y una manchita de sangre en su hermoso muslo redondeado. Y en el mismo momento observé que mi infernal prepucio había retrocedido y me dolía espantosamente, comprimiendo mi sexo con un anillo de hierro. Por alguna oscura razón, en parte por piedad, en parte por afecto hacia la pequeña belleza, volví a tenderme a su lado como al principio.

—Haré lo que desees —dije—. Te amo tanto que odio la idea de lastimarte así.

—Oh, querido mío —gritó y me echó los brazos al cuello y me besó, por propia decisión, cien veces. Un poco después, la puse encima de mí, nuestros cuerpos desnudos en contacto, y quedé arrebatado por su pura belleza.

Debo haber pasado una hora abrazándola y acariciándola. Continuamente descubría en ella nuevos encantos. Una y otra vez le arremangué el camisón hasta el cuello, deleitándome en la belleza plástica de su figura. Pero Bessie no daba señales de desear verme o excitarme. ¿Por qué? Las chicas son gente rara, decidí, pero pronto descubrí que estaba ávida de elogios, de modo que le hablé de la impresión que había hecho en el baile y de cómo una docena de estudiantes me habían pedido que los presentara a ella, diciendo que era la reina de la noche. Finalmente, se quedó dormida en mis brazos y yo también debo haber dormido, porque cuando me desperté eran las cuatro de la mañana. Apagué las luces y fui sigilosamente a mi habitación. Había actuado generosamente, perdonando a Bessie. Pensé que producirle simplemente dolor por mi placer no hubiese sido justo. Estaba bastante complacido conmigo mismo.

Cuando me desperté por la mañana, me apresuré a correr a su

lado, pero descubrí que se estaba levantando y no deseaba ser molestada. Ya vendría cuando estuviera lista, dijo, y deseaba ver la ciudad y las tiendas antes de que sus amigos vinieran a buscarla a las dos. Me sometí a sus deseos, corrí el cerrojo de la puerta, la llevé a dar un paseo, la invité a almorzar y después dije «adiós». Cuando le aseguré que no había pasado nada, dijo que yo era un tesoro, me prometió escribir y me besó cálidamente. Pero percibí en ella una sombra de reticencia, una especie de reserva demasiado leve como para poder definirla, y en el tren de regreso a Heidelberg achaqué mis temores a la fantasía. Pero aunque le escribí a su dirección en Inglaterra, no recibí respuesta. ¿La había perdido al perdonarla? ¡Qué enigma son las mujeres! ¿Tenía razón Virgilio con su *spretae injuria formae*? ¿El odio que las invade si su belleza no triunfa? ¿Hay algo que olviden antes que el autocontrol? Estaba enojado conmigo mismo y decidí que la próxima vez no me comportaría como un tonto generoso.

Goethe, Guillermo I, Bismarck, Wagner

> Hacía mucho tiempo que sabía que había algo podrido en el corazón de nuestro sistema social. Había visto que mientras se acumulaban grandes fortunas, las clases trabajadoras, los creadores de riqueza, estaban inmersos en la pobreza más abyecta.
>
> Disraeli

Al comienzo, mi vida en Gottinga fue sólo trabajo, estudio desde la mañana hasta la noche. Me molestaba incluso el tiempo que debía dedicar a bañarme y vestirme, y en lugar de caminar un par de horas por día, tomé la costumbre de correr unas cien yardas dos veces por día y trotar una media milla por lo menos. De este modo me las arreglé para mantenerme en buen estado físico.

Además de trabajar en mi alemán, leía filosofía, a los pensadores griegos y sobre todo a Platón:

> … el Divino
> Si se lee bien a los Dioses
> Por sus movimientos mientras brillan
> En un infinito camino de Luz.

Y, después, a los pensadores ingleses como Hobbes, Locke y Hume, y a los franceses, en especial a Pascal y a Joubert, y por supuesto los alemanes, con Kant, el maestro del escepticismo moderno, y Schopenhauer, cuyos ensayos demuestran grandeza de alma y pensamiento. Vi que todos estos hombres eran momentos del crecimiento del pensamiento humano y me alejé de las especulaciones, sintiendo que las incluía en mi propio desarrollo.

Hay un incidente de esta vida que vale la pena recordar. Lotze, el famoso filósofo que hablaba de un Dios inmanente en toda forma de vida, observó una vez durante un seminario que la *via media* de Aristóteles era el primer y mayor descubrimiento ético. Yo no

estuve de acuerdo con él y cuando me preguntó las razones, dije que la *via media* pertenecía a lo estático, mientras que la moral era una parte de la dinámica. Una botella de vino puede hacerme bien a mí y emborrachar a otro. El camino moral nunca era una línea derecha o media entre extremos, como imaginaba Aristóteles, sino el resultante de dos fuerzas, una curva, por lo tanto, que va de un lado a otro. A medida que pasan los años, después de los treinta o así, la curva debería tender hacia la abstinencia.

Stirb und Werde!
Denn wenn Du das nicht hast
Bist Du nur ein trüber Gast
Auf der dunklen Erde.

Lotze armó un gran alboroto con esto. De hecho, me pidió que instruyera a la clase sobre leyes morales y hablé una tarde de las virtudes de la castidad. Debe recordarse que yo era algunos años mayor que la mayoría de los estudiantes.

Mi vida estudiantil en la ciudad amurallada iba de un extremo a otro: alternadamente estéril y fructífera. Aprendí totalmente el alemán. De hecho, ocupé un año con el gótico y también con el antiguo alto alemán y el alto alemán medio, hasta que supe la lengua tan bien como el inglés y conocí el *Niebelungenlied* mejor que a Chaucer. Dos veces, subí a plataformas públicas y hablé en grandes mitines y nadie sospechó que era extranjero… más tarde aprendería que todo eso era vanidad y pérdida de tiempo.

Pero finalmente leí a Goethe, todo lo que había escrito, y en orden cronológico, entrando así al mundo moderno por la puerta más noble y deteniéndome en ella sin aliento, arrebatado por las alturas de Pisgah y la visión de lo que puede suceder cuando los hombres aprenden a desarrollar sus mentes como algunos, aun ahora, saben desarrollar sus cuerpos. Este fue el supremo regalo de Goethe a los hombres: enseñó a cada uno de nosotros el deber del desarrollo personal, que es el primero y principal; predicó la cultura como un credo e incluso para aquellos de entre nosotros que ya lo habíamos pensado y practicado, este ejemplo era una inspiración. Luego comprendí que si Goethe hubiera tenido el arrojo de Whitman y hubiera publicado los poemas y dramas atrevidos de los que nos habla Eckermann y la verdadera historia de su vida,

hubiera sido al mundo moderno lo que Shakespeare fue al mundo feudal, la guía sagrada de los hombres por los siglos de los siglos.

Pero ¡ay!, también era un snob y amaba las dignidades y halagos, ya que no los ceremoniales vacíos, de una corte alemana de provincias. Imaginen a un gran hombre, uno de los más sabios de entre los hombres, sentado en ese viejo muro feudal con traje de corte, balanceando sus zapatos con hebillas y sus medias de seda frente a los ojos de los paseantes. Oh, Beethoven tenía razón al rebelarse y encasquetarse el sombrero cuando pasaba el Gross-Herzog, mientras Goethe estaba de pie a un lado del camino, inclinándose sombrero en mano. Cuando el hermano de Beethoven puso en su tarjeta *Gutsbesitzer* (terrateniente), Beethoven puso en la suya *Hirnbesitzer* (propietario de cerebro). El que posee el cerebro no puede sentirse orgulloso de poseer tierras.

Goethe no tenía suficiente referencia por su genio, y aunque era rico, no hizo con sus sorprendentes dones todo lo que hubiera podido hacer. Hubiera debido visitar Inglaterra y Francia en su juventud y pasar allí por lo menos dos años. Si Goethe hubiera conocido a Blake, hubiera llegado antes a las alturas y comprendido que debía dar el más completo alimento a su espíritu, porque con toda seguridad las canciones de Blake le hubieran demostrado que hasta un. Goethe tenía competidores dignos, haciendo así imposible el tedioso *Wanderjahre* que no fue, ¡ay!, empleado en viajes. Porque, incluso a los dieciséis años, Blake ya había alcanzado la magia de la expresión. Describiendo el anochecer, escribe:

> … deja que tu viento del oeste duerma sobre
> el lago; habla silencio con tus ojos resplandecientes
> y lava «el crepúsculo con plata[18]…».

Esta «magia natural», como la llamó Matthew Arnold, es la única cualidad que jamás poseyó la poesía de Goethe. Y sin embargo, sólo mediante la búsqueda del máximo desarrollo personal, qué alto se alzó Goethe incluso sobre el delgado suelo de Weimar.

Como poeta lírico, está entre los mayores de todos los tiempos. Nadie ha escrito jamás un poema lírico más intensamente dramático que la plegaria de Gretchen a la Madonna. Y la confesión de Mignon tiene la misma altísima calidad. Heine dice que Goethe escribió los mayores poemas líricos de la literatura y Heine sabe lo

que dice. Pero fue el pensador Goethe el que se ganó mi corazón. Frases suyas, hasta algunos pareados, me parecieron pura adivinación. Hay algo que se dijo de él que envidio. Cuando Emerson se enfrentó con su intuición de la botánica y la biología, encontró la frase justa para el gran alemán: «Con toda seguridad, el espíritu que hizo el mundo confió más en este hombre que en cualquier otro».

También en sociología Goethe merece la alabanza de Carlyle, y no sólo por el descubrimiento del «secreto a voces» de que la excesiva libertad individual conduce inevitablemente a la esclavitud, Coleridge también lo vio y escribe sobre aquellos que

> Llevan el nombre de la Libertad
> Grabado en una cadena más pesada.

sino porque él (Goethe) fue el primero en trazar la línea entre el socialismo y el individualismo, dándole a cada uno su lugar verdadero en el mundo industrial moderno. No tengo escrúpulos en reproducir aquí el pasaje por segunda vez. Hasta donde yo sé, nunca ha sido citado u observado por ningún sociólogo y yo había llegado a la misma conclusión años antes, leyendo el fragmento de la obra *Prometeo*, que contiene el ejemplo más profundo de intuición práctica que puede encontrarse.

—¿Qué es lo tuyo, entonces? —pregunta Epimeteo.

Y la respuesta de Prometeo llega como una iluminación:

> «La esfera que puede ocupar mi actividad. Ni más ni menos».

En otras palabras, todo aquel compartimiento de la industria que el individuo pueda controlar, debería entregársele. Pero todos aquellos de los que el individuo ha abdicado, deberían ser nacionalizados o municipalizados. En otras palabras, deberían quedar a cargo de la comunidad, para que esta los maneje en el interés de todos. La administración de las sociedades anónimas tiene todos los defectos de la administración estatal o municipal, y ninguna de sus virtudes y ventajas, que son muchas, como demostró Stanley Jevons en un memorable ensayo ahora casi olvidado. En su magnífico *aperçu*, Goethe se ponía cien años por delante de su tiempo, y considerando que en los primeros años del siglo diecinueve la industria moderna estaba en pañales, por decirlo así,

y apenas daba señales de su veloz y portentoso desarrollo, su intuición me parece notabilísima. También vio, por supuesto, que la tierra y sus productos, como el aceite y el carbón, debían pertenecer a la comunidad.

El hecho de que Goethe, alejado de la corriente de la vida industrial, haya encontrado la verdadera solución al problema social un siglo antes que los ensalzados hombres de estado europeos es algo que debería enseñamos el valor inestimable que posee el visionario y el pensador. ¡Qué crítica de la democracia en este solo hecho!

Le debo más a Goethe que a cualquier otro maestro. Carlyle vino primero; después, Goethe. Carlyle, quien sólo conocía en el mundo dos clases de hombres dignos de respeto: el trabajador y el pensador, las dos cuerdas de hierro a las que arrancaba una heroica melodía; y Goethe, quien vio todavía más allá y fue el primero en comprender que el artista era el más grande de los hijos del hombre, su destino el más arduo, porque prefigura la incesante labor maternal de la creación, el deseo de producir y producir que es el alma de la vida, yendo siempre más lejos y más arriba, hacia una visión más amplia y más consciente. Y cuando los críticos se quejan de que Goethe era demasiado egocéntrico, olvidan cómo organizó la ayuda para los tejedores hambrientos o cómo trabajó noche tras noche para salvar del fuego las chozas de los campesinos de Turingia.

Y su trabajo creativo es de lo mejor, su Mefistófeles está tal vez demasiado generalizado, así como Hamlet es demasiado individualista, si se los compara con Don Quijote o Falstaff. Pero, miren a sus mujeres, Gretchen, Mignon y Philina. Sólo la Cleopatra de Shakespeare y tal vez su *Soneto de amor* tienen la misma calidad.

Cada vez que veo que se coloca a Homero, que no es tan grande como nuestro Walter Scott, entre los primeros de entre los hombres, me siento sorprendido. Para mí, los sagrados son Jesús, Shakespeare y Goethe. Ni siquiera Cervantes y Dante tienen su misma estatura, aunque pertenecen al mismo linaje. Pero por extraño que parezca, Cervantes no nos ha dado ningún nuevo tipo de mujer y Dante es un cantor más que un creador. Mientras que Goethe y Shakespeare son supremos cantores así como creadores, y sobre la Cabeza del Crucificado se asientan las coronas del mundo.

Por mi parte, y hablando de manera enteramente personal, yo encontraría un lugar para Balzac y Heine aun en esa alta compañía. ¿Y quién se atrevería a excluir a Rembrandt, Beethoven y Wagner?

Hay un pequeño punto que diferencia a Goethe de Shakespeare. Shakespeare seguía a Jesús al insistir en el arrepentimiento, mientras que Goethe no siente compasión por el pecado. Lo que es pasado está pasado, dice perentoriamente, y las lágrimas son una pérdida de tiempo. Entrénate para no caer dos veces en el mismo pozo, y sigue adelante con audacia. El consejo demuestra gran coraje, y sin embargo la pena es también la purificación del alma.

Pero qué consejero era este Goethe:

Einen Blick
in's
Buch hinein
Und zwei
in's
Leben
Das muss die rechte Form
Dem Geiste geben.

En Gottinga aprendí muchas de las peculiaridades de la vida universitaria alemana y pasé más tiempo en el *pauk-boden* (campo de honor) y con las corporaciones de estudiantes, que en los mítines socialistas. Gracias a mi excelente alemán, me admitieron en todas partes como alemán y pronto descubrí la causa de la extraordinaria superioridad de los estudiantes alemanes en casi todos los campos de la vida. Y creo que incluso el descubrimiento de su valor me permitió predecir el colosal desarrollo de la industria y la riqueza alemanas veinte años antes de que tuviera lugar.

El emperador de Alemania en ese momento[19], abuelo del actual, debe haber tenido un cerebro inusitadamente bueno, porque de otro modo no hubiera encontrado a Bismarck, concediéndole poderes casi reales. Pero me inclino a pensar que su sabiduría se demostraba también en otro campo. Deseoso, por encima de todo, de fortalecer su ejército, llamó a consejo a Wilhelm von Humboldt, el hermano de Alexander[20], el famoso científico. ¿Qué había que hacer con el creciente número de estudiantes que año tras año entraba al ejército? Von Humboldt recomendó que los hicieran constituir una clase aparte, como voluntarios, y estuvieran sujetos a

sólo un año de entrenamiento en lugar de tres. Al comienzo, el viejo kaiser no quiso oír hablar del asunto. Pensó que serían inferiores en instrucción y disciplina al soldado común. «Todos mis soldados deben ser tan buenos como sea posible», fue su última palabra. Von Humboldt le aseguró que los voluntarios por un año constituirían muy pronto la flor y nata de los reclutas, y argumentó y suplicó con tanto fervor, que finalmente el viejo emperador cedió. Von Humboldt dijo que cierto porcentaje, por lo menos del veinte por ciento, de los voluntarios, llegaría a ser suboficiales antes de que terminara el año, y el emperador estuvo de acuerdo en que si esto sucedía, el experimento debía ser considerado un éxito. Por supuesto, los primeros voluntarios sabían lo que se esperaba de ellos, y más del cincuenta por ciento se ganó esta distinción. En todo el ejército, los soldados voluntarios eran los más inteligentes. Más tarde se dijo incluso que los mejores suboficiales eran en su mayor parte voluntarios, pero esto no es creencia general, porque el alemán está muy orgulloso de sus suboficiales y con buenas razones, ya que sirven durante 16 años a la bandera, y como después son recompensados con buenos puestos en los ferrocarriles o en Correos o en la policía, y de hecho pueden elevarse incluso a la categoría de caballeros, forman la clase más notable que exista en cualquier ejército. He conocido a muchos suboficiales alemanes que mientras servían han aprendido a hablar correctamente el inglés y el francés.

Pero la competencia de los voluntarios educados no sólo vivificó enormemente el espíritu, la mente y la disciplina del ejército, sino que la institución ejerció a su vez el mejor efecto sobre la enseñanza y el aprendizaje en las escuelas. Y que yo sepa, esto no se ha hecho notar nunca. La clase media y la clase media baja alemanas deseaban que sus hijos llegaran a ser voluntarios por un año, de modo que padres, madres y hermanas estimulaban a sus hijos y hermanos a estudiar y aprender de modo de dar ese inmenso paso en la jerarquía social.

A su vez, esto inspiró a los maestros y profesores del «Gymnasien» y la «Real-Schulen», quienes aprovecharon inmediatamente este nuevo espíritu de los estudiantes. Año tras año, se fue elevando el límite del examen final en el «Gymnasien» —*das abiturienten-Examen* o «examen de despedida»— hasta que alcanzó las cotas establecidas por la humana naturaleza. El nivel de

este examen es ahora semejante al de un Notable de Oxford o Cambridge, muy por encima del nivel de graduación en las universidades americanas. Cada año hay en Gran Bretaña tal vez mil estudiantes que lo alcanzan, contra los cien mil de las universidades alemanas, algunos de los cuales llegan todavía a mayores alturas.

Ni por un momento se me ocurriría sugerir que estos cien mil estudiantes alemanes son los pares intelectuales de los mil hombres de las universidades inglesas; pueden tener el mismo nivel de conocimientos, pero los mil destacados de Oxford y Cambridge son por lo menos tan inteligentes como los mil de las universidades alemanas. El genio tiene poco o nada que ver con la cultura, pero lo que sí afirmo es que el número de hombres cultivados e inteligentes de Alemania es diez veces mayor que el de Inglaterra. Muchos ingleses están orgullosos de su ignorancia. Cuán a menudo he oído decir en mi vida posterior: «Nunca he podido aprender lenguas. El francés es endemoniadamente difícil de pronunciar, aunque conozco algunas palabras, pero el alemán está absolutamente más allá de mis alcances/No obstante, sé algo de caballos y se supone que soy bastante útil en la banca…», y así sucesivamente. He escuchado decir a un inglés millonario, ennoblecido por su dinero, que sólo tenía dos libros en su casa: uno, «la guía», es decir la Biblia, que nunca había abierto, y el otro, su talonario de cheques.

Hay una escena, grabada en mi memoria como si lo hubiera sido con vitriolo, que muestra la enorme diferencia entre ambos pueblos. Con el objeto de tomar lecciones especiales de antiguo alemán, pasé un semestre en la casa de un profesor de un Gymnasium. Tenía una hija y dos hijos: el menor, Wilhelm, era un excelente estudiante mientras que Heinrich, el mayor, era más bien apático o lento. El padre era un hombre grande, poderoso, con una gran voz y un temperamento imperioso. Una especie de Bismarck. Estaba escribiendo un libro de gramática comparativa. Todas las noches me daba una lección de una hora. Yo me preparaba con cuidado para no despertar su irritación y pronto nos hicimos amigos. Su religión era el deber, dulcificado por su amor hacia su hija, que se preparaba para ser maestra. Mi dormitorio estaba en el segundo piso, en la parte trasera de la casa. Pero a menudo, después de haberme retirado y mientras leía en mi habitación, escuchaba voces

que venían de la sala, en la planta baja. Pronto descubrí que después de mi lección y de una o dos horas dedicadas a su hija, el profesor repasaba sus lecciones con Heinrich. Una noche de verano estaba leyendo en mi habitación, cuando fui sobresaltado por una terrible trifulca. Sin pensarlo, corrí escaleras abajo y entré en la sala. Mary estaba tratando de consolar a su padre, que caminaba de uno a otro lado de la habitación con lágrimas en los ojos.

—¡Pensar que ese bruto estúpido es hijo mío! ¡Míralo!

Heinrich, con la cara muy roja y el pelo enmarañado, estaba sentado a la mesa con sus libros, sombrío y enojado.

—Él con el optativo es algo que está más allá de su entendimiento —gritó el profesor—, y tiene quince años.

—Él con el optativo es algo que estaba más allá de mi entendimiento a los dieciséis —reí yo, tratando de detener la tormenta. El chico me lanzó una mirada de agradecimiento, pero el padre se negó a calmarse.

—Todo su futuro depende de su trabajo —gritó—. ¡El año próximo tiene que estar en *Secunda* y no tiene ni una oportunidad!

—Oh, vamos —dije—, usted me dijo una vez que cuando Heinrich aprende algo jamás se le olvida, mientras que yo olvido con tanta facilidad como aprendo. No se puede tener todo.

—Eso es lo que yo le digo a mi padre —dijo Mary y la tormenta fue desapareciendo.

Pero a medida que se aproximaba el momento del examen, las escenas de esta índole eran casi diarias. He visto al profesor trabajando apasionadamente con Heinrich a la una o dos de la mañana, con toda la familia inquieta a causa de la lentitud de captación del muchacho.

El alemán común no es de ningún modo un genio, pero por regla general ha tenido que aprender mucho y sabe cómo aprender cualquier cosa que desee, mientras que el inglés común o el americano son casi increíblementes ignorantes, y si le sucede haber tenido éxito en la vida a pesar de sus limitaciones, está más que dispuesto a enorgullecerse de su ignorancia. Conozco hombres y mujeres ingleses que han vivido veinte años en Francia y no saben nada de francés, con excepción de algunas frases comunes. Hay que admitir que en este sentido el inglés es mucho peor que el americano; a este lo avergüenza su ignorancia.

En asuntos de pensamiento, el alemán es, por decirlo de alguna manera, un atleta entrenado en comparación con el inglés, y tan pronto como entra en competencia con él, se hace consciente de su superioridad y naturalmente le gusta probarla y exhibirla. Una y otra vez hacia finales del siglo diecinueve, fabricantes ingleses que se quejaban de la pérdida de los mercados sudamericanos, me han mostrado cartas en castellano y portugués escritas por «mercachifles» alemanes que no podían compararse a los agentes ingleses. «Somos derrotados por su conocimiento», era la conclusión y queja real. Y en los primeros diez años del siglo veinte, el orgullo alemán por su inesperado y rápido éxito en el comercio y la industria, intensificó sus esfuerzos y al mismo tiempo su desprecio por rivales tan fácilmente derrotados.

En los espaciosos días de Elizabeth, los hombres y mujeres ingleses de mejor clase estaban ansiosos por aprender, y apreciaban la cultura tal vez más de lo que vale. La propia reina sabía bastante bien cuatro o cinco idiomas, mejor que cualquier soberano inglés que ha habido desde entonces. Hay otro hecho que los ingleses deberían tener presente: a fines del siglo dieciséis, la población de Gran Bretaña era de unos cinco millones de personas; a fines del siglo diecinueve, era de unos cuarenta y cinco millones, unas nueve veces más. Y sin embargo, las tres cuartas partes de los institutos de enseñanza superior que hay hoy en Inglaterra ya estaban allí en tiempos de Elizabeth. Este hecho y todo lo que implica, me aclara el florecimiento del genio en la edad pasada, más grande. La población ha aumentado nueve veces, la clase educada no ha duplicado su número y por cierto tampoco se ha desarrollado en cuanto a la apreciación o comprensión de lo que constituye el genio.

Me siento más que inclinado a predicar este sermón porque sugiere el verdadero significado de la Guerra Mundial, que Inglaterra se ha negado obstinadamente a aprender. Cuando vio, entre 1900 y 1910, que era superada por Alemania, no sólo en la producción de acero sino también en la de hierro y carbón, Inglaterra hubiera debido comprender lo que le estaba costando su desprecio por el conocimiento y su amor al deporte, y hubiera debido poner su casa en orden, en el más alto sentido de esta expresión. Hace ahora cien años que ha estado enviando a los más

capaces de entre sus hijos a gobernar la India. Debería haber aprendido de Maquiavelo que en tiempo de guerra todas las posesiones romanas no colonizadas por los latinos eran una fuente de debilitamiento. Inglaterra tiene que retirarse lo más pronto posible de la India y de Egipto y concentrar todas sus energías en el desarrollo de sus propias colonias, que siempre comerciarán con ella por razones sentimentales y de hábito. Los canadienses compran seis veces más mercaderías inglesas que los americanos y los australianos gastan veinte veces más en productos ingleses que en productos alemanes, pese a la calidad superior de estos últimos. Lo peor de todo es que los gobernantes y líderes ingleses no sospechan esta verdad.

Pero en ese momento, el crecimiento de Alemania y su inquieta vida intelectual, me hicieron concebir la certeza de que nacionalizando la tierra y socializando las principales industrias, tales como los ferrocarriles, las compañías de gas y de agua, que son demasiado grandes para el manejo del individuo, no sólo podía elevarse a un nivel mucho mayor la vida del pueblo inglés, sino que al mismo tiempo se intensificaría su fuerza de trabajo. Indudablemente, sería sabio duplicar los salarios de los trabajadores si con esto se acrecentara la productividad. Además, la nacionalización del ferrocarril y las compañías de gas, de agua y de minería, daría empleo permanente y seguro a cinco millones de hombres y mujeres, con suficiente salario como para garantizarles condiciones de vida decentes. Y otros cinco millones de trabajadores podrían emplearse en la tierra con arrendamientos vitalicios, y de este modo Gran Bretaña sería autosuficiente y aumentarían enormemente su poder y su riqueza.

Hablo de todo esto porque decidí transformarme en reformador social y comencé a practicar por lo menos media hora diaria la oratoria espontánea.

Después de tres semestres pasé de Gottinga a Berlín. Ya era tiempo: necesitaba el estímulo del teatro y las galerías de arte y el pulso de la vida de una gran ciudad. Pero Berlín tenía algo provinciano. La llamé *Welt-dorf*, es decir aldea-mundana. Sin embargo, aprendí mucho allí. Escuché varias veces hablar a Bismarck, llevándome de él un recuerdo

eterno, como de un auténtico gran hombre. En realidad, comprendí que si no hubiera nacido Junker, en una posición privilegiada, transformándose en un completo estudiante voluntario, hubiera podido llegar a ser un gran reformador social como el propio Carlyle. Tal como era, hizo de Alemania casi un estado modelo. Un día, un socialista lo acusó en el Reichstag de haber aprendido mucho de Lassalle[21]; contestó en seguida y aniquiló a su crítico declarando que pensaría muy mal de cualquiera que hubiera conocido a ese hombre extraordinario sin aprender nada de él. Creo que fue Bismarck el responsable de los primeros pasos hacia la socialización de las industrias alemanas; Bismarck quien estableció los bancos de agricultura para prestar dinero a plazos razonables a los granjeros; también fue Bismarck quien se atrevió a nacionalizar algunos ferrocarriles alemanes y a municipalizar las compañías de gas y de agua, haciendo responsable al estado de la extensión del sistema de canales.

Bajo su despotismo benéfico, también las municipalidades de Alemania se transformaron en instrumentos de progreso. Los barrios bajos desaparecieron de Berlín y las viviendas de los pobres excitaban la admiración incluso de los visitantes extranjeros. Sus secretarías de trabajo, que proporcionaban empleo adecuado, fueron imitadas tímidamente cuarenta años más tarde en Londres. No es excesivo decir que prácticamente erradicó la pobreza de Alemania.

El propio gran ministro anticipó que sus intentos por elevar el nivel de vida de las clases más bajas obstaculizaría el progreso industrial y haría más difícil para los capitanes de la industria la acumulación de riquezas, pero en esto se equivocó por completo. Había dado ayuda y esperanza a los más pobres, y este estímulo dado a la clase más numerosa revivió la industria de toda la nación; la productividad del trabajo se acrecentó enormemente; los trabajadores alemanes se transformaron en los más eficaces del mundo y en la década anterior a la gran guerra, las principales industrias del acero y del hierro, que veinte años antes no habían alcanzado ni la mitad de la producción de las inglesas, se hicieron tres y cuatro veces más productivas y dando mayores beneficios hicieron prácticamente imposible la competencia. Este impulso vivificante alcanzó incluso a la industria naviera, y mientras el

gobierno británico se vio en la necesidad de ayudar financieramente a la línea Cunard, la Hamburgo-América se transformó en la primera línea del mundo, rindiendo beneficios que ponían verdes de envidia a los navieros ingleses. La emigración a Alemania alcanzó cotas de un millón de personas por año, sobrepasando incluso a la emigración a los Estados Unidos. Y este sorprendente desarrollo de la industria y la riqueza no se debió a ventajas naturales, como en el caso de los Estados Unidos, sino simplemente a un gobierno sabio y humano y a una mejor escolarización. Todo oficial de un transatlántico alemán hablaba por lo menos francés e inglés tan bien como el alemán, mientras que ni un oficial inglés o francés de entre cien hablaba otra lengua que no fuese la propia.

Examinando el crecimiento sin paralelos del país y su prodigiosa productividad y riqueza, poco puede asombrarnos que su dirigente haya atribuido la increíble prosperidad a su propia sabiduría y previsión. Realmente parecía que en una sola generación Alemania había pasado de una posición de segunda al liderazgo del mundo moderno. Y ya en los tempranos ochenta podía preverse el desarrollo futuro. Pasé un mes de mis vacaciones en Düsseldorf y Essen y quedé sorprendido por la inteligencia entrenada y cultivada de los directores y capataces de las principales industrias. Los dispositivos de ahorro labora] me recordaron a las mejores industrias de los Estados Unidos, sólo que aquí había una inteligencia mucho más amplia y no obstante especializada. Algún día, pronto, se contará bien toda la historia, pero aún hoy, en 1924, parece claro que las naciones rivales, en lugar de seguir a Alemania y mejorar el ejemplo de Bismarck, están resueltas a degradar, desmembrar y castigar al país. Casi desespera uno de la humanidad.

Después de Gottinga y Berlín, fui a Munich, atraído por el teatro y la Opera, por Ernst Possart, el mejor Shylock que he visto y sin duda el actor más dotado, más completo, si exceptuamos al anciano Coquelin, que manejaba la escena y era la perfección misma. En Munich, la música era tan buena como la actuación. Heinrich Vogl y su esposa eran excelentes intérpretes y fue a través de ellos, como ya he dicho, que conocí a Richard Wagner. En mi cuarto volumen de *Contemporary Portraits*, hice lo que pude por retratarlo en su entorno vital, pero omití más o menos deliberadamente dos o tres características que no me pareció oportuno publicar en ese

momento, habiendo sabido, en 1922, que Cósima Wagner todavía vivía. Aquí puedo ser más franco. En mi «retrato», dejé más o menos en las sombras la personalidad de la Isolda, o alma inspiradora, de ese maravilloso dúo de amor que es el segundo acto del *Tristán*. Por supuesto, no cabe duda alguna acerca de que Mathilde von Wesendonck fue la Isolda de Wagner. Él se lo expresó así en una carta: «Por toda la eternidad te deberé el haber podido crear Tristán».

En su viudez, Mathilde se retiró a Traunblick, cerca de Traunsee, en los Alpes bávaros, y es posible que la haya visto allí en aquel maravilloso verano de 1880 que pasé en Salzburgo. Pero apenas nadie conoció su importancia en la vida de Wagner hasta después de su muerte en 1902, cuando dejó instrucciones para la publicación de las 150 cartas Que él le había escrito y del famoso diario en forma de cartas para ella, que él escribió en Venecia inmediatamente después de su separación. Le dijo grandes cosas. «Tus caricias coronan mi vida —escribió—. Son las rosas de júbilo del amor que adornan mi corona de espinas». Y Mathilde se merecía este elogio. Como él dijo, era siempre dulce y prudente e incluso sobrepasaba a su amante en su capacidad para vivir en las cumbres. Él se quejó un día en su presencia de que Liszt, su mejor amigo, no lo comprendía totalmente. «Entre hombres —agregó—, no puede haber una amistad ideal». De inmediato, ella lo hizo retornar a la realidad: «Después de todo, Liszt es el hombre que está más cerca de tu nivel. No lo subestimes. Conozco una gran frase que él dijo un día sobre ti: "Estimo a los hombres según cómo tratan a Wagner". ¿Qué más puedes pedir?». Y su encantador mundo poético en los días de la intimidad amorosa: «Los domingos apasionados de mi vida». Si hubo alguna vez un hombre bienaventurado en sus pasiones, ese fue Richard Wagner.

Y sin embargo, también en este caso, en que estaba en juego lo mejor de él, se muestra cobarde. En 1865, seis años después de separarse de Mathilde, permitió que madame von Bülow escribiese (y es verdad): «En el nombre de Su Majestad, el Rey de Baviera», a Mathilde, para pedirle una cartera de artículos y esbozos que Wagner, en los días de su intimidad, le había confiado. Como es natural, Mathilde le escribió directamente a él, dándole una lista de todo lo que contenía la cartera y agregando por fin: «Te ruego que

me digas *qué* manuscritos son los que deseas y si *tú* quieres que los envíe». En el culto del amor, las mujeres son casi siempre más nobles y delicadas que los mejores hombres. La respuesta de Wagner de que el Rey deseaba publicar esas cosas no lo disculpa por haber permitido que Cósima triunfara sobre su gran rival. Pero al publicar las cartas y el diario de Venecia dedicados a ella, Mathilde derrotó a Cósima. Sin embargo, esta no estaba dispuesta a dejarse vencer. Había dejado a Von Bülow por Wagner, prefiriendo, como dijo alguien «Dios a su Profeta», pero ella también podía alcanzar las alturas. Al encontrar a Von Bülow años más tarde, este le dijo para reconciliarse: «Después de todo, te perdono», y ella le replicó con gran fineza: «No es una cuestión de perdón, sino ele comprensión». Y en ese momento, en 1902, enfrentada con la revelación de las cartas de Wagner a Mathilde, comenzó a escribir diciendo que «el Maestro deseaba que esos papeles fueran destruidos» (*der Meister wünschte beiliegende Blätter vemichtet*), pero cuando descubrió que iban a publicarse pese a su oposición, no sólo consintió graciosamente a su publicación en alemán, sino que agregó catorce cartas de Mathilde von Wesendonck que había encontrado entre los papeles de Wagner. Creo que la historia tiene un curioso interés humano.

Cósima era la igual de Wagner y merecía toda su alabanza de ella como «intelectualmente superior incluso a Liszt». Pero me parece que cualquiera que estudie la vida de Wagner tendrá que admitir que fue Mathilde quien tejió las primeras rosas de júbilo en su corona de espinas y que fue ella quien lo ayudó a alcanzar sus supremos logros. Más tarde, él solía afirmar que *El anillo* y *Parsifal* constituían su más alto mensaje; y Cósima fue la verdadera compañera de su alma, quien le dio felicidad y días dorados. Pero no puede dudarse que Mathilde fue la Raquel de su juventud y la inspiradora de sus obras maestras más nobles y artísticas.

Años más tarde, él escribió la verdad. «Me parece totalmente claro que jamás volveré a inventar nada nuevo. Con Mathilde floreció mi vida y me dejó con una tal riqueza de ideas que desde entonces me he limitado a recurrir al tesoro y elegir lo que deseara desarrollar… Ella es y sigue siendo mi primer y único amor. Con ella alcancé el cénit. Aquellos años divinos guardan toda la dulzura de mi vida». Ella fue el genio inspirador, no sólo de *Tristán* sino

también de los *Maestros cantores*, y no sería difícil probar que los mejores momentos de *Parsifal* tienen que ver con la relación de Wagner con ella. Llegó en el momento justo de su vida. Después de todo, él tenía más de cincuenta años cuando se unió a Cósima.

La vida de Wagner descansa en tres personas: Mathilde von Wesendonck, el rey Ludwig y Cósima Liszt. En mi «retrato» hablé poco de Cósima, pero fue indudablemente el personaje principal de la última parte de su vida. Su vida con ella en Tribschen, desde 1866 a 1872, no sólo fue el período más feliz de su existencia, sino también muy productivo. El nacimiento del hijo, a quien audazmente bautizó «Sigfrido» (den ich kühn «Siegfried» nennen konnte), fue para él una consagración. En lugar de vivir con una mujer como su esposa, que continuamente lo instaba a comprometerse con todas las convenciones porque no creía en él y era incapaz de apreciar su genio en todo lo que valía, tenía ahora para alentarlo y apoyarlo a una mejor cabeza y una comprensión más completa incluso que la de Liszt: «*Eine unerhört seltsam begabte Frau! Liszt wunderbares Ebenbild nur intellektuel uber ihm stehend*» (una mujer singularmente dotada. Es otra vez Liszt, pero intelectualmente superior).

En su deleite, Wagner trabajó frenéticamente. Durante años, escribió desde las ocho de la mañana a las cinco de la tarde. ¡En estos felices años fructíferos de Tribschen completó *Los Maestros cantores*, tal vez su obra más característica! Terminó también el *Sigfrido* y compuso casi todo *El ocaso de los dioses*. Luego, escribió también su mejor trabajo, su Beethoven. En Tribschen, empezó incluso a publicar la edición final de sus obras y finalmente llegó la victoria de 1870 para agregar una especie de consagración a su felicidad. Por fin, la Alemania que amaba había llegado a honrarlo y glorificarlo entre los hombres. Ahora ál también viviría mucho y haría al escenario alemán digno de su pueblo. En realidad, era tan afectuoso como apasionado, y su naturaleza se expandía en esta atmósfera de bienestar, aliento y reverencia. Asumió el tono y la manera de un gran personaje. No podía soportar la contradicción o la crítica, ni siquiera de un Nietzsche, y esta actitud trajo consigo grandes errores. Si nosotros, los mortales, no mantenemos los ojos fijos en la tierra, podemos tropezar.

Hablando un día sobre *der Fliegende Holländer*, dijo que un

marinero le había relatado la historia treinta y cinco años antes, durante su memorable viaje de Riga a Londres. Yo no pude evitar interrumpirlo:

—Creí que había tomado de Heine esa espléndida redención del héroe por el amor, ¿no es así, maestro?

—Me la contó un marinero —repitió—. Heine tomó el tema de la salvación del héroe por el amor de una pieza teatral holandesa.

Pero tal pieza no existe. Puede decirse que era excusable de parte de Wagner engañarse en este caso: tomó la historia de Heine, pero creía que el mismo Heine la había tomado prestada. Pero con respecto a la leyenda de *Tannhäuser* no es posible una explicación semejante. Wagner siempre mantuvo que había tomado la historia de una simple *Volkslegent (aus dem Volksbuch und dem schlichten Tannhäuserlied)*, pero no existe este Volksbuch, no hay tal leyenda. Es todo de Heine. Y cuando un día hablé de Heine con apasionada admiración y lo puse junto a Goethe muy por encima de Schiller, no quiso aceptarlo.

—*Sie schwärmen*… está usted confundido por la admiración —dijo—. Heine era un simple poeta lírico (*ein Lyriker*), pero Schiller era un gran genio dramático.

Debía al genio de Heine las cosas más bellas de las leyendas alemanas a las que transformó en música, y pienso que en el futuro esta negación de Heine, que ahora es poco conocida, será tal vez la mancha más grande en el carácter de Wagner, que era noble en muchos aspectos. Lo muestra tanto más pequeño, y menos sincero incluso que Beethoven, y sin nada de esa magia de la comprensión amorosa que nuestro Shakespeare derramó a manos llenas incluso sobre su rival Chapman. El hecho de que Wagner haya podido fingir deliberadamente en un caso como este, siempre me parece que lo relega a un lugar que queda por debajo de los más altos. ¿Por qué los hombres de genio que iluminan nuestra vida tienen esas manchas que arruinan su radiación?

Atenas y la lengua inglesa

Jamás seré capaz de describir la belleza natural, aunque he visto paisajes tan adorables que su sola memoria me llena los ojos de lágrimas. De la misma manera, hay dos ciudades, Atenas y Roma, que jamás podré intentar describir. Deben ser vistas y estudiadas para comprenderlas. La impresión que produce Atenas es tan simple, como complicada es la que produce Roma. La primera impresión es la de la belleza del cuerpo humano. Lo que Atenas da de inmediato es la majestad de la figura del hombre y el atractivo sensual de la de la mujer. Mientras que Roma es el epítome de una docena de civilizaciones diferentes y produce una docena de estímulos distintos.

La segunda noche que pasé en Atenas, la luna estaba casi llena. El cielo estaba cubierto de nubecillas blancas sobre el azul intenso, como escudos plateados que reflejaban la radiación. No tenía nada que hacer, de modo que atravesé la plaza donde se alzan las barracas de un palacio y subí la Acrópolis por la Proplyaea, Cuando me detuve frente al Partenón, su pura belleza cantaba para mí como un verso exquisito. Pasé la noche allí, yendo de un lado a otro, desde las cariátides del Erechtheum al friso del Templo, a la Victoria sin alas, y otra vez de regreso. Cuando llegó el amanecer y los primeros haces de luz golpearon el Partenón, me quedé allí con las manos juntas. Mi alma se estremecía de admiración y reverencia por e] espíritu de belleza que veía allí incorporado.

Atenas es puramente pagana, y sus templos, como sus poemas, convocan lo más humano que hay en nosotros. Estos edificios no llevan al ojo de pináculo en pináculo hacia el infinito, como las agujas de un templo gótico; aquí, el templo es el marco, por decirlo así, de exquisitas formas blancas de hombres y mujeres contra un telón de azul profundo. Este es el recinto donde se encontraron hombres y mujeres nobles: Pericles y Fidias, Sócrates y Aspasia. Aquí, el gran poeta Sófocles, que era él mismo un modelo de belleza, camina entre graciosas jovencitas de senos de manzana y

caderas redondeadas y firmes. Aquí está la deificación de la humanidad. Y esta religión me atrae más profundamente que cualquier otra, tanto por su sensualidad como por su nobleza. Aquí están para besar los cuerpos más hermosos del mundo y aquí también el coraje que sonríe frente a la muerte. ¡Y recuerdo las palabras de Sócrates en el *Critias*: «Vayamos entonces donde nos conduce el Dios», siendo nuestro Dios y guía lo que hay de más alto en nosotros!

¿Puede haber algo más elevado? En Sócrates parecemos tocar el cénit de la humanidad, pero el mandato de Jesús es aún más dulce: los hombres necesitamos perdón y afecto y es más bienaventurado quien da amor que quien lo recibe. Pero el paganismo es la primera religión y Atenas es el lugar de su nacimiento, su altar y su hogar.

Oscar Wilde me dijo una vez que, siendo un escolar, ya era consciente de su genio y que, antes de salir de Trinity, Dublín, para ir a Oxford, estaba seguro de que sería un gran poeta. A los veinticinco años, yo había alcanzado cierta originalidad al ver a Shakespeare con tanta claridad como lo vi a los cuarenta, pero había pasado con mucho los treinta antes de pensar en la posibilidad de hacer de mí un gran escritor. Era dolorosamente consciente de mi falta de talento como escritor y acostumbraba repetir con Balzac lo que este se decía a sí mismo: «Sans génie je suis flambé» (si no tengo genio, no tengo nada). Cuando decidí ir de Munich a Grecia, sentía que ya hacía bastante que estaba estudiando lenguas, y los grandes escritores y héroes clásicos no me impresionaban mucho. Con la excepción de Sócrates, ninguno se asemejaba a mi ideal. Vi que Sófocles se repetía: su *Electra* era una mala copia de su *Antígona* y terminaba su *Ajax* con un panfleto político a favor de Atenas. Era un maestro del lenguaje y no de la vida o el arte y había perdido tiempo con él. Por lo demás, no había ningún romano, excepto Tácito y Catulo, el poeta amante de Clodia-Lesbia, y por supuesto César, que era casi el ideal de escritor y hombre de acción. Mis cuatro años de duro trabajo no me habían dado mucho. El par de meses pasados con Skobelef fue más rico en alimento para el espíritu, porque fortaleció mi ideal de la vida vigorosa vivida en el desprecio por las convenciones.

Despaché mi equipaje y atravesé a pie las montañas hasta Innsbruck, y de allí tomé el tren para Venecia. Fue una experiencia

sorprendente. Por primera vez comprendí el valor de lo anormal. Las calles de agua le daban al lugar una distinción única. El Puente de los Suspiros era más memorable que cualquier cantidad de puentes de Brooklyn o hasta de Waterloo. Recordaba con frecuencia la gran frase de Marlowe: «¡Soy yo mismo solo!». La singularidad es distinción.

Trabajé duro con el italiano durante una quincena y pude hacerme entender y entender todo lo que me decían, pero, cuando fui al teatro del pueblo, donde se hablaba el dialecto véneto, no pude comprenderlo en absoluto y al comienzo sentí que quedaba fuera. ¡Sin embargo, había sido capaz de comprenderlo todo en el Münchener Volkstheater! Pese a todo, en una semana, después de leer *I primessi sposi* y bastante a Dante, fui capaz de seguir el argot véneto y, en un cabaret de los barrios bajos, pude recoger impresiones de la vida cotidiana de Venecia. En todas partes, las clases trabajadoras son las más idiosincrásicas, y en consecuencia las que más vale la pena conocer.

Pero anhelaba Grecia, de modo que tomé un barco de Florio y partí. A bordo había un tal Signor Florio y nos hicimos amigos. Sacó un maravilloso Marsala y me enseñé que había por lo menos un vino italiano que merecía la pena beber. Fue por él que me enteré de muchas cosas de Sicilia y decidí que en mi camino de regreso me detendría en Palermo o Siracusa para estudiarla.

En el barco había una criaturita griega tullida. La madre la estaba llevando de regreso a Atenas para operarla. Parecía desolada. Descubrí que era porque el padre se había ido a los Estados Unidos y no había vuelto a escribir desde entonces y la madre no tenía dinero suficiente para la operación. ¿Cuánto costaría? Quinientos dracmas. La suerte quiso que yo tuviera conmigo algo más de esa suma. Se la di a la madre y le dije que se alegrara. Lloró mucho y besó mi mano. No sé por qué di ese dinero; quedé escaso de fondos. No podía beber mucho vino, tenía que hacer durar dos días una botella. Al final del viaje, mi factura por extras y propinas se llevó todo lo que tenía, y cuando llegamos al Pireo descubrí que no tenía dinero para pagar al botero para que me llevara a la estación junto con mi equipaje. Cómo maldije mi estúpida liberalidad. ¿Quién me había metido a mí a ser generoso? Esa tarde entré al camarote y estudié a los pasajeros. Elegí un hombre joven. Parecía judío, pero

tenía la nariz recta. Me acerqué a él, le hablé de mi problema y le pedí que me prestara algún dinero. Sonrió, sacó su billetero y me mostró billetes de quinientos y mil dracmas.

—¿Puedo coger esto? —pregunté, tocando un billete de mil dracmas.

—Por supuesto —contestó—, encantado.

—Por favor, deme su tarjeta —continué— y dentro de una semana, tan pronto como pueda recibir dinero de Londres, le devolveré el dinero. Voy al Hotel Grande Bretagne. Es bueno, ¿no es cierto?

—Se supone que sí —contestó—, porque los ingleses ricos van allí, pero yo preferiría el Hotel
d'Athènes
.

—Seguiré su consejo —dije, y nos estrechamos las manos.

Esa noche dormí en una habitación que daba a la plaza del palacio y desde donde se veía la Acrópolis.

El caballero que me prestó el dinero era un tal señor Constantine, dueño, si no recuerdo mal, de las obras de gas del Pireo. Cuando escribí a mi banco de Londres pidiendo dinero, me lo enviaron a condición de que me identificara. Esta condición me llevó a la embajada británica, donde conocí al primer secretario Raikes, que fue lo bastante amable como para identificarme sin necesidad de otros requisitos. Ofrecí una cena a Constantine e hice que conociera a Raikes y otros amigos míos, devolviéndole su dinero con mis más efusivas gracias. Constantine y yo seguimos siendo amigos durante muchos años.

Un grupo de estudiantes se reunía una vez por semana en el Hotel
d'Athènes
para hablar de todo lo conectado con la lengua, la literatura, el arte y la vida griegas.

Estos estudiantes eran en su mayor parte hombres muy capaces que hacían cursos de postgraduados. Venían de las escuelas italianas, francesas y alemanas, pero ningún inglés o americano fraternizó con nosotros, aunque recuerdo que Raikes nos visitaba una vez por mes. No sólo era agregado principal o algo más en la embajada inglesa, sino también hermano del director general de

correos. Lo llamábamos «Raikes el largo», porque tenía unos seis pies cinco pulgadas de altura. Yo acostumbraba pensar que Raikes haría algo memorable en la vida, porque tenía un cerebro curiosamente equilibrado, aunque no era lo que se llamaría dinámico.

También estaba el alemán Lolling, quien más tarde llegó a ser director del Instituto Arqueológico de Berlín, si no me equivoco, y escribió el famoso Baedecker de Grecia.

Después había un italiano, una especie de curador asistente de la Galería Pitti de Florencia, y un francés sorprendente, un hombre de unos cuarenta o cuarenta y cinco años, de buena presencia y cabeza magnífica, que hablaba a la perfección casi todos los idiomas europeos, con un acento perfecto. De hecho, el único francés que conocí, el único extranjero que hablaba inglés de modo que era imposible decir que no era inglés. He olvidado su nombre, pero lo llamábamos el Barón.

Recuerdo que, una noche, Raikes trajo al señor Bryce, después lord Bryce, quien por entonces estaba por hacer su primer viaje por Grecia. Había un par de profesores griegos de la universidad que venían con bastante regularidad. A uno de ellos lo bauticé Platón y el nombre se le quedó. He olvidado su nombre verdadero. Tenía modales encantadores y era extraordinariamente inteligente y culto en toda clase de cuestiones secundarias. Por ejemplo, conocía Sudáfrica y la colonia del Cabo casi tan bien como yo, pese a que jamás había puesto los pies en ella. Una noche llegué tarde y el presidente, Lolling, me dijo que habían tenido una interesante discusión sobre varias lenguas europeas, habiendo establecido algunos puntos a su entera satisfacción.

Dijo que todos estaban de acuerdo en que el italiano era el idioma más musical, después de desechar el castellano a causa de sus guturales ásperas. Se decidió que el alemán era el mejor instrumento del pensamiento abstracto y de hecho el vehículo más amplio de manera general. Se consideró que el francés era la mejor lengua para la diplomacia, al ser muy preciso y sencillo y muy popular de uno a otro extremo de la cristiandad. Estas eran algunas de las conclusiones generales.

—Todo esto es muy interesante —dije—, ¿pero dónde demonios ponen al inglés?

—El inglés —contestó el alemán— es muy simple y lógico, por supuesto, pero carece casi de construcción gramatical o reglas de pronunciación. Por lo tanto, no se ha hecho de él una defensa demasiado enérgica, aunque nos complacerá escucharlo a usted en este asunto, si desea decir algo.

Por supuesto, tomé de inmediato el toro por los cuernos y comencé diciendo que sería fácil probar que el inglés era la más musical de todas las lenguas mencionadas, a lo que me respondió un rugido de risas divertidas. El signor Manzoni, el italiano, deseaba saber si hablaba en serio. Le parecía sencillo demostrar que el inglés era la más cacofónica de las lenguas europeas.

—Primero déjeme explicar mi punto de vista —intervine—. ¿Por qué dice usted que el italiano es la más musical de las lenguas?

—A causa de nuestras hermosas vocales abiertas —replicó— y de que no tenemos guturales o sibilantes ásperas.

—Pero el inglés tiene sus cinco sonidos vocales puros —contesté — y muchos más. El inglés tiene seis o siete sonidos diferentes para la o y cuatro o cinco para la a; en realidad, tenemos unas veinte vocales contra las cinco de ustedes. ¿Realmente afirma usted que cuantos menos instrumentos tiene una orquesta, más divina es la música?

—Ya veo lo que quiere decir —dijo Manzoni—. No lo había pensado antes. Es un buen argumento, pero debe admitir que las eses inglesas son más descalificadoras incluso que las guturales alemanas.

—Evitamos las sibilantes tanto como podemos —repliqué—, aunque admito que la «ese» es un peligro en inglés, así como la gutural en alemán. Pero el argumento es que tenemos una mayor orquesta de sonidos vocales que cualquier otra lengua europea, esto debe admitirlo, y también que tenemos los más grandes poetas del mundo para utilizarlas. En consecuencia, apenas puede discutir la cuestión de la mejor música, porque sé que admitirá en seguida que cuanto más compleja sea la música, mejor será, casi con seguridad.

—Ya veo lo que quiere decir —contestó pensativo—. Sería más exacto decir que ustedes, los ingleses, tienen la mejor orquesta y nosotros, los Italianos, el mejor quinteto de cuerdas del mundo.

—Dejémoslo así —exclamé riendo—. Pero si quiere saber mi opinión, puedo asegurarle que hay cadencias en el verso inglés, tan

sutiles y musicales que lo pongo por encima de cualquier otro verso del mundo, incluso por encima del mejor Goethe. Piense en los tan alabados griegos; en Eurípides, por ejemplo, que pone invariablemente la cesura en el segundo pie. Su música es tan mecánica como una noria. Y nadie dice eso. Todos los elogian, eruditos y poetas:

Y Eurípides, el humano
Con sus gotas de cálidas lágrimas
Y su manejo de las cosas comunes
Hasta elevarlas para tocar las esferas[22].

Además, este asunto se está decidiendo de otra manera. Hace un siglo, sólo unos quince millones de personas hablaban inglés; ahora habla inglés cerca de doscientos millones de la población mundial de más rápido incremento del mundo. Un siglo más y tendremos cuatrocientos o quinientos millones que lo hablen. El único competidor que tenemos realmente es el ruso, que quedará en posición secundaria tan pronto como Australia y la gran meseta del África central se llenen de personas que hablen inglés. El veredicto de la humanidad estará a favor del inglés como lengua del pueblo más progresista y numeroso del mundo. Y me inclino a creer que este juicio por resultados es un juicio correcto.

(Alrededor de un año después, recuerdo haber escuchado decir a Turgueniev que prefería infinitamente el ruso al alemán o al francés, aunque hablaba perfectamente ambas lenguas. Insistía en que el ruso era mucho más rico, un instrumento más afinado que el alemán y «ya está mucho más extendido», fue su argumento final).

—La supervivencia —dijo el Barón— puede ser la de los más aptos, pero los más aptos no son siempre los mejores o más elevados. Pese a sus argumentos, que son excelentes, creo que las conclusiones a las que llegamos antes de que usted renovara la discusión, están más cerca de la verdad en muchos puntos esenciales. Sigo pensando que el italiano es más musical que el inglés. No puede usted creer que su «crichter» inglés sea tan musical como *creatura* (lo pronunció en cuatro sílabas); y el francés es mejor lengua para la diplomacia que el inglés, con matices de cortesía más finos; matices más exactos, quiero decir, de conversación afable. Los franceses tenemos cincuenta maneras distintas de terminar nuestras

cartas; contrástelas con su «Su sincero», «Su verdadero», «Su leal». ¡Me parece que en asuntos de cortesía tenemos toda la orquesta, mientras que ustedes no tienen más que el banjo, los címbalos y el tambor!

—El asunto es susceptible de ser probado —dije—. Deme cualquiera de las expresiones con las cuales termina usted sus cartas y yo las traduciré sin dificultad al inglés, dando el mismo matiz de significado que usted desea.

—Perdón —contestó—, pero ni siquiera sería capaz de traducir *amitiés*. El matiz que diferencia el amor de la amistad se perdería en la gran confusión inglesa.

—Podemos decir «su cariñoso amigo» —dije—, o «su amigo y amante» o «su afectuoso amigo»; el asunto es perfectamente sencillo.

Durante algunos minutos, la discusión se generalizó. Todos me propusieron frases que pensaban que serían difíciles de traducir al inglés, pero todas eran fácilmente convertibles, y abrevié la discusión, diciendo:

—Déjenme darles un ejemplo inglés y veamos cómo lo traducen. No inventaré una frase: me limitaré a darles un pasaje de Ruskin, muy conocido, en el cual elogia a los pintores venecianos, y a pedirles que lo traduzcan:

> *«Venice taught these men to love another style of beauty; broadchested and level-browed like her horizons; thighed and should ered like her billows; footed like her stealing foam; bathed in clouds of golden hair like her sunset*[23]*».*

Y ahora, Barón, no se moleste por tener que traducir al francés *thighed and shouldered like her billows* o *footed like her stealing foam*. Creo que le resultará difícil explicar incluso la frase en una página de cualquier lengua moderna, y al hacerlo estoy seguro de que perderá su poesía, su belleza, o al menos parte de su poesía y su belleza, mientras que usted admite que he sido capaz de traducir sus ejemplos franceses y alemanes a sus equivalentes ingleses con bastante facilidad.

—Díganos —dijo Lolling— lo que realmente piensa acerca de la lengua inglesa.

Halagado por esta solicitud, hice todo lo que pude por resumir

como un juez.

—Creo que fue Max Müller —dije—, o uno de los filólogos alemanes, pudo ser Karl Werner, quien me puso sobre la pista, diciendo que el inglés tiene más nombres para las cosas, es más rico en sustantivos que cualquier otra lengua, porque en los ingleses es muy fuerte el sentido de los hechos de la vida y el pueblo tiene hábitos de observación. Me parece que en su lucha por la existencia, el inglés se ha despojado de casi todas las formas gramaticales. Es más sencillo, más lógico que cualquier otro idioma moderno. La gente sin educación puede utilizarlo más fácilmente que cualquier otra lengua, más fácilmente incluso que el francés, y esa cualidad le da su capacidad para extenderse por el mundo. Su verdadera debilidad como sonido es, como sabe el Barón, el hábito de acentuar la primera sílaba, lo cual tiende a acortar las palabras, y la sibilante, que debe evitarse siempre que sea posible. Es extraño, pero su mayor debilidad como estructura era su escasez de verbos, para un pueblo tan dado a la canción. Pero, en este caso, son los poetas quienes vinieron al rescate, transformando en verbos el participio de presente, como en el pasaje de Ruskin que he citado, y también se las han arreglado para transformar los sustantivos en verbos: *she cupped her face with her hand; he bottled up his wrath; he legged it away*[24]. Estos son sólo ejemplos para demostrar cómo la riqueza de sustantivos inglesa se convierte en la sorprendente e inesperada riqueza del inglés en su representación de los verbos. Todos los idiomas europeos modernos tienen a mano adjetivos y epítetos con todos los colores de la paleta; pero sólo nosotros somos capaces de usar los participios de presente que son medio-adjetivos y medio-verbos y de transformar en verbos incluso los sustantivos, prestándole así a la lengua, casi a voluntad, belleza pictórica y velocidad. Aunque me gusta mucho el griego clásico, el griego de Platón y Sófocles, sigo pensando que la lengua de Shakespeare y Keats es la más hermosa del mundo. Por eso me fastidia la manera en que es prostituida y degradada por los usuarios. La aristocracia de Inglaterra ha rebajado la lengua a una jerga snob. Es «terriblemente» esto y «terriblemente» aquello; es una «pisadora» y «pisadora» se transforma en un adjetivo *portemanteau* de la siguiente generación de snobs que desearían separarse de las clases medias, no por la excelencia del lenguaje, sino mediante una jerga idiota. El

aristócrata inglés degrada su lengua tanto como el chico de la calle cuyo único adjetivo es «maldito». ¡Oh, esa aristocracia inglesa, cómo corrompe el ideal! Sabe mucho de cosas exteriores, sobre el cuerpo y la vestimenta de un hombre, las observancias sociales y las cortesías triviales; pero, ay, sabe muy poco sobre el pensamiento y nada sobre el alma… nada. ¿Qué aristócrata inglés pensó alguna vez en entrenar sus facultades de pensamiento, de la misma manera en que los escolares entrenan sus músculos hasta alcanzar casi el perfecto vigor y belleza, sabiendo instintivamente que no hay que desarrollar en exceso ningún músculo, sino mantenerlos a todos en perfecta armonía? Y sin embargo el Yogui hindú sabe más acerca de los músculos del corazón, el estómago y los intestinos, las partes más importantes del cuerpo. En la actualidad, ningún inglés estima vergonzoso ignorar por completo el alemán, el francés, el italiano y el ruso y los especiales logros de estos pueblos en lo que se refiere a pensamiento, arte y literatura…

—Es verdad, es verdad —exclamó el Barón, interrumpiéndome—, y es necesario decirlo. ¿Pero qué quiere decir exactamente por «alma» y cómo puede entrenarse?

—Yo mismo sé muy poco de eso, debo confesarlo —repliqué—, pero al atravesar la India tuve una intuición de ello y siempre me he prometido regresar y pasar seis meses o un año asimilando la sabiduría del oriente. Gautama Buda me impresiona como uno de los más sabios de los hombres y allí donde un árbol crece hasta el cielo, el suelo y el clima deben ser también dignos de estudio. Pero nos hemos alejado mucho del tema.

—Déjeme decir sólo una cosa —dijo el Barón—. Yo creo que en casi cualquier aspecto, Francia es más refinada que Inglaterra, más cerca del ideal. Cualquier francés de alguna inteligencia ama las cosas del pensamiento —el arte y la literatura— y trata de hablar francés con tanta pureza y tan bien como le sea posible, mientras que en Inglaterra no hay una clase que parezca interesarse por la mejor de las herencias de la especie. Y qué aires se da el aristócrata inglés. Es apenas humano. ¿Ha observado que los únicos que no asisten a nuestras reuniones son los estudiantes ingleses? Y sin embargo, necesitan más que otro cualquiera una educación cosmopolita.

En Atenas quedan muchos de los recuerdos imborrables de mi

vida. Un día estaba mirando las figuras del parapeto del templo a la victoria sin alas, cuando observé de pronto que el vestido estaba ajustado sobre el seno de modo que delineaba la belleza exquisita de la curva… Pura sensualidad del artista. Treinta años más tarde le pregunté a Rodin qué pensaba y declaró que los dioses griegos del Partenón son desembozadamente sensuales, como cualquier figura del arte plástico.

En el transcurso de esta vida en el Hotel d'Athènes, conocí todavía a otra persona que tal vez merezca ser recordada. Un día el gerente del hotel me presentó a un inglés alto y buen mozo.

—Señor Harris, este es el mayor Geary. Le he dicho al mayor —continuó— que usted sabe más sobre Atenas y sobre toda Grecia que cualquiera de mis conocidos, y desea hacerle algunas preguntas.

—Me complacerá contestarlas en la medida de mis posibilidades —dije, porque el mayor Geary era guapo y evidentemente de buena clase, alto y por supuesto en buena situación económica, aunque me dijo que unos años antes había dejado la Artillería Real y ahora estaba en Armstrong.

—El hecho es —comenzó— que me han enviado a vender algunas de nuestras armas y quiero preguntarle a alguien cómo debo ponerme a trabajar. Un hombre de nuestra embajada me aconsejó acudir primero al rey.

—Eso no le haría ningún bien —repliqué—. ¿Conoce a Tricoupis, el primer ministro? Seguramente podrá conseguir una carta para él y ese será el primer paso para ganarse su confianza.

Geary me dio las gracias y siguió mi consejo. Un tiempo después almorzamos juntos y descubrí que era un anfitrión admirable y, por raro que parezca, con un extraño conocimiento de la poesía inglesa. De Shakespeare sabía muy poco, pero conocía exhaustivamente una gran parte de la poesía lírica inglesa y demostró sorprendente gusto y conocimiento.

El amor de Geary por la poesía nos acercó y una mañana me pidió que lo acompañara a ver a Tricoupis y a algunos de los ministros y apoyara la propuesta de Armstrong. En resumen, se trataba de lo siguiente: la firma inglesa daría mayor y más largo

crédito del que ofrecerían Krupp o Creusot. Fui con él, tanto más dispuesto cuanto que estaba ansioso por conocer a Tricoupis, que había escrito con maestría la *Historia de la revolución*.

Pero, durante la reunión, Tricoupis fue todo negocio y no pude tener una conversación privada o confidencial con él. Hacia el final del encuentro, Geary sacó un magnífico reloj de oro que sus camaradas le habían regalado cuando dejó la Artillería real. Si mal no recuerdo, llevaba grabadas en piedras preciosas las armas de artillería. Como Tricoupis no deseaba forzar a sus colegas a tomar una decisión, fue muy cortés con Geary y expresó su admiración por el reloj. En seguida, Geary lo desprendió de la cadena y se lo mostró. El hombre que estaba sentado a su lado se inclinó para mirar y el reloj pasó por toda la mesa, mientras Tricoupis aseguraba al mayor Geary que se consideraría seriamente su propuesta y le darían contestación en una o dos semanas. Al levantarse, Geary exclamó, sonriendo:

—¡Y me darán también el reloj!

Pero el reloj no aparecía y nadie parecía saber qué había sido de él. Tricoupis frunció el ceño, evidentemente disgustado.

—Caballeros —dijo por fin—, si no aparece el reloj del mayor Geary, llamaré a la policía y pediré que nos registren.

—¡No, no! —interrumpió Geary, sabiendo que la comisión que esperaba conseguir por la venta de los cañones era mucho más importante que el reloj—. Preferiría perder el reloj. Por favor, nada de policía entre caballeros y en su casa. ¡No podría aceptarlo!

—Es muy gentil de su parte —respondió Tricoupis—. Estoy seguro de que el reloj fue metido por error en un bolsillo y ahora el hombre que lo tomó está avergonzado de entregarlo en público. Suponga que apagamos las luces y mientras mis colegas salen, el hombre que tiene el reloj lo desliza sobre aquella mesita que hay junto a la puerta, donde está ahora el reloj taraceado, y nadie habrá podido ser más prudente.

—De primera clase —gritó Geary—. Se necesita genio —y se inclinó ante el Premier— para encontrar una solución tan admirable.

Las luces se apagaron y los ministros salieron de la habitación casi en completo silencio. Los escuchamos en el vestíbulo y después se cerró la puerta.

—Ahora encontraremos su reloj, mayor —dijo Tricoupis, y levantó la luz de gas. Pero sobre la mesa no había ningún reloj… y también había desaparecido el taraceado.

Creo que una semana más tarde, se encontró el reloj gracias a los esfuerzos de Tricoupis y este se lo devolvió al mayor, pero no creo que Geary haya conseguido arreglar el negocio Armstrong. Cuento la historia porque es característica de la Grecia que conocí y amé, pese a su pobreza, que era la causa de la baja moral en los negocios de un pueblo inteligentísimo.

Cuando hube conocido bien Atenas y pude hablar fluidamente el griego moderno, atravesé Grecia a pie con algunos amigos, un estudiante alemán y un italiano. Fuimos a Tebas y Delfos, escalamos el Parnaso y, finalmente, fui solo a Janina. Y al regresar visité Corinto, Esparta y Micenas, donde tuve la buena fortuna de estar entre los primeros que vieron la sorprendente cabeza del Hermes de Praxiteles, sin duda el rostro más bello del arte plástico, porque ninguna Venus, ni la de Melos ni la de Cnidos, posee su supremo atractivo intelectual. Es curioso que pese a que el amor es la provincia de la mujer y la emoción más profunda de la vida, las expresiones más profundas, aun las de amor, no son las de ella. ¡Y sin embargo no puedo creer que sea inferior al hombre y sin duda es lo bastante articulada! Es un misterio que deberá resolver el futuro o algún hombre más sabio que yo.

Amor en Atenas y «la banda sagrada»

Hacía como una semana que estaba en el Hotel d’Athènes cuando descubrí una bonita chica en las escaleras. Me sedujo. Una doncella me dijo que era la señora M… y tenía la habitación contigua a la mía. Después, descubrí que su madre, una tal señora D…, tenía la gran sala de la primera planta. No sé cómo conocí a la madre, pero era amable y fácil de abordar y descubrí que tenía un hijo, Jacques D… que estaba en el Corps des Pages y a quien conocí íntimamente en París años más tarde, como relataré a su debido tiempo[25]. La hija y yo pronto nos hicimos amigos. Era una muchacha muy bonita en sus primeros veintes. Los D… eran de pura sangre griega, pero venían de Marsella y hablaban francés tan bien como el griego moderno. Un par de años antes de que la conociera, la chica se había casado con un escocés. Dijo que en ese momento estaba en algún lugar de Gran Bretaña. Apenas hablaba de su matrimonio. Fue su madre quien me dijo que había resultado un fracaso trágico.

Hallándome libre de las horas de estudio fijas, mi prolongado hábito de virtud me pesaba y la señora M… era extraordinariamente guapa: ligera y bastante alta, con un rostro griego del mejor tipo coronado por una masa de cabello negro. Nunca había visto ojos oscuros más grandes o hermosos y su figura frágil tenía una gracia flexible intensamente provocativa. Su nombre era Eirene, o «Paz», y pronto me permitió usarlo. Tres días después le dije que la amaba y en verdad me sentía como atrapado por una tormenta. Salíamos a dar largos paseos. Un día visitamos la Acrópolis y quedó encantada de que le explicara todo acerca del «altar de los dioses». Otro día bajamos al Agora o mercado, donde me enseñó algo sobre la vida y las costumbres de la Grecia moderna. En una ocasión, una vieja nos saludó como si fuéramos amantes y cuando la señora M… sacudió la cabeza y dijo *auk éstiv* (no es así), ella agitó un dedo y dijo:

—Él está ardiendo y tú también te prenderás fuego.

Al comienzo la señora M… no cedía, pero después de un mes o así de asiduidad y compañía, pude robarle un beso o un abrazo y fui llegando lentamente, día por día, poco a poco, más cerca de la meta. Un día me ayudó un accidente. ¿Podré olvidarlo alguna vez? Habíamos recorrido juntos la ciudad y regresamos cuando cerraba la noche. Cuando llegamos a la primera planta, abrí silenciosamente la puerta de su sala. La suerte quiso que hubieran apartado el biombo que había frente a la puerta y allí, sobre el sofá que había en el otro extremo de la habitación, vi a su madre en brazos de un oficial griego. Abrí lentamente la puerta, de modo que la muchacha, que me seguía, pudiera ver, y después la cerré sin ruido.

Cuando nos dirigíamos hacia nuestras habitaciones, que estaban a la izquierda, vi que su rostro estaba ruborizado. Al llegar frente a su habitación, la detuve.

—Mi beso —dije, y ella me besó como en un sueño.

Había llegado *du berger*

l'heure

.

—¿No vendrás esta noche? —susurré—. Esa puerta conduce a mi habitación.

Me miró con esa inescrutable mirada de mujer y por primera vez sus ojos se me entregaron. Esa noche me acosté temprano y aparté el sofá que tapaba la puerta de mi lado. Probé el cerrojo, pero lo encontré cerrado del otro lado. ¡Mala suerte!

De noche, hacia las once, mientras estaba en la cama, escuché la puerta y vi moverse el picaporte. De inmediato, soplé para apagar la luz, pero las cortinas no estaban corridas y la habitación estaba iluminada por la luna.

—¿Puedo entrar? —preguntó ella.

—¿Si puedes? —en un abrir y cerrar de ojos estaba de pie y había tomado en mis brazos su forma adorable y redondeada—. Dulzura mía —exclamé y la llevé a mi cama.

Se había quitado la bata y tenía sólo un camisón. Un instante después mis manos recorrían su cuerpo encantador y estaba en la cama, encima de ella, que se movió a un lado, apartándose.

—No, hablemos —dijo.

Comencé a besarla, pero acepté.

—Hablemos.

Para mi estupefacción, dijo:

—¿Has leído *Nana*, el último libro de Zola?

—Sí —contesté.

—Bueno —dijo—. ¿Sabes lo que la chica le hizo a Nana?

—Sí —contesté, con el corazón desfallecido.

—Bueno —continuó—, ¿por qué no me haces eso? Tengo un miedo espantoso de quedar embarazada. Tú también lo tendrías, en mi lugar. ¿Por qué no amamos sin temores?

Un momento de reflexión me dijo que todos los caminos llevan a Roma, de modo que asentí y pronto me bajé entre sus piernas.

—Dime cómo darte más placer —dije, y abrí suavemente los labios de su sexo, poniendo sobre él mis labios y la lengua contra el clítoris. No tenía nada de repulsivo. Era otra boca, más sensible. Apenas la había besado dos veces, cuando se deslizó más abajo por la cama con un suspiro, susurrando:

—Así. Es maravilloso.

Así estimulado, continué. Pronto, su botoncito se había hinchado tanto que podía tomarlo entre mis labios y cada vez que lo chupaba su cuerpo se movía convulsivamente. Pronto abrió más las piernas y las levantó, para permitir que me acercara al máximo. Entonces cambié el movimiento, lamiendo el resto de su sexo y metiéndole la lengua tanto como podía. Sus movimientos se aceleraron y su respiración fue haciéndose cada vez más espasmódica, de modo que cuando volví al clítoris y lo tomé entre mis labios, chupando mientras metía y sacaba mi dedo de su sexo, sus movimientos se hicieron más violentos y de pronto comenzó a gritar en francés:

—Oh,
c'est
fou! Oh,
c'est
fou! Oh! Oh!

Súbitamente, me levantó, tomó mi cabeza entre sus manos y apretó mi boca contra la suya, como si deseara lastimarme.

Un instante después, mi cabeza estaba otra vez entre sus piernas y continuó el juego. Poco a poco descubrí que si frotaba su sexo con el dedo mientras le lamía el clítoris, le daba un placer extraordinario, y después de otros diez minutos de esta deliciosa

práctica, gritó:

—¡Frank, Frank, espera! ¡Bésame! Espera y bésame, no puedo soportarlo más. Estoy exasperada y quiero morderte y pellizcarte.

Por supuesto, hice lo que me decía y su cuerpo se fundió contra el mío mientras nuestros labios se unían.

—Querido —dijo—, te amo tanto y qué bien besas.

—Tú me has enseñado —dije—. Soy tu alumno.

Mientras estábamos juntos, mi sexo estaba contra el suyo, buscando la entrada. Cada vez que empujaba, ella se apartaba. Finalmente dijo:

—Me gustaría entregarme, querido, pero estoy asustada.

—No tienes por qué estarlo —le aseguré—. Si me dejas entrar, me retiraré antes de que salga mi semen y no habrá peligro.

Pero hiciera lo que hiciere o dijera lo que dijere, esa primera noche no quiso entregarse a mí de la manera habitual.

Sabía lo bastante sobre las mujeres como para comprender que cuanto más me retrajera y la dejara tomar la iniciativa, mayor sería mi recompensa. Unos días más tarde, la llevé al Monte Lycabettus y le mostré «todos los reinos del espíritu», como acostumbraba a llamar a Atenas y sus alrededores. Quería saber cosas sobre la literatura griega antigua. ¿Era mejor que la literatura francesa moderna?

—Sí y no. Es totalmente distinta.

Me confesó que no comprendía a Homero, pero, cuando le recité coros del *Edipo rey*, los comprendió. Y el gran juramento del discurso de Demóstenes: «No por aquellos que enfrentaron la muerte en Maratón…» y el noble resumen, llenaron sus ojos de lágrimas: «Ahora, por vuestro juicio, haréis partir a nuestros acusadores por la tierra y el mar, sin casa y sin hogar, o nos daréis un seguro alivio a todo peligro en la paz del silencio eterno».

Al escuchar esto, me besó por propia iniciativa.

Esa tarde, cuando bajábamos la larga pendiente del Lycabettus, dijo:

—¿Ya no me deseas? Los hombres son criaturas tan egoístas. Si no haces de inmediato lo que desean, se apartan.

—No crees ni una palabra de lo que dices —la interrumpí—. ¿Cuándo me he apartado? Estoy esperando tu decisión. No quería estar molestándote todo el tiempo, eso es todo. Si pudieras verme

vigilando el picaporte de tu puerta todas las noches…

—Alguna noche, pronto, se moverá —dijo y deslizó su mano en mi brazo—. No me gusta decidir cosas importantes cuando estoy a merced del sentimiento, pero he pensado lo que has dicho y quiero creerte, confiar en ti… ¿comprendes? —y sus ojos eran una promesa.

Afortunadamente, cuando por fin el picaporte se movió, yo estaba vigilante y la tomé en mis brazos antes de que hubiera cruzado el umbral. El juego amoroso que me había enseñado se reprodujo durante algún tiempo. Finalmente, agotada y debilitada por el placer, se refugió en mis brazos y mi sexo, pulsante y caliente, estaba contra ella buscando, buscando su vaina. Por fortuna no forcé las cosas, sino que dejé que el contacto arguyera por mí. Finalmente, susurró:

—Odio negarme a ti. ¿Harás lo que me prometiste?

—Por supuesto —dije.

—¿Y no hay peligro?

—Ninguno —contesté—. Te doy mi palabra de honor —y un instante después se relajó en mis brazos y me dejó que hiciera mi voluntad. Lentamente, la penetré, poco a poco, y ella se inclinó hacia mí con boca anhelante, besándome. Fue divino, pero ¡ay!, tan breve. Unos pocos golpes y me vi obligado a salirme para mantener mi promesa.

—Oh. fue maravilloso —suspiró mientras yo recogía en un pañuelo mi semen—, pero me gusta más tu boca. ¿Por qué? Tu lengua me excita terriblemente. ¿Por qué? —preguntó, y después—: ¡Hablemos!

Pero yo dije:

—No, querida, comencemos. Ahora no hay riesgo. Puedo estar contigo tanto como queramos, sin peligro. Te lo explicaré después, pero acepta mi palabra y gocemos.

Un instante después estaba otra vez dentro suyo y continuó el gran juego con vigor renovado. Una y otra vez llegó al éxtasis y finalmente, cuando yo me incorporé para excitarla más, gritó de pronto:

—*Oh, oh, que fou, fou, fou*

c’est

—y me mordió el hombro y después rompió a llorar.

Como es natural, la tomé en mis brazos y comencé a besarla. Había terminado nuestro primer gran duelo amoroso. A partir de esa noche, no tuvo secretos para mí, ninguna reticencia y poco a poco me explicó lo que sentía en el delirio de amor. Me dijo que no podía decir qué era lo que le daba más placer, pero yo descubrí pronto que lo que prefería era que comenzara besando su sexo durante diez o quince minutos y después la llevara al orgasmo usando mi sexo con bastante violencia.

Invariablemente, he encontrado que son falsas todas esas historias escolares que establecen una semejanza entre la boca y el sexo de las mujeres, y la nariz y el sexo de los hombres. Eirene tenía una boca bastante grande y un sexo pequeño y muy bonito, mientras que la chica con el sexo más grande y de labios más gruesos que he conocido, tenía una boca pequeña y delgada. Lo mismo sucede con el hombre. Estoy seguro de que no existe la menor relación entre el sexo y los rasgos del rostro.

Eirene era una amante exquisita, con el cuerpo de una niña, senos pequeños y redondos y una boca de la cual no me cansaba nunca. Con frecuencia después, en lugar de pasear, nos dirigíamos a mi dormitorio y pasábamos la tarde en juegos de amor. A veces, su madre se acercaba a su puerta y ella reía y me abrazaba. Una o dos veces, su hermano vino a la mía, pero nosotros estábamos abrazados y dejábamos que golpeara el tonto mundo exterior. Pero siempre practicábamos el juego que había sido la primera en enseñarme. Por una u otra razón, aprendí más sobre las mujeres y el peculiar flujo y reflujo de su sensualidad mediante ese juego, que lo que me había enseñado el juego amoroso normal. Da la clave, por decirlo así, del corazón y los sentimientos de una mujer, y es para el hombre la mayor recompensa, como lo sabía el viejo y sabio Montaigne, quien escribió acerca de «detenerse antes de la comida en el soporte y el pesebre».

Siempre procuré obtener confesiones de mis amigas con respecto a sus primeras experiencias sexuales, pero salvo en el caso de unas pocas mujeres francesas, actrices en su mayor parte, no tuve demasiado éxito. A otros toca explicar cuál es la razón, pero descubrí que las muchachas son extrañamente reticentes a este respecto. Una y otra vez, estando acostado con Eirene, traté de que me dijera algo, y finalmente me confesó una aventura.

Cuando tenía unos doce años, tenía en Marsella una gobernanta francesa, y un día esta dama entró en el baño, diciéndole que hacía mucho tiempo que estaba bañándose y ofreciéndose a ayudarla a secarse.

—Observé —dijo Eirene— que me miraba intensamente y esto me agradó. Cuando salí, me envolvió con la *robe*, se sentó, me puso sobre sus rodillas y comenzó a secarme. Como me tocaba con frecuencia ahí, abrí las piernas y me tocó muy suavemente. De pronto, me besó apasionadamente en la boca y se fue. Me gustaba mucho. Era un encanto, realmente inteligente y amable.

—¿Volvió a secarte alguna vez? —pregunté.

Eirene rio.

—Quiere saber demasiado, señor —fue todo lo que dijo.

Cuando regresé a Atenas al final del verano, tomé habitaciones en el barrio popular y viví allí gastando muy poco. Pronto, Eirene volvió a visitarme y fuimos con frecuencia al teatro griego y leí con ella a Teócrito muchas tardes. Pero no me dio nada nuevo y en la primavera decidí regresar por Constantinopla y el Mar Negro a Viena, porque sentía que mi *Lehrjahre* («años de aprendizaje») estaba llegando a su fin. París y Londres me atraían.

Una de las últimas noches que estuvimos juntos, Eirene quiso saber qué me gustaba más de ella.

—Tienes una multitud de buenas cualidades —comencé—. Siempre estás de buen humor y eres razonable, para no hablar de tus hermosos ojos y tu figura esbelta. ¿Pero por qué lo preguntas?

—Mi esposo solía decir que era huesuda —contestó—. Me hizo terriblemente desgraciada, aunque hacía lo posible por agradarle. Al comienzo no sentía mucho con él y esa palabra «huesuda» me hería.

—Sabes —dije— en uno de nuestros primeros encuentros, cuando saliste de la cama para volver a tu habitación, te levanté el camisón y vi la silueta de tus muslos y caderas. Siempre me ha parecido una de las más adorables que he visto. Si hubiera sido escultor, hace mucho tiempo que la hubiera modelado. ¡Huesuda, realmente! Ese hombre no te merece. Sácatelo de la cabeza.

—Ya lo he hecho —dijo—, porque nosotras, las mujeres, sólo tenemos lugar para uno, y tú te has instalado en mi corazón. Me alegro que no pienses que soy huesuda, pero me extraña que te

preocupes tanto por una curva de carne. Los hombres son graciosos. Ninguna mujer sobrestimaría tanto una simple línea… tanto tu elogio como su crítica pertenecen a un mismo sentimiento.

—Sin embargo, el deseo nace de la admiración —corregí.

—Mi deseo nace del tuyo —contestó ella—. Pero el amor de una mujer es mejor y diferente. Es del corazón y del alma.

—¡Pero el cuerpo da la clave —dije— y hace divina la intimidad!

Encontré en este homenaje bucal varios beneficios inimaginables que no había buscado. En primer lugar, podía dar placer sin siquiera cansarme. Esto me permitía satisfacer y al mismo tiempo reparar la creciente disminución de mi virilidad. En segundo lugar, descubrí que al conocer las partes más sensibles de una mujer, podía, incluso de la manera ordinaria, dar a mi amante un placer más intenso. Experimenté la alegría de entrar a un nuevo reino de deleite con vigor acrecentado. Además, como ya he dicho, me enseñó a conocer más íntimamente de lo que había conocido a las mujeres y pronto descubrí que les gustaba incluso más que durante mi primera juventud infatigable.

Más tarde aprendí otros trucos, pero ninguno tan importante como este primer descubrimiento que me enseñó, de una vez para siempre, cuán superior es el arte a la naturaleza.

La banda sagrada

Porque no dudo que, a través de las edades, hay un creciente propósito.
Y el pensamiento de los hombres se amplía con el proceso de los soles[26].

Después de unos meses de estudio en Atenas, oí hablar de un club donde se encontraban profesores universitarios y algunos estudiantes para hablar griego clásico. Un error e incluso una vacilación de expresión eran el anatema, y de esta reverencia por la lengua de Platón y Sófocles surgía un deseo de hacer que la lengua moderna se pareciera a la antigua tanto como fuera posible. Era imposible que la elaborada sintaxis volviera a ser de uso común; también se habían perdido para siempre las sutiles y matizadas

partículas. Lo que se buscaba era utilizar las palabras con su antiguo sentido, de modo que Jenofonte pudiera leer el periódico en Atenas y comprenderlo sin dificultad.

Esta asimilación era posible sólo porque la lengua hablada de los griegos, *é koiné diàlektos*, había existido durante siglos paralelamente a la lengua literaria. El dialecto hablado había quedado preservado en el Nuevo Testamento y en los servicios eclesiásticos, de modo que para los griegos cultos y entusiastas era fácil mantener el lenguaje del pueblo común tan parecido al de Platón como fuera posible. Este pueblo es tan inteligente, que incluso el campesino, que siempre ha llamado al caballo *alogos* (el sin cerebro), sabe que *ippos* es una palabra más refinada para designar al mismo animal. Y aunque la pronunciación común no es exactamente la misma que en los tiempos clásicos, sigue estando más cerca de la antigua que cualquier imitación inglesa o hasta Erásmica. El griego moderno utiliza correctamente su acento y cualquiera que haya aprendido a hacerlo por oído puede apreciar la cadencia de la poesía clásica griega mucho más perfectamente que cualquier erudito que sólo lee por el ritmo de las sílabas largas y cortas.

Creo que fue Raikes quien contó una historia que ilustró para mí un aspecto de esta ambición griega. El profesor Blackie, un historiador y helenista muy conocido, llegó de visita a Atenas y habló en el Pireo. Raikes fue a escucharlo con un distinguido profesor universitario, líder del movimiento helénico. Después de escuchar un rato a Blackie, el profesor griego se volvió hacia Raikes y dijo:

—No tenía idea de que el inglés sonara tan bien.

—¡Pero si está hablando griego moderno! —dijo Raikes.

—¡Buen Dios! —exclamó el profesor—. Jamás lo hubiera supuesto. No he comprendido ni una sola palabra.

Hay una experiencia de esta época que debo relatar brevemente, porque tuvo una influencia desproporcionadamente enorme en mi perspectiva y mi manera de leer el pasado. Todos saben que Plutarco nació en Chaeroneia, y en mis vagabundeos a pie por el Atica, me quedé algunos días en la casa de un campesino de la llanura.

Cuando Filipo de Macedonia y su hijo Alejandro, más tarde

llamado el Grande, invadieron el Atica, llegaron casi como bárbaros, y la ciudad de Tebas tuvo que soportar el primer golpe. Plutarco nos cuenta cómo trescientos jóvenes tebanos, hijos de las mejores familias, se reunieron e hicieron el solemne juramento de detener la sorprendente carrera de conquista de Filipo o morir en el intento. Las fuerzas se encontraron en Chaeroneia, y la nueva orden de Filipo, la famosa falange, arrastró todo lo que encontraba a su paso. Los trescientos jóvenes se lanzaron contra ella una y otra vez, en vano. Fueron rechazados y la falange pasó. En el lecho de un río, la «banda sagrada», como los llamaban, *ó îeros lôchos*, hizo un supremo esfuerzo y murió hasta el último hombre. Y nos dicen que después de la batalla, los nobles trescientos fueron enterrados en una tumba por sus parientes de Tebas. Plutarco dice que el curso del río fue echado hacia un costado, de modo tal que pudieran ser enterrados en el mismo lugar en que había fracasado su asalto final.

Todos saben que en nuestra época había en Chaeroneia un gigantesco león de mármol. A su vez, los turcos habían oído decir que había dinero en él, de modo que lo volaron para encontrar el tesoro, pero no hallaron nada, y nadie pudo comprender qué hacía en una llanura desierta el león de Chaeroneia, tan lejos de cualquier aldea.

Durante un gran mitin de la «Classic Greek Society», expuse mi convicción de que el león de Chaeroneia era un excelente ejemplo de trabajo antiguo esculpido en los tiempos clásicos. Estaba convencido de que se había erigido sobre el túmulo de la «banda sagrada» y si se realizaban excavaciones se descubriría la tumba de los héroes. Ante la sugestión, se encendió el patriotismo griego. Un banquero amigo se ofreció a correr con los gastos y fuimos a Chaeroneia a comenzar el trabajo. En Chaeroneia no había río, pero un arroyo superficial, el Thermodon, estaba a unas doscientas yardas de los fragmentos del león. Al estudiar de cerca el terreno, insistí en que una larga depresión herbosa en el terreno cercano al león era lo que debía abrirse primero, argumentando siempre que se probaría que el león se había erigido sobre la propia tumba, y pronto se descubrió el túmulo.

Se habían construido cuatro muros de piedra de alrededor de un pie de ancho y unos seis pies de altura, en forma de cuadrado elongado que descansaba sobre la playa de guijarros de un viejo

lecho del río, y allí, como sardinas, encontramos los cuerpos, o más bien los esqueletos de la «banda sagrada». Lo primero que observamos fueron las terribles heridas recibidas en la batalla. Por ejemplo, había un esqueleto con tres costillas destrozadas mientras que la punta de la flecha que lo había matado estaba encajada entre una costilla y la columna vertebral. Otro tenía la columna rota por un flechazo vigoroso y un lado de la cabeza hundido. Lo que más sorprendió después es que los dientes de todos los esqueletos estaban muy bien conservados y en orden casi perfecto. Es evidente que nuestra inferioridad en este aspecto se debe a nuestro alimento moderno, cocido.

Contamos doscientos noventa y siete esqueletos y en un rincón había un pequeño montón de cenizas, que pertenecían evidentemente a los tres que habían sobrevivido más tiempo y fueron quemados. A un costado del recinto oblongo había una sólida pieza de albañilería, cuadrada, de unos diez pies de lado; claramente el pedestal del león que fue colocado allí *couchant*, mirando por encima de los cuerpos hacia Tebas, como eterno recordatorio del heroísmo de los jóvenes que habían dado sus vidas en defensa de su tierra natal. ¡Realmente, una «banda sagrada»!

De este modo, la leyenda poética que este o aquel historiador modernos no podían siquiera tomar seriamente en consideración, resultó ser la verdad estricta y exacta, una transcripción de los hechos. Todo esto ayudó a hacerme precioso el trabajo del escritor y revivió el pasado de tal manera que comencé a leer otros libros, en especial el Nuevo Testamento, con otro espíritu. Los eruditos alemanes me habían enseñado que Jesús era una figura mítica y su enseñanza una mescolanza de diversas tradiciones, religiones y mitos. Declaraban que no era de ningún modo un personaje histórico. Los tres evangelios sinópticos habían sido compilados entre 50 y 80 años después de los hechos, y el de Juan después.

La historia de la «banda sagrada» me llevó a usar mi cerebro para pensar en la persona de Jesús como ya lo había hecho antes con la de Shakespeare, y pronto encontré pruebas indudables de que Jesús era no sólo un personaje histórico, sino que podía estudiarse en sus palabras y trabajos y comprenderse en su entorno. Tanto Tácito como Josefo fueron testigos de su existencia, y si el pasaje en Josefo ha sido alterado, el de Tácito está intacto y es

absolutamente convincente: «Cierto hombre llamado Jesús (Quidam Jesús) vivió y enseñó en Jerusalén y allí fue crucificado como "Rey de los judíos" e "Hijo de Dios"».

Para mí no era Dios o Rey en un sentido sobrenatural, sino carne y hueso, un hombre entre los hombres, aunque un guía sagrado y un gran maestro. A medida que leía, caían las vendas de mis ojos y vi que Jesús era hermano carnal de Shakespeare. Ambos débiles de cuerpo; Jesús no podía llevar su Cruz y se supone que murió en las primeras horas de agonía; ambos llamados «gentiles»; ambos con incomparable velocidad y profundidad de pensamiento y dulces cualidades de carácter. Lean al Arthur del *Rey Juan* hablando a su verdugo:

> ¿Estás enfermo, Hubert? Hoy estás pálido.
> En realidad, desearía que estuvieses algo enfermo
> Para poder pasar toda la noche sentado, vigilando contigo.
> Estoy seguro de que te amo más de lo que me amas[27].

y luego recuerden las palabras sagradas: «Dejad que los niños vengan a mí, porque de ellos es el reino de los cielos».

Con seguridad, estos dos hombres participan del mismo espíritu divino.

Jesús era superior en coraje y en consecuencia tuvo un fin más espantoso y una fama más sólida, pero Shakespeare insiste en la necesidad del arrepentimiento y el perdón absolutos, lo mismo que Jesús: «Perdón es la palabra». Mi vida quedó enriquecida con el encuentro de otro guía sagrado, pero ¡ay!, cedí con mucha reticencia a su influencia y pasaron años antes de que el conocimiento de Cristo comenzara siquiera a modificar mi carácter. ¡Pero esta interpenetración gradual es el impulso dominante de los veinte años que siguieron y poco a poco me llevó a intentar esa síntesis del paganismo y el espíritu de Jesús que me parece que debe constituir el elemento esencial de «la religión del futuro»! Porque, ¿cuál es el espíritu de Jesús, sino la certeza de que Dios es sólo bondad y debe ser amado por todos nosotros, mortales?

El primer deber del hombre o la mujer es puramente pagano: cada uno de nosotros debería desarrollar sus facultades de cuerpo, mente y alma tan armoniosamente como pueda. También debería asegurarse el mayor gozo posible de sus dones. Pero una vez que

haya alcanzado el cénit de sus logros, por así decirlo, debería estudiar cómo brindar la mayor ayuda posible a su prójimo y hacer del «nuevo mandamiento» de Jesús el norte de su vida.

¡Ay! «Amarse el uno al otro» es una regla muy difícil, a menos que podamos recordar que es amar lo que es bueno y perdonar las ofensas. Me parece que la mejor manera de llegar a este amor omnicomprensivo es mediante la compasión, «buena compasión», la llama Shakespeare, y hasta «sagrada compasión» y «compasión santa», porque conduce, y él lo sabía, al perdón y el olvido. Y esta compasión debe resultar en la corrección de las peores injusticias de la vida y, sobre todo, en el equilibrio de la espantosa desigualdad que da a un niño todo, hasta la más inimaginable nadería, y le niega a otro, tan dotado y saludable como el anterior, condiciones decentes de vida. La desventaja del rico y grande es tan ponzoñosamente mala como la desventaja del pobre, que atrofia la estructura y empobrece la sangre. Son la compasión y la simpatía amorosas las que con el tiempo pueden enmendar las peores enfermedades de la sociedad. Podría pensarse que el conocimiento de las leyes naturales y el control de los recursos naturales, deberían necesariamente mejorar la posición del trabajador, al tiempo que aumentan enormemente la productividad del trabajo. Hasta ahora, no ha sido este el caso: el mayor poder que nos han dado el pensador y el hombre de ciencia no ha hecho más que aumentar la desigualdad entre los poseedores y las multitudes de desposeídos. Si ese proceso continúa, la especie está condenada. Pero ya algunos de los que hemos alcanzado determinado plano de pensamiento, hayamos encontrado fácil o difícil adquirir las riquezas, estamos del lado del pobre.

John Stuart Mill pensó que el remedio se hallaba en pesados impuestos de sucesión y es posible que sea la manera más práctica de ataque; de hecho, parece como si lo fuera, aunque yo prefiero la nacionalización de la tierra y las utilidades públicas como los ferrocarriles y las compañías de agua y gas. Sin embargo, los impuestos de sucesión en Inglaterra después de la guerra mundial han quedado estancados, sin serias objeciones, en un treinta y tres por ciento de las grandes herencias. Hay algo seguro: de un modo o de otro hay que terminar con las grandes desigualdades. La excesiva libertad individual en Inglaterra ha conducido a la esclavitud y

degradación de las clases trabajadoras. En 1837, sólo el diez por ciento de los reclutas estaba por debajo de los cinco pies seis pulgadas de altura; en 1915, el setenta y cinco por ciento estaba por debajo de esa altura e incluso el cincuenta por ciento no llegaba al *standard* físico requerido.

Habiendo aprendido en la vida lo que puede deparar la riqueza y lo que depara la pobreza, siempre he estado de parte de los pobres. El proceso de nivelación es la tarea más importante de nuestros políticos y debería juzgárselos según la ayuda que presten a esta reforma entre reformas.

Pero después de la guerra mundial y la miseria que la llamada paz de Versailles ha producido en Europa, otros temores por el futuro de la humanidad deben ocupar los ánimos. La compasión, ese ángel del mundo, debe ser cultivada y enseñada, porque de otro modo la vida se hará imposible para nosotros, animales miopes y egoístas. ¿No habrá una joven alma noble que inicie una nueva «banda sagrada», que luche por la humanidad y los derechos del hombre tan valientemente como aquellos jóvenes tebanos lucharon por la libertad y la seguridad de Grecia? ¿O debemos llegar a la desesperación cantada por Sófocles en su *Edipo en Colonna*?:

> El que respira deberá sufrir y el que piensa deberá lamentarse, Sólo quien no ha nacido será bienaventurado.

Pero todos se preguntarán si este renacimiento del paganismo, que se debe principalmente al progreso de la ciencia, ofrece alguna esperanza, algún consuelo frente a la espantosa miseria de la muerte. Hay que admitir que aquí los hados están casi mudos. Es verdad que ya no creemos, como creían los griegos, que hubiera sido mejor para nosotros no haber nacido en absoluto. Estamos orgullosos de nuestra herencia de vida, podemos ver ya cómo puede mejorarse de mil maneras, pero no tenemos esperanzas más allá de la tumba. Sin embargo, nosotros, ingleses y americanos, tenemos las palabras más altas y consoladoras que se han escuchado entre los hombres.

El noble pareado de Meredith es mejor que el mejor Sófocles:

> ¿Caeré acaso, estremeciéndome,
> en el seno que lleva la rosa?

Estos setenta años más o menos que tenemos de vida, son todo lo que tenemos, pero, como dice Goethe, podemos llenarlos, si lo deseamos, de grandes hechos y sueños aún más grandes. Goethe y Meredith. Ya los he comparado antes. Los amo a ambos.

> … ambos son los coperos inmortales
> del vino destinado a las almas!

Vacaciones y la virtud irlandesa

Fui por barco de Atenas a Constantinopla y admiré, como deben hacerlo todos, la soberbia ubicación de la ciudad. Como Nueva York, es reina de muchas aguas. Pero ya me iba sin haber aprendido mucho, cuando la suerte quiso que conociera a un alemán, estudioso de la arquitectura bizantina, que me habló con delirante entusiasmo de Santa Sofía, me llevó a verla, hizo de guía y expositor de todas sus bellezas una y otra vez, hasta que por fin cayeron las vendas de mis ojos y yo también vi que tal vez fuera, como él decía, «la iglesia más grande del mundo», aunque nunca pude apreciar el exterior tanto como el interior. Los arcos audaces y la inmensa curvatura de pilares y los mosaicos, los frescos, las inscripciones en los muros, dan una impresión única de esplendor y grandeza combinados, una unión de color y forma, singular en su magnificencia.

Siempre había en la iglesia turcos devotos adorando a Mahoma y, aquí y allá, sobre el pavimento, había escuelas, pero en los muros, los viejos frescos representando al Crucificado estaban por todas partes, visibles a través de la pintura o el yeso mahometanos, y la impresión que me quedó fue la de que por todos lados la Cruz iba triunfando lenta, pero seguramente, sobre la Medialuna. Con el tiempo, llegué a comprender que Santa Sofía era un logro aún mayor que el del Partenón, y aprendí de este modo que el Espíritu más alto encuentra por lo general en el Tiempo el cuerpo más noble.

Mi amigo alemán me llevó también a la Iglesia del Salvador, que llamó «la gema del trabajo bizantino», y realmente los mosaicos, que eran por lo menos del siglo catorce, eran más ricos y variados que cualquiera que haya visto desde entonces, incluso en Palermo.

Tuvimos una dura travesía del Mar Negro y ni Varna ni el Danubio pudieron disimular la sensación de incomodidad.

Pero Belgrado, con su ciudadela, me gustó mucho, y Buda, con Pest del otro lado del gran puente, cautivó mi fantasía. Su colina

amurallada me recordaba la Acrópolis. Pero Viena se ganó mi corazón. El viejo Burg Theatre con actores y actrices tan buenos como los de París, el noble edificio de la Opera, con la mejor música de Europa, y el Belvedere, con sus magníficas pinturas venecianas, y el maravilloso Blasón… ¡todo esto me atraía intensamente! Estaba también la Corte y los desfiles militares de la Hofburg y la gran biblioteca y sobre todo la vida rica y afectuosa del pueblo en el Wurstelprater, la resistente alfombra alemana, por decirlo así, iluminada con el bordado de mil colores eslavos y semitas, bohemios y polacos, hasta que incluso los gitanos parecían agregar los toques de barbarie y superstición necesarios para filetear y terminar esa tela maravillosa. En sus muchos aspectos atractivos, Viena me pareció incluso más rica que París. Y Pauline Lucca, exquisita cantante y persona encantadora, se transformó en seguida, a los ojos de mi imaginación, en el genio de la ciudad, junto con Billroth, el gran médico, como símbolo de la ciencia sobre la cual se fundaba toda vida (*sic*). Encuentro difícil perdonar al bárbaro Wilson por baldar y empobrecer una vida comunitaria más noble que la que él o sus compatriotas son capaces de producir. Hacer una Viena lleva mil años y por suerte para nosotros nadie puede destruirla por completo.

Después de algunos meses en Viena, comprendí que el Danubio era el gran patrimonio que los vieneses no habían explotado. Viena debería ser el mayor puerto de la Europa sudoccidental, pero los austríacos no han dragado y desarrollado este noble río como deberían haber hecho. ¿Repararán ahora su falta, en la pobreza y la miseria? Todavía se está a tiempo… ¡siempre hay tiempo, gracias a Dios!

¿Por qué abandoné Viena? Porque había conocido a una muchacha que me atraía, una bailarina de café que estaba por regresar a su hogar en Salzburgo para tomarse un descanso, y que me habló tanto de esta ciudad, cuna de Mozart —la ciudad más hermosa del mundo, me dijo— que tuve que ir y visitarla, con Marie como guía.

Marie, Marie Kirschner era su verdadero nombre. He tratado de esbozarla en mi historia, *A Mad Love*, porque en verdad era el mejor tipo de alemana, o tal vez debería decir de austríaca. Para mí representaba exquisitamente Viena y sus encantos. Tenía una

perfecta figura de niña, que mantenía ligera y esbelta con el ejercicio constante, porque bailaba por lo menos una hora por día para mantenerse en forma, como decía. Marie tenía un rostro picante e inteligente, con una *nez retroussé* tan insolente como sus ojos color de avellana. Lo mejor de todo es que era curiosamente franca con respecto a sus experiencias sexuales y se ganó mi corazón contándome, una de las primeras noches, como había sido seducida, de muy buena gana, cuando tenía apenas trece años, por un viejo banquero de Budapest.

—Nos dio a mi madre y a mi lo suficiente como para vivir cómodamente durante seis años o más y me permitió aprender a bailar. Otto murió mientras dormía, porque de otro modo hubiera hecho más por nosotras. Era realmente cariñoso y yo había llegado a quererlo, aunque era un pobre amante. Sin embargo, nos dejó la casa y los muebles y yo ya estaba aprendiendo a ganarme la vida…

—¿Y desde entonces? —pregunté.

Marie meneó la cabeza.

—*Qui a bu, boira* —declaró—. ¿Acaso el amor no es parte de la vida, la mejor parte? Hasta la ilusión del amor es preferible a nada, y de vez en cuando la esperanza me tienta, como oreo que yo te tiento a ti. ¡Oh, si pudiéramos ver juntos Salzburgo y el Berchtesgaden y el Geiereck! ¡Qué verano perfecto podríamos pasar en esos lugares maravillosos!

—Es imposible —dije— dejarte un recuerdo imborrable. ¡Has tenido tantos amantes!

—No te dejes apabullar por el número —contestó sonriendo—. La gran mayoría no nos deja nada que valga la pena recordar. Los hombres saben poco del amor. ¡Pero si hasta mi mejor recuerdo es el de mi viejo banquero! Era realmente cariñoso, *und hätte mich auf den Händen tragen mögen* (me hubiera llevado entre las manos) —una expresión alemana que significa «tenía para mí todas las atenciones»—. Además me enseñó mucho. Oh, Otto era un encanto.

Y con esta seguridad llevé a Marie a Salzburgo.

Hasta entonces, jamás había oído mencionar a Salzburgo entre las ciudades hermosas de Europa, pero por casualidad descubrí que Wilkie, el pintor escocés, había encontrado las palabras adecuadas para describirla. Dijo que «Si la vieja ciudad de Edimburgo, con un castillo sobre un peñón, estuviera plantada en los Trossachs y

tuviera un río ancho y ligero como el Tay, que fluyera entre las casas, podría parecerse a Salzburgo». La propia Salzburgo está colocada entre montañas, y en sus cercanías hay innumerables paisajes de romántica belleza. Al este, el Traunsee y al oeste, el Chiemsee con el hermoso palacio del rey de Baviera, mientras que al sur, del otro lado de la frontera bávara, está Berchtesgaden, una de las más bellas regiones de Europa. Allí está el Untersberg, de cerca de 7000 pies de altura, con las famosas cavernas de Kolowrat, que contienen masas de hielo que parecen grandes cataratas súbitamente congeladas; y del lado oriental, el Geiereck, con los acantilados y precipicios que le han ganado su nombre. Marie era una guía incomparable, del temperamento más dulce, una persona que había nacido para estar en compañía, y tan buena amante como un hombre. Mejor aún, porque hacía fascinantes los preliminares del amor. Marie fue la primera persona que me dijo que mi voz era musical, un deleite para el oído, muy poderosa y, sin embargo, resonante y dulce.

—Prefiero escucharte recitar a ti que a cualquier otro —dijo—. No hay actor que pueda igualarte. Y también tu rostro. Me gusta el coraje que hay en él y su sorprendente impresión de vida.

Marie había nacido para halagar y encontraba continuamente nuevos cumplidos. Todos los días descubría alguna nueva característica que elogiar, pero la bondad y la dulzura naturales no son dramáticas o interesantes. Cuarenta años más tarde, hice todo lo que pude por retratar a Marie en *A Mad Love,* y procurando encontrarle alguna falta que la hiciera humana, di con el hecho de que entregaba de inmediato sus labios a cualquiera que la conmoviera, aun cuando no lo amase. Pero… no le he hecho justicia. Una y otra vez me recordaba a los hermosos versos de Browning:

Enséñame sólo enseña, amor
    Como debo
Hablaré tu discurso, amor.
    Pensaré tu pensamiento.
Satisface si es necesario
    Ambas demandas
Depositando carne y espíritu
    En tus manos

Pero, después de unas seis semanas, empecé a cansarme. La pasión de Eirene me había debilitado, y encantadora y sin falta como era Marie, deseaba aprender algo nuevo y por el momento había agotado a Alemania. Cuando regresamos del campo y sus exquisitos paseos y excursiones, le compré a Marie un atractivo cuadro del palacio de hadas de Leopoldo sobre Chiemsee y prácticamente huí a Florencia en el otoño.

Allí, trabajé primero con el italiano y después con los cuadros y la vida artística. Mi educación artística, siempre creciente, aumentó con los mosaicos de Ravenna y en Milán descubrí una pequeña colección de armaduras de los Visconti, de los siglos catorce y quince, algunas de las cuales me aseguré por sumas mínimas. Antes de que comenzara a hacerse imperiosa la demanda americana, a mediados de los ochenta, las buenas armaduras costaban muy poco. Compré una armadura damasquinada en oro que me costó cien libras. Cinco años más tarde la vendí en Londres por cinco mil libras y el comerciante la vendió a quince mil.

Italia parece haber enseñado mucho a la mayor parte de sus visitantes. A mí me enseñó poco, pero hay una experiencia de Milán que resultó valiosa. Conocí a Lamperti, el gran maestro de canto, y a su esposa alemana. Y de Lamperti aprendí muchas cosas sobre *il bel canto* y ese cultivo de la voz que ha hecho famosa a Italia. Lamperti quería enseñarme su arte. Probó mi voz y me aseguró que podría hacer una gran carrera, porque sin entrenamiento podía cantar hasta dos notas más bajo de lo que jamás se había escrito.

—Su patrimonio está en su garganta —acostumbraba decir, pero yo le aseguré que estaba en mi cabeza y que la carrera de *basso profondo* no me atraía, aunque creo que hubiera podido ser un buen actor. Lamperti tenía una colección de interesantes anécdotas sobre cantantes y músicos y fue el primero en decirme que mi invencible rechazo por el piano provenía de mi buen oído.

—Tiene usted «tono absoluto» —decía—, un oído extraordinario y una gran voz. Es un pecado no cultivar su voz.

Pero yo tenía cosas más importantes que cultivar… por lo menos esa era mi convicción. Desde entonces he pensado a menudo lo distinta que hubiera sido mi vida si hubiera aceptado el consejo de Lamperti y utilizado sus conocimientos, pero en ese momento no se me pasó por la cabeza hacerlo.

Aprendí todo lo que pude sobre música. Leía a Leopardi por la mañana, al mediodía y por la noche, porque su profundo pesimismo me atraía intensamente, aún en plena juventud. Le dice a su corazón:

… non val cosa nessuna
I moti tuoi, ne di sospiri e degna
La terra, Amaro e noia
La vita, altro mai nulla, e fango e il mondo[28].

Allí, en Florencia, aprendí la lección que más tarde enseñaría Whistler a todo el que tuviera oídos para oír: que no hay tal cosa como un período artístico o un pueblo artístico; que los grandes artistas son productos esporádicos, como todos los otros hombres grandes; que de hecho el genio es tan raro como habitual es el talento. Pero por entonces no tenía idea de que el mundo padece perpetuamente la necesidad de un genio que lo dirija, y que la reverencia y el amor por el genio es siempre un pronóstico de su posesión. Pero hay una divertida experiencia de esta época florentina que puede resultar adecuada.

Ya había leído mucho italiano cuando, un día, un amigo me preguntó si había leído a Ariosto. Por extraño que parezca, había hecho caso omiso de él, aunque había leído mucho a Tasso y a algunos de los modernos y había quedado decepcionado. ¡Pero Ariosto! ¿Qué había hecho? Bueno, mi amigo me recitó su primer soneto sobre la belleza y las riquezas del amor y me prestó el libro que contenía toda esa aguda e ingeniosa historia.

Parece que había un pintor, cuyo nombre Ariosto había olvidado *(non mi ricordo il nome*), que siempre pintaba al diablo como un joven hermoso de adorables ojos y espesos cabellos oscuros. Sus pies también estaban bien formados y no tenía cuernos. Era en todo tan adorable y bello como un ángel de Dios.

No deseando ser superado en asuntos de cortesía, el diablo se le apareció un día al pintor antes del amanecer, mientras dormía, y le dijo que le pidiera lo que más deseara, que su deseo sería satisfecho.

Ahora bien, el pobre pintor tenía una esposa encantadora y vivía en medio de éxtasis de celos, extremos de duda y miedo. En consecuencia, le rogó al diablo que le mostrara la manera en que podría protegerse de cualquier infidelidad de parte de ella.

De inmediato, el diablo le puso un anillo en el dedo y le dijo que mientras lo tuviera puesto, podría estar tranquilo, porque no habría motivo ni para la más leve sombra de sospecha.

Jubiloso, el pintor se despertó y encontró su dedo metido en el sexo de su mujer (*il dito ha nella fica all moglier*).

Incluso después el nombre de Ariosto tuvo para mí un sentido y una significación, porque continúa diciendo que no está seguro de la eficacia de la cura. Si la mujer se ha empeñado en entregarse y engañar al hombre, realizará hasta lo imposible… una visión puramente latina del asunto.

Regresé a París y a comienzos de la primera de 1881 fui a vivir a Argenteuil. No recuerdo por qué fui allí, pero alquilé un apartamento en una villa al borde del río y pasé allí un gran verano. Trabajé duramente con mi francés y llegué a hablarlo con fluidez y corrección, pero no intenté dominarlo como había dominado el alemán, pese a que la literatura y también el arte franceses del siglo diecinueve me atraían infinitamente más que la literatura o el arte alemanes del mismo período. Fue en esa primavera de Argenteuil cuando leí todo Balzac y llegué rápidamente a la convicción de que era el más grande de los franceses modernos, de hecho el único que ha ampliado nuestro concepto del genio francés y agregado una planta al noble edificio diseñado y decorado por Montaigne, Balzac es uno de los espíritus maestros y elegidos del mundo, pero no es lo bastante intelectual o tal vez no lo bastante soñador como para estar en primerísima fila y ayudar a conducir a la humanidad. Pese a su prodigiosa capacidad creativa, no ha agregado ninguna figura genérica nueva al Panteón. Conocía profundamente a las mujeres, pero ni siquiera su baronesa Hulot tiene la significación de la Gretchen de Goethe.

Ese año en París es memorable para mí porque conocí a Turgueniev, tal como he contado en mi «instantánea» de él. Sabía entonces que era un gran hombre, pero no lo ponía tan alto como lo puse después. Ahora veo que es con mucho el más grande escritor ruso por su creación de Bazarof, el realista, que lo coloca entre los líderes y guías de los hombres. Un artista incluso más grande que Balzac, aunque no tan productivo, tal vez porque la productividad artística depende de vivir una gran parte de la vida entre los propios compatriotas.

Fue también en este verano cuando conocí a Guy de Maupassant en una cena, gracias a Blanche Macchetta, y empezó nuestra relación que estaba destinada a incrementarse y a hacerse más íntima con los años, hasta su trágica muerte acaecida unos diez años después. En ese momento lo creía casi tan grande como Turgueniev. Ahora, tengo una idea más clara.

También conocí al guapo periodista judío Catulle Mendes[29], con seguridad uno de los más estupendos *improvisatori* que han existido. Podía, en pocos minutos, escribir un poema al estilo de Hugo o de De Musset; podía imitar a cualquier maestro de la prosa o el verso franceses con la misma facilidad y sorprendente dominio. A partir de entonces, fue para mí el modelo perfecto del hombre de talento que carece de ese toque de genio que hubiera podido ennoblecer o destruir su peculiar don de lenguaje. En ese momento, sólo podía admirarlo, aunque sentía que le faltaba algo. El apodo que le daban en París definía perfectamente su bella persona: *un Christ de Bordel*.

Pasé un verano inolvidable en París. Pese a mi falta de relaciones, llegué a conocer a este o aquel hombre, aquí un escritor del *Figaro*, allá un artista, quienes me presentaron a otros.

Hacia el final del verano, decidí volver a Irlanda para estudiar por mí mismo el país y sus condiciones. Un poco antes, Disraeli había hablado de la nube que había sobre Irlanda, que no era mayor que el puño de un hombre, pero que podía llegar a transformarse en una gran tormenta. El creciente poder de la «Land League[30]», el aumento de exigencias de la corte en la fijación de rentas, el advenimiento al poder de Parnell, todo esto me incitaba a estudiar el problema. De modo que pasé de Holyhead a Dublín y volví a contemplar paisajes que me habían sido familiares en la niñez. Desde el comienzo, asistí a todos los mítines nacionalistas e imagino que era natural que se fortaleciera mi acusada parcialidad a favor de la libertad irlandesa.

Sin embargo, fui al Trinity College, Dublín, donde obtuve una visión erudita que en ocasiones hallaba buenos argumentos incluso en la torre y la dominación inglesa. Por supuesto, fui a Galway y, como es natural, también a Kerry, donde estaba enterrada mi madre, y puedo registrar aquí el único juicio independiente de su persona que jamás escuché. Una vez, un famoso hermano de

Plymouth estaba predicando, y después me acerqué a él para informarme con más exactitud sobre algún punto de su extraño credo[31]. Tan pronto como vio mi tarjeta, dijo:

—Una vez en Kerry conocí bien a unos Harris, un capitán y su esposa. Supongo que no pertenecerá a esa familia.

—¡Claro que sí!, exclamé, y resultó que conocía muy bien a mi padre y a mi madre. Yo estaba muy interesado, como puede suponerse, en especial cuando descubrí que mi religioso amigo era un caballero inteligente y cuyo juicio no era obstaculizado al menos por las simpatías ordinarias. Habló de la energía de mi padre, aunque era evidente que no le resultaba particularmente agradable. Pero para él mi madre era una santa de la más dulce disposición y muy guapa, mil veces demasiado buena para su pequeño esposo dominante. Tenía gran admiración por ella —continuó—. Aunque era joven, realmente me dolió enterarme de su muerte. Perdió usted una buena madre, amigo mío —fue su conclusión y por extraño que parezca mis propios recuerdos infantiles corroboraban la impresión que él daba sobre su naturaleza cariñosa. También mi padre, cuando hablaba de ella, cosa que hacía raramente, subrayaba el hecho de que era difícil hacerla enojar: «una naturaleza muy dulce y gentil» que había heredado Vemon, su hijo mayor.

Lo que más observé en Irlanda fue la manera en que llovía, y la pobreza de la tierra agotada me impresionaba más cuanto más la estudiaba. La influencia moral de la iglesia católica se veía también en todas partes en el físico espléndido del pueblo, cuyo vigor estaba yo destinado a experimentar en alto grado. Fue en Ballinasloe donde me sorprendió la pura belleza de la hija del posadero. Cuando llegué a esta posada, había estado caminando y trabajando mucho durante algún tiempo y tenía intención de descansar durante una semana. La chica me cautivó. No tenía mucho que hacer y les gustaba alquilarme su coche de paseo. Tomé la costumbre de llevar a todas partes, como guía, a Molly (su nombre era Margaret). Hacía mucho que su madre había muerto y el padre estaba muy ocupado en el bar, mientras que una hermana mayor se hacía cargo de la casa. De modo que Molly y yo pasábamos juntos el tiempo. Me la gané desde el principio. Naturalmente, la besé tan pronto como pude y seguí haciéndolo siempre que tenía una oportunidad, y cuando le dije que la amaba descubrí que se lo tomaba mucho más

en serio que yo.

—No te casarías conmigo —dijo—. Te avergonzarías de mí allá en Londres, París y Viena.

Mis baúles tenían etiquetas que todos en la casa conocían.

—Eres un ángel —contesté—, pero tengo mucho que hacer antes de pensar en casarme.

No obstante, los besos y caricias continuaban.

Tomé la costumbre de comer en mi sala, porque en el comedor común apenas había gente, y cuando se llevaban mis cosas y me sentaba a leer, entraba Molly y hablábamos como amantes. Una noche le pregunté por qué no venía a mi cama cuando todos estuvieran dormidos. Para mi sorpresa, dijo que estaría encantada y le hice prometer que vendría esa misma noche, atreviéndome apenas a creer en mi buena suerte. Hacia las once, escuché el ruido de pies descalzos, y cuando abrí la puerta que daba a mi sala, encontré allí a Molly con sólo un chal indio de color rojo sobre su camisón. Juntos en la cama, la besé una y otra vez y respondió, pero cuando quise ir más lejos, me detuvo:

—Seguramente no harás nada de eso.

—No te importo mucho o no te negarías —fue mi respuesta.

—Por supuesto que me importas. Debes ser bueno, porque me encanta mecerte —y deslizó sus brazos a mi alrededor y me abrazó hasta ponerme loco de deseo.

Al comienzo, sonreí para mis adentros. Unas noches de preliminares y la naturaleza vencería, pero no había contado con ella.

Ni siquiera he descrito a Molly y, sin embargo, siempre la veré como aquella noche, de pie frente a mí, desnuda. Era tan alta como yo y espléndidamente bien formada, de tipo maternal, con senos y caderas grandes. Mantenía la cabeza vuelta hacia un costado, como si no quisiera verme mientras yo estudiaba sus encantos desnudos. Pero su rostro de flor era aún más delicado que su figura. Grandes ojos grises sombreados por largas pestañas negras y arqueadas y masas de cabello muy oscuro que le llegaba a la cintura. Por extraño que parezca, su piel era tan blanca como la de una rubia. Cuando se volvió hacia mí, a medias sonriente, a medias temerosa, y dijo:

—¿Ya has visto bastante? —dejé caer el camisón que le había

levantado hasta el cuello.

—¡Podría mirar mucho tiempo sin tener nunca bastante, hermosa!

—¡Seguramente soy como cualquier otra y es mi prima Anne Moriarty la que es una belleza, con su cabello dorado!

—¡No hay nada tan hermoso como tú! —y como confirmación de ello, la besé.

—Cogerás frío. ¿Vendrás mañana?

Asintió y me fui a la cama en un frenesí. Había fracasado de manera absoluta, pero no tenía prisa y ni siquiera pensaba en la posibilidad de un fracaso último.

A la siguiente noche, comencé por mostrarle la jeringa y explicarle su uso. Apenas quería escucharme, de modo que comencé a besar su sexo hasta que la tuve en mis brazos, sin aliento. Pero sin embargo, no quería dejarme llegar al acto natural.

—¡No, por favor! ¡Ahora sé bueno!

—¿Pero por qué, por qué?

La pregunta la dejó estupefacta.

—¿Cómo podría ir a la iglesia? Me confieso todos los meses; sin duda, es un pecado mortal.

—No es ningún pecado, ¿y quién lo sabría?

—El padre Sheridan me preguntaría. Por supuesto, sabe que me gustas. Se lo he dicho.

—¿Y lo condenaría?

—¡Ay, Dios! Por eso puedo venir, porque ninguno de ellos soñaría siquiera con eso. Pero me gusta abrazarte y oírte hablar y la idea de que te complazco me hace sentir orgullosa y alegre.

—¿No prefieres mis besos?

—Me asustan. Ahora háblame, cuéntame cosas sobre los lugares que has visto. He estado leyendo sobre París… debe ser encantador… maravilloso… y la mujer francesa viste tan bien… oh, me gustaría viajar.

Lo intenté una y otra vez, pero la negativa era inflexible. Molly se estremecía y se derretía con mis besos, pero no quería aceptar lo que más tarde tendría que confesar al sacerdote.

Unos días más tarde, me ocupé de conocer al padre Sheridan y lo encontré muy inteligente. Era de la vieja escuela, había sido educado en St. Omer y tenía un delicioso barniz francés de cultura y

humor, pero ¡ay!, era tan maniático como cualquier sacerdote irlandés sobre la necesidad de la castidad. Lo llevé a hablar del tema y me pareció elocuente. Tenía en la punta de los dedos las estadísticas de ilegitimidad, y estaba orgulloso del hecho de que en Irlanda era cinco veces menos frecuente que en Inglaterra. Para diversión mía, descubrí que era más común en Gales que en Escocia. Sheridan se negaba a admitir que los galeses fueran cristianos.

—¡Todos paganos —decía enfáticamente—, simples salvajes sin iglesia o santo!

Descubrí que estaba orgulloso del hecho de que su deber fuera denunciar desde el púlpito a todo hombre y mujer jóvenes que estuvieran juntos demasiado tiempo o de los cuales se sospechara que mantenían una intimidad indebida.

—Deberían casarse en lugar de arder —era su frase favorita—. Los niños de padres jóvenes son siempre saludables y fuertes.

Era una obsesión suya. Sin embargo, bebía conmigo whisky hasta que ambos teníamos más de lo que necesitábamos.

¿A consecuencia de qué han llegado a tener los irlandeses esta creencia demencial en la necesidad y virtud de la castidad? Se la da su indiscutida creencia religiosa, y sin embargo, en las montañas de Baviera y en partes de los Abruzos, los campesinos son igualmente religiosos y la castidad es muy estimada, pero su influencia no puede compararse a la que tiene en Irlanda. A menudo me he preguntado por qué.

Para abreviar una larga historia, diré que eché mano a todos mis conocimientos con Molly, y sin embargo, fracasé por completo. Sabía que durante ciertos períodos las mujeres sienten con mayor intensidad que en otros. Descubrí que tres o cuatro veces por mes, sobre todo unos ocho días después de sus reglas, Molly se excitaba fácilmente. Saqué partido de todas las ventajas, pero nada me dio la victoria. Una noche, estaba medio loco y le prometí no hacer nada, de modo que me dio permiso para tenderme sobre ella. Mi intención era utilizar incluso un poco de fuerza, si fuera necesario.

—No es nada —repetía—, nada —frotando mi sexo contra su clítoris—. No voy a entrar.

Pero de pronto ella tomó mi cabeza entre sus manos y me besó.

—Confío en ti, querido. Eres demasiado bueno para

aprovecharte de mí —y cuando presioné un poco más, dijo tranquilamente—. Sabes que me mataría si algo sucediera.

Me aparté en seguida. No podía hablar; apenas podía pensar.

—¡Muy bien! —exclamé por fin—. Has ganado porque no te importo —y me separé de ella.

—¡Qué no me importas! —repitió ella—. Te amo y te amaré toda mi vida —y cuando me tomó en sus brazos se desvaneció todo mi estúpido resentimiento y me dediqué a interesarla tanto como podía.

Pero, con el fracaso como factor dominante en mis listas nocturnas, Ballinasloe se me hizo pronto intolerable. Hacía ya mucho tiempo que había agotado todas las bellezas de la vecindad y había llegado a la conclusión de que, exceptuando el amor, el lugar estaba tan desprovisto de interés intelectual como un pueblo del Oeste americano. No podía hablar con el clérigo, y los abogados y doctores eran de mínima categoría. Algunos de los jóvenes estaban ansiosos por aprender y venían por la noche a la posada a escucharme hablar, pero yo también tenía que *dedicarme a los negocios de mi Padre*. Hice un viaje a Londonderry para estudiar la ciudadela del protestantismo irlandés y para facilitar la despedida final de Molly. Cuando regresé, no le pedí que viniera a verme por la noche. ¿Qué sentido tenía? Pero la noche anterior a mi partida para Belfast, vino y exploré con ella algunos de los atajos del afecto, confesándole con toda franqueza que desde que había conocido a Smith era ambicioso… que me encontraba bajo el juramento, por decirlo así, de desarrollar a cualquier precio mis facultades.

—Molly, no soy ambicioso de un lugar o de poder o riquezas, pero soy el amante y el sacerdote del conocimiento y la sabiduría y estoy decidido a no desperdiciar nada.

Le expliqué que esa había sido la razón por la cual había ido a Irlanda, de la misma manera que un idéntico deseo de conocimiento era el que me había hecho viajar alrededor del mundo años antes y me haría sin duda repetirlo.

—Ni siquiera deseo felicidad o comodidad, Molly, aunque tomaré lo que pueda de ambas cosas, pero no son mi objetivo o mi propósito. Estoy casado con esa búsqueda, como un caballero del Santo Grial, y dedicaré mi vida a este fin. No me preguntes por qué. No lo sé, sólo sé que Smith, mi amigo y profesor en Lawrence,

Kansas, fue quien encendió esta llama y que continuaré hasta la muerte. No debes pensar que no me importas. Me importas mucho. Eres una gran mujer, por tu corazón, tu alma y tu cuerpo, pero mi trabajo me llama y debo irme.

—Siempre lo he sentido —dijo ella con tranquilidad—; siempre he sentido que no te quedarías aquí ni te casarías con nadie. Comprendo y sólo espero que tu ambición pueda hacerte feliz, porque sin felicidad, sin amor, ¿hay algo que valga la pena en la vida? Yo no puedo creerlo, pero tal vez es que soy sólo una chica. Si alguna vez piensas en regresar, escribe primero. Verte de repente me haría morir de alegría.

Cómo conocí a Froude, me gané un lugar en Londres y abandoné la idea de escribir poesía.

Ahora que terminaba mi *Lehrjahre* (años de aprendizaje), Londres me atraía de manera irresistible, apenas sé por qué. Me impresionaba mucho más que New York. Además, temía que de regresar a los Estados Unidos, volvería a padecer la malaria. Por otra parte, tenía una carta de presentación que me había dado Carlyle para Froude[32]. ¿Por qué no presentarla y ver qué sucedía? Mi resolución juvenil de realizar todo trabajo con el mayor entusiasmo, tan bien como pudiera, seguía teniendo, estaba seguro de ello, su magia conquistadora. Me resultaría tan fácil abrir la ostra del éxito en Londres como en Nueva York. Más fácil, de eso no dudaba. Pasé de París a Londres, tomé una habitación en el Grosvenor Hotel y, a la mañana siguiente, fui a Onslow Gardens. Supe que el señor Froude estaba pasando el verano en Salcombe, en South Devon, y no se lo esperaba en Londres hasta un mes después. Yo quería apuntar la dirección exacta, de modo que el sirviente me hizo entrar al comedor y me trajo material para escribir. Los muebles de la habitación, los cuadros que había allí y en el vestíbulo, me dieron una impresión de confort desahogado y un refinamiento del gusto que iba mucho más allá de cualquier experiencia similar en Nueva York. Comencé a escribir la verdad de lo que Emerson había dicho muchos años antes: «La suerte del inglés sigue siendo la mejor del mundo».

Los cuarenta años que han pasado desde entonces, y en especial la gran guerra, han modificado esto. Hoy, la vida en Nueva York sorprende como más lujosa que la de Londres, aunque sigue siendo inferior en gusto y refinamiento.

La propia Londres me enseñó mucho sobre el hombre inglés. Es inmensa, no hay límites para su energía, y también es saludable, pese a su horrible clima. Limpia y con buenos desagües. Pero nunca se eleva muy alto. Se piensa en el East End, mezquino, tosco y rastrero, las calles estrechas, los cuchitriles amontonados, y en el

West End, a veces confortable, otras pretencioso, otras acicaladamente vulgar… envuelto en estuco como en un paño fino. Pero hay parques verdes y espacios abiertos donde se tiene un vislumbre de la naturaleza, y aquí y allá una doble casa con una fina aguja o un puente audaz y aventurero.

Lo peor de todo es que no hay un plan, una idea general que dirija esta actividad infatigable. Está construida por castores, no por hombres. Por todas partes hay industria, pero no inteligencia. Por lo tanto, deprime el espíritu. También son característicos el humo y la mugre. No hay un ideal generoso. Vivamos en medio de la niebla siempre que comamos bien y durmamos confortablemente. Pero no hay ruidos innecesarios. Londres es la más tranquila de las ciudades y los métodos de transporte son excelentes y baratos. La industria es eficiente, aunque sin sentido artístico.

Después del gran incendio, Wren hizo el proyecto de un nuevo Londres. La gran catedral, colocada en un espacio noble y abierta al Támesis, iba a ser el centro. Desde St. Paul hacia el oeste iban a trazarse tres grandes bulevares, paralelos al río, cada uno de ellos de un ancho de 150 pies a la altura de la catedral y estrechándose a medida que se internaban en el campo. Más o menos cada media milla se levantaría una iglesia parroquial en un cuadro de césped semejante a una plaza. De este modo, el Embankment, el Strand y Oxford Street hubieran sido la base de un gran proyecto, pero no. Los constructores prefirieron edificar como lo habían hecho sus padres, sin plan ni diseño, y ahí tenemos el horrible resultado: calles estrechas y ventosas en el corazón de la ciudad, sin pensamiento, sin alma. Londres es la más mezquina de las grandes capitales, con la única excepción de Berlín. Sin embargo, si los ingleses hubieran hecho caso de Wren, hubiera podido ser fácilmente la más noble.

Volví al Grosvenor Hotel, preguntándome si debería ir a Salcombe o tratar de conseguir trabajo en Londres. Un accidente me decidió.

Me encontraba después del almuerzo en el salón de fumar, cuando me llamaron la atención dos caballeros. La tarde era húmeda y pasaban el tiempo apostando sobre las moscas que trepaban por los cristales de las ventanas. Escuché que uno decía:

—Apuesto quinientas a que esta llega más arriba en dos

minutos.

Y luego el otro:

—Hecho, y apuesto mil a que la mía llega primero.

El más joven estaba casi borracho y pronto advertí que su compañero, mayor, procuraba confundirlo proponiendo tres o cuatro apuestas al mismo tiempo. Esto hizo que lo observara más cuidadosamente y pronto comprendí que el mayor estaba engañando al más joven. De pronto, para mi sorpresa, lo escuché decir, después de una breve discusión:

—Eso hace diez mil que me debes… lo que por cierto es bastante para un juego tan idiota.

El hombre más joven se recompuso y observó con la portentosa gravedad de la intoxicación:

—Cinco mil, Gerald, cuando mucho, y creo que no cuentas con los mil que gané con mi moscarda.

—Oh, sí que cuento —replicó el más avispado—. No lo recuerdas. Fue al comienzo, cuando te debía unos dos mil.

—Eres endemoniadamente inteligente, Gerald —contestó el otro, vacilante, y después dijo con súbita decisión—: Esta tarde te daré una letra.

Su amigo asintió.

—¡Muy bien, viejo!

Cuando los dos abandonaban la habitación, llamé al camarero.

—¿Quiénes son aquellos caballeros? —pregunté.

—El joven, señor, es lord C…, hijo del conde de D…; el otro no se aloja aquí. Es un amigo y su nombre es Costello, me parece. Lord C… aguanta la bebida, señor. No es habitual que esté tan bebido.

No sé por qué, pero lord C… me había hecho una impresión tan agradable que resolví abrirle los ojos, si podía, sobre el hecho de que había ganado y no perdido, y no tenía que pagar ni 5000 libras ni nada.

En consecuencia, me senté allí mismo y escribí una cuenta exacta de lo que había observado, enviándola a los apartamentos de lord C… A la mañana siguiente, recibí una nota suya donde me agradecía cordialmente y me pedía que me encontrara con él en el salón de fumar. Nos conocimos y lo encontré curiosamente generoso, deseoso de encontrar toda clase de excusas para el

supuesto amigo que lo había engañado de manera tan evidente. Por otra parte, yo estaba indignado y le aconsejé que enviara mi carta, tal como estaba, a su amigo. Estaba dispuesto a respaldar cada palabra.

—Es muy amable de su parte, sin duda —dijo lord C…—. Creo que lo haré. ¿Se queda usted en Londres? ¿Almorzaría conmigo hoy?

Acepté, y en el transcurso del almuerzo le dije que deseaba ir a Salcombe a ver a Froude. Conocía Salcombe y habló con admiración de las bellezas de la costa de Devon y de hecho de todo el país.

—Debe hacer el viaje —me dijo—. Es la mejor manera de conocer nuestro paisaje inglés.

Apenado, me encogí de hombros.

—No soy lo bastante rico como para permitirme ese pasatiempo. Pronto debo ponerme a trabajar.

A la mañana siguiente me dijeron que alguien deseaba verme y me esperaba en la puerta. Fui y encontré a un cochero con un coche de dos ruedas, que me entregó una carta de lord C…, quien me rogaba que aceptara coche y caballo e hiciera el viaje a Salcombe. «Mi cochero —agregaba— conoce el camino palmo a palmo y durante el mes próximo no tendré necesidad de él. Me ha hecho un gran favor; espero que me permitirá retribuírselo. Sólo le pido una cosa. Que no mencione a nadie el episodio de las apuestas».

Pero después de cuarenta años me parece que no puede haber ningún daño en recordarlo.

Al día siguiente, después de agradecer a lord C… su espléndido presente, salí para Salcombe y alrededor de quince después, fui a ver al señor Froude en su casa, construida sobre un acantilado que daba a la bahía. Me introdujeron en una habitación deliciosa y entregué al sirviente la carta de Carlyle, para que se la llevara al señor Froude. Momentos después, entró Froude con la carta en la mano. Era alto y delgado, con apariencia ascética, de estudioso.

—Una carta extraordinaria —dijo—. ¿Sabe usted lo que pone en ella Carlyle?

—No, no lo sé —contesté—. Cuando me la dio, la puse en mi bolsillo, y cuando la saqué de allí descubrí que se había pegado y jamás la abrí. Sabía que sería amistosa y justa.

—Es muy sorprendente —me interrumpió Froude—. Carlyle me

pide que lo ayude a usted en sus ambiciones literarias. Dice que espera de usted cosas más considerables que las que ha esperado de cualquiera desde que se separó de Emerson. Si hubiera dicho eso de mí, me sentiría muy orgulloso. Siéntese, por favor, y hábleme de su relación con él. Siempre he pensado que era el mayor cerebro de nuestro tiempo, el hombre más grande —y sus ojos grises me exploraron.

—Ha sido mi héroe —dije— desde que leí *Latter Day Pamphlets* y *Heroes and Hero Worship* en América, cuando era vaquero.

—¡Vaquero! —repitió Froude, atónito.

—Fue por consejo de Carlyle —proseguí— que asistí durante cuatro años a universidades alemanas. Y terminé mi educación con un año en Atenas.

—Qué interesante —dijo Froude, quien evidentemente no comprendía que las aventuras salen al encuentro de los aventureros.

Hablamos una hora o más, pero cuando me invitó a almorzar, después de una especie de pausa reflexiva, le dije que había quedado para regresar al pueblo más cercano a almorzar con un amigo. Entonces, me aseguró que regresaría a Londres una quincena más tarde y que en seguida daría una cena e invitaría a Chenery, el editor de *The Times*, y a otra gente importante conectada con la literatura, para que me conocieran. Haría todo lo que pudiera por satisfacer los deseos de Carlyle. Por supuesto, le di cordialmente las gracias, asegurándole mientras tanto que no deseaba causarle molestias. Después me preguntó si había escrito algo que pudiera leer. Saqué un librillo encuadernado en el cual había escrito, con mi mejor caligrafía, algunas docenas de poemas, en especial sonetos, que le entregué.

Un poco después nos estrechamos las manos y volví a mi posada, regresando a la mañana siguiente a Londres por otro camino. El campo inglés me agradaba inmensamente. Estaba tan limpio y cuidado, pero no había nada grandioso en su paisaje… ¡nada tan hermoso como los Catskills, nada que pudiera compararse con la arrebatadora belleza del Este de Francia, por no hablar de las Rocosas!

Acababa de dejar a Froude cuando comprendí que sería por cierto un estúpido si confiaba en su ayuda. «Ayúdate a ti mismo, amigo mío —me repetía—; después, si él ayuda, tanto mejor, y si no

lo hace, no importará».

Todavía tenía unas doscientas libras.

Cuando llegué a Londres, envié al cochero, al coche y al caballo a lord C…, agradeciéndole las soberbias vacaciones y el viaje encantador. Pero me cuidé ese mismo día de alquilar habitaciones cerca del British Museum por una libra a la semana, y allí me fui y desempaqué, diciéndole a la gente del Grosvenor que pasaría una vez por semana a buscar mis cartas. Mi relación con lord C… me había procurado un trato muy cortés.

Una o dos mañanas después, vi, en uno de los periódicos, algo sobre John Morley[33] y la *Fortmghtly Review*. Recuerdo que el periódico la llamaba «la más literaria de nuestras revistas». Anoté la dirección en Henrietta Street, Covent Garden, y sin perder tiempo, fui alrededor de las nueve de la mañana. Para mi sorpresa, la oficina era una especie de tienda, la editorial de Chapman y Hall. El empleado que estaba detrás del mostrador me dijo que el señor Chapman[34] llegaba por lo general hacia las once, de modo que si podía esperar… Yo no pedía nada mejor, de modo que me senté y esperé.

Hacia las diez y media llegó el señor Chapman, un hombre de buena constitución, de unos cinco pies diez pulgadas, que ya había dejado atrás la juventud. Su cabello raleaba y tenía una tendencia a la corpulencia. Tan pronto como oí su nombre, me puse de pie y dije:

—Me gustaría hablar unos minutos con usted.

Me llevó a su oficina en la primera planta y le dije que acababa de regresar de hacer una visita a Froude, a quien había llevado una carta de Carlyle. Pareció muy impresionado y lamentó no tener nada que ofrecerme, pero, cuando hablé de trabajar para la *Fortnightly*, dijo que debería volver por la tarde y ver al señor Escott, editor en funciones en lugar del señor Morley. Fui a las cuatro, y Chapman me presentó a T. H. S. Escott. Escott era un hombre apuesto, de buen ver, muy curioso por saber cómo había llegado a conocer a Carlyle y qué me había dicho Froude, pero que finalmente me rechazó.

—No tengo nada para usted, lo siento —fue su breve despedida.

—¿Nunca tiene traducciones? —pregunté.

—Raras veces —contestó—, pero lo tendré en cuenta.

—No lo haga —contesté—. Déjeme venir todos los días y si no tiene nada para darme, no importa. Pero estaré a mano si inesperadamente necesita que se lea una prueba, se verifique un artículo o algo así.

—Como le parezca —dijo con rudeza, encogiéndose de hombros mientras se apartaba con desdén… según no pude dejar de observar.

Pero todas las mañanas, cuando llegaba Chapman, yo estaba sentado en la oficina. Acostumbraba a responder a mi reverencia con aire turbado. Cuando llegaba Escott por la tarde, generalmente subía a su oficina trasera en la primera planta, afectando no verme. Después de alrededor de una semana, Chapman me invitó un día a su oficina y me dijo cortésmente que ahora habría visto que no había nada que pudiese hacer. ¿No sería mejor probar en otra parte en lugar de esperar allí? Tuve la convicción de que Escott se lo había sugerido.

Dije que esperaba no estar molestándolo. Pronto tendría un trabajo regular. En cuanto lo tuviera, se lo diría. Mientras tanto, esperaba que no le importase tenerme a mano.

—¡No, no! —se apresuró a decir—. Es por su bien que se lo digo. Desearía tener algo que ofrecerle.

A escuchar esto, sonreí y me fui hasta el día siguiente, cuando, una vez más, ocupé mi puesto.

Mientras tanto, yo ajustaba otra cuerda a mi arco. Había conocido a A. R. Cluer, quien en ese momento era un juez de condado, durante un viaje en tren, y casi en seguida nos hicimos amigos por semejanza de gustos e intereses. Tenía habitaciones en el Temple y un día me preguntó por qué no trataba de conseguir trabajo en el *Spectator*. Me aconsejó que pidiese a Escott una carta de introducción para el editor jefe, Hutton[35]. Pero yo no quería pedirle ningún favor a Escott, de modo que, allí mismo, Cluer me acompañó a las oficinas del *Spectator* y me hizo entrar.

Cuando llegó el empleado, dije:

—Quiero ver al señor Hutton.

—¿Tiene una cita?

—No —contesté, sacando un soberano y poniéndolo frente a él —. Dígame dónde está el señor Hutton —dije— y esta libra es suya.

—En la segunda planta —susurró rápidamente el empleado—.

Pero no me descubrirá usted, ¿no es cierto?

—No, no —le aseguré—. Subiré y usted puede ni haberme visto siquiera.

Salí en seguida de la oficina y subí las escaleras laterales.

Cuando llegué a la segunda planta, golpeé. No hubo respuesta. Uno o dos minutos después, volví a golpear, más fuerte.

—¡Adelante! —escuché, y entré.

Había un hombre sentado frente a una mesa, dándome la espalda, sumergido en algunas pruebas. Evidentemente, era muy miope, porque su nariz casi tocaba los papeles. Permanecí unos momentos de pie, a su izquierda, examinando tranquilamente la habitación, con sus Librerías, que estaban frente a mí. Después tosí. El hombrón dejó caer sus gafas sobre la mesa y se volvió hacia mí en seguida, evidentemente sorprendido por cortesía.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado?

—Mi nombre no le dirá nada, señor Hutton —contesté sonriendo —, y no deseo molestarlo. Quiero trabajo, pienso que puedo escribir.

—Tenemos demasiados escritores —murmuró—. No conseguimos suficiente trabajo para los que conocemos.

—Siempre hay espacio en la cumbre —repliqué—. Suponga que puedo hacerlo mejor que cualquiera de los que conozca. Le interesaría utilizarme.

—¡Buen Dios! —exclamó—. ¿Piensa que puede escribir mejor que cualquiera de nosotros?

—No, no —corregí—, pero hay algunos temas que conozco mejor que cualquier inglés. Usted será el juez. Las primeras diez líneas de un artículo que escriba le dirán si estoy simplemente enfermo de vanidad o si valgo la pena.

—Eso es verdad —dijo, levantándose y yendo hacia la librería—. ¿Sabe algo sobre Rusia?

—Estuve en Plevna con el general Skobelef.

—¡Buen Dios! —exclamó—. Aquí hay un libro sobre Rusia y la guerra que puede interesarle —y me tendió un volumen—. ¿Tiene algún conocimiento especial sobre los Estados Unidos? —continuó, siempre mirando los libros.

—He estado en una universidad del oeste —contesté—, soy miembro del colegio de abogados americano y he practicado las

leyes.

—¿De verdad? —exclamó—. Bueno, aquí hay un libro de Freeman[36] sobre América que puede divertirle. No tenga miedo de decir la verdad sobre él —continuó—. ¡Si no está de acuerdo con él, dígalo!

—Infinitas gracias —contesté—. Le estoy muy agradecido. Todo lo que deseo es la oportunidad de demostrar lo que puedo hacer —y salí en seguida, pero no sin antes haber percibido un brillo amable en los ojos investigadores, que me demostró que Richard Holt Hutton era en verdad un caballero que adoptaba modales bruscos para enmascarar o tal vez proteger su naturaleza realmente amable.

Cuando bajé, mostré al empleado los libros como prueba de que no le harían reproches, y me tomé el trabajo de agradecerle una vez más antes de reunirme con Cluer. Cuando este vio los libros y supo que había hablado con Hutton, exclamó:

—No sé cómo lo ha hecho. Saqué un sobresaliente en Oxford y le escribí, pero ni siquiera pude verlo. ¿Cómo lo hizo?

Se lo conté haciéndole prometer que guardaría el secreto y después hablamos de los libros y de lo que escribiría, pero no seguí el consejo de Cluer de ir derecho a casa a trabajar.

Primero me senté y pensé. Habían pasado muchos días desde mi regreso a Londres y hasta ese momento no tenía indicios de éxito, ni veía en realidad ni siquiera una esperanza. ¿Qué iba a hacer? ¡Tenía que ganar en seguida!

Comprendí de inmediato que debía conocer la diana a la cual apuntaba. Para ganarme a R. H. Hutton, debía conocerlo primero. En consecuencia, a la mañana siguiente, fui al British Museum y pedí sus libros. Me dieron una docena, o más, de tomos pesados y pasé los dos días siguientes leyéndolos. Al cabo de ese tiempo, veía frente a mí el alma de R. H. Hutton como una entidad muy pequeña, un espíritu gentil y piadoso, intensamente religioso. «Le gustará que vapuleen a Freeman —me dije—, porque sabe que es grosero, altanero y agresivo. Le daré a Hutton exactamente lo que quiere».

Fui a casa y escribí el mejor material que pude sobre el libro de Rusia y entonces, después de leer a Freeman con gran atención y descubrir que era en verdad el tipo de pedante arrogante y pomposo que confundía cultura con sabiduría, me dejé ir y escribí una reseña

honesta pero despectiva de su libro. En verdad, no había en él alimento para el alma. Terminé la crítica haciendo la observación de que «de la misma manera que Malebranche[37] veía todas las cosas en Dios, el señor Freeman veía todas las cosas en el fornido, culón y agresivo teutón».

Durante mi primera semana en Londres, había hecho otra amistad que en ese momento me sirvió de mucho. Era el reverendo John Verschoyle, por entonces coadjutor en la iglesia de Marylebone. No recuerdo cómo le conocí, pero pronto descubrí en él uno de los más extraordinarios talentos literarios de la época y en especial un don para la poesía casi comparable al de Swinburne.

Verschoyle era de buena familia y había pasado del Trinity College, en Dublín, a Cambridge, donde a los diecisiete años había escrito los versos griegos para el libro anual publicado por la universidad. También su verso inglés me parecía milagroso… un talento lírico de los mayores. Aunque era apenas una pulgada más alto que yo, tenía cincuenta pulgadas de pecho y era prodigiosamente fuerte. Apuesto además, con una frente despejada, buenos rasgos y un largo bigote dorado. De todos los hombres que he conocido en mi vida, él era el que mayor cantidad de gente hubiera elegido como probable para realizar grandes cosas, por lo menos en el campo de la literatura. Sin embargo, nada salió de ello y murió prematuramente, en la madurez.

Casualmente, me visitó cuando había terminado mis dos reseñas y naturalmente le pedí que las leyera. Conocía los trabajos de Hutton.

—Un gran anglicano —dijo de él—, que admira extremadamente a Newman.

En seguida afirmó que Hutton aceptaría el artículo sobre Rusia. Era algo tan nuevo que Rusia diera señales de espíritu revolucionario, tan inesperado, etcétera.

—Le pedí su crítica —insistí—. Por favor, señale las faltas que encuentre. Me siento más cómodo con el alemán que con el inglés.

Sonrió.

—He aquí una frase que lo prueba, me parece, y aquí hay otra.

Pronto estábamos trabajando enérgicamente en el artículo, pero me convenció en seguida de que mi duda estaba ampliamente justificada. Después que hubo repasado los dos artículos, yo había

disfrutado de la mejor lección de inglés que me han dado nunca. Desde ese día y en los cinco años siguientes, la Biblia y Swift estuvieron junto a mi cama, y durante ese período no abrí un solo libro alemán, ni siquiera mis amados Heine y Schopenhauer. Me había llevado años aprender alemán, pero me llevó el doble de tiempo limpiar mi cerebro de toda huella de la lengua. Ningún escritor debería tratar nunca de dominar dos idiomas. Escribí o reescribí los pequeños ensayos y se los envié a Hutton.

Al día siguiente había vuelto a mi puesto en la casa Chapman y cuando le dije a este que estaba en el *Spectator*, rio y dijo que estaba encantado, y uno o dos días más tarde me hizo entrar y me dio un par de libros sobre los cuales deseaba saber mi opinión.

—Meredith es nuestro lector —dijo—, pero a menudo le lleva semanas darnos una opinión y me gustaría saber algo concreto sobre estos libros lo más pronto posible.

Había llegado mi oportunidad. Le di las gracias, fui derecho a casa y me senté a leer y releer los libros. Me llevó todo el día y pasé la mayor parte de la noche escribiendo. A la mañana siguiente fui a ver a Verschoyle, que me dijo que las reseñas estaban bien y demostraban realmente una mejora notable de mi inglés.

—Las frases cortas dan en el clavo —observó—, pero no debe permitir que se transformen en estereotipos. Debe cambiarlas a menudo.

Le di las gracias y llevé las reseñas a Chapman. Estaba muy impresionado.

—Pensé que los tendría una semana —dijo—. No deseaba apresurarlo tanto.

—No es nada —contesté—. Uno de los libros puede publicarse con algunos cambios; el otro es pueril.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo—, y si le lleva esto al cajero, abajo, le dará las dos guineas correspondientes.

—No, no —exclamé—. Estoy en deuda con usted por haber permitido que lo molestara como lo he hecho. Por favor, utilíceme cuando pueda. Me complacerá mucho serle de utilidad.

Chapman me sonrió con gran cordialidad y desde ese día me dio libros todas las semanas, y casi todos los días pedía mi opinión sobre este o aquel asunto literario. Debe haberme elogiado ante Escott, porque, una tarde, este me pidió que subiera a la oficina de

la *Fortnightly* y me dio un artículo alemán que deseaba que leyera para saber mi opinión.

—¿Debo traducirlo? —pregunté.

—Sólo si le parece sorprendentemente bueno —contestó.

Al día siguiente, tenía mi opinión escrita.

Poco después, me dio a traducir un artículo del italiano y, al poco tiempo, quejándose de que su trabajo en el *World* le ocupaba mucho tiempo, me dio la mitad de la *Fortnightly* para corregir. Cuando descubrió que hacía esto también con la mayor atención y velocidad, me pidió que me instalara en su oficina y pronto estaba haciendo de secretario y factótum todas las tardes.

La importunidad que ganó a Dios en la Biblia, también había tenido éxito en Londres.

Pero aunque había pasado un mes desde mi regreso de Salcombe, seguía sin saber nada de Froude y, lo que era más extraño aún, del *Spectator*. Sólo podía armarme de paciencia.

Mientras tanto, veía a Verschoyle casi todos los días y una vez tuve con él una pequeña disputa que evidenciaba, me parece, una diferencia de naturalezas. Habíamos estado hablando de un pasaje de una reseña mía para la *Fortnightly*, cuando dijo:

—Estas prolusiones nuestras son muy interesantes, pero no conducen a nada.

—El progreso personal me parece el mejor de los objetivos —contesté—, pero detesto su palabra «prolusiones». Es totalmente correcta, pero algo pedante, ¿no?

—La palabra exacta rara vez resulta pedante —afirmó—. ¿Por qué no decir «prolusión» en lugar de «ejercicio preparatorio»?

—No sabría explicarlo —fue mi respuesta—, pero deseo que la gente me comprenda de primera intención. No usaría por nada la palabra «prolusión».

Verschoyle se encogió de hombros con visible fastidio.

Fue él quien me introdujo en la poesía inglesa moderna y quien me presentó a una cantidad de poetas ingleses vivos, sobre todo al doctor Westland Marston y a su hijo ciego, Phillip.

Vivían en Euston Road, y aunque en esa época eran pobres, se veía que habían estado antes en buena situación y eran amigos de todos los literatos de reputación. Había estado prometido a una muchacha muy bonita, Mary Nesbit (hermana de E. Nesbit, quien

fue más tarde la señora de Hubert Bland[38]) y una mañana, al ir a su habitación a despertarla, la encontró muerta. La impresión estuvo a punto de matarlo.

Un par de años más tarde, su amigo más querido, Oliver Maddox Brown, murió casi tan súbitamente como ella. Tres o cuatro años más tarde, su hermana Cicely, que estaba muy bien el día anterior, fue encontrada muerta en su lecho. Su otra hermana, Eleanor, murió al año siguiente, 1879, Y unos dos años más tarde, le tocó el turno a su más íntimo amigo, el poeta Arthur
O'Shaughnessy
. En 1882, James Thomson, autor de *The City of Dreadful Night*, sufrió un ataque en las habitaciones de Phillip y lo llevaron a morir a un hospital, y ese mismo año murió en Birchington su héroe y amigo Rossetti. Parecía como si el destino lo hubiera elegido para castigarlo, y me atemorizó el hecho de que con frecuencia la desdicha persigue a las personas dotadas y la fortuna las esquiva. Phillip Marston era guapo, con una hermosa frente y cabellos castaños. Sus ojos parecían naturales y expresivos. No sé por qué, pero de inmediato estuve de acuerdo con Verschoyle en la aseveración de que Phillip Marston era uno de los hombres más dulces y generosos que había conocido. Pasamos toda la tarde juntos y antes de irnos Phillip me pidió que volviera cuando quisiese. Uno o dos días después volví a visitarlo y pasé algunas horas con él. Yo le gustaba, dijo, porque tenía casi tan pocas esperanzas como él.

—Verschoyle —continuó— me desconcierta con su fe cristiana. Yo no tengo ninguna creencia, no puedo concebir cómo alguien puede abrigar alguna fe en el futuro, por débil que esta sea, y siento que usted está de acuerdo conmigo.

—Sí, indudablemente —contesté, y cité:

> ¡Sólo un sueño eterno
> En una noche eterna!

Asintió y dijo con inexpresable tristeza:

—«¡Muerto! Terminado», como dice Browning. Tampoco hay esperanza para los supervivientes. Ninguna.

—No estoy tan seguro —interrumpí—. Me parece que los hombres más sabios son siempre los más afectuosos y de ese hecho

extraigo la esperanza de que en el futuro, poco a poco, los mortales podamos llegar a la conciliación amorosa para con todos los hombres, haciendo de este peregrinaje terrestre un camino perfumado de inexpresables delicias.

—¡Cuánto más dulce sea —exclamó—, peor será abandonarlo!

—¿Es verdad? —pregunté—. Seguramente, después de haber bebido intensamente el amor y la vida, podremos ir a la muerte en el estado en que se abandona una mesa… satisfechos.

Fue la querida Amy Levy, a quien conocí en esa época, quien dio expresión perfecta a mi pensamiento, aunque ella misma tenía tan pocas esperanzas como Marston:

> ¿Quién puede hablar del secreto de nuestro ser?
> No me corresponde alabar a los dioses y al Destino;
> Veo maldad y dolor y en mi corazón
> No hay voz que susurre: «Todo va bien».
> Y sin embargo, hermosos son los días del verano y más hermosos
> Los brotes de la bondad humana, aquí y allá.

—Hermoso, hermoso —repitió cuando hube terminado de recitar el sexteto— y cierto. Pero no nos lleva muy lejos, ¿no es cierto?

Phillip Marston estaba más allá de todo consuelo —el dolor lo cubría como un traje—, pero su compasión por los otros y su simpatía por el dolor humano eran inextinguibles.

Tiempo más tarde, me dio un ejemplar de sus poemas. Yo también he escrito sobre la eternidad del sueño —dijo—, y en el libro encontré este soneto que había escrito para su amor, Mary Nesbit. A mí me parece una de las elegías inglesas más nobles y sinceras, aunque profundamente triste.

> Debe haber correspondido a uno de nosotros, yo,
> Beber este cáliz y comer este pan ácimo.
> Si mis lágrimas no se hubiesen derramado sobre tu rostro,
> Las tuyas hubieran caído sobre el mío; si ahora
>
> No caminara solo, tu espíritu hubiera conocido
> Mi ausencia; y si mis pies no recorrieran
> Este fatigoso camino y esta cuesta, serían los tuyos los que sangrarían
> Por mí, y tu boca la que por mí gemiría.

Y así me consuela, sí, y no en vano
Pensar en la eternidad de tu sueño.
Saber que tus ojos están secos aunque los míos lloren.

Y cuando haya consumido la última hiel de esta copa,
Habrá una idea que conservará su dulzura primera:
Que a ti te ha correspondido la paz y a mí la eterna pena.

Fue también por esta época cuando conocí a la señorita Mary Robinson y a su hermana, pero por una u otra razón no nos llevamos bien. Una vez, ella se rio de algo que yo había dicho, y esto me paralizó. Tal vez yo fuera demasiado joven para comprender su valor, y muy pronto se casó con un profesor francés y se fue a vivir a París, por lo que la perdí de vista. Pero, desde entonces, he tenido vislumbres de un cerebro admirable y he lamentado no haber aprendido a conocerla. Creo que fue Francis Adams, el poeta de *The Army of the Night*, quien me presentó a las Robinson. Más tarde tendré mucho que decir de él, pero por ahora sólo necesito puntualizar que Verschoyle y los Marston, Amy Levy, la señorita Robinson y Francis Adams me hicieron comprender que Londres, en esa época y de hecho en todas, y gracias a la bondad eterna, es un nido de pájaros cantores, atestado de hombres y mujeres de talento y distinción, quienes por otra parte se dedican por lo general a la poesía como a la más noble de todas las artes.

Mi defecto principal en la vida y también como crítico, según ha observado Shaw, es que siempre he sido admirador de los grandes y jamás me he interesado demasiado por aquellos que sentía que estaban más acá de la grandeza. Marston y Amy Levy me interesaban por la pura emoción de su destino desdichado y su dolor inconsolable. Fue después cuando comprendí que sus logros poéticos, si bien no de los más altos, tenían verdadero valor y extraordinaria importancia.

Después de su prematura muerte el catorce de febrero de 1887, la gente empezó a hablar de los hábitos alcohólicos de Marston y de cómo permanecía despierto hasta la madrugada y… ¡cháchara de estúpidos! ¡Los tontos ni siquiera pueden perdonar a un ciego por tratar de hacer de la noche, día! Si beber ahoga los pensamientos tristes y solitarios, ¿por qué no hacerlo? Yo le agradezco a Phil Marston horas de dulce compañía y simpatía exquisita y omnicomprensiva, e Inglaterra no puede olvidar su noble poesía.

Más o menos en esa época, recibí una mañana una carta que me sorprendió. La escritura del sobre era tan diminuta que apenas pude descifrarla, pero cuando lo abrí cayeron dos pruebas. Eran por fin las del *Spectator* y había una carta con la pequeñísima escritura de Hutton.

«Tenía usted razón, comenzaba, sus reseñas lo justifican. La del libro de Freeman es una joya y la del libro sobre Rusia hace pensar y puede conducir a discusión. Le envío pruebas de ambas y estaría encantado si viniera con ellas una vez que las hubiera corregido. Quiero conocer más trabajos suyos. Sinceramente suyo, R. H. Hutton».

Finalmente había forzado la puerta. Me quedé un rato como en trance, después miré las pruebas y traté de leerlas como si las hubiera escrito un extraño. La del libro sobre Rusia era indudablemente la mejor, pero había sido la reseña sobre el Freeman, destinada a la cabeza y al corazón de Hutton, la que había obtenido el premio. Allí había algo en qué pensar. Comencé por entonces a decirme que nadie puede ver por encima de su propia cabeza.

Al leer los artículos, observé pequeñas disonancias de ritmo y medida y me puse a corregirlas en otro papel. Quería enseñar a Verschoyle las pruebas sin corregir, para que me diera su opinión. Mientras estaba trabajando, el correo del mediodía me trajo una carta de Froude en la que este se excusaba por su largo silencio, diciéndome que deseaba que la cena en mi honor resultara un gran éxito y que por lo tanto había tenido que esperar que ciertas personas volvieran a la ciudad. Ahora, sin embargo, estaría encantado de verme en tal fecha y guardaría hasta entonces mis notables poemas. «Me han probado, concluía, que la apreciación de Carlyle era justificada».

Nada podía resultar más halagador, pero mis conversaciones con Verschoyle y la lectura de su poesía y la de Marston, habían hecho flaquear mi convencimiento en mis virtudes como poeta lírico. Sin embargo, hacía poco que había escrito uno o dos sonetos que me gustaban y… la vanidad no muere de un solo golpe.

Esa tarde le llevé las pruebas del *Spectator* a Verschoyle quien, por extraño que parezca, estuvo de acuerdo con Hutton en que el artículo sobre Freeman era el mejor, y sólo sugirió una corrección,

que yo ya había señalado. Es evidente que su capacidad crítica de la prosa no era tan segura como en verso, o que no le interesaba tanto, porque yo había hecho unas cuarenta correcciones.

Al día siguiente llevé las pruebas escrupulosamente corregidas a Hutton, y tuve con él una charla deliciosa.

—Escriba sobre lo que quiera —dijo—, pero hágame saber de antemano el tema que ha elegido, para que no coincidamos en la elección. Avíseme siempre los lunes por la mañana, ¿eh? Me gusta su inglés, simple pero rítmico, pero son sus conocimientos los que resultan extraordinarios. Se hará un nombre. Me sorprende que no sea ya conocido. Estos no son tiempos para esconder la propia luz —y rio cordialmente.

—Por el contrario —exclamé—, la exponemos con grandes reflectores frente a la tienda y pagamos a un pregonero para que cante loas a su capacidad de iluminación.

—¡Un pregonero!, —repitió Hutton—. ¿Qué es eso?

Y para su deleite le expliqué el término tan característico.

—¡Ustedes, los americanos! —dijo—. ¡Un pregonero! ¡Qué palabra tan colorida!

Pero yo no había olvidado que todavía tenía que ganarme su corazón, de modo que cuando sobrevino una pausa, dije con calma:

—Señor Hutton, me pregunto si podría ayudarme a satisfacer una de mis ambiciones. Conocí bien a Carlyle, pero admiro también muchísimo al cardenal Newman, aunque jamás he tenido la dicha de conocerlo. ¿Sería demasiado pedir que me lo presentara?

De inmediato prometió ayudarme.

—Aunque no lo conozco íntimamente —agregó, pensativo—. Sin embargo, puedo enviarle unas líneas. ¡Pero qué extraño que admire usted a Newman!

—El más grande de los Padres —dije con entusiasmo—. ¡El más dulce de los santos!

—De primer orden —exclamó Hutton—. Ese podría ser su epitafio. Con esa lengua suya, no necesita usted presentaciones. Me limitaré a citar sus palabras y estará encantado de verlo. «El más grande de los Padres» —repitió—. Es posible que sea cierto, pero convendrá conmigo que es San Francisco de Asís «el más dulce de los santos», ¿no le parece?

Yo asentí sonriendo. Hutton tenía razón, pero sentí que no debía

abusar de la bienvenida que me hacía, de modo que me fui, sabiendo que me había hecho de un verdadero amigo en la persona del estimable Holt Hutton.

Más o menos por esa época escribí en el *Spectator* un artículo que me procuró el conocimiento y el elogio, si no la amistad, de T. P. O'Connor, miembro del Parlamento, un irlandés muy inteligente y agradable que se destaca entre los periodistas contemporáneos. Ha conocido a la mayor parte de los hombres famosos de su tiempo, pero raramente ha escrito sobre estas figuras significativas, porque le gustan más los de segunda o tercera fila. Por lo que sé, jamás ha tratado siquiera de estudiar o comprender a ningún gran hombre en esas peculiaridades de carácter o sutilezas de naturaleza que constituyen la esencia de la personalidad. Ha escrito para el gran público sobre sus dioses —Hall Caine y Gosse, Marie Corelli y Arnold Bennett, Conrad y Gilbert Frankau—, y ha obtenido su recompensa en su gran popularidad. Pero en los tempranos años ochenta era todavía un joven de agradables maneras, que llevaba alrededor de sí el halo de los posibles logros.

Y ahora, en lo que se refiere a Froude y su cena, esta iba a matizar mi experiencia con un sentimiento de derrota inhabilitadora, paralizante.

Antes de la cena, Froude me presentó al señor Chenery, editor de *The Times*, y me colocó a su izquierda en la mesa. Cuando la cena estaba a punto de terminar, me presentó al conjunto de los huéspedes diciendo que Carlyle le había enviado una carta donde le pedía que me ayudara en mi carrera literaria, elogiándome a su manera grandiosa. Él (Froude) había leído algunos de mis poemas y se había asegurado de que la recomendación de Carlyle era justa.

Entonces leyó uno de mis sonetos para que sus huéspedes pudieran juzgar.

—El señor Harris —agregó—, me dice que ha empezado a escribir para el *Spectator*, y la mayoría de entre nosotros sabe que el señor Hutton es un excelente crítico, aunque severo.

Decir que estaba complacido es poco. Casi todos bebieron vino conmigo o me desearon suerte con esa encantadora *bonhomie* inglesa que cuesta tan poco y es tan seductora.

Cuando nos pusimos de pie para pasar a la sala a tomar el café, me deslicé en el vestíbulo para sacar de mi abrigo mi último soneto. Era posible que me pidieran que leyera un poema y quería leer el mejor. ¡Con cuánta facilidad se envanece uno a los veintisiete años!

Cuando llegaba a la puerta de la sala, la encontré casi cerrada y vi los hombros de un hombre alto que estaban apoyados casi contra ella. No quería empujarle groseramente, y mientras estaba allí escuché que el hombrón le preguntaba a su compañero lo que pensaba del poema.

—No lo sé. ¿Por qué me lo pregunta?: —dijo su amigo en voz baja.

—Porque es usted un poeta y debe saberlo —afirmó el hombre alto.

—Si desea saber mi opinan —dijo la voz débil—, sólo puedo decir que el soneto que escuchamos no era malo. Muestra un buen conocimiento del verso y una emoción genuina, pero no tiene una nueva cualidad lírica, ni una nueva cadencia.

—¿Entonces no es un poeta? —preguntó el hombre alto.

—¡En mi opinión, no! —fue la respuesta.

Un momento después, la pareja se apartó y entré. De una ojeada, me convencí de que mi severo crítico era Austin Dobson, quien indudablemente era un buen juez de la técnica poética. Pero la condena no necesitaba del peso de una autoridad. Me había llegado al corazón, porque yo la sentía, sabía que era cierta. «Ninguna nueva cualidad lírica, ni una nueva cadencia». Por lo tanto, no era poeta, sino un imitador entrenado. Sentía frío y calor, producidos por mi autodesprecio.

De pronto, me llamó el señor Froude.

—Quiero presentarle a nuestro mejor editor —dijo—, el señor Charles Longman, y me alegra poder decirle que ha aceptado publicar inmediatamente sus poemas. Yo escribiré el prólogo.

Por supuesto, comprendí que «el bueno y amable Froude», como decía Carlyle, estaba actuando por pura bondad. También sabía que un prólogo suyo abreviaría mi camino a la fama por lo menos en diez años. Pero estaba demasiado sacudido, demasiado abatido como para aceptar semejante ayuda.

—¡Es muy amable de su parte, señor Froude! —exclamé—. No sé cómo agradecerle a usted y también al señor Longman este honor

que sé que no merezco. Mis versos no son lo bastante buenos.

—Debe permitir que seamos nosotros los jueces de eso —dijo Froude algo turbado, según pude ver, por mi inesperada negativa.

—Oh, por favor, no —exclamé—. Mis versos no son lo bastante buenos, realmente, lo sé. Por favor, por favor, devuélvamelos.

Enarcó las cejas y me devolvió el librillo. Volví a darle las gracias, pero no sé cómo dejé la habitación. Quería estar solo, lejos de esos ojos amables, alentadores, falsos. Quería estar totalmente solo. Estaba íntimamente avergonzado de mi extravagante autoestima.

Tomé un coche hasta casa y me senté a leer los poemas. Algunos eran pobres y los quemé en seguida, pero después de muchas lecturas, había tres o cuatro que seguían pareciéndome buenos y resolví guardarlos. Pero no podía dormir. Por fin, febril, escuché al lechero con sus botes y supe que eran las siete de la mañana. Había perdido el precioso sueño de una noche. Salté de la cama y quemé los cuatro últimos sonetos; después volví a acostarme y dormí el sueño de los justos hasta pasado el mediodía. Desperté plenamente consciente de que no era un poeta. Nunca volvería a intentar escribir poesía. Nunca. La prosa era todo lo que estaba a mi alcance, de modo que debía aprender a escribir prosa tan bien como pudiera y dejar la poesía para gentes más dotadas.

Con el ejercicio físico renacieron mis esperanzas. Después de todo, había hecho mucho en mi primer mes allí. Tenía trabajo asegurado en el *Spectator*. Hutton me pagaba tres libras por cada artículo y yo me cuidaba de escribir por lo menos uno por semana y a menudo dos. Escott me daba cada vez más trabajo en la *Fortnightly* y después de haberle hablado de la cena de Froude en mi honor, me invitó a cenar en su casa de Brompton, donde conocí a su esposa y a su bonita hija. También Chapman me invitó a su casa en Overton Square y empecé a conocer a bastante gente más o menos interesante.

Primer amor. Hutton, Escott y el *Evening news*

¿Cómo le llega el amor a un hombre? Los escritores de novelas están todos de acuerdo en el hecho de que el amor se presenta como una diosa envuelta en luz cegadora, o en una música arrebatadora, o en un paisaje soberbio, pero siempre coronada, siempre victoriosa. Él mió es un cuento sencillo y sin ornamentos. El amor me sobrevino durante esos primeros meses en Londres de la manera más trivial, y sin embargo estoy dispuesto a jurar, como Shakespeare, que mi amor

> ....era tan bella
> como otra que con falsos símiles se mienta.

Estaba ganando unas cinco o seis libras semanales y vivía tranquilamente en Bloomsbury, cerca del British Museum. Tuve ocasión de visitar, en una casa de pensión del mismo distrito, a alguien que había enviado un artículo a la *Fortnightly*. Me hicieron entrar en una sala de la planta baja, y la desaliñada doncella me dijo que la dama bajaría en seguida.

Mientras esperaba, hicieron entrar a una muchacha, diciéndole también que esperara. Avanzó hacia donde estaba yo, junto a la ventana, y me dejó sin aliento. Cada detalle de su aspecto, tal como la vi en esa luz fuerte, está grabado en mi memoria, incluso el tono de azul de la capa que usaba. Era bastante alta, de unos cinco pies y cinco pulgadas, y caminaba especialmente bien, recordándome a las muchachas vascas y españolas que había visto, quienes más que caminar parecían nadar…, porque según había descubierto, daban pasos muy pequeños que parecían surgir de las caderas. Sus ojos se encontraron con los míos y luego miraron a otra parte. Grandes ojos color avellana, frente amplia, cara más bien redonda, buenos labios, mentón firme pero pequeño. Una muchacha preciosa, decidí, con una mata de cabello castaño iluminado con mechones dorados. Iba bien vestida, aunque sin exageración, y su larga capa azul junto con su aparente autodominio le daban un aire de institutriz. Resolví

hablarle.

—Esperar es fatigoso —comencé diciendo con una sonrisa.

—Depende de dónde y con quién —replicó con cierto toque de coquetería, pero sin señales de acento inglés.

—¿Es usted inglesa? —barboté impulsivamente.

—Medio americana, medio inglesa —contestó sonriendo.

La sonrisa le iluminaba bellamente el rostro. Era como salir al sol de una habitación cerrada.

—Es también mi caso —exclamé—, sólo que, en lugar de inglés, habría que decir medio galés.

—Es extraño —contestó, riendo francamente—, en mi caso, para ser exactos, habría que decir medio irlandesa.

—Atengámonos a nuestras mitades americanas —dije—, y entonces no habrá nada raro en que me presente a mí mismo. Soy Frank Harris y estoy aquí en Londres intentando ser escritor.

—Y mi nombre es Laura Clapton.

Algunas preguntas más y descubrí que vivía en Gower Street con su padre y su madre. Su padre era agente de Bolsa y podía visitarlos cualquier tarde. Tuve tiempo de prometer que iría al día siguiente y también de contarle que trabajaba para la *Fortnightly Review* y el *Spectator*, gracias sobre todo a mi conocimiento de varios países e idiomas.

—Yo también conozco algunas lenguas extranjeras —dijo la señorita Laura.

Quedé sencillamente encantado al descubrir que su acento alemán, francés, italiano y español eran tan buenos como su acento inglés, así como extraordinario su dominio de las lenguas.

—Dos años en compañía de mi madre en cada país —fue su explicación.

Al día siguiente, la visité y fui presentado a una madre pequeñita, de cara redonda, regordeta. Muy fea, pensé, con una nariz informe y pequeños ojos grises, pero a pesar de su rostro y su figura, la rechoncha mujercita tenía un aire de dignidad, o mejor dicho de autoridad teñida de fuerte temperamento. Cuando más tarde fui presentado a la reina Victoria, me recordó de manera irresistible a la señora Clapton.

Cuando más tarde, ese mismo día, llegó el señor Clapton, comprendí de dónde había sacado la hija su belleza. Clapton era un

apuesto irlandés de unos cinco pies once pulgadas, al que se le notaban los cincuenta años en la robustez y el cabello cano. Sus rasgos eran excelentes, los ojos color avellana, espléndidos, y la personalidad del hombre, cordial y atractiva. Comprendí sin dificultad cómo al llegar a Memphis, Tennessee, a los veinticinco años, la hija del senador a la cual conoció se enamoró rápidamente de él. Pero le había sido infiel y la orgullosa muchacha sureña no podía perdonarlo y había enseñado a su única hija a ponerse de su lado, aunque en público la familia se mantenía unida. Toda la situación quedó clara ese mismo día y sentí inmediata simpatía por el apuesto y despreocupado padre, quien probablemente por costumbre mantenía las apariencias junto a su poco atractiva esposa en honor al antiguo afecto y por el orgullo que sentía ante el aspecto e inteligencia de su hija. Porque la hija era indudablemente inteligente y su apostura se me hizo evidente. Moviéndose por la habitación, sacándose el sombrero y sentándose, se percibía la gracia rítmica de su hermoso cuerpo. Creo que desde el principio le disgusté a la madre tanto como le gusté al padre. Descubrí que la señorita Laura amaba la escena, que de hecho se había entrenado para ser actriz y que sólo la insensata vanidad de su madre y su orgullo de cuna la mantenían alejada de los escenarios. Como es natural, les conseguí entradas de teatro y pronto nos hicimos íntimos.

Alrededor de un mes después, el padre quiso pasar las navidades en Brighton. Nada podía resultarme mejor. Conocía bien Brighton, de modo que a comienzos de la semana fuimos y nos alojamos en el Hotel Albión. Por las mañanas acostumbrábamos a salir a caminar, pero la obesa madre regresaba pronto al hotel en compañía de su esposo, dejándonos a Laura y a mí librados a nuestros propios recursos. Recuerdo dos incidentes en esos primeros días. Había puesto cierta retórica en un artículo escrito para el *Spectator* sobre Hendrik Conscience, el escritor belga, y una tarde se lo leí a Laura.

—Lees magníficamente —dijo ella—, y esa prosa es hermosa. ¡Serás un gran escritor!

Sacudí la cabeza.

—Un buen orador, tal vez —dije, porque ya había pensado en ingresar en la Cámara de los Comunes.

No creía tener genio, pero estaba seguro de que podría

transformarme en un orador excelente y como es natural le confesé mis ambiciones. Ella se había puesto de pie y mientras hacía lo propio y guardaba el artículo en el bolsillo, repetí apasionadamente las últimas palabras del trabajo. Sus ojos estaban a la misma altura de los míos y supongo que la pasión de mi voz la conmovió, porque se me entregaron. Un momento después, mis brazos la rodeaban y mis labios estaban sobre los suyos.

Me besó con naturalidad, sin timidez ni reserva. No pude evitar pensar en seguida: «Ha entregado a menudo sus labios. Es demasiado guapa para que no la hayan cortejado». Esta idea me dio audacia.

—Qué hermosa eres —dije, pasando un brazo por su cintura.

Sonrió, pero se apartó un poquito.

—¡Adulador!

—No, no —continué—, no hay sombra de adulación. Estoy tan serio que soy absolutamente veraz. Tu cuerpo es muy hermoso. Amo y admiro los senos pequeños, así como admiro y amo las caderas grandes —y volví a poner las manos sobre su cuerpo.

—Me gusta lo que has dicho —respondió—, eso de que «estás tan serio que eres absolutamente veraz». El amor profundo y la verdad siempre van juntos, ¿no es cierto?

—Siempre —contesté.

Sus agudos oídos habían percibido que alguien se acercaba y se apartó, pero su contacto me había excitado, y no pude dejar de apretar su cintura por detrás. Se desprendió de mis brazos con infinita agilidad, los labios fruncidos y las cejas enarcadas en señal de desaprobación por mi osadía, pero el dedo contra su boca era una advertencia y sus ojos sonreían. No estaba enojada en absoluto. Un instante después, entró su madre en la habitación.

La situación de sus padres me llenaba de compasión por la muchacha. Sentía en los huesos que en especial el padre debía haberle pedido a veces ayuda para pagar las cuentas de la semana. Había sido educada en la sabiduría mundana, y sin embargo había mantenido su entusiasmo espiritual. Sus dificultades, que yo suponía, me la hacían querida.

En Nochebuena volvimos a quedarnos solos en la sala. Después de aquel primer beso, yo la besaba siempre que podía, como es natural, y bajo mis besos y caricias sus labios se calentaban. Pero se

apartó en seguida.

—Besas de una manera tan extraña —dijo, pensativa.

La amé por su franqueza y creo que la interpreté bien: todavía era virgen, pero estaba a punto de ceder. Resolví hacerme digno de ella.

—Laura, querida —dije—, quiero hablarte de corazón a corazón. Te amo y te deseo. Dame seis meses o como máximo un año y me habré ganado una posición en Londres, y dinero. He hecho mucho en cuatro meses. En un año, habré ganado. Dame ese año, ¿quieres?, y te pediré que te cases conmigo.

—Te amo —contestó— y confío en ti. Esperaré, puedes estar seguro —y volvimos a besamos como en una especie de consagración, en realidad como se besan los amantes cuyos espíritus se unen al encontrarse los labios.

El resto de aquellas vacaciones de Navidad puede relatarse rápidamente. Sentía que Laura no confiaba demasiado en mis seguridades de éxito espléndido y rápido. Había escuchado demasiado a menudo a su padre expresar esperanzas semejantes, descubriendo que luego se evaporaban (sic). Por primera vez escuché de sus labios la expresión americana que se refería a esas previsiones de éxito: «aire caliente». ¿Cómo iba a conocer la diferencia que hay entre el jugador y el trabajador, cuya autoconfianza se basa en muchas experiencias muy distintas?

Decidí regresar a Londres tan pronto como pudiera y hasta el último día, con el optimismo del primer amor, esperé encontrar a Laura allí casi todos los días. El dos de enero pagué la cuenta del hotel, que me dejó atónito. Se llevó casi todos mis ahorros. Clapton había bebido champaña en sus habitaciones. ¿Pero qué importaba? Había pasado los días más hermosos de mi vida, obteniendo una sonrisa de los labios de Laura. Para mí, una mirada de aprobación suya era más que una fortuna.

Un poco antes de almorzar el padre me pidió que saliéramos a dar un paseo. Tan pronto como estuvimos solos, comenzó agradeciéndome las vacaciones.

—Nunca hubiera permitido que pagara usted la cuenta —dijo—, pero he tenido una larga temporada de mala suerte en esta agencia de bolsa que he fundado en Londres. Veo que mi socio se ha largado en mi ausencia, llevándose los fondos, pero sólo necesito una

pequeña suma para gastos, mil bastarían…

No lo dejé terminar. Quería ahorrarle la humillación de pedir. Lo interrumpí en seguida.

—Se las daría con todo mi corazón, pero la verdad es que estas vacaciones me han dejado también a mí en la ruina. Debo regresar y ponerme a trabajar y ni siquiera puedo conseguir rápidamente esa suma. Le digo, como ya le he dicho a Laura, que me den un año y para entonces habré ganado.

Su mirada fue suficiente. Los ojos espléndidos eran tan duros como botones.

—No importa —dijo—, no se preocupe.

Diez minutos después estábamos otra vez de regreso en el hotel y creo que ese día no me dirigió ni diez palabras más. Era evidente que tampoco el padre me consideraba una buena presa.

Cuando llegamos a Londres, los llevé primero a Gower Street, pero sus habitaciones no estaban listas. El padre vio a la casera y bajó a reunirse con nosotros en el vestíbulo diciéndonos, con fingida indignación, que esta no había actuado según las instrucciones de su telegrama, pero que sus habitaciones estarían listas en un par de horas.

—Mientras tanto, tal vez el señor Harris cuide de vosotras —agregó—. Yo tengo que ver…

La vaguedad de los arreglos confirmó mis sospechas sobre la irresponsabilidad de Clapton y aumentó mi simpatía por la principesca muchacha. Por supuesto, me alegraba mucho de poder ser de utilidad. Primero llevé a las damas a mis habitaciones, para librarme de mi equipaje. Aunque no había telegrafiado, mis habitaciones estaban preparadas, barridas y en orden, y la madre y la hija entraron y tomaron el té y, más tarde, las llevé a cenar al Kettner, un buen restaurante bohemio. Las. dejé en su alojamiento a las once de la noche y en el corredor Laura me dio un largo beso. Me sentí bien pagado. Tan pronto como estuve solo y repasé los acontecimientos del día, como era mi costumbre, vi que no tenía tiempo que perder. «Si quieres la chica —me dije—, tendrás que ganarte rápidamente una posición». Percibía con claridad que ahora tanto el padre como la madre estarían contra mí. Podían, y probablemente lo harían, tratarme con frialdad, haciéndome difícil incluso las visitas. Además, no debía perder tiempo y energía

cortejando a Laura. Esta fue la idea decisiva. Debía conseguir trabajar en seguida y sin obstáculos de ninguna clase. Esa noche le escribí largamente a Laura, diciéndole que no la vería durante tres meses y explicándole por qué. Ese año le pediría que se casara conmigo. Contestó diciéndome que comprendía y esperaría. Mi elección de ella era tan absoluta, que di por sentado que ella me había elegido a mí con el mismo convencimiento. No obstante, sentía que debía ganar tan pronto como fuera posible, y ganar fuerte.

A la mañana siguiente, fui a ver a Chapman, el editor. ¿Qué me daría por un libro dónde relatara mis experiencias en el oeste americano como vaquero, etc.? Me escuchó y me dijo que podría darme 100 libras.

—Pero sólo porque lo conozco —agregó—. Por lo general, esperamos que el autor nos ayude en la publicación de su primer libro.

En media hora aprendí mucho sobre las prácticas editoriales y encontré razones para estar de acuerdo con la cáustica respuesta de Byron a Murray, quien le envió una Biblia en lugar de un cheque. Byron devolvió el libro con una alteración. Donde dice «Barrabás era un ladrón», había puesto «Ahora Barrabás era un "editor"».

No había esperanzas de conseguir fortuna con un libro. Pasaba los cinco días de la semana bien en una expectativa, bien en otra, pero los negocios estaban mejor organizados en Londres que en los Estados Unidos, de modo que una y otra vez descubrí que la posible solución era en realidad un callejón sin salida. Finalmente, después de cerca de un mes de desilusiones, fui a la Bolsa y busqué un puesto de empleado en la oficina de un corredor. Descubrí que en cada oficina había sólo un empleado que tenía *entrée* a la planta en que estaba la Casa. Nuevamente una posición de privilegio, para conquistar la cual se necesitaba por lo menos un año de duro trabajo. Además, salvo la casa de un judío alemán, nadie parecía querer mis servicios. Pero el judío tenía muchas cartas en alemán para escribir y yo estaba más que dispuesto a hacerlas después de hora. La paga ofrecida, sin embargo, era de sólo tres libras a la semana y yo vacilaba. El día de mi cumpleaños, catorce de febrero, decidí aceptar la oferta de Klein y le escribí diciéndole que tan pronto como hubiera arreglado algunos asuntos iría a verlo; en todo

caso, no tardaría más de una semana.

Durante todo ese tiempo había estado trabajando continuamente para el *Spectator*, y mi influencia allí iba en aumento. Cada sábado y domingo escribía dos artículos que siempre se publicaban. En realidad, ya podía controlar la posición, porque un día Hutton me había llevado al piso de abajo para presentarme a Meredith Townsend, su socio, diciendo que durante las vacaciones, cuando él (Hutton) estuviera ausente, le complacería que Townsend me pusiera en su lugar (el de Hutton).

—Conoce media docena de lenguas —dijo Hutton— y corrige pruebas con tanto cuidado como si hubiera nacido corrector.

Townsend me confirmó su interés y, mientras Hutton estuvo fuera, conseguí mucho trabajo editorial en el *Spectator* y llegué a conocer íntimamente a Townsend. Era en muchos aspectos el complemento de Hutton. Había pasado muchos años en Oriente y conocía bastante bien la China. Así como Hutton era profundamente religioso, a Townsend le importaba principalmente el éxito. Hutton creía con todo su corazón y su pensamiento que la humanidad progresaba en bondad y gracia hacia alguna realización divina. Townsend estaba seguro de que «el hombre, en conjunto, era malo», como decía el *Northern Farmer* de Tennyson, y tendría un mal fin. Pero juntos, los dos hombres casi satisfacían el ideal inglés, a un tiempo sentimental y práctico, de modo que el periódico ganó en poder, influencia y riqueza, pese al hecho de que salvo algunas nociones de francés, ninguno de sus editores sabía nada de la Europa moderna o de América ni del arte y la literatura moderna. Realmente me necesitaban y si hubiera empezado a trabajar con ellos uno o dos años antes o continuado durante uno o dos años más, hubiera conseguido una asociación con ellos, dando al periódico un éxito más amplio. Pero cuando Hutton quiso saber si veinticinco libras me parecían bien por el trabajo editorial extra que había hecho, sonreí y le aseguré que su elogio era todo lo que deseaba y que estaba bien pagado con las seis libras semanales que ganaba con mis artículos. Sabía cómo ganar, si bien no sabía cuándo ganaría. Sin embargo, mi oportunidad llegó, como siempre, a último momento.

Un día, me encontraba en la oficina de la *Fortnightly Review* cuando Escott, que subía las escaleras, encontró a Chapman en el

corredor que separaba sus despachos. Después de unas palabras de saludo, Escott dijo en voz alta:

—Creo que su *protégé* conseguirá la dirección del *Evening news*. Le he dado una carta entusiasta para Coleridge Kennard, el banquero, que es quien paga las cuentas, según creo.

Cuando entró en el despacho, tuve que informarle sobre los resultados de una misión que me había confiado. El tema del día era «Las viviendas de los pobres». Lord Salisbury había escrito un artículo a favor de la idea en *The Nineteenth Century*, y Escott, incitado por Joseph Chamberlain, el líder radical, había enviado a Archibald Forbes, el famoso corresponsal de guerra, a Hatfield, para informar sobre lo que había hecho lord Salisbury en sus tierras para resolver el problema de la vivienda de sus pobres. Forbes había enviado un informe sensacional. Con vitriolo en la pluma, en lugar de tinta, describía las casas de la aldea de Hatfield. Hablaba de un comedor, recuerdo, donde «la inmundicia goteaba sobre la mesa durante las comidas». El artículo era un ataque salvaje contra Salisbury y su política egoísta. Asustó a Escott, y cuando señalé que la retórica antitética debilitaba en realidad la postura de Forbes, dijo:

—¿Querría ir a Hatfield y controlar el relato hecho por Forbes?, y luego agregó: Le he hablado de usted al señor Chamberlain, mencionándole sus artículos en el *Spectator*, y espera que acepte el trabajo.

Por supuesto, fui de inmediato a Hatfield con una prueba del artículo de Forbes en el bolsillo. En la primera tarde, descubrí que la casa en la que «la inmundicia goteaba» no pertenecía a lord Salisbury sino a un importante radical de la aldea. Al final del día, estuve en condiciones de escribir que Forbes sólo había visitado una casa perteneciente a lord Salisbury, de las treinta que describía.

Entonces visité al agente de lord Salisbury y le dije que había sido enviado para averiguar la verdad. ¿Querría decírmela? ¿Querría?

Era un gran admirador de lord Salisbury, a quien describió como probablemente el mejor terrateniente de Inglaterra.

—Lord Salisbury no es rico, ya lo sabe usted —dijo—, pero tan pronto como estuvo en posesión del título y la propiedad, revisó las seiscientas casas de la posesión. Descubrió que cuatrocientas de

entre ellas necesitaban arreglos. Decidimos que sólo podía permitirse remozar treinta por año. Esa misma tarde me escribió diciéndome que no podía aceptar rentas de ninguna de las cuatrocientas casas que habíamos condenado, y que cuando estuvieran reconstruidas sólo tomaría como renta el tres por ciento del coste. Le mostraré una o dos de las casas reconstruidas —agregó —. No me molestaría vivir en una de ellas.

Entonces le mostré el artículo de Archibald Forbes, sin descubrir el nombre del escritor.

—Mentira —gritó indignado—, mentira y libelos. Si los nobles actuaran con sus inquilinos y sirvientes como lo hace lord Salisbury, no habría ni un solo radical en Inglaterra.

Estuve a medias de acuerdo con él.

—Entonces informé a Escott de la investigación.

—Debe hablarle a Chamberlain de esto —dijo—. Se desilusionará enormemente, porque había distinguido a Forbes. Pero le estoy muy agradecido. Debe permitir que por lo menos le pague los gastos. Joseph me lo dará —agregó, riendo—. ¿Digamos veinte libras?

—Digamos nada —contesté—, pero deme una carta recomendándome para el puesto de redactor-jefe del *Evening News* y quedaremos en paz.

—Con gran placer —exclamó Escott—. Le daré la mejor que pueda escribir y algo más. Consiga que Hutton, del *Spectator*, escriba también sobre sus calificaciones editoriales y vea a lord Folkestone, porque, aunque es Kennard quien paga, el verdadero jefe es lord Folkestone. Kennard quiere una baronía, y lord Folkestone puede conseguírsela con sólo pedirlo.

Por supuesto, seguí de inmediato el consejo de Escott. Hutton me dio una carta excelente, declarando que me había dado trabajos editoriales y apenas sabía cómo elogiarme según mis merecimientos. Esa misma tarde envié las cartas. Dos días después, recibí una nota de lord Folkestone, donde decía que el señor Kennard no estaba en la ciudad, pero que si yo deseaba ir a verlo en las oficinas del *Evening news* en Whitefriars Street, por la mañana, me enseñaría el lugar y podríamos charlar. Por supuesto, acepté la invitación y una hora después había dejado mi carta en casa de lord Folkestone, en Ennismore Gardens. Después me fui de prisa a ver a

Escott para preguntarle cosas sobre lord Folkestone.

Me enteré de que tan pronto como muriera su padre, sería conde de Radnor, con un ingreso por propiedades de por lo menos 150 000 libras anuales.

—Al hijo mayor se le llama lord Folkestone por cortesía, porque poseen casi toda la ciudad y este lord Folkestone se casó con la hermana del vizconde Henry Chaplin. Es una gran música y tiene una orquesta propia formada por jóvenes damas y su hija única. Rednor es un hombre anciano, de modo que Folkestone entrará pronto en sus dominios. Es importante en la casa de la Reina —y así sucesivamente.

Pronto iba a conocerlo íntimamente.

La coincidencia apenas ha desempeñado un papel en mi vida. En realidad, hay un incidente de esta época, que es el primero al que podría en justicia llamar coincidencia. Regresaba de la casa de Escott, en Kensington, cuando pedí al cochero que pasara por el Strand y el Teatro Lyceum, porque por entonces estaba muy interesado en las producciones de Irving. La suerte quiso que mientras miraba el anuncio la gente estuviera entrando al teatro, y al volverme vi a un hombre joven que saltaba de un coche de cuatro ruedas y después ayudaba a bajar a Laura Clapton y su madre. Tenía ropa de etiqueta, pero era inconfundiblemente americano, de unos treinta años, altura media, fornida y muy apuesto. Era evidente que estaba muy interesado en Laura, porque le hablaba incluso mientras ayudaba a descender a su madre, y Laura le contestaba con manifiesta simpatía.

Durante un momento, en un impulso salvaje, pensé en enfrentarlos. Después sentí una oleada de orgullo. Como ella no había esperado ni siquiera tres meses, no interferiría. Me aparté y los vi entrar al teatro, lleno de cólera.

¿Hasta dónde había llegado esta relación? No muy lejos, pero…

¿Era también Laura, esa reina entre las mujeres, una simple criatura de la oportunidad? Entonces viviría sólo para mi trabajo.

¡Pero la desilusión fue amarga como la muerte!

Lord Folkestone y el *Evening news*; historia de Sir Charles Bilke y su esposa; el conde Cairns y la señorita Fortescue

A la mañana siguiente, a las diez, conocí a lord Folkestone en las oficinas del *Evening news*. Un hombre alto, delgado, muy calvo, con puntuda barba y bigotes de chivo, canosos, y amables ojos color avellana. Apuesto y encantador, pero no persona fuerte de cuerpo, mente o carácter. Espero poder insertar una foto suya, porque fue el primer amigo que tuve después del profesor Smith. Tenía modales encantadores y era algo más que un simple caballero. Me recibió cordialmente. La recomendación de Hutton le parecía extraordinaria y también la de Escott. Conocía a Escott.

—¿Recorremos el edificio? —propuso finalmente, y me llevó a la sala de máquinas de la planta baja. Allí, tres máquinas anticuadas tenían que sacar treinta mil copias en una hora.

—Sólo se necesitan diez mil —dijo sonriendo y pensando que la maquinaria era adecuada, obviamente ignorante del hecho de que una máquina Hoe tenía doble eficacia que las tres juntas y reducía el costo a la mitad. Luego subimos a la cuarta planta, donde treinta o treinta y cinco compaginadores trabajaban para armar tres o cuatro ediciones diarias. Después de una hora de vagabundeo, regresamos a la oficina.

—No puede haber duda sobre sus calificaciones —dijo lord Folkestone—, ¿pero cree que puede hacer rentable el periódico? Ahora está perdiendo 40 000 libras al año, y aunque Kennard es un banquero y es rico, lo encuentra excesivo. ¿Qué esperanzas puede ofrecerle?

No sé por qué, pero me pareció tan sencillo, tan sincero, tan amable, que decidí decirle toda la verdad, aunque no me conviniera.

—Lord Folkestone —dije—, mis posibilidades no tienen nada que ver con este trabajo. No tengo ni la más remota idea de cómo

transformar un diario en un éxito. Carezco totalmente de experiencia en esta tarea. Aquí se necesita un hombre de negocios, no un hombre de letras, pero yo siempre he tenido éxito en las tareas que he emprendido, y si me da la oportunidad conseguiré un caballo que gane el Derby o un periódico rentable. Lo que pido es un mes de experiencia y luego le diré toda la verdad. Sólo le ruego que en ese lapso no repita mi confesión de ignorancia e inexperiencia.

—Su franqueza me hace estimarlo más —replicó cordialmente—, y le prometo que tendrá mi voto, aunque es Kennard quien decidirá. He oído decir que mañana estará de regreso, de modo que si le conviene podemos encontrarnos aquí mañana.

Y así lo arreglamos.

Coleridge Kennard me pareció un hombrecito atareado que aparentaba estar muy ansioso por mantener el periódico en una línea estrictamente conservadora. Como costaba medio penique, la gente pensaba que tenía que ser radical, pero él deseaba que combatiera al comunismo y todo ese disparate. Esa era la razón por la cual lo respaldaba. Pero si no se conseguía hacerlo rentable, por supuesto que al final tendría que dejarlo caer. Nadie parecía saber cómo hacerlo rentable. Los anuncios aumentaban, pero no la circulación. Si en lugar de vender seis u ocho mil ejemplares diarios, vendiera cincuenta mil, llegarían los pedidos de publicidad y entonces tendría que resultar rentable. ¿Qué pensaba yo que se podía hacer?

—Deme el periódico por un mes, señor Kennard —dije—, y yo se lo diré.

—¿En qué condiciones? —preguntó.

—Las suyas —contesté—. Estaré totalmente satisfecho con lo que decidan usted y lord Folkestone. Le doy mi palabra de que no perjudicaré al periódico.

—Muy justo, debo decir —dijo Kennard—. Creo que deberíamos aceptar, ¿eh? —y se volvió hacia lord Folkestone.

—Por supuesto —asintió este—, y por primera vez creo que tenemos una posibilidad de hacer del periódico un ganador del Derby.

Con este espíritu nos estrechamos las manos y me presentaron a los jefes de departamento.

Los redactores parecían malhumorados y decepcionados. El maquinista jefe, un escocés, demasiado independiente. El contable, un tal señor Humphrey, casado con la brillante escritora «Magde» de *Truth*, era amable y estaba ansioso por colaborar. Le dije delante de Kennard y Folkestone que durante el primer mes no deseaba hacer cambios. Estudiaría el campo.

Tan pronto como se hubieron ido los directores, Humphrey me dijo toda la verdad según él la entendía. Le parecía casi imposible que un periódico conservador barato diera dinero. Había una evidente contradicción entre política y precio; además, las máquinas eran inservibles y Macdonald no muy bueno y…

Era claro que mi tarea sería difícil. El redactor-jefe, Abbott, afectaba un aire indiferente. ¿Tenía alguna idea de cómo podía el periódico transformarse en un éxito? Él hacía lo que le decían —dijo— y nada más. Esa noche me fui a casa con el último *Evening News* y el último *Echo*, su rival radical. El *Echo* tenía una política, una política estrictamente liberal con pocas cosas que ofrecer al trabajador, salvo un desprecio barato por sus superiores. Mi política conservadora-socialista debía barrerlos. Las noticias de ambos periódicos se tomaban de los diarios de la mañana y las agencias y eran tan malas en uno como en otro. Era evidente que había ciertas noticias que era preciso reescribir, transformándolas en pequeñas historias, al estilo americano. Todavía no había encontrado la manera, pero la encontraría. La letargia que reinaba en el establecimiento era impresionante. Se necesita una hora para hacer los estereotipos para la mejor máquina y con frecuencia el cacharro dejaba de funcionar. Cuando bajaba a hablar con Macdonald, este me decía que era el único capaz de hacer funcionar la vieja cafetera.

El editor anterior nunca había entrado en la sala de máquinas. Yo pasaba una hora diaria en ella y pronto me llamó la atención un trabajador, de seis pies de altura y excelente cuerpo, con una cara enérgica. Cada vez que la máquina se detenía, Tibbett parecía saber de inmediato qué era lo que andaba mal. Cuando tuve un momento a solas con él, le pedí que después del trabajo subiera a verme. Me pareció que venía sin ganas. Poco a poco, mediante elogios y muestras de confianza en él y no en Macdonald, conseguí que hablara con claridad.

—Macdonald ha hecho entrar a trabajar a escoceses, para mantener el empleo. Él no es bueno y los otros tampoco. Hay doce hombres en el taller. Cinco podrían hacer el trabajo, y mejor —declaró Tibbett.

Diez libras semanales, me dije, en lugar de veinticinco. Un buen ahorro. Le pregunté a Tibbett si él haría el trabajo en el caso de que despidiera a Macdonald. Parecía reacio. El maldito *esprit de corps* del hombre trabajador lo hacía vacilar, pero finalmente me dijo que haría lo posible, aunque… aunque… Finalmente, me dio los nombres de los cuatro hombres que conservaría.

A la mañana siguiente, llamé a Macdonald y lo despedí junto con su cuñado. Le di un mes de salario en lugar de preaviso y a su cuñado dos semanas, dejando a los otros hasta el siguiente sábado.

Una hora después, hubo una gresca impresionante en el taller. Los escoceses despedidos sospecharon de Tibbett y comenzaron a insultarlo. Él los derribó uno después de otro, llamaron a la policía e hicieron arrestar a Tibbett por asalto y agresión. Al día siguiente fui al Juzgado e hice lo que pude por él, pero el estúpido magistrado aceptó la declaración del médico según la cual el viejo Macdonald había quedado malherido. Según parece, su nariz estaba rota, mientras que sólo estaba dislocada, y condenó a Tibbett a un mes. Su mujer estaba en la corte y lloraba. La animé diciéndole que lo sacaría en una semana, y gracias a lord Folkestone, quien vio por él al ministro del interior, lo soltaron en una semana con una fianza de 20 libras en lugar del mes de prisión. A finales de la semana, Tibbett regresó y las máquinas funcionaron mejor que nunca. Di a cada uno de los trabajadores dos libras semanales y a Tibbett cuatro, y un nuevo espíritu de esfuerzo reinó en el taller. Para abreviar, conseguí que Tibbett me dijera quién era el mejor hombre del departamento de estereotipos. Su nombre era Maltby, el mejor trabajador y el hombre más inarticulado que he conocido.

Allí reduje en dos tercios los gastos, ahorrando otras quince libras semanales y aumentando de manera increíble la eficiencia. En seguida, el tiempo empleado para vaciar tipos para una máquina se redujo de una hora al mejor tiempo americano de veinte minutos, pero gradualmente Maltby lo fue reduciendo a doce minutos con resultados sorprendentes, como relataré pronto.

Comencé a recibir lecciones de todas partes. Era la época de la

guerra en Egipto y una mañana, al escuchar mucho ruido, salí a la gran oficina exterior donde se habían reunido los vendedores para la primera edición. Hablaban alto y parecían descontentos, de modo que me acerqué a ellos y le pedí su opinión a uno.

—¡Es un sumario estúpido! —gritó desdeñosamente el jovencito. No podía tener más de doce años y me pasaba por la nariz el anuncio de artículos del *Evening News*.

—¡Una estupidez! ¿Cómo espera que venda periódicos con esto?

—¿Qué tiene de malo? —pregunté.

—¡No hay nada bueno! —fue la respuesta—. ¿No ha habido una batalla y una gran masacre? ¡Mire el *Daily Telegraph*! Aquí hay algo verdaderamente bueno. ¡Eso es lo que vende periódicos! ¡El nuestro no vende!

Por supuesto, en seguida vi la diferencia, de modo que llevé al crítico y a un amigo suyo a mi despacho, y con el periódico delante nos sentamos a hacer un índice nuevo y sensacional. Después mandé llamar al redactor en jefe, Abbott, y le mostré la diferencia. Para mi estupefacción, defendió lo anterior.

—Es un periódico conservador —dijo—, que no agrede.

El muchacho emitió una risita.

—¡Salga a venderlo —exclamó— y pronto tendrá que agredir!

El resultado fue que le di diez chelines al muchacho y cinco a su amigo y les hice prometerme que vendrían a verme todas las semanas, con los buenos y los malos sumarios. Esos chicos me enseñaron qué era lo que quería el público londinense por medio penique y me fui a casa riéndome de mis propias ideas pomposas.

El público inglés no quería pensamientos, sino sensaciones. Había comenzado a editar el periódico con lo mejor que había en mí a los veintiocho años. Cuando retrocedí en mi vida y comencé a editarlo como un chico de catorce, comenzó a tener éxito. Por entonces mis obsesiones eran besar y pelearme. Cuando hube introducido uno o ambos de estos elementos en cada columna, la circulación del periódico aumentó enormemente.

Todas las mañanas me despertaban a las siete con el desayuno y los periódicos. Era difícil levantarse más temprano, porque la leche no llegaba hasta las siete. Una mañana, mi ejemplar del *Telegraph* me informó que había habido realmente una batalla en Egipto y que por supuesto la habían ganado los ingleses. Mientras iba al

despacho, corregí y mejoré el relato de *The Telegraph* con informaciones tomadas del *Daily Chronicle* y *The Times*. Estaba en el despacho antes de las ocho, pero ningún redactor aparecía hasta las nueve. Eso no importaba mucho, pero los cajistas no empezaban a aparecer hasta las ocho y cuarto. De inmediato los puse a trabajar y hacia las nueve había compuesto todo el periódico, con un editorial corto en lugar de dos largos y un buen sumario.

La primera edición vendió más de diez mil ejemplares. Dije a los redactores que no quería cogerlos durmiendo otra vez e informé a los impresores que tenían que llegar a las ocho en punto. Lo prometieron de buen grado.

Mi crítico infantil estaba trabajando. Me felicitó y de paso me dio una nueva idea.

—Algunos días —dijo— las noticias de la victoria llegan al *Telegraph* entre las cuatro de la mañana, cuando van a prensa, y las diez, y entonces sacan una edición especial. Mi hermano trabaja en el *Telegraph*. Es cajista y él me daría la información sobre cualquier cosa especial. Yo podría pasársela a usted. Si su periódico está listo, podría coger las noticias y salir casi al mismo tiempo que el *Telegraph*. Entonces sí que vendería. ¡Madre mía, sería una juerga!

La idea me sedujo. Le dije que tendría un soberano a repartirse con su hermano cada vez que tuviera éxito y le di mi dirección. Tenía que venir a mi casa en coche cada vez que pasara algo así. Mediante una paga extra, induje a tres cajistas a llegar al trabajo a las seis de la mañana, y abajo Maltby, su asistente y Tibbett y su hermano estaban siempre a mano a la misma hora.

Una mañana, el diablillo vino a buscarme. Media hora después estaba en el despacho y había hecho el informe de una gran batalla sacada del *Telegraph*, dictándoselo palabra por palabra a los cajistas. Trabajaron como demonios. De hecho, el espíritu era tal que el cajista que hubiera tenido que bajar con las noticias, llamó a sus dos camaradas para que sujetaran la cuerda y se metió en el montacargas de los tipos, que hubiera caído desde una altura de cinco pisos de no ser porque los hombres se agarraron a las poleas hasta que les sangraron los dedos. Diez minutos después, el *Evening news* estaba en la calle, y de hecho salió antes que la edición especial del *Telegraph*. Si las viejas máquinas hubieran podido hacer ese trabajo, hubiéramos vendido cientos de miles de ejemplares. Tal

como fueron las cosas, vendimos cuarenta o cincuenta mil y Fleet Street supo que había un nuevo periódico con el cual contar.

Ese día, alrededor del mediodía, tuve una visita. Era el señor Levi Lawson, dueño del *Telegraph*, un judío pequeño, gordo y rubicundo de cincuenta o sesenta años, que ardía de ira porque le habían robado la sorpresa. Pronto comprendí que sólo sospechaba del hecho de que habíamos salido antes que él, porque me informó de que jamás debía reproducir más del 30 por ciento de un artículo del *Telegraph*, aun cuando mencionara el hecho de que el relato había sido tomado de sus columnas. Le mostré que en mi historia preliminar había declarado que el corresponsal del *Telegraph* era habitualmente el mejor. Esto pareció apaciguarlo, y como yo sabía que mi celo me había llevado demasiado lejos, le dije que siempre había tenido intención de dar veinte minutos de ventaja al portador original de la noticia.

Cuando Lawson salía, tranquilizado, entraba lord Folkestone. Le presenté a Lawson y este le contó la historia, agregando:

—Este americano es un editor inteligente. Hará algo.

Cuando Folkestone conoció la historia completa y supo cómo los cajistas habían arriesgado su vida para ahorrar medio minuto, hizo subir a los hombres, les dio las gracias y me llevó a almorzar, diciéndome que debía contárselo todo a lady Folkestone. De paso, me confesó que la dama no podía soportar a Kennard.

—Él no es muy amable, ¿sabe?

En esa época, lady Folkestone era una dama grandota de cuarenta y pico de años, tan amable y sabia como grande. Henry Chaplin, su hermano, señor de Lincolnshire, como se le llamaba, era uno de esos personajes extraordinarios que sólo Inglaterra puede producir. Si lo hubieran educado, hubiera sido un gran hombre. Había sido arruinado al heredar una gran posición y cincuenta o sesenta mil libras al año. Además era apuesto, alto y de contextura grande, con un aspecto leonino. En los ochenta, todo el mundo hablaba de cómo se había enamorado desesperadamente de una bonita chica, quien, en vísperas del matrimonio, había huido con el marqués de Hastings. De inmediato, Chaplin hizo su aparición en el hipódromo compitiendo con el marqués. Años más tarde, consiguió a Hermit, un buen caballo que sufrió la rotura de un vaso sanguíneo diez días antes del Derby. El marqués apostaba contra Hermit. Por

primera vez, el Derby se corrió durante una nevisca (la providencia divina se puso de parte de una indignación justa) y Hermit ganó. El día de la liquidación de deudas, el marqués se voló los sesos, o lo que pasaba por tal, y Chaplin quedó vengado. No sé qué se hizo de la dama, pero Chaplin ingresó en la Cámara de los Comunes y pronto desarrolló un estilo retórico *ore rotundo* que a veces deformaba una comprensión realmente genuina de la vida. Yo lo conocí como un hombre dispendioso. Acostumbraba a ordenar trenes especiales para llevar a sus invitados a su casa de campo y su clarete era tan maravilloso como su oporto Comet. Además había leído mucho, pero jamás se había obligado a leer nada que no le pareciera atractivo, de modo que su opinión era muy individualista, con curiosas lagunas de sorprendente ignorancia.

Un inglés de pies a cabeza, con todos los instintos generosos de una raza conquistadora y exitosa y un amor profundo por el *fair-play* y los sentimentalismos superficiales de todo tipo que nadie puede explicar, tales como el gusto del inglés en materia de vestimenta y una verdadera indiferencia por cualquier otro arte. He hablado mucho de Henry Chaplin, porque su hermana se le parecía de manera curiosa en lo esencial. Era tan amable y delicada como es posible serlo, pero en el fondo obtenía una satisfacción inmensa de su posición de privilegio. Amaba de verdad la música, pero cuando le hablé del sorprendente genio de Wagner no pareció comprenderlo en absoluto.

Su hija era alta y bonita; también su hijo era un ejemplar modélico en lo que se refiere a aspecto físico, pero no tenía idea de lo que yo había comenzado a llamar el deber principal, que consiste en desarrollar el pensamiento tan armoniosamente como el cuerpo. Este desarrollo personal aumenta enormemente la propia capacidad, pero es tan fácil y peligroso excederse en él como lo es excederse en el desarrollo de un músculo.

Aprendí a conocer la sociedad inglesa a través de la invariable gentileza de los Folkestone. Siempre me pareció superficial y medieval con sus continuas referencias a unos valores morales cristianos, o más bien paulinos, que sentaban muy mal a una estirpe vigorosa y viril.

Cuando terminó mi mes de prueba, pude demostrar que había

aumentado la eficacia del personal del *Evening news* y que había ahorrado unas quinientas libras anuales, agregando casi la misma cantidad a los ingresos.

En consecuencia, los directores me contrataron por tres años como director gerente, con un salario de mil libras anuales y gastos, con la salvedad de que si durante ese tiempo hacía rentable el periódico, me correspondería un quinto de los beneficios netos y un contrato por diez años o de por vida, como sugirió Kennard.

Sentí que había ganado. Ahora podía casarme o limitarme a continuar con el trabajo. ¿Por qué no buscaba a Laura y me casaba con ella? Simplemente, porque la había visto dos veces en teatros diferentes con el mismo americano robusto y apuesto. La última vez, al salir detrás de su madre, él había cogido su brazo desnudo y ella había recompensado su gesto de amante con ese don sonriente de sí misma que yo conocía tan bien y tanto apreciaba. No, no estaba celoso —me dije—, pero no tenía prisa por poner la cabeza en el lazo. De modo que trabajaba con todo mi entusiasmo y salía por las noches. Folkestone me había llevado a Poole, su sastre, y estaba bastante bien vestido. No era un favorito de la sociedad, pero ya había despertado cierto interés, debido principalmente al caballeroso respaldo de Folkestone.

No recuerdo exactamente cómo llegué a conocer a Arthur Walter, de *The Times*, pero pronto nos hicimos grandes amigos y pasaba la mitad del verano en su casa de campo cerca de Finchampstead. La señora Walter también me demostró simpatía y era muy amable conmigo. Llegué a considerar la casa con verdadero afecto. Yo ya podía contarles cosas de la vida de Londres de las cuales sabían poco o nada: la vida de los *coulisses*.

A través del periódico, llegué a conocer a Sir Charles Dilke[39] y puedo muy bien contar aquí la historia, porque fue por su intermedio que conocí a Chamberlain y al partido radical con resultados interesantes.

Un tal señor Crawford, hombre de cierta posición, hizo súbitamente una demanda de divorcio y mencionó al baronet radical, Sir Charles Dilke, como parte culpable. Para mi sorpresa, la sola acusación fue como un terremoto. Londres no hablaba de otra cosa. Folkestone me transmitió el punto de vista de la aristocracia.

—Ya se sabía —dijo— que Dilke era un disoluto. El escándalo lo

arruinaría frente a sus electores, pero en sociedad nadie pensaría peor de él.

Vi la oportunidad de una noticia periodística sensacional, de modo que escribí de inmediato a Dilke, diciéndole que si podía hacerle algún bien, el *Evening news* lo ayudaría a presentar de manera adecuada su caso al público. Me contestó en seguida, rogándome que fuese a verlo a su casa en Sloane Street. A la mañana siguiente me recibió allí tendiéndome las manos.

—Su creencia en mi inocencia —comenzó diciendo— ha sido muy estimulante para mí.

—¡Buen Dios! —exclamé—. ¡Inocente! Como todos, yo lo he creído culpable. Es al político a quien vine a ayudar, no al inocente.

Sonrió.

—Entonces podemos hablar sin afectación.

Y así lo hicimos. Pronto descubrí que se tomaba el asunto mucho más en serio que yo o hasta que lord Folkestone.

—Un veredicto en contra significa la ruina de mi carrera en el Parlamento —declaró.

—Pero el gran duque de Wellington —objeté— le escribió a Fanny, quien le amenazaba con publicar sus cartas: «Querida Fanny, publícalas y vete al diablo».

—En ese momento —replicó Dilke— una sociedad aristocrática más bien gozaba del escándalo. Hoy es la clase media quien gobierna y para ellos el adulterio es tan grave como un asesinato.

—Riámonos del asunto —propuse—, suavizando las consecuencias.

—Muy amable de su parte —replicó Dilke—. Puede ayudar, pero no me salvará.

En las semanas que siguieron llegué a conocer bien a Dilke. Era uno de los pocos hombres que conocí en Londres que hablaba perfectamente el francés, con fluidez y un acento correcto, pero pese a esta ventaja sabía muy poco de la literatura o el arte franceses. Vivía en el mundo de la política y aunque era un gran trabajador, no era culto, ni siquiera en cultura inglesa, y todo menos brillante. Fui conociendo en su casa a toda clase de gente, como Jusserand, en ese momento embajador francés en Washington, y Harold Frederic, el brillante periodista y escritor americano; Edward Grey, el suplente de Dilke como ministro de

Relaciones Exteriores. También a Rhoda Broughton, la novelista, y muchos otros. Porque Dilke era un hombre rico con muchos intereses intelectuales y, como ya he dicho, con un barniz de cultura francesa. De su padre había heredado no sólo el periódico *Athenaeum*, sino también miniaturas de Keats que para mí eran más valiosas. Esta admiración mía lo sorprendió y fue lo bastante amable como para ofrecerme una hermosa.

—Si me permitiera darle algo por ella… —vacilé.

—¿Cuánto valdría? —preguntó.

—Yo le daría cien libras con mucho gusto —contesté.

—¿Vale tanto? —exclamó.

—Si la tuviera, no la vendería ni por mil —contesté.

—¿De veras? —dijo, pero ya no insistió, porque Dilke no era generoso.

El gran problema de Dilke con el caso de divorcio era si debía presentarse a la barra como testigo y negar el adulterio, o no. Nunca lo discutió conmigo hasta que hubo comenzado el juicio. Entonces, un día al mediodía me llamó a mi despacho y me planteó la cuestión. Naturalmente, le dije que debía presentarse y negarlo. Cualquier caballero hubiera hecho eso por una dama, aun si la *liaison* había sido tan notoria que su negativa provocara una sonrisa. Dilke me dijo que había hablado del asunto con Joseph Chamberlain en una habitación de las Cortes y que Chamberlain había insistido en que no debía presentarse.

—Dilke —exclamé—, es más que una estupidez acudir a su rival para pedirle consejo. Chamberlain y Dilke son los dos líderes radicales. Imagínese a Dilke aceptando el consejo de Chamberlain.

Dilke vaciló, dio rodeos, pero por fin confesó.

—Verá —dijo—, durante mi juventud en Londres, mi nombre sonó mucho en conexión con la madre de la señora Crawford y la gente podría quedar horrorizada ante la idea de que yo haya podido corromper a mi propia hija.

—¡Buen Dios! —exclamé—. Eso complica el asunto. Pero ningún juez inglés permitiría ninguna pregunta, ni siquiera en un interrogatorio de comprobación, que pudiera llevar al descubrimiento de semejante cosa.

—¿No le horroriza? —preguntó Dilke—. Pensé que Chamberlain iba a sufrir un ataque cuando se lo dije.

—Yo no se lo hubiera dicho —dije—. ¿Pero cree usted que es su hija? ¿Hay algún parecido o atracción?

—No, nada —contestó—. Como sabe, a los griegos no los escandalizaba el incesto. De hecho, algunos dicen que el tipo más puro de belleza griega apareció mediante la relación sexual del padre con la hija, el hermano con la hermana…

—Podemos discutir eso en otro momento —dije—, y me gustaría, porque sé algunas cosas extrañas sobre ello. Se supone que la consaguinidad produce mayor belleza, pero ciertamente menos fortaleza e intelecto. Pero ahora sólo puedo rogarle que se presente ante la barra de testigos. Si no lo hace, Stead y los demás periodistas radicales lo perseguirán y dirán que su abstención es prueba de culpabilidad. También es probable que el juez exprese la misma opinión y entonces estaría usted en una mala situación. La conciencia no conformista se metería con todo y gritaría.

Todos recuerdan, que pese a mi buen consejo, que expresé con energía, Dilke tuvo miedo al banco de testigos, dejó que el caso se fallara contra él por incomparecencia y el juez dijo que había que tomar la abstención como confesión.

—Todo caballero rechazaría esa acusación con horror.

Sin embargo, este juez había escuchado a la señora Crawford, en la barra de testigos, declarar que Dilke insistía en llevar a su cama a la señora Rogerson, cuando ella estaba allí.

—¡Y la señora Rogerson —agregó—, era una anciana y una antigua *fiamma* de Dilke!

La mojigatería inglesa pretendió no comprender qué podía significar esto, pero en la mejor clase de la sociedad se discutió mucho el asunto.

Mientras yo defendía a Dilke tanto como podía, vino a verme John Corlett del *Pink'Un*, el periódico londinense que se caracterizaba por su libertad de lenguaje.

—Usted conoce a Dilke y todo lo relacionado con este caso de Crawford —dijo.

Admití que sabía bastante del asunto.

—¿No se le ocurre proponerme nada gracioso? Ya sabe que podemos navegar junto al viento, pero no debemos agitar

demasiado las velas.

Se me ocurrió una idea y se la propuse a Corlett.

—Haga el comentario que le parezca sobre el caso —dije— y después dibuje una cama pequeña en una habitación sencilla y diminuta, porque así es como Dilke me asegura que duerme. Ponga dos almohadas en el cabezal y deje el dibujo para la semana próxima, con una inscripción que ponga «Reproducción exacta del dormitorio de Sir Charles Dilke».

—Eso no prenderá fuego al Támesis —dijo Corlett—. Sin embargo, la idea tiene algo picante.

—Pero piense lo que podía hacer la semana siguiente —dije—, cuando ponga en caracteres bien visibles que la semana anterior se equivocó en un detalle del dormitorio de Dilke, y que se siente satisfecho de poder rectificar esa semana. Entonces reproduzca el dibujo, pero ponga tres almohadas en el cabezal, en lugar de dos.

—Le enviaré cincuenta libras por esto —dijo Corlett—. Es lo mejor que he oído en mucho tiempo.

Y mantuvo su palabra. Siempre me gustó John Corlett. No tonteaba y siempre fue un pagador de primera clase.

Sir Charles Dilke tenía una cualidad de grandeza, cualidad rara incluso en Inglaterra y casi desconocida entre los políticos americanos: juzgaba a los hombres con sorprendente imparcialidad. Conocía la Cámara de los Comunes mejor que nadie, con la sola excepción de lord Hartington, y yo era bastante buen juez de ello, porque, desde que me convertí en editor del *Evening news*, comencé a ir allí tres o cuatro veces por semana a escuchar los debates desde la «Galería de visitantes distinguidos».

Allí y en los pasillos conocí a todo tipo de hombres, desde el capitán
O'Shea
y Biggar al señor Parnell y al con de Herbert Bismarck.

Hay algo sobre Dilke que no debo olvidar relatar. Tan pronto como se hizo público el resultado del juicio, la señora de Mark Pattison, viuda del famoso rector del Lincoln College de Oxford, le envió un cable desde la India: «Creo en su completa inocencia y regreso de inmediato a casarme con usted».

Esto recuerda una historia que, creo, salió de Oxford, sobre Mark Pattison, el famoso helenista, y su joven y bonita esposa

rubia, quien se había rodeado de un grupo de jóvenes colegas y estudiantes, quienes eran algo así como una distracción del tono pedante del más anciano. Un día, un viejo amigo encontró a Pattison caminando por los senderos del colegio, perdido en sus reflexiones.

—Espero no interrumpir —dijo, después de intentar en vano llamar la atención del Rector.

—No, no, mi querido amigo —replicó Pattison—, pero tengo razones para meditar. Mi esposa me dice que piensa que está *enceinte* —y frunció los labios con gesto de satisfacción.

—¡Buen Dios! —exclamó el amigo—. ¿Y de quién sospecha usted?

Cuando leímos el cable de la señora Pattison en el periódico de la mañana, Folkestone exclamó:

—Realmente, comienzo a sentir pena por Dilke. Sus pecados lo descubren.

—Una *bas-bleu* para un calavera será algo nunca visto, ni siquiera en Londres.

Jamás me gustó la señora Dilke. Cuando la conocí, era una mujer de cuarenta y pico de años, una rubia ordinaria, fornida y baja, de cabellos castaños, ojos azules, rasgos y complexión vulgares, y siempre pedante. De hecho, fue la única marisabidilla que conocí en Inglaterra. Puedo dar un ejemplo típico de su pedantería y abandonar el tema. Cuando yo ya me había hecho de cierta reputación como conocedor de Shakespeare y había estado declinando sus invitaciones durante años y años, me escribió una vez diciéndome que el diplomático francés M. Jusserand era una gran autoridad en Shakespeare a quien debía conocer y que «desea conocerlo», agregaba. «¿No querría entonces cenar con nosotros el… y verlo? Por favor, venga a las siete, así podrán conversar durante una hora antes de la cena».

Le contesté dándole las gracias y aparecí a las siete en punto. Estaba ansioso por saber si un francés sabía algo de primera mano sobre Shakespeare. Lady Dilke me presentó en seguida a M. Jusserand en la salita de la primera planta y dijo:

—Ahora dejaré a estas dos *sommités* del conocimiento para que hablen y resuelvan dificultades, porque ambos creen, me parece,

que Shakespeare era Shakespeare y no Bacon, aunque recuerdo que una vez… —y la gárrula dama comenzó a contar una larga historia de cómo una vez había conocido en el Lincoln College a un baconiano— a quien hasta mi esposo tenía que respetar y él planteaba la cuestión de la siguiente manera…

Jusserand y yo nos miramos y escuchamos con cortés y paciente indiferencia. La dama prosiguió durante la hora entera y el gong de la cena nos sorprendió todavía escuchando, sin que hubiéramos podido decir una sola palabra. Nunca pude saber nada de las opiniones de Jusserand.

Desde su matrimonio, Dilke y yo acostumbrábamos a almorzar juntos una vez por semana, bien en un restaurante, bien en otro, durante muchos años, y las nueve décimas partes de lo que aprendí de la Cámara de los Comunes y los políticos ingleses, vino de él. En realidad, fue él quien me hizo ver la mejor parte del puritanismo inglés, su estimación de la conducta y la estricta observancia de todas las obligaciones. Siempre he preferido el punto de vista aristocrático, a un tiempo más generoso y disoluto; pero la concepción semireligiosa de la clase media es tal vez más típicamente inglesa, porque se ha propagado casi con exclusividad en los Estados Unidos y las colonias británicas.

Dilke me enseñó de dónde había sacado Dickens su personaje Gradgrind, dueño de los hechos, o «la pasta alemana que hay en todo inglés», como yo decía. Dilke estaba bien informado políticamente y trabajaba sus discursos en la Cámara con enorme cuidado. Pero, aunque hablaba con monotonía y sin emoción de ningún tipo, Gladstone lo había elegido solemnemente, un tiempo antes del divorcio Crawford, para sucederlo en la jefatura, liberal. En Inglaterra, el aprendizaje laborioso es más estimado que el genio, de hecho más de lo que vale. Creo que esto es lo que Goethe quería decir cuando llamaba «pedantes» a los ingleses.

Una noche, durante la cena, Dilke corrigió a Harold Frederic en lo referente a un asunto sin importancia. Por una u otra razón, Frederic había afirmado que sólo alrededor de la mitad de los habitantes de Salt Lake City eran mormones. De inmediato, Dilke lo corrigió:

—El noventa por ciento, mi querido Frederic, y ochenta por ciento de comulgantes.

Harold dejó traslucir su disgusto, pero no dijo nada. Después, al volver juntos a casa, se explayó sobre este tic de Dilke y resolvimos cogerlo. Harold iba a averiguar cuántos coptos había en el Bajo Egipto. Por supuesto, Dilke fingiría tener las cifras en la punta de los dedos y Frederic lo derrotaría. Por mi parte, debía averiguar la cantidad de Boers que había en el Transvaal, en comparación con hombres de otras nacionalidades. Conseguí las cifras.

En nuestra siguiente cena en Sloane Street, llevé la conversación a El Cairo y dije lo sorprendido que estaba por la cantidad de nacionalidades distintas que había en esa extraña tierra.

—Encontré muchos coptos —dije.

En seguida, Dilke cayó en la trampa.

—Con toda seguridad —dijo— los coptos de El Cairo no son más que unos pocos cientos.

—¿Qué piensas, Frederic? —pregunté desde el otro lado de la mesa, para conseguir el público apropiado.

—Coptos en El Cairo… —repitió Frederic—. No puedes hablar en serio, Dilke. Hay unos once mil.

Dilke estaba anonadado.

—Realmente, once mil —repetía—. ¿Coptos? ¿De veras?

Estaba evidentemente molesto por la corrección.

Unos minutos después, declaró que en Johannesburgo había comparativamente pocos Boers, y cayó en mis manos. Jamás vi un hombre tan sorprendido. La exactitud era su fetiche y que esta lo abandonara dos veces en una noche era más de lo que su ecuanimidad podía soportar.

Menciono estas cosas sólo para establecer una peculiaridad del inglés que, lamento decirlo, se evidencia casi en la misma proporción en el americano, aunque me alegra pensar que sin la intolerable presunción del inglés de que el conocimiento y la sabiduría son la misma cosa.

Durante mi primer año en el *Evening news*, aprendí y practiqué casi todos los trucos periodísticos. Descubrí que cuando estaba a punto de decidirse la carrera anual de remo entre Oxford y Cambridge, los expertos sabían por lo general cuál era la tripulación que ganaría. Por supuesto, a veces se equivocan, pero es raro, y ese año todos estaban de acuerdo en que las perspectivas eran buenas para Oxford. Ateniéndome a esto, esa mañana especial hice

imprimir cincuenta mil ejemplares del periódico con el titular «Ganó Oxford» debajo de los últimos informes preliminares sobre entrenamiento, etc. Tan pronto como llegó el mensaje telefónico de que había ganado Oxford, mandé salir a los chicos y esto me permitió vender los cincuenta mil periódicos. Hice lo mismo con todas las carreras de hipódromo y pronto se empezó a saber que el *Evening news* tenía las noticias más frescas sobre las carreras. Sólo menciono estas cosas para demostrar que estaba realmente trabajando a alta presión, día tras día.

Una y otra vez me favoreció la suerte. Una mañana, llegó el anuncio de que el matrimonio entre lord Garmoyle y la señorita May Fortescue había sido roto y que la dama le había demandado por incumplimiento de promesa. Diez minutos después, tenía su dirección y salía en un coche de alquiler a entrevistarla. Me pareció una muchacha muy bonita e inteligente que culpaba del fiasco al conde Cairns, uno de los líderes conservadores, que era el padre de lord Garmoyle y naturalmente no deseaba que su único hijo se casara con una actriz del montón. Por la señorita Fortescue llegué a la conclusión de que Cairns era un hombre de Irlanda del Norte, gran abogado, pero muy religioso y pacato, quien seguía hablando del domingo como el Sabbath y pensaba que el escenario era la antecámara del infierno. Cuando la señorita Fortescue comprendió que mi intención era luchar por ella, me dio cartas para ambos, lord Cairns y lord Garmoyle, cartas muy interesantes, y me confesó que aunque «se interesaba» por lord Garmoyle, había establecido la indemnización por incumplimiento de promesa en diez mil libras, «porque su padre tendrá que pagar».

En seguida escribí un editorial a dos columnas, contando toda la historia bajo el título «La bella y el aristócrata», incitando toda la simpatía posible por la señorita Fortescue y vertiendo todo el odio sobre el conde Cairns. El artículo causó una tremenda sensación. Jamás se había oído que un periódico conservador imprimiera semejante ataque contra un par del Reino y líder conservador.

Resultó que Kennard estaba en Brighton, pero se enteró del artículo dos horas después de su aparición y me cablegrafió diciéndome que dejara de publicar la historia, que, según él, era «obscena». Fui a ver a lord Folkestone para que me apoyara y descubrí que estaba simplemente divertido. No le gustaba Cairns,

pensaba que era estrecho y mojigato, y me animó a seguir adelante, prometiéndome apaciguar a Kennard. En consecuencia, continué y al día siguiente escribí un segundo artículo aún más sarcástico. Para abreviar, lord Cairns no pudo soportar esta exhibición despreciativa, de modo que pagó las diez mil libras que se le pedían y todos, incluyendo la señorita Fortescue, atribuyeron el mérito a mí y al *Evening news*.

Este triunfo periodístico duplicó la circulación del diario, aumentó considerablemente su publicidad y nos deparó un regusto del éxito. Hice una limpieza en la oficina de redactores y puse a amigos míos en el lugar de los escritorzuelos. El más notable era un irlandés australiano llamado doctor Rubie. También despedí a los viejos redactores jefes y le di su trabajo a Cluer y otros amigos. Pronto, el lugar estaba lleno de vida y vigor.

Pero experimenté algunos rechazos. Las oficinas de la *St. James Gazette* estaban justo enfrente de las nuestras en Whitefriars Street y cuando salía al mediodía acostumbraba a ver una docena de sus carros detenidos a un lado de la calzada, mientras que los quince o veinte nuestros estaban del otro lado… todos parecidos, esperando que llegaran los periódicos para apresurarse a distribuirlos a los diversos kioskos de Londres. Averigüé y descubrí que estábamos pagando unas seiscientas libras al año por nuestros carros. De inmediato, conseguí una carta de presentación para Greenwood, editor de la *St. James*, y le ofrecí darle a su periódico, que costaba un penique, el beneficio de nuestra mejor distribución, más o menos a la mitad de lo que le costaban sus carros. Para mi estupefacción, rehusó y se atuvo a su negativa, aunque era evidentemente estúpida.

Tres años más tarde, cuando aparecieron mis primeros cuentos en la *Fortnightly Review*, Greenwood los elogió muchísimo y, con gran ingenuidad, admitió que había tenido un prejuicio contra mí porque había oído que me llamaban «un hombre de negocios americano», y que ahora lamentaba su hostilidad. De hecho, nos hicimos muy buenos amigos y mucho antes de que muriera yo había aprendido a estimar y amar a este hombre.

Lord Folkestone me hacía ir a buscarlo con frecuencia al Club Carlton, y un día, allí mismo, me contó un par de chistes sobre la vida de club que me parecieron muy divertidos. El Club Carlton,

como todos saben, es el club oficial del partido conservador, y un día un miembro influyente del mismo, que se había incorporado recientemente, puso en el tablero de anuncios un aviso donde pedían que el noble que le había robado su paraguas tuviera la amabilidad de devolvérselo de inmediato. Una semana después, mientras su aviso seguía todavía en el tablero, un noble irascible fue a ver al secretario y le llamó la atención sobre el asunto.

—Es un libelo —dijo— e insisto en que se dé el nombre del noble o se quite el anuncio.

Entonces, el secretario entrevistó al miembro autor de la demanda.

—No conozco su nombre —dijo este.

—¿Por qué piensa entonces que se trata de un noble? —preguntó el secretario.

—Bueno, este club, según sus propias declaraciones, es frecuentado por nobles y caballeros. Ningún caballero robaría mi paraguas, de modo que debe tratarse de un noble.

Y he aquí una historia del Club Athenaeum, que a su manera es casi tan divertida como la otra. Este club poseyó durante muchos años un famoso y cortés portero, llamado Courtney, me parece, que podía identificar sombreros, paraguas y bastones pertenecientes a los miembros, sin equivocarse nunca. Un día, un digno obispo, fue provisto al salir de sus cosas.

—Este paraguas no me pertenece, Courtney —dijo el reverendo prelado.

—Posiblemente no, milord —replicó Courtney—, pero en todo caso es el que usted ha traído al club.

Las historias como estas abundan en Londres y le dan un sabor especial y distintivo a la vida en Inglaterra. Por esa razón, relataré algunas de las mejores, sin olvidar las acuñadas en Nueva York.

Vida y humor londinenses; Burnand y Marx

> … Oh, tú, madre-edad maravillosa,
> Hazme sentir la loca pulsación que sentí antes de la contienda
> Cuando escuché los días que tenía por delante y el tumulto de mi vida [40].

Londres, en los primeros años ochenta; Londres, después de años de estudio solitario y esfuerzo incesante; Londres, cuando tienes veintiocho años y ya te has ganado un lugar en su vida; Londres, cuando, en la repisa de tu chimenea, tienes diez veces más invitaciones de las que puedes atender y hay dos o tres muchachas bonitas que te atraen; Londres, donde todo el que conoces es amable y cortés, y la gente importante empieza a hablar de ti; Londres, con el regusto del éxito en tu boca y los ojos bien abiertos a sus múltiples novedades, y maravillas; Londres, con su circuito de recepciones y vida de Corte, sus teatros y espectáculos, sus diversiones para el cuerpo, la mente y el alma: horas encantadoras pasadas en el *burlesque*, prolongadas por un encuentro de boxeo en el Sporting Club, o una tarde en el Parlamento donde hombres famosos de todo el mundo discuten aspectos políticos importantes; o una mañana tranquila junto a un poeta que perdurará en la literatura inglesa junto con Keats y Shakespeare; o una tarde con los cuadros de un maestro ya consagrado por la fama. Londres. ¿Quién podría dar siquiera una idea de sus múltiples deleites? Londres, el centro de la civilización, la ciudad reina del mundo, sin par por la multiplicidad de sus atractivos, tan superior a París como París lo es a New York.

Si jamás se ha sido intoxicado, jamás se ha vivido. Yo me he sentido mejor y más feliz gracias al vino exquisito; exaltado, por decirlo así, a una vida espiritual más intensa y más alta, hablando mejor de lo que había hablado nunca, con una pasión que encendía los ojos alrededor de mí y prendía fuego a las almas. Pero el rapto

de una vida así exaltada es sólo momentáneo. Londres me emborrachó durante años y en el recuerdo la magia de esos primeros años sigue ennobleciendo la vida para mí.

Y los posteriores dolores y sufrimientos, malentendidos e insultos, desdenes y desilusiones, se desvanecen y son olvidados. Me pregunto si puedo dar una idea de lo que Londres fue para mí desde el primer trago de su viña intoxicante en mis labios calientes y su perfume en mis narinas ávidas. Es imposible describir semejante variedad de atractivos, pero procuraré hacerlo, limitándome a recordar a mis lectores que mi ambición consistía en tocar la vida desde múltiples ángulos.

Nunca había oído hablar de Frank Burnandz[41], pero una noche fui a ver su *burlesque, Barbazul*. La obra era más que absurda; era increíblemente trivial. El héroe del señor Burnand lleva un anotador para señalar los nombres y direcciones de muchachas interesantes; aparte de esto, no es demasiado monstruoso. Su misteriosa Cámara Azul no contiene nada más terrible que tinturas para el cabello. Es un jovenzuelo sin barba, de veintiún años. Sin embargo, tiene un rizo azul, pero es un fraude. Su esposa y su suegro están condenados a la decapitación por descubrir su secreto. La catástrofe puede evitarse por la oportuna llegada de tropas de jovencitas con fantásticos trajes marciales que revelan figuras muy bien formadas.

Las danzas y canciones y sobre todo la sorprendente belleza plástica de las chicas del coro, me dieron un anticipo de Londres, porque en París las mujeres del coro son por lo general viejas brujas.

La señorita Nelly Farren es el Barón Abomélique de Barbe Bleue, y la señorita Vaughan, Kate Vaughan, es Lili, la esposa del Barón. Estos son los primeros versos de su canción del segundo acto:

> El francés es un fastidio.
> No me interesa aprenderlo.
> No me gusta que llamen a mi madre
> En francés, *mère*.
> Quiero tener esposo,
> Pero el amado es *cher*,
> Y aunque sólo tengo un padre
> Juran en cambio que es *père*.

Después, Kate bailaba como nadie ha bailado antes o después,

con gracia inimitable. La manera en que recogía su traje, mostrando tobillos adorables y la sugestión de sus hermosos muslos, era un poema en sí misma. Y a su alrededor, muchachas hermosas y sonrientes, con trajes que revelaban todos los encantos, se balanceaban o giraban o danzaban, como inspiradas por su deliciosa alegría. En otra escena imitaba a Sarah Bernhardt, y hay infinito humor en su picante caricatura. En otra remedaba a Irving, y todo esto en medio de una cantidad de chistes y acrobacias verbales terribles… una velada inolvidable que me hizo notar a Burnand como a uno de aquellos hombres que debía conocer tan pronto como me fuera posible, porque era evidentemente un poder con el que había que contar; al menos, un contorsionista verbal de la más extraordinaria agilidad.

Daré un ejemplo de sus cualidades, sacado de mis recuerdos de unos diez años después, sólo para dar al apuesto y pequeño Frank el lugar que le corresponde, porque era tan agradable como guapo e ingenioso, y eso no es decir mucho.

En el *New York Herald* de Londres, un semanario, había aparecido la historia del arresto de lord Euston, con tanto detalle que era casi tan difamatoria como el relato del *Star*, el vespertino radical de medio penique de quien Ernest Parke era editor. Conocía bien a Euston, y él me había dicho que tenía intención de ponérselo «difícil» a quienquiera que lo calumniara. Era un tipo alto y bien formado de unos treinta años de edad, unos seis pies de altura y decididamente varonil, la última persona en el mundo de quien podría sospecharse inclinaciones anormales. La historia del *Star* era minuciosa y difamatoria: se decía que lord Euston había ido a una casa de mala nota del distrito West Central. Y el relato del *Herald* dominical era igualmente calumnioso. El lunes siguiente, Burnand vino a almorzar conmigo en Park Lane y por casualidad el otro invitado era el reverendo John Verschoyle, de cuyo talento literario ya he hablado.

Por una u otra razón, en la mesa, Verschoyle había condenado a aquellos que se casan con la hermana de su esposa muerta, obviamente ignorante del hecho de que Burnand había cometido esta ofensa contra las convenciones inglesas. Un poco más tarde, cuando las damas abandonaron la mesa, Verschoyle llevó la conversación al artículo sobre lord Euston aparecido en el *New York*

Herald. Estaba convencido de que un periódico dominical, por el solo hecho de mencionar semejante asunto, estaba acabado en Londres. Burnand observó, sonriendo, que no podía estar de acuerdo con su afirmación. Indudablemente, la función de un periódico era la de publicar «noticias», y todo el mundo hablaba del incidente. Pero Verschoyle, exasperadamente puritano, se atuvo a sus convicciones.

—¿Cómo podría explicar usted semejante «incidente» —machacó— a su esposa o su hija, si estas le preguntaran de qué se trata?

—Muy fácil —contestó Burnand, todavía sonriente, pero incisivo—. Le diría: «Querida mía, lord Euston se cree por encima de la ley ordinaria y, al no tener nada que hacer, fue a una notoria sala de juego. Pensó que el juego iba a ser de póquer, pero, cuando descubrió que se trataba de baccarat, salió».

No podía imaginarse una explicación más ingeniosa. Hasta Verschoyle tuvo que forzar una sonrisa. Lo curioso es que en el juicio por difamación que lord Euston siguió contra el *Star*, y que resultó en la condena de Emest Parke, el editor, a un año de prisión, su explicación fue parecida a la excusa que Burnand encontró para él. Dijo que alguien, en la calle, le había dado una tarjeta con *poses plastiques*. Como esa noche no sabía qué hacer, fue a la dirección indicada. Cuando descubrió que no había *poses plastiques*, salió.

Podría decirse que chistes e ingenio como los de Burnand también podían encontrarse en París, pero el humor cómico más la belleza física de las chicas del coro, no podían hallarse allí, y tampoco la tragedia. Ernest Parke era un radical convencido y un hombre de carácter intachable. Sin embargo, fue condenado a un año de prisión por reproducir —según me dijo— la declaración de un policía inspector que en ningún caso afectaba a lord Euston. No obstante, en Londres nadie se quejó o pensó en criticar al juez, aunque a mí me pareció una sentencia infamante y vengativa que sólo era posible hallar en Inglaterra. La pena desorbitada descubre un costado débil y malo de la constitución aristocrática de la sociedad inglesa. Casi todos los jueces provienen de la clase media alta, invariablemente, tal es mi experiencia, aduladora del sentimiento aristocrático. Toda esposa de juez desea ser una Dama (¡con mayúscula, por favor, impresor!), y por lo general su esposo

consigue ennoblecerse más rápido cuanto más se esfuerza por complacer a sus superiores en la jerarquía. Si lord Euston hubiera sido el señor Euston de Ckerkenwell, su libelista hubiera debido pagar una pequeña multa, pero no hubiera sido condenado a prisión, aunque la simple imputación de inmoralidad ordinaria lo hubiera dañado económicamente y en la estima pública, mientras que no podía dañar a lord Euston en ningún sentido.

Y ahora un contraste.

Fue en los primeros años ochenta —sé que era un día frío y ventoso— cuando fui a Haversock Hall a visitar al doctor Karl Marx en su modesto hogar de Maitland Park Road. Nos habíamos conocido un tiempo antes, después de uno de los mitines de Hyndman[42], y éramos más o menos amigos. Hyndman había objetado a algo que yo dije y, cuando cité a Engels como apoyo, me dijo que él conocía a Engels y hablaba el alemán tan bien como el inglés. Viendo que gran parte del público era alemán, lo desafié a contestarme y comencé a hablar alemán. Cuando terminó la reunión, se me acercó un alemán que me felicitó y me preguntó si me gustaría conocer a Karl Marx. Contesté que nada podría gustarme más, de modo que me llevó afuera y me presentó al famoso doctor. Por entonces, no era tan famoso como lo es ahora, cuarenta años después, aunque merecía serlo.

Había leído *Das Kapital* años antes. El primer libro, de hecho toda la parte teórica, parecía una red de hilos flojos, pero el segundo libro y la crítica al sistema inglés de factorías era una de las acusaciones más convincentes y despiadadas que había visto en letra impresa. Nadie que la ignore merece que se lo escuche cuando habla de cuestiones sociales. Cuando lo hube leído y asimilado, pedí los otros libros de Marx: *A Life of Lord Palmerston* y *Revelations of the Diplomatic History of the Eighteenth Century*. El *Palmerston* ha sido escrito por un hombre que no tiene sensibilidad para los caracteres. El héroe, un irlandés vital de pies a cabeza, queda enterrado bajo una erudición que es como el árbol que no deja ver el bosque. Pero las *Revelations* contienen la mejor descripción existente del progreso de Rusia desde el momento en que se liberó del yugo tártaro a la segunda mitad del siglo dieciocho.

Personalmente, Marx era fornido y bajo, pero fuerte, con una gran cabeza enmarcada por cabellos blancos. Los ojos seguían

siendo de un azul brillante, a veces pensativos, otras veloces, profundamente curiosos. Mi alemán le sorprendió. ¿De dónde había sacado la fluidez y la retórica? Hablando de la creencia religiosa, yo había dicho que *der Lauf des menschlichen Gedanker-ganges ist für mich die einzige Offenbarung Gottes* (el curso del progreso del pensamiento humano es para mí la única revelación de Dios).

—*Wunderbar! Echt Deutsch!* —exclamó Marx (típicamente alemán), que era el mayor elogio que un alemán podía hacer en esa época. Me recibió con crítica cortesía, evidentemente sorprendido de que un inglés hubiera leído no sólo *Das Kapital*, sino todas sus contribuciones en revistas. Le dije que pensaba que su libro sobre el sistema inglés de factorías era el trabajo sociológico más importante desde *The Wealth of Nations*, de Adam Smith: de un lado el abogado del socialismo, del otro el individualista, y que yo pensaba que ambas fuerzas deben unirse en la vida y que es preciso establecer un equilibrio entre ellas. Marx me sonrió, pero ni siquiera intentó considerar la nueva idea. Me produjo la misma impresión que Herbert Spencer veinte años más tarde, pero Spencer se mostraba despreciativo e irritado frente a las críticas, mientras que Karl Marx era indiferentemente cortés. Pero ambos estaban cerrados a cualquier cosa que se dijera contra su teoría favorita, parcial como era. Y así como merecía la pena escuchar a Herbert Spencer en cualquier cosa que no fuera «el campo que me pertenece», así sucedía con Karl Marx. Fue el primero en contarme cómo la burguesía francesa había masacrado a treinta mil comunistas en París, a sangre fría, después de la derrota de 1870. Pero condenaba este derramamiento de sangre con tanta pasión como condenaba la vena de brutalidad del anarquista Bakunin. Su profunda compasión y simpatía humanas eran lo mejor de ellos. El corazón era mejor que la cabeza… y más sabio. De manera muy semejante, Spencer veía que la brutalidad en el hombre era desarrollada y perpetuada en Europa, aunque difería totalmente del espíritu de perdón convocado desde miles de púlpitos. Marx y Spencer, como Carlyle y Ruskin, pertenecían a la raza de Polifemo: gigantes de un solo ojo. ¡Pero los dos últimos eran artistas de pies a cabeza!

Otro contraste.

Fue más o menos en esa época cuando conocí al hermano de lord Randolph Churchill, el duque de Marlborough. Aunque tenía

tal vez diez años más que yo, nos hicimos amigos por pura semejanza de naturaleza. Él también deseaba tocar la vida desde todos los ángulos. Le gustaba una buena cena y un vino noble, fuese Borgoña o Mosela, pero por encima de todo amaba a las mujeres y creía con De Maupassant que su cortejo era la única aventura arrebatadora de la vida de un hombre. Una noche, después de una cena en el Café Royal, me hizo un discurso de una hora de duración sobre las bellezas características de una docena de razas diferentes, sin excluir la amarilla o la negra. Tenía un cerebro tan bueno como el de su hermano, pero carecía del genio de Randolph como líder de hombres. Puedo relatar aquí una historia que le concierne, aunque tuvo lugar mucho después, cuando yo editaba la *Fortnightly Review*. Yo había conocido en París a lady Colin Campbell, descubriendo que hablaba excelente francés e italiano porque había pasado su infancia en Florencia. Poco después de convertirme en editor de la *Fortnightly Review* —creo que fue en 1887—, la señora Jenne, esposa de un distinguido juez, me dijo que debía ver a lady Colín y publicar algunos de sus artículos. Dije que me complacería mucho reanudar mis relaciones con una mujer tan bonita. Un día, la señora Jenne preparó una reunión y me dijo que fuese al comedor trasero donde lady Colin me estaba esperando. Subí, abrí la puerta y allí estaba lady Colin tostándose las piernas frente al fuego. Tan pronto como hablé, dejó caer la falda, excusándose y diciendo que tenía los pies fríos y húmedos, pero la exhibición parecía deliberada y la provocación algo gruesa. En todo caso, me enfrió, y pronto descubrí que sus artículos eran tan obvios como su figura alta y esbelta, sus grandes ojos oscuros y sus cabellos. Había rechazado uno o dos de sus trabajos, cuando el duque me invitó a cenar y pronto me dijo, sin demasiados rodeos, que estaba enamorado de lady Colin y que le había prometido que yo publicaría su siguiente artículo. Le dije que no podía hacerlo, pero me urgió con tanta seriedad, que finalmente le dije:

—Si me escribe usted un artículo absolutamente franco donde exprese el sentimiento sensual de la vida que tantas veces ha alabado frente a mí, aceptaré a ciegas la contribución de lady Colin. Pero exijo franqueza absoluta.

Él me interrumpió, riendo.

—Está hecho y le estoy muy agradecido. Escribiré

inmediatamente el artículo y se lo daré esta semana.

Pronto descubrí que «La vida y sus placeres» era franco hasta la indecencia. Tendría que expurgarlo antes de publicarlo, pero estaba seguro de que causaría gran sensación.

Dejé el artículo para un momento de necesidad y le aseguré al duque que, tarde o temprano, lo publicaría. Ojalá lo hubiera guardado, pero recuerdo un pasaje que contenía su defensa.

«Hay personas —escribía frívolamente— que me reprocharán mi franca sensualidad. Me han preguntado con estupefacción si realmente veía algo que admirar en las hermosas rodillas de una mujer. No me cabe duda de que hay pajaritos que picotean una o dos gotas de agua clara a la orilla de un lago y se preguntan qué puede encontrar una rana saludable en el légamo suculento que hace las delicias de su alma. Estos mojigatos, y son numerosos y de ambos sexos en Inglaterra, me recuerdan el ingenioso chiste francés: la charla se había transformado en una discusión sobre las diferencias que hay entre un chimpancé y un gorila; "¿cuál es el animal que, según usted, se parece más a un hombre?", preguntó la anfitriona, y de inmediato el francés replicó: "Con toda seguridad, un inglés, madame"».

El duque conocía muchas historias ingeniosas y las contaba estupendamente.

Atribuía muchas de ellas a Travers, el famoso humorista del Nueva York de los setenta quien murió, ¡ay!, sin dejar sucesores de su talento.

Travers era realmente ingenioso. Conozco una docena de historias suyas que son buenas, y una o dos que merece la pena conservar. Cuando Fiske y Gould se asociaron para explotar las finanzas del ferrocarril de Erie, robando varios millones de dólares al pueblo americano, Fiske ofreció un almuerzo en su yate y, por supuesto, invitó a Travers entre otros. El financiero llevó al humorista por todo el yate y finalmente, en el camarote, le mostró su retrato pintado por Bouguereau, a quien llamó el más famoso de los pintores franceses, así como también un retrato de Gould, pintado por un americano, que estaba colocado cerca del suyo.

—¿Qué le parecen? —preguntó con aire triunfal.

—Sin duda, algo… algo falla —tartamudeó Travers con una mirada de desconcierto, porque exageraba su tartamudeo y

puntuaba sus frases ingeniosas con aire de confusión, tal como acostumbraba a hacer en Londres lord Plunket.

—¿Falta? —repitió Fiske—. ¿Qué quiere decir?

—Decir —barbotó Travers—, bueno, ¡qué el Sa-Salvador de-de-debería estar entre los dos ladrones!

Sólo una anécdota, proveniente de América, supera a esta, en esa época, y la relataré para librarme de ella. Un joven americano fue a un hotel y se entrevistó con el gerente para pedirle trabajo. Estaba agotado, le dijo, y hambriento, y haría casi cualquier cosa.

El gerente lo pasó al mayordomo, que era un hombre ligeramente iracundo, pero famoso por sus buenos modales. Escuchó las quejas del muchacho y después dijo:

—Supongo que hará todo lo que pueda y trabajará bien. Pero ¿tiene usted tacto?

—No sé qué quiere decir eso —dijo el muchacho—, pero si me dice cómo hacerlo, aprenderé.

—Ya —contestó el mayordomo con aire importante—, ya. Me parece que nadie puede decirle qué es el tacto o cómo adquirirlo, pero trataré de aclarárselo. El otro día sonó la campana de una dama. Era toda una belleza de la vieja Virginia, y todos los camareros estaban ocupados, de modo que decidí subir yo mismo para saber qué deseaba. Cuando abrí la puerta, la vi frente a mí, en la bañera. Sí, en la bañera. Por supuesto, cerré de inmediato la puerta, diciendo: «Discúlpeme, señor, discúlpeme». Ahora bien, el «discúlpeme» era cortesía, ¡pero el «señor» fue puro tacto! ¿Se da cuenta? ¡Tacto!

Laura, el joven Tennyson, Cario Pellegrini, Paderewski, la señora Lynn Linton

Iba a volver a encontrarme inesperadamente con mi destino. Sucedió en mi segundo año como editor del *Evening News*, y yo confiaba tanto en el éxito último de mi carrera de periodista, que comencé a frecuentar cada vez más la sociedad, acrecentando mi conocimiento de la maravillosa vida de Londres.

Una noche fui al Lyceum Theatre. He olvidado qué se representaba, o por qué fui, pero ya había visto la obra y estaba de pie hablando con Bram Stoker[43], junto a la puerta, cuando, entre la multitud de personas que salían, vi a Laura Clapton y a su gorda madre bajando las escaleras. Me sonrió, radiante, y quedé cautivado una vez más. Su altura le daba presencia, llevaba soberbiamente bien su cuerpo… Para mí era la única mujer en el mundo. Ya podía decirme que el óvalo de su cara era algo redondeado, así como también que sus dedos eran espatulados y feos, pero para mí era más que hermosa. Había visto mujeres más perfectas; mujeres de mayor distinción, además, pero ella parecía hecha a la medida de mi deseo. Sentía que debía tener un cuerpo maravilloso por la manera en que se movía. Y sus grandes ojos de avellana y la masa de cabello castaño descuidadamente rizado y la sonrisa rápida que iluminaba su rostro… todo me cautivaba. Me adelanté en seguida y la saludé. Su madre fue desacostumbradamente cortés. En medio de la multitud, sólo podía mostrarme cortés y les pregunté si cenarían conmigo en el Criterion, porque por entonces no se conocía el Savoy, y Ritz todavía no había llegado a conquistar Londres con sus restaurantes, los mejores del mundo.

—¿Por qué nunca has venido a verme? —fue su primera pregunta.

—Era demasiado peligroso, Laura —fue lo único que pude contestar.

La confesión le agradó. ¿Olvidaré alguna vez esa cena? No, mientras dure esta máquina que soy. Estaba enamorado por primera

vez, de rodillas, humilde y reverente en la adoración del verdadero amor.

Recuerdo la primera vez que vi la belleza de las flores. Tenía trece años y me habían invitado a Wynnstay. Almorzamos y después lady Watkin Wyann me llevó al jardín y caminamos entre dos «fronteras herbosas», como las llaman; hileras de cuatro o cinco yardas de profundidad con toda clase de flores. Cerca del sendero, las flores pequeñas, luego las más altas y atrás aún las mayores, hasta llegar a las plantas muy altas… un banco de belleza. Por primera vez, vi la gloria de su colorido y la fragilidad exquisita de los capullos. ¡Mis sentidos se deleitaban y tenía los ojos llenos de lágrimas!

Así de arrolladora fue la sensación en el teatro. La aparición de Laura llenó mi alma de admiración. Pero tan pronto como estuvimos juntos, las demandas de su madre en el coche comenzaron a enfriarme.

—¡Hija, la ventana debe estar cerrada! Hija, no debemos llegar tarde. Tu padre… —y así sucesivamente.

Pero después de todo, qué me importaba. Mi pie izquierdo tocaba el de Laura y advertí con un estremecimiento que su pie derecho tocaba el otro lado del mío. Si sólo pudiera meter la rodilla entre las suyas y tocarle los muslos. Lo intentaría cuando me levantara para bajar. Lo hice y la diosa respondió, o por lo menos no se apartó y su mirada sonriente y cálida alegró mi corazón.

La cena fue inolvidable, porque Laura había estado siguiendo mi trabajo y la sutil alabanza me cautivó.

—¿May Fortescue es realmente tan bonita como la pintas?

—Indudablemente, mi truco consistía en hacerla adorable — contesté.

Laura asintió con perfecta comprensión. Disfrutó mucho escuchando la historia completa. Se interesaba particularmente por todo lo que tenía que ver con la escena.

Esa noche todo fue sobre ruedas. La cena era excelente, el Perrier-Jouet 1875, el mejor vino, enfriado, no helado. Y cuando las llevé a su casa después, mientras la madre bajaba, Laura apretó sus labios contra los míos y yo toqué sus caderas firmes mientras bajaba ella. Además, me había citado para almorzar al día siguiente en el restaurante Kettner, de Soho, en un reservado.

Me fui a casa borracho de excitación. Yo había tomado habitaciones en la
Gray’s
Inn y, cuando llegué esa noche, decidí pedirle a Laura que viniera conmigo después del almuerzo, porque había comprado algunas sillas Chippendale y algunas piezas de plata del siglo dieciocho que quería que viera.

¿Cómo llegó a gustarme el viejo mueble inglés y la plata? En la
Gray’s
Inn, había conocido a un tal Alfred Tennyson, hijo de Frederick Tennyson, hermano mayor del gran poeta, quien me había enseñado a apreciar la belleza recóndita en las cosas de uso común. En volúmenes posteriores de mi autobiografía, tendré mucho que decir de él, porque, por extraño que parezca, sigue siendo mi amigo aquí, en Niza, cuarenta y pico de año después. Por entonces, era un modelo de virilidad y vigor. De talla media, pero con buenos rasgos y una figura fuerte, espléndida. Nuestro primer lazo de reunión fue su amor por la poesía. Además, era un actor y un mímico nato. Siempre había deseado subir al escenario… un hombre de gusto cultivado que constituía una excelente compañía. Por ahora, sólo deseo reconocer su rápida influencia sobre mí. Yo necesitaba simplemente que me mostraran el camino correcto.

Pronto había leído todo lo que podía encontrarse sobre los dos hermanos Adam[44], que llegaron a Londres desde Escocia y en la segunda mitad del siglo dieciocho aumentaron su capital con su milagroso sentido de la belleza. El *Adelphi* del Strand llevaba ese nombre por ellos. Aun en su época habían sido muy apreciados. Pero quedé realmente sorprendido al descubrir que casi cada época de Inglaterra había tenido sus ideales de belleza, y que la vajilla de plata de la reina Ana era tan perfecta a su manera como la de los hermanos Adam; que las mesas de William y Mary tenían su propia dignidad, mientras que una silla de recibidor del tiempo de Elizabeth expresaba toda la majestad de las maneras cortesanas. Comencé a comprender que la belleza pertenecía a todas las edades y era infinitamente más variada de lo que yo había imaginado. Y así como pertenecía a todas las épocas, también pertenecía sin duda a todos los países, manifestando sutiles características que deleitaban el espíritu. ¿Qué podía ser más hermoso que la plata y los muebles

del Primer Imperio francés? Una suerte de reflejo de la grada elástica de la forma con una sobreabundancia de ornamentos, como florecida por el orgullo de la conquista. Por fin había llegado al verdadero reino del hombre, descubriendo el alimento adecuado para mi espíritu. No es sorprendente que siempre le haya estado agradecido a Alfred Tennyson, quien me mostró la llave de la habitación del tesoro, por decirlo así.

También fue Alfred Tennyson quien me presentó, en sus habitaciones de la
Gray’s
Inn, a Cario Pellegrini. Pellegrini era un italiano pequeño y gordo, proveniente de los Abruzos. La madre de Tennyson también era italiana y le había transmitido a su hijo la simpatía por las personas de esa nacionalidad. En todo caso, Tennyson conocía íntimamente a Cario, y en los ochenta este era una figura de cierta nota en la vida londinense. Era el dibujante más importante de *Vanity Fair* y firmaba sus caricaturas con el nombre de «Ape». Constituían un nuevo punto de partida para este arte. Era tan afectuoso, que sus caricaturas no eran nunca ofensivas, ni siquiera para las víctimas. Vagabundeaba por el vestíbulo de la Cámara de los Comunes tomando notas, y una docena de sus caricaturas están entre las mejores que existen en cuanto a parecido. Su compañero, Leslie Ward, que firmaba como «Spy», tenía casi tanto éxito como él. De hecho, era mejor dibujante, pero se contentaba con el aspecto exterior de un hombre, sin buscar, como lo hacía Pellegrini, el alma del modelo.

Cario se confesaba homosexual, hacía alarde de su vicio y, de hecho, fue el primero en probarme mediante el ejemplo que una inclinación sexual perversa puede ir de la mano con una naturaleza dulce y generosa. Porque Cario Pellegrini era uno de esos santos naturales. Daré un ejemplo: cada quince días, iba al despacho de *Vanity Fair*, en el Strand, y retiraba veinte libras por su caricatura. Sólo tenía que caminar unas doscientas yardas para llegar a Charing Cross y por lo general le debía cinco libras a su casera. Sin embargo, para cuando llegaba al final de la calle, de las veinte libras apenas le quedaban cinco. Le he visto darle cinco libras a una vieja prostituta, con una palabra amable. A veces, de hecho, daba todo lo que tenía y, entonces, con un caprichoso aire de humildad, decía:

—*Spero che* me invitarás a comer… ¿eh, Frankarris?

Lo mejor que puedo decir de la aristocracia inglesa es que algunos de sus miembros siguieron siendo amigos suyos a lo largo de toda su carrera y satisficieron una y otra vez sus necesidades. Lord Roseberry, quien más tarde fue primer ministro, fue uno de sus mecenas más afectuosos, y mi amigo Tennyson, otro. Sólo en los años noventa aprendí a amarlo, de modo que lo dejaré para el tercer volumen. Aquí sólo deseo subrayar que su franca confesión de pederastia, del amor de un hombre por los muchachos y los jóvenes, me hizo pensar y después cuestionar el valor del prejuicio instintivo, o más bien irracional. Porque, al reflexionar, me vi obligado a admitir que la pederastia fue practicada abiertamente y sin ninguna clase de condena… no, incluso fue considerada como un culto semireligioso por los griegos más viriles y valientes, sobre todo por los espartanos, que en los siglos cinco, seis y siete anteriores a nuestra era se encontraban en el punto más alto de su desarrollo. Y lo que Esquilo, Sófocles y Platón consideraban honorable no debía ser condenado a la ligera por ningún ser pensante. Además, en los tiempos modernos esta pasión se condenaba simplemente porque era estéril, mientras que la sexualidad ordinaria era permisible porque producía niños. Pero como yo aceptaba el lesbianismo, que era indudablemente estéril, no podía dejar de ver que mi aversión a la pederastia era irracional e ilógica, una mera particularidad personal. Sin duda, los muchachos pueden inspirar una devoción tan noble como las chicas, aunque para mí carecían de atractivos. También a través de Cario Pellegrini comprendí el poder cautivante, atractivo, de la pura gentileza amorosa, porque su persona era una caricatura grotesca de humanidad, de apenas cinco pies dos pulgadas de altura, achaparrado y fornido, con un rostro que era como una máscara de Sócrates, y siempre curiosamente mal vestido. Sin embargo, un caballero, siempre y en todas partes… y para aquellos que lo conocían, mucho más que un caballero.

Al día siguiente, esperaba en Kettner cuando llegó Laura. Me apresuré a pagar su coche y llevarla escaleras arriba. Cuando entró al reservado, no vaciló siquiera y me besó con una amabilidad sin afectación. Había en ella un cambio sutil. ¿Qué era? Le pregunté si amaba a otro y ella meneó la cabeza.

—Te esperé —dijo—, pero pasó el año y cinco meses más.

—*Mea culpa* —contesté—, *mea maxima culpa*, pero perdóname y trataré de corregirme…

Después de haber almorzado y corrido el cerrojo para evitar la intrusión casual de un camarero o visitante, se me acercó y se sentó en mis rodillas. La besé y la abracé casi a voluntad, pero…

—¿Qué sucede Laura? El rojo de tus labios no es uniforme. ¿Qué has estado haciendo contigo?

—Nada —contestó con aire de desconcierto—. ¿Qué quieres decir?

—Has cambiado —insistí.

—Todos cambiamos en un año y medio —respondió.

Pero yo no estaba satisfecho. Una vez, cuando besé el interior de sus labios, se apartó, interrogadora.

—Qué manera extraña de besar.

—¿Te excita? —pregunté, y una bonita *moue* fue toda la respuesta que obtuve. Pero pronto, con mis besos y caricias, sus labios se calentaron y no se apartó como lo había hecho un año y medio antes. Me entregó sus labios y sus ojos languidecieron en el abandono sensual. Me detuve porque deseaba pensar y sobre todo porque quería una dádiva memorable y no una conquista casual.

—Quiero mostrarte muchas cosas, Laura —dije—. ¿Vendrás a mis habitaciones de la Grey’s Inn para que pasemos una tarde maravillosa? ¿Vendrás mañana?

Pronto fijamos una cita y, después de algunos besos más, la llevé a su casa.

Laura almorzando conmigo en las habitaciones de la Grey’s Inn. La sola idea me dejaba sin aliento, me hacía latir las sienes y me secaba la boca. Yo ya había descubierto el Café Royal, que en ese momento era con mucho el mejor restaurante de Londres gracias a su dueño, M. Nichol, un francés que había quebrado dos veces en Francia porque deseaba tener un buen establecimiento. Pero ahora Nichol tenía en Londres un éxito que sobrepasaba sus más locas esperanzas (Londres siempre quiere lo mejor) y de hecho ya era rico. La hija de Nichol se casó y este encargó a su yerno de la compra del vino para el restaurante. Por supuesto, tenía una

comisión sobre lo que compraba y después de veinticinco años se descubrió que había comprado y comprado, con extraño buen juicio, más de un millón de libras de vino del que era necesario. A su debido tiempo, relataré las consecuencias de esto. Pero ya en 1884 y 1885, el Café Royal tenía la mejor bodega del mundo. Quince años más tarde, era la mejor que se había visto nunca.

Yo ya había conocido a Nichol y más de una vez, totalmente consubstanciado con sus ideales, lo había elogiado en el *Evening news*. En consecuencia, siempre estaba dispuesto a hacer todo lo que podía por mí. De modo que ordené el mejor almuerzo: *hors d'oeuvre* con caviar de Nijni; un suplemento de trucha asalmonada fría y un urogallo frío, fresco, aunque tan tierno como si lo hubieran tenido en preparación durante semanas, tal como explicaré luego. Y para beber, un vaso de Chablis con el pescado, dos de Haut Brion 1878 con el urogallo y una botella de Perrier-Jouet 1875 con el postre, que era una *surprise* que cubría fragantes fresas silvestres.

En ningún otro lugar se hubiera podido conseguir un almuerzo mejor y Laura entró en el espíritu de la ceremonia. Llegó cuando el reloj daba la una, con sombrero y vestido nuevos, y como era consciente de que su aspecto era inmejorable, sus modales también eran perfectos. ¿Han notado alguna vez cómo cambian los modales de una mujer junto con su vestido? Vestida de seda, es sedosamente graciosa, y la reina que hay en la muchacha es consciente del crujido de sus enaguas de seda. Por supuesto, obtuve un beso y muchos abrazos mientras la ayudaba a quitarse el abrigo. Después le mostré el almuerzo y me explayé sobre la vajilla de plata de los hermanos Adam.

Cuando terminamos el almuerzo, el agua hervía. Hice el café y hablamos largo rato, porque era celosamente consciente de un cambio en ella y estaba decidido a resolver el misterio. Pero no me dio ninguna clave. Su reticencia era una mala señal, pensé. No quería admitir que durante el largo año de mi ausencia había tenido a un favorito, aunque la había visto dos veces con el mismo hombre. Sin embargo, ya llegaría la prueba. Hacia las cuatro, la llevé a mi dormitorio y le pedí que se desnudara.

—Tengo miedo —dijo—. ¿Te importo algo?

—Te amo —dije—, como nunca he amado a nadie. Soy tuyo.

Haz conmigo lo que quieras.

—¿Es una promesa?

—La mantendré —protesté.

Aceptó sonriendo.

—Salga, señor, y vuelva dentro de diez minutos.

Cuando regresé, sólo tenía puesto un pijama y, a medida que me acercaba de prisa a la cama, era consciente de la más absoluta reverencia. Si no hubiera existido la espantosa duda, hubiera sido adoración. Cuando aparté las sábanas, vi que se había dejado puesta la camisa. La levanté hasta el cuello para disfrutar la contemplación del cuerpo más bello que había visto. Pero aun adorando como adoro la belleza plástica, sólo pude echar una ojeada a sus perfecciones. Un momento después, tocaba su sexo y pronto estaba trabajando en ella. Uno o dos minutos después, me había corrido, pero seguí con el movimiento lento hasta que no pudo hacer otra cosa que responder, y después, pese a su creciente excitación, demostró su sorpresa al verme continuar.

—¿No has terminado?

Yo sacudí la cabeza y la besé, metiéndole la lengua en la boca y gozando del cuerpo soberbio que se entregaba a cada uno de mis movimientos. De pronto, toda su estructura fue sacudida por una especie de convulsión. Como si lo hiciera contra su voluntad, me rodeó con sus piernas, apretándome contra ella.

—¡Por favor, basta! —jadeó, y me detuve. Pero cuando volví a empezar, repitió—: ¡Por favor! —de modo que me retiré, todavía abrazándola.

Un momento después, recordando su miedo, salí de la cama y le mostré el *bidet* y la jeringa que había en la habitación contigua. Fue en seguida, y cuando pasó por mi lado le levanté la camisa y tuve una visión bastante completa de las caderas y piernas más perfectas. Ella sonrió con indulgencia y, volviéndose, me besó y pasó al vestidor.

Ahora estaba seguro de que, durante aquel maldito año y medio, se había entregado a otro. No era virgen y no se trataba de su primer abrazo, pero no había sido muy usada. ¿Por qué? ¿Había quedado *enceinte* y se había librado del niño? Eso hubiera explicado lo de sus labios, pobre niña querida. Si confiaba en mí y me lo decía, me casaría con ella; si no…

Cuando regresó, estaba helada. La ayudé a meterse en la cama y, después de quitarle la camisa, la cubrí hasta que entró en calor y luego, poco a poco, estudié su cuerpo. No era perfecto, pero sus fallos eran méritos a mis ojos. Su cuello era algo corto, pero los senos eran tan pequeños como los de una niña de trece años. Las caderas eran perfectas, con un vientre casi chato, largas piernas y el sexo más diminuto y mejor del mundo. Siempre estaba perfectamente limpio y dulce. Nunca había visto otro más perfecto. El clítoris era apenas un pequeño montículo y los labios internos eran de color escarlata brillante. Comencé a lamer el punto sensible, y en seguida empezó a moverse espasmódica mente. Cuando la toqué inmediatamente por debajo del clítoris, se sacudió con violencia.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó, tratando de apartar mi cabeza.

—Espera y verás —contesté—. Ahí la sensación es más intensa, ¿no es cierto?

Ella asintió jadeando y continué. Poco después, se entregó a mis labios y pronto comenzó a moverse convulsivamente y entonces:

—¡Oh, Frank, oh! Es demasiado. ¡No puedo soportarlo, oh, oh!

Trató de apartarse. Como persistí, dijo:

—Gritaré. No puedo soportarlo… por favor, basta —y cuando levanté la cabeza vi que su jugo amoroso se había derramado por todo su sexo. Volví a tocar con los labios el pequeño clítoris, pero ella atrajo mi cabeza para besarla y rodeándome con sus brazos, me apretó febrilmente contra ella.

—¡Oh, querido, querido, querido! Te quiero dentro de mí, quiero tu…, por favor.

Por supuesto, hice lo que me pedía y seguí trabajando hasta que sus ojos se entornaron y se puso muy pálida… Me detuve. Cuando recuperó el aliento…

—Nunca hubiera creído —dijo después de un rato— que era posible sentir con tanta intensidad. Me quedé sin respiración y después sentía el corazón en la garganta, ahogándome…

Esas palabras fueron mi recompensa. Había aprendido la manera de hacerla llegar al momento supremo.

No sé cómo nos vestimos, pero, al pasar al comedor, descubrí que estaba desesperadamente hambriento y Laura también confesó

tener apetito, de modo que, una vez más, nos pusimos a comer.

¿Por qué Laura era para mí diferente de las otras mujeres? No me daba tanto placer como Topsy. En realidad, ya había habido en mi vida por lo menos dos mujeres superiores a ella en las listas de amor y también un par que me habían alabado con mayor entusiasmo, dándome pruebas de un afecto más apasionado. Su personalidad principesca, su cerebro, tal vez constituyeran parte de su encanto. En verdad encontraba palabras memorables. Ese primer día, cuando salíamos del dormitorio, se detuvo, y poniendo las manos sobre mis hombros, dijo:

—*Non ti scordare di me* (no me olvides) —y, después, abrazándome—: Éramos uno, ¿no es verdad? —y me besó con insistencia.

Y si no eran las palabras las que me cautivaban, era un gesto de audacia sagrada. A medida que fue comprendiendo cómo me deleitaba su cuerpo, abandonó la vergüenza y me mostró que los ejercicios suecos que practicaba todos los días, habían dado a su cuerpo la flexibilidad más sorprendente. Podía ponerse de espaldas a una pared y, echándose hacia atrás, besaba el muro con la cabeza casi a la altura de las caderas. Su columna vertebral era tan flexible como un arco. Para mí, era la más fascinante de las amantes y u$a compañera con mil atractivos distintos. Verla en su desnudez triunfante tomando una actitud y recitando tres o cuatro versos, adoptando luego la modesta pose de la Venus florentina y cubriendo con la mano su sexo adorable, era una revelación de coquetería maliciosa.

Pero, de vez en cuando, se quejaba de dolores en la parte inferior del cuerpo y llegué a estar seguro de que su vientre había estado inflamado por un aborto provocado. Se había entregado a mi rival americano. Si sólo hubiera sido sincera y me hubiera contado toda la verdad, le hubiera perdonado todo y hubiera caído la última barrera que había entre nosotros, pero no podía ser. Todavía dudaba, tal vez de mi éxito en la vida. Dudaba de si en verdad yo iría de victoria en victoria. En la humildad del amor, yo deseaba mostrarle las razones de mi éxito y le conté cómo había aprendido cosas de los chicos vendedores de diarios, olvidando estúpidamente que, para las mujeres ignorantes de la vida, sólo importan los resultados. La señal exterior y visible es lo único que cuenta para

ellas. Le llevó años comprender que yo era capaz de ganar donde me propusiera, en la bolsa con mayor facilidad aún que en el periodismo. Y, según supe después, su madre seguía estando contra mí.

—Habla bien, pero otros hay que hacen lo mismo —decía, echando una mirada oblicua al esposo irlandés, cuyos discursos eran siempre estériles.

Pero aunque nuestro entorno estaba lleno de dudas y rechazo, cuando Laura y yo estábamos juntos vivíamos horas doradas. Y ahora, cuando pienso en ella, recuerdo frases ocasionales de dulce espíritu amoroso y algunas actitudes de su cuerpo exquisito que me hacían estremecer de deleite.

A medida que pasaban los meses, seguimos encontrándonos en privado por lo menos una vez por semana, y una vez cada quince días llevaba a la madre y a la hija al teatro y después a cenar. Ese verano compré una casa en Kensington Gore, frente a Hyde Park, a algunas puertas de distancia de la mansión de los Sassoon, a quienes conocí después. Esta casita me dio un lugar en la sociedad londinense. Ofrecía cenas y fiestas, ayudado por lord Folkestone y la familia de Arthur Walter, y tuve verdadero éxito. Recuerdo que una vez la señora Walter me aconsejó que invitara a un nuevo pianista que sin duda se haría de un gran nombre, y cuando lo conocí arreglé con él una velada. Un centenar de personas de la sociedad vinieron a escucharlo y se transformaron en sus admiradores entusiastas. Era Paderewski, que realizaba su primera visita a Londres, y la mía fue la primera casa en la cual tocó.

Por supuesto, hubiera podido invitar a Laura a que lo escuchara, pero le resultaba difícil salir por la noche sin su madre y yo no podía soportar a su madre.

Se transformaba en el centro de toda reunión por su rudeza, ya que no de otro modo, y Laura no quería escuchar una sola palabra de crítica contra ella. Recuerdo que una vez le dije:

—Toda tu gracia y tu belleza te vienen de tu padre.

Quedó inmediatamente anonadada.

—La piel es de mi madre —contestó—, y también el cabello y el corazón, que es para usted una buena cosa, señor, como ya descubrirá —y me hizo una mueca deliciosamente infantil que me encantó tanto como su lealtad.

Las chicas casi siempre prefieren su madre a su padre. ¿Por qué?

Una noche, Laura y su madre asistieron a una pequeña velada que ofrecí en Kensington Gore. Estaba allí la señora de Lynn Linton, que se convertía en admiradora mía y gran amiga. Laura cantó para nosotros. Habla sido admirablemente bien entrenada por Lamperti de Milán, a quien yo conocía bien, pero tenía una voz pequeña y su canto era del tipo «comedor». Pero más tarde, sintiendo que sufría por el fracaso de su canción, conseguí que interpretara una escena de *Fedra* y dejó sorprendido a todo el mundo. ¡Era una actriz nata, de las mejores! Todos la elpgiaron cálidamente, pese al aire de desaprobación de su madre. Siempre estaba en contra de que Laura actuase. La señora de Lynn Linton me llevó aparte y me aconsejó que me librara de la madre.

—Es imposible. ¡La muchacha es una maravilla y muy guapa, Lotario! ¿O va a casarse con ella?

—Seguramente me casaré —respondí, porque Laura estaba cerca.

—Primero sáquese de encima a la madre —aconsejó la señora de Lynn Linton—. No le tiene simpatía, eso puede verlo cualquiera. ¿Qué ha hecho para ofenderla?

Yo me encogí de hombros. ¿Son acaso racionales las simpatías y antipatías?

Me resultaba difícil, por no decir imposible, hablar de sexo con Laura. Como a la mayor parte de las muchachas por cuyas venas corre sangre irlandesa, le desagradaba hablar del asunto.

—¿Cuándo comprendiste por primera vez las realidades del sexo? —le pregunté una vez.

—En realidad no lo sé —contestó—. En la escuela, las chicas hablan. Alguna muchacha mayor le dice esto o aquello a una menor. Esta a su vez transmite el nuevo descubrimiento a sus compañeras y así se llega a saber.

Mi reverencia por ella era tan extraordinaria, que aunque una docena de veces decidí preguntarle si alguna vez se había masturbado cuando era niña, nunca pude hacerlo.

A menudo, cuando le hacía alguna pregunta íntima, ella me tomaba en sus brazos y me silenciaba con besos, mientras sus ojos brillaban divertidos. Y si yo insistía, me respondía con alguna frase como:

—Usted me posee, señor, en cuerpo y alma. ¿Qué más quiere?

Una vez la interrogué sobre el baile. Observándola, me había puesto celoso. Los mejores bailarines la elegían en todas las fiestas y la gracia sensual de sus movimientos atraía la admiración de todos. No era que exagerara el abandono sensual. Por el contrario, sólo había una señal de vez en cuando. Como bailarina, me recordaba irresistiblemente a Kate Vaughan, a quien siempre había creído incomparable, la bailarina más graciosa que he visto sobre un escenario. Laura se movía con el mismo ritmo fácil y exquisito. Era un poema en movimiento. Pero siempre negó que la danza la excitara sensualmente.

—Es la música lo que amo —decía—, el ritmo, la armonía oscilante de los pasos. Es como una intoxicación de los sentidos.

—Pero su pierna estaba entre las tuyas una y otra vez —insistía yo—. Tienes que haber sentido un estremecimiento.

Ella se encogía de hombros y no contestaba.

—Sabes que hasta tus pequeños pechos son sensibles —recomenzaba yo—. Tan pronto como mis labios los tocan, los pezones se yerguen y enrojecen y tu sexo responde aún más rápidamente. Debes sentir el cuerpo del hombre contra tus zonas más sensibles. Creo que de vez en cuando te ocupas de que su cuerpo toque el tuyo. Eso es lo que agrega ese estremecimiento inimitable a la gracia de tus movimientos.

Al comienzo, pareció vacilar, pero después agregó reflexivamente:

—Me parece que es la gran diferencia entre el hombre y la mujer en cuestiones amorosas. Por lo que dices, deduzco que tocar las piernas de una mujer o sentir sus senos te excitaría, aunque ella no te interesara, tal vez incluso aunque te desagradara. Pero ese contacto no excita a una mujer en lo más mínimo, a menos que ame al hombre. Y si lo ama, en cuanto lo ve venir hacia ella, se estremece. Cuando él la abraza, ella tiembla de emoción. Con nosotras, las mujeres, todo es una cuestión de amor. Para los hombres, la sensualidad ocupa el lugar del amor y a menudo los lleva a engañarse y engañarnos.

—Es posible que sea verdad —repliqué—. En todo caso, es lo más intuitivo que he oído decir sobre este asunto y te estoy infinitamente agradecido por ello. Entonces, es el amor el que

intensifica tus sensaciones, mientras que para nosotros es a menudo la intensidad de las sensaciones la que intensifica el amor.

—Entonces —resumió ella—, ustedes, los hombres, tienen sin duda una naturaleza inferior, más material.

Tuve que admitir para mis adentros que tenía razón.

Siempre que pasábamos juntos mucho tiempo, su atracción me resultaba tan poderosa que excitaba mis sospechas. No sé por qué. Me limito a constatar el hecho. Nunca estuve seguro de su amor.

Con frecuencia, recordaba los versos de la vieja canción popular alemana:

Sie hat zwei Auglein, die sind braun
Heut du Dich!
Sie werden dich überzwerch anschaun
Heut du Dich! Heut du Dich!
Vertrau ihr nicht, sie narret Dich.

Sie hat ein licht goldfarbenes Haar
Heut du Dich!
Und was sie
red't
das ist nich wahr,
Heut du Dich! Heut du Dich!
Vertrau ihr nicht, sie narret Dich!

(Su belleza está llena de contrastes: ojos de avellana, cabellos dorados y cuerpo adorable. ¡No te fíes de ella! ¡Te engaña!).

El Príncipe; el general Dickson; glotonería inglesa; Sir Robert Fowler y Finch-Hutton; Ernest Beckett y Mallock; el *Pink'Un* y la libertad de lenguaje

Es difícil hablar de las costumbres inglesas del último cuarto del siglo diecinueve sin compararlas con la moral y el modo de vida de sus ancestros del último cuarto del siglo dieciocho. En su historia de la *Early Life of Fox*, Sir George Trevelyan nos da un retrato sorprendente de las inmoralidades del régimen aristocrático temprano. Los líderes de la sociedad y los gobernantes parlamentarios no sólo eran corruptos en el sentido pecuniario, no sólo bebían tan excesivamente que a los cuarenta y cinco años eran viejos y estaban para siempre inválidos por la gota. También jugaban como dementes y algunos procuraban deliberadamente transformar a sus hijos en calaveras perfectos.

No puedo evitar pensar que fue el huracán de la revolución francesa el que aclaró el aire y volvió a los hombres a la observancia de aquellas leyes morales que son también reglas de higiene. A menudo se atribuye la reforma a la influencia de la Reina Victoria pero, desde 1875 en adelante, jamás encontré la mayor indicación o señal de esta influencia. La mejora más notable en la moralidad aristocrática durante el último cuarto del siglo diecinueve fue impulsada por el disipado Edward, príncipe de Gales. Antes de que él y su «Grupo de elegantes» llegaran a detentar el poder en Londres, seguía siendo habitual en las cenas que las damas abandonaran la mesa y fueran a la sala a conversar, mientras los hombres se reunían y consumían una o dos botellas de clarete por cabeza. Ya no se acostumbraba a emborracharse, pero seguía siendo habitual achisparse. Y si las damas desaparecían a las nueve o nueve y media, los hombres acostumbraban a quedarse sentados bebiendo hasta las diez y media o las once. Una de las

consecuencias de esto fue que los hombres, a los treinta años, sabían mucho sobre las cualidades de un buen vino.

Se acostumbraba a decir, y había algo de verdad en ello, que era el gusto inglés, o más bien el gusto londinense, el que fijaba los precios de los mejores productos de Burdeos. No puede haber dudas de que fue el gusto inglés el que enseñó a hombres y mujeres de todas partes a preferir el Champagne natural (*brut* o *nature*) a las variedades endulzadas que se preferían en el continente, especialmente en Francia Los *gourmets* franceses sabían que la firma Veuve Clicquot tenía casi el monopolio del Buzet, el mejor vino blanco natural para hacer champagne, pero se sometían a que se endulzara y añejara hasta que sólo podía beberse en cantidades pequeñas, con los postres.

En los años setenta, el príncipe de Gales llegó a ser el jefe reconocido del «Grupo de elegantes». Afortunadamente para Inglaterra, él prefería el hábito continental del café después de la cena. Café negro con el cigarrillo. Nadie que fume puede gustar del bouquet de un buen clarete, de modo que el cigarrillo y el café desterraron el hábito de beber abundantemente después de la cena.

Además, el príncipe prefería el champagne al clarete, de modo que se intensificó el consumo y goce del champagne. Pronto el vino natural le llevó ventaja a las variedades francesas adulteradas. En el transcurso de sólo una década se implantó en Londres el hábito de reunirse con las damas después de haber bebido durante la cena un vaso o dos de champagne puro y una taza de café después, mientras se fumaba un cigarrillo.

La sobriedad se transformó en costumbre y ahora un hombre que bebe con exceso encontraría imposible descubrir una casa donde se lo tolerara. El cigarillo, introducido por el príncipe de Gales, hizo de la sociedad londinense una sociedad sobria.

En una sociedad aristocrática, las buenas y las malas costumbres se extienden en círculos cada vez más grandes, como el agua vertida sobre la arena. En Inglaterra, los caballeros ya no beben en exceso y ahora resulta difícil encontrar un hombre que pueda mencionar el año de un gran clarete u oporto, mientras que a mediados de la época victoriana, nueve de cada diez hombres de la ciudad podían arriesgar una suposición correcta sobre cualquier vendimia conocida.

La hospitalidad de la pequeña nobleza inglesa se merece su fama. No hay nada que se le parezca en ningún lugar del mundo; nada que se le pueda comparar. Por supuesto, tengo en cuenta el hecho de que los hombres jóvenes eran muy bienvenidos a las cenas, porque las personas casadas son más difíciles de emparejar. Además, la ley de primogenitura que le concede todo al hijo mayor y lleva a los más jóvenes a la India o las colonias, transforman en un verdadero premio a los hombres jóvenes que quedan en Londres. El hecho es que después de pasado el primer mes como editor del *Evening news*, no llegué a cenar en mi casa ni seis veces al año, y me veía obligado a rechazar más invitaciones de las que aceptaba. A cambio, nadie esperaba nada del hombre joven. Siempre y cuando les fuera correctamente presentado, tuviera modales decentes y de vez en cuando fuera divertido o pudiera contar un buen chiste, era *persona grata* en todas partes. La amabilidad era genuina y general y merece una descripción.

Casi al principio de mi trabajo en Londres, y cuando sólo conocía a unas pocas personas de posición como la señora (después lady) Jeune, recibí, casi con un mes de anticipación, una invitación a cenar en casa del general Dickson quien, pronto descubrí, era bien conocido en Londres como miembro prominente del club Four-in-Hand. Resulta que lo mencioné en la Cámara de los Comunes a Agg Gardner, quien era por entonces, y espero que siga siéndolo, diputado por Cheltenham.

—¡Dickson! —exclamó—. Diría que lo conozco. Uno de los mejores, un hombre raro. Ofrece cenas excelentes y por lo general sólo invita a una dama para media docena de hombreé. Dice que se necesita una mujer bonita para mantener la charla en un nivel elevado. Irá, por supuesto.

Cuando llegó la fecha, fui a la casa, que se encontraba en una de las grandes plazas de West End. En el vestíbulo, un par de viejos soldados hacían de lacayos; apenas me habla sacado el abrigo, cuando el propio general Dickson salió de una habitación que había a la derecha y me dio cordialmente la bienvenida. Era un hombre agradable, de altura media, erguido y de anchos hombros. Tenía buenos rasgos y su rostro bronceado estaba enmarcado por una masa de cabello plateado.

—Me alegro de verlo —dijo cordialmente, estrechándome

enérgicamente la mano.

—Estoy encantado —dije—, pero pensé que era desconocido en Londres. De modo que ha sido doblemente amable al invitarme. ¡No pensé que se acordaría de mí!

—Lo conocí en Dolseley —dijo— y durante la cena dijo usted algo sobre la belleza que me impresionó. Dijo: «Debe haber algo extraño en toda belleza suprema». Ahora la belleza ha desaparecido de mi vida, pero sigue atrayéndome una buena cena, de modo que he tomado su frase y la he aplicado a una cena… donde es igualmente apropiada. «Debe haber algo extraño en toda cena suprema». De modo que como sabía que esta noche habría algo extraño, pensé que era justo invitarlo para que me diera su opinión sobre el intento —y rio agradablemente, de buena gana.

La cena era muy buena. A la derecha del general, había una mujer rubia, bonita, cuyo nombre no recuerdo aunque más tarde llegué a tratarla bastante en Londres. Desempeñaba muy bien el papel de anfitriona y el servicio era impecable, aunque era evidente que los asistentes eran todos viejos soldados. Recuerdo que el mayordomo, que tenía cabello plateado como su amo, tenía la agradable costumbre de anunciar el vino que ofrecía: «Chateau Lafitte 1870», etcétera. La cena era muy buena, en verdad, pero no había en ella ninguna sorpresa hasta que llegamos a los «salados», cuando se abrió una puerta que había al costado y apareció un ruso con el traje nacional, llevando una gran fuente de plata.

—Caviar de leche —anunció nuestro anfitrión—, enviado por Su Majestad el Zar, a quien tengo el honor de conocer un poco —y se volvió hacia mí, sonriendo.

—Realmente «algo extraño» —exclamé como respuesta—, porque jamás lo he probado, ni siquiera en Moscú o en Nijni. Había oído decir que va exclusivamente al Zar.

Todos disfrutamos del manjar, aunque observé que la rubia maestra de ceremonias no tocaba las cebollas cortadas que venían con el caviar, contentándose con unas gotas de limón. Todos seguimos su ejemplo.

Esta cena en casa del general Dickson me enseñó que la buena comida se cuidaba más en Londres que en cualquier otro lugar del mundo. Agg Gardner conocía al general por su mesa, así como el propio Gardner era conocido como *gourmet* y buen gustador de

comida y vino. Creo que sigue siendo el jefe del comité de cocina de la Cámara de los comunes.

Es extraño que no tengamos en inglés palabra para *gourmet*, aunque tenemos «comedor» para *gourmand* y glotón para *goinfre* y podrían formarse otras como «tragador»… Hasta los alemanes tienen *Feinschmecker*, pero me temo que el inglés no tenga una palabra distinta para una persona de buen paladar en lo que se refiere a comida y bebida. Hasta «comilón» tiene un toque de avidez en lugar de discriminación. De modo que he acuñado «gustador», aunque no es muy buena.

Pero sólo en la mejor sociedad puede cenarse a la perfección en Londres. Los mejores restaurantes no son mejores que los mejores de París, Viena o Moscú. Y la clase media inglesa come peor que la clase media francesa, porque no saben nada de la cocina como arte, y los pobres viven peor y comen más groseramente que en cualquier otro lugar de la cristiandad. La libertad inglesa y la aspereza aristocrática resultan en la degradación del débil y, ¡ay!, con frecuencia en el martirio de los mejores y más dotados. En ningún otro país de la Cristiandad hay Davidsons y Middletons, no hay suicidios desesperados de genios, aunque a este respecto América no le va en zaga a Inglaterra, porque sus dos hombres más grandes, Poe y Whitman, vivieron en la penuria y murieron en medio de la mayor indiferencia. Según nos dicen, «es necesario que lleguen las ofensas, pero pobre de aquel por quien se comete la ofensa».

En los ochenta, persistía en las cenas de la ciudad el viejo mal hábito de comer y beber con exceso. Recuerdo mi sorpresa cuando asistí en 1883 a mi primer Banquete del Alcalde. Como el *Evening news* era un periódico conservador, me dieron un buen sitio en la mesa del Alcalde, casi frente a él y los principales oradores.

Después de este primer banquete, no me perdí uno durante años, a causa de la luz que estos festines arrojan sobre las costumbres y maneras inglesas. No voy a hablar en detalle de esto. En realidad no podría, porque mis notas se refieren sólo a dos o tres entre la docena o más a los que asistí. Lo primero que me sorprendió fue la extraordinaria glotonería exhibida por siete de cada diez de los magnates de la ciudad. Hasta esa noche, yo había creído que, como mera cuestión de cortesía, todo hombre reprimía en público cualquier señal de la avidez que pudiera sentir, pero aquí la

glotonería era un elogio. El hombre que estaba sentado junto a mí, comía como un ogro. Yo tomé una o dos cucharadas de sopa de tortuga y dejé los dos o tres trozos flotantes de carne verde. Cuando hubo terminado su primer plato, que había tomado hasta la última gota en la mitad de tiempo que yo, se volvió hacia mí mientras esperaba una segunda ración.

—Es por eso que me gusta esta mesa —dijo, lamiéndose abiertamente los labios—. Puedes comer tantas raciones como quieras.

—¿Y en otras mesas no? —pregunté.

—Sí —admitió—, pero aquí los sirvientes tienen orden de ser corteses y esperan una propina. La mayor parte de la gente les da un chelín, pero yo siempre le doy media corona, si el lacayo es atento. ¿Por qué deja eso? —exclamó, señalando las piezas de carne verde—. Es lo mejor —y sin esperar mi respuesta volvió su cara gorda y ruborizada hacia su segundo plato. La prisa glotona del animal y el ruido que hacía al tragar cada cucharada, me divertían. En un abrir y cerrar de ojos había vaciado el plato de sopa y convocado al camarero para que le sirviera una tercera porción—. Me acordaré de usted, amigo mío —me dijo en un discreto susurro —, pero vea de conseguirme un poco de grasa verde. Quiero un poco de *calipash*.

—¿Es a eso a lo que llama *Calipash*? —pregunté, señalando con una sonrisa los fragmentos verdes que había en mi plato.

—Por supuesto —dijo—. Acostumbraban a dar en cada plato *calipash y calipee*. Apostaría a que no conoce usted la diferencia. Bueno, el *calipash* proviene de la parte superior de la tortuga y el *calipee* de la inferior. La mitad de estos hombres nuevos —y agitó desdeñosamente la mano señalando la mesa— no advierten la diferencia entre una tortuga real y otra de mentirijillas, pero yo sí.

No pude dejar de reír.

—Por ejemplo, usted —continuó—, este es su primer banquete, ya me doy cuenta. Será miembro de la casa o tal vez periodista, ¿no es así?

—Soy editor del *Evening news* —contesté—, y su suposición es correcta. Este es mi primer Banquete del Alcalde.

—Coma eso —dijo, señalando los trozos verdes de mi plato—. Coma eso. Se le irá a las costillas y hará de usted un hombre. En mi

primer banquete aumenté tres libras, pero soy seis pulgadas más alto que usted.

Era realmente un hombre de enorme estructura.

—No hay lugar como este —continuó—, ningún lugar en el mundo —y vació otro vaso de champagne—. La mejor comida y la mejor bebida que hay en el reino de Dios y no hay que pagar nada, nada. ¡Eso es Inglaterra, esto es Londres, la mejor ciudad de la tierra, como siempre digo, y estoy orgulloso de vivir en ella!

Cuando le trajeron el primer plato de cordero, pidió gelatina y después comió todo en un santiamén y pidió más.

—¿Sabe lo que es esto? —exclamó, volviéndose hacia mí—. Es el mejor cordero del sur, de tres o cuatro años, ni un día más, y es alimento digno de un príncipe. No tengo nada contra el cordero galés, no vaya a creer, o el de Exmoor, que es sabroso y todo eso, pero a mí deme del sur. Y esto —agregó, señalando el plato colmado que le había traído el camarero— es panzada. Se corta y no pierde nada —e hizo un guiño de aprobación al sirviente.

Para mi estupefacción, comió una segunda y una tercera raciones de cordero y devoró el resto del menú con la misma avidez, poniéndose cada vez más rojo y acalorado. Debió comer una libra y media de carne y admitió haber bebido tres botellas de champagne antes de terminar.

—¿No lo emborracha? —pregunté.

—Bendito sea, no —exclamó—. Si come hasta llenarse y forra su vientre con este cordero, puede beber tanto como quiera, o al menos eso es lo que me sucede a mí. Gracias a Dios —agregó solemnemente.

En los intervalos entre los discursos que se pronunciaron después de la cena, me confió que era el director de la Compañía Cordwainer, si mal no recuerdo, y me invitó a su cena anual que se celebraría un mes más tarde, tratándome como a un príncipe.

—Usted no come ni bebe como debería —fue su conclusión—. No hay en el mundo un placer comparable, y a diferencia de los otros placeres, este se agudiza a medida que uno envejece.

Esta era su filosofía. Pero descubrí que William Smith era un anfitrión amable y no me sorprendió enterarme de que todos cuanto lo conocían lo apreciaban.

—Es un hombre de palabra —decían— y en caso de necesidad,

es más que servicial. Bill es un buen hombre y un verdadero conservador azul.

En resumen: un inglés modelo.

Recuerdo que en otro banquete tuve como vecino de mesa a un hombre menudo. Parecía incómodo y yo no podía comprender por qué se movía así, hasta que vi entre sus piernas una botella inmensa.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Una botella grande de Haut Brion 78 —explicó—. El mejor vino del mundo.

—¿De dónde demonios sacó una botella tan inmensa? —pregunté—. Tiene el tamaño de seis botellas comunes.

—No —dijo—. Un *magnum* tiene el tamaño de dos botellas y esta el de cuatro, y luego está la de ocho, pero con esa no puedo.

—Supongo que no querrá decir —interrumpí— que va a beberse solo cuatro botellas, así, por la cara.

—No sé nada de caras —contestó enojado—, pero gracias a Dios puedo beber lo que quiera sin pedirle permiso a usted.

—¿Es cierto que es el mejor vino del mundo? —inquirí—. ¡Me gustaría probarlo! ¿Lo trajo usted?

—Puede beber un vaso —contestó el hombrecito—, y no es algo que ofrezca a cualquiera, eso se lo aseguro, porque si no quedaría muy poco para Johnny. Pero puede *tomarse* un vaso, tendré un gran placer.

Seguí con la botella de champagne que había pedido hasta que terminó la cena y después le recordé a mi pequeño vecino el vaso que me había prometido.

—No debería dárselo —gruñó—. Ha estado fumando y nadie puede saborear el bouquet de un buen vino con humo de tabaco en la boca. Pero —agregó, empuñando la botella— por el amor de Dios, límpiese el paladar antes de probar este vino.

—¿Y cómo se hace? —pregunté.

—Comiendo pan y sal, por supuesto —dijo—, pero jamás disfrutará del verdadero bouquet y cuerpo del vino hasta que haya dejado de fumar —y mientras hablaba vertió en su propio vaso las últimas gotas del noble Burdeos—. Un gran vino —dijo, chasqueando los labios—. La filoxera ha arruinado los mejores viñedos. El Château Lafitte tuvo que replantarse con viñas

americanas. Nadie volverá a beber un Château Lafitte como el que bebieron nuestros padres, pero este Haut Brion es el que le sigue en calidad. ¿Cuánto piensa que pagué por esta botella grande?

—No tengo idea —dije—. Tal vez tres o cuatro libras.

Sonrió compasivamente.

—Más cerca de diez —contestó— y ni siquiera es fácil de conseguir a ese precio. Dentro de diez años valdrá el doble, recuerde lo que le digo. Sé de qué hablo.

Un hombrecito curioso, pensé cuando lo vi bebiendo oporto y después coñac añejo con el café.

—A esto los franceses lo llaman empujar el café —dijo, dando golpecitos a su vaso de coñac—, y ellos saben lo que es bueno.

Cuando terminó el banquete, me pidió que lo ayudara a llegar a su coche, porque sus piernas estaban borrachas.

—Es la única parte de mí que siempre siente el vino —dijo sonriendo.

Tuve que sacarlo de la habitación, pero sufrió una violenta indisposición antes de que pudiera instalarlo en su berlina. Evidentemente, por esa noche al menos, no eran sólo sus piernas las únicas en rebelarse.

La manera en que estos hombres comían y bebían, tragaban y devoraban, era desagradable, pero yo había visto a los estudiantes alemanes beber cerveza hasta verse obligados a meterse los dedos en la garganta, para regresar después a la *Kneipe*, gozándose en su bestialidad.

—Es la misma raza —me dije una y otra vez—. ¡La misma raza, cuyos rasgos dominantes son la bestialidad y la brutalidad!

Una noche, tiempo después, dejé el salón antes de que comenzaran los discursos, y la suerte quiso que encontrara a George Wyndham en la puerta.

—¡Usted aquí! —exclamó—. ¿Qué piensa de la hospitalidad inglesa?

—La bestialidad inglesa, querrá decir —respondí.

—¿Bestialidad? —repitió—. No he visto ninguna. ¿Qué quiere decir?

—Venga conmigo afuera —dije y le llevé a tomar aire fresco durante un par de minutos—. ¡Ahora —continué—, cuando yo abra la puerta meta la cabeza dentro y comprenderá lo que quiero decir!

Cuando abrí la puerta, el hedor fue insoportable.

—¡Buen Dios! —exclamó Wyndham—. ¿Cómo no lo noté antes?

—Está usted del lado derecho de la mesa principal —expliqué— y por lo tanto sufrió menos que nosotros.

—¡Buen Dios!, —repitió—. ¡Qué revelación!

Me parece que esa fue la noche en la que lord Salisbury, por entonces primer ministro e invitado de honor, hizo un excelente discurso. Recordó a los asistentes que el año anterior, hablando en ese mismo lugar, se había creído autorizado a prometer que se mantendría la paz durante el año siguiente.

—Algunos pensarán que me equivoco —continuó—, sobre todo después de leer en el periódico de esta mañana noticias sobre la campaña de Black Mountain y otras luchas en la frontera noroeste de la India, pero estas refriegas no pueden llamarse guerra y apenas constituyen una interrupción de la paz. Vistas desde una perspectiva real, no son más que la rompiente de la espuma ensangrentada de esa marea siempre en avance que es la civilización inglesa.

La hermosa imagen fue pronunciada con el gesto y la voz más normales, sin ningún intento de retórica; tal vez por eso resultó más eficaz.

Pero si deseo ofrecer una pintura del Londres de mi tiempo, debo ir todavía más allá.

Ese año, Sir Robert Fowler fue elegido por segunda vez Alcalde de Londres, una distinción casi única. En vista de los ataques que se habían perpetrado contra las finanzas de la ciudad y los intentos por democratizar las instituciones ciudadanas, la gran Corporación consideró apropiado hacer su mejor apuesta. Sir Robert Fowler no sólo era un conservador convencido y un hombre rico, sino también un partidario entusiasta de los privilegios de la ciudad y para más datos un erudito que había obtenido altos honores universitarios.

—¡Un helenista de los mejores, señor!

Conocí a este caballero durante una cena en casa de Sir William Marriott, diputado por Brighton que había sido nombrado auditor militar general, arreglándose tan bien para elevar su pequeña figura y su cerebro aún más pequeño a la dignidad de la posición ministerial que se había asegurado, según creo, una pensión.

Fui de bastante mala gana a la cena de Marriott. Su esposa era una mujercita sin gracia, atildada, amable, pero sin distinción, y el

propio Marriott me aburría bastante. El comedor era pequeño y los seis magnates ciudadanos que encontré allí reunidos bastaron para confirmar mis sospechas sobre la calidad de la recepción. De pronto entró Fowler, un hombre grande que debía tener una altura de por lo menos cinco pies diez pulgadas y una circunferencia aún mayor.

Pronto comenzó la cena y la manera en que los huéspedes comían, bebían y comentaban los alimentos y apreciaban el vino, constituyó una especie de educación. Un invitado se extendió sobre los méritos comparativos de las chochas y las perdices y me divirtió al afirmar finalmente que un poeta había aclarado el problema.

—¿De qué poeta habla usted? —pregunté riendo, porque pensaba que la poesía y las comilonas eran polos opuestos.

—No conozco su nombre —contestó—, pero he aquí el poema —y comenzó diciendo:

Si la chocha tuviera la pechuga de la perdiz
Si la perdiz tuviera el muslo de la chocha
Pájaro tan bueno no podría volar;
No existiría pájaro mejor dotado.

Otro *convive* declaró que el francés no sabía nada de champagne, excepto lo que… le hemos enseñado nosotros, los ingleses. Recuerdo la época en la que ni, se les ocurría preferir un año a otro, o un viñedo a otro. Les enseñamos que el Perrier-Jouet 1875 es el mejor champagne que ha existido. Los franceses creen que su floreciente Veuve Clicquot es el primero, pero no tienen paladar, no saben nada de vinos espumosos.

Acababa de tomar una cucharada de sopa clara, cuando fui asaltado por un dolor invasor, inconfundible. Miré al hombrecito rubicundo que estaba junto a mí, pero él siguió bebiendo vaso tras vaso de champagne, como si hubiera hecho una apuesta.

Yo estaba a la izquierda de lady Marriott, frente a Sir Robert Fowler, que por supuesto estaba a su derecha. Para cuando hubimos disfrutado del asado y llegamos a la caza, la atmósfera de la habitación era espantosa. Las perdices estaban tan pasadas que se partían cuando se las tocaba. Yo nunca había desarrollado el gusto por la carne asada, de modo que jugueteé con mi pan y observé a los convidados.

Al sentarse, Sir Robert Fowler había hablado un poco con lady

Marriott y conmigo, pero después que se le hubo servido el *roast-beef* no volvió a hacerlo, sino que comió… como un ogro. Jamás había visto a un hombre atracarse con semejante avidez. Primero comió una ración de carne, después budín de Yorkshire y otra vez carne. Después del primer bocado, gritó a su anfitrión:

—Excelente *roast-beef* escocés, mi querido Marriott. ¿De dónde lo saca y cómo se mantiene tan perfectamente?

—Secretos de prisión —replicó sonriendo Marriott. Sabía que una vez terminada la cena, el Alcalde olvidaría el incidente. ¡Cuándo volví a comer, vi a mi enorme contrincante lamiéndose los labios y lanzándose otra vez sobre su plato, cortando y tragando inmensos bocados de carne mientras las venas de su frente sobresalían como cuerdas nudosas y las gotas de sudor resbalaban por su gran cara roja!

Miré a lady Marriott y vi en su rostro una mueca que se correspondía con mi propio disgusto. Aparté la mirada para no turbarla, y de pronto se oyó un fuerte ruido inconfundible y luego un olor intenso. Miré fijamente al gran glotón que tenía enfrente, pero él ya había terminado su tercera ración de carne escocesa y se secaba la frente tranquilamente inconsciente de haber hecho nada anormal. Eché una ojeada o lady Marriott. Estaba blanca como un fantasma y su primera ración de carne seguía intacta en el plato. La apacible dama evitaba mis ojos y evidentemente había decidido soportar hasta el final.

Pero la atmósfera fue empeorando, los olores fueron haciéndose cada vez más fuertes hasta que llegué a disfrutar cada vez que un sirviente abría la puerta, fuera para entrar o para salir. Los huéspedes comían como si sus vidas dependieran de sus apetitos, y el mayordomo y los cuatro sirvientes eran totalmente insuficientes para satisfacer los imperiosos deseos de su media docena de huéspedes.

Nunca en mi vida he visto comer de semejante manera. Y lo curioso era que a medida que se sucedían los platos, su apetito parecía aumentar. Por cierto, el olor fue empeorando y cuando llegó a la mesa el plato de huevas de arenque en tostada, la orgía degeneró en frenesí.

Hubo otra explosión inconfundible y no pude evitar mirar otra vez a mi anfitriona. Estaba pálida como una muerta y esta vez sus

ojos se encontraron con los míos en una desesperada llamada de auxilio.

—No me encuentro muy bien —dijo en voz baja—. ¡No creo que pueda quedarme hasta el final!

—¿Y por qué habría de hacerlo? —contesté, poniéndome de pie—. Venga arriba. ¡No se darán cuenta!

Nos pusimos de pie y dejamos la habitación y en verdad nadie se enteró. Tan pronto como lady Marriott respiró el aire puro del recibidor y la escalera, comenzó a revivir. El cambio me hizo comprender lo terrible de la atmósfera pútrida del comedor.

—Esta es mi primera cena municipal —dijo lady Marriott, lanzando un gran suspiro mientras nos sentábamos en la sala— y espero muy sinceramente que sea la última. ¡Qué absolutamente repugnantes pueden llegar a ser los hombres!

—De modo que ese es Sir Robert Fowler —dije—. ¡El mejor Alcalde, el único alcalde erudito que ha tenido Londres!

Hay una historia sobre Fowler que relataré aquí, aunque el incidente tuvo lugar tiempo después. El Honorable Finch-Hutton, hijo de lord Winchelsea, había sido elegido para el Parlamento por los conservadores. Una de sus primeras noches en la Cámara de los comunes, le tocó sentarse junto a Fowler, que hizo un largo discurso a favor del gobierno de Londres y «las grandes instituciones de la ciudad más grande del mundo». Al final dijo que no concluiría con ninguna propuesta hasta que escuchara lo que tenía que decirle la oposición. Apenas podía creer que hubiera una respuesta razonable.

Mientras Fowler hablaba, Finch-Hutton había dado señales de intranquilidad. Hacia el final del discurso se había apartado unas tres yardas del baronet. Tan pronto como Fowler se sentó, Finch-Hutton se puso de pie de un salto, llevándose el pañuelo a la nariz.

—Señor presidente —comenzó, y el presidente lo autorizó en seguida a hablar, porque era un discurso inaugural, y como tal tenía derecho de precedencia, según la cortés costumbre de la Cámara.

—Yo sé por qué el Muy Honorable Diputado de la Ciudad no concluyó su discurso con una propuesta. ¡La única manera de concluir apropiadamente semejante discurso hubiera sido con una moción[45]!

Y Finch-Hutton volvió a sentarse entre las risas y aplausos entusiastas de la Cámara, después de haber hecho el discurso

inaugural más ingenioso de que se tenía memoria. El éxito de su *mot* fue tan extraordinario, que creo que jamás volvió a aventurarse a hablar en la Cámara.

Finch-Hutton había pasado media docena de años como colono en Queensland y se decía que era el único hombre blanco que podía arrojar el boomerang tan bien como un aborigen. Lo cierto es que nadie arrojó jamás el boomerang con tanto éxito en la Cámara de los comunes, porque con una sola frase alada destruyó la influencia de Sir Robert Fowler. A partir de entonces, cada vez que se mencionaba su nombre, se contaba también la historia del discurso inaugural de Finch-Hutton, y la risa ahogó la reputación de Fowler.

Pero si he dado estos ejemplos de la glotonería y, si les parece, de la bestialidad inglesas, debo decir también que en las mejores casas de Inglaterra se encontraba la mejor comida del mundo, perfectamente servida y disfrutada con un decoro encantador. A menudo digo que la idea que los ingleses tenían de la cocina era la mejor del mundo. Era el ideal aristocrático, el deseo de darle a cada cosa su sabor peculiar. Por ejemplo, las patatas quedan mejor hervidas con sus pieles; después, hay que quitar el agua y dejarlas hacerse al vapor durante algunos minutos. Entonces, se obtiene una patata perfecta. La carne de vaca debe asarse frente al fuego y servirse ligeramente cocida; el cordero también tendría que asarse, pero más tiempo; la ternera y el cerdo deben estar bien hechos. En el Londres de mi tiempo, todas aquellas personas de alguna posición sabían que el urogallo ligeramente rustido y comido frío con uno o dos vasos de champagne *brut*, constituía un almuerzo digno de los dioses.

Por otra parte, los franceses tienen la reputación de ser los mejores *gourmets* del mundo, pero yo jamás he gustado una comida de primera clase en ninguna casa o restaurante francés. Los franceses tienen una idea democrática de la cocina y se sienten continuamente tentados de obliterar toda distinción con una salsa democrática. Le servirán patatas de veinte maneras distintas, todas ellas apetitosas, pero en las que no se descubrirá jamás el verdadero sabor de la patata. De hecho, en Francia no se sabe nunca lo que se está comiendo. ¡Es la salsa la que se saborea! Imagínense, servir una perdiz *aux choux*. ¡El exquisito sabor del ave perdido, sumergido, ahogado en el sabor y el olor intensos de la maldita col! Comparen

esta confusión burguesa con el sabor que se obtiene de una perdiz inglesa asada frente a un fuego por un cocinero que conoce el valor de la joya que se le ha pedido que presente. Jamás le servirán con este apetitoso bocado otra cosa que no sea arroz hervido o el corazón de una lechuga con aceite de oliva de Niza. Pero se da el caso de que en Inglaterra hay pocos cocineros y casi todos los que merecen este nombre son franceses.

Como comencé este capítulo con la historia de la cortesía jovial y la cena excelente del General Dickson, debo, haciendo justicia a Londres, terminarlo con el relato de un festín aún más memorable en la casa de Ernest Beckett (después lord Grimthorpe) en Piccadilly, porque también arroja una luz sobre el *savoir faire* y gentileza consumados que enriquecen la vida inglesa y la distinguen de la vida en otros países.

Hacia finales de 1887, había llegado a conocer muy bien a Beckett. Me había escuchado contar algunas de las historias que publiqué después, animándome con un elogio caluroso. Siempre estaba urgiéndome a entrar en la Cámara de los comunes.

—Es posible que usted escriba maravillosamente bien —acostumbraba a decir—, pero jamás escribirá tan bien como habla, porque es por lo menos tan buen actor como narrador de historias.

Una noche, Beckett me invitó a cenar. Los otros huéspedes eran Mallock y el profesor Dowden, de la Universidad de Dublín, Yo conocía ligeramente a ambos hombres y había leído bastante de sus cosas, en especial las de Mallock, no sólo su *New Republic*, sino también todos sus ataques contra el socialismo en defensa de un individualismo desmesurado. Pese a sus maneras reservadas y su hábito de hablar con bastante lentitud, había llegado a sentir verdadera estima por sus considerables capacidades. También me alegraba de volver a encontrar a Dowden. Su libro sobre Shakespeare me parecía una tontería. Había tomado todos los datos de lo que yo había comenzado a llamar la Bolsa de los retales, el receptáculo donde los ingleses almacenan todas las ideas comunes sobre Shakespeare, ideas completamente falsas en su mayor parte y a veces absurdas hasta la ridiculez. Nueve de cada diez mediocridades inglesas están afectadas por el deseo de hacer a este Dios Shakespeare a su propia imagen y esta inexplicable autoidolatría los lleva a todo tipo de errores incongruentes.

Como es natural, cuando nos sentamos a cenar, yo no tenía idea de que Beckett había preparado todo el asunto para descubrir si mi conocimiento de Shakespeare era realmente extraordinario o no. Y aún menos imaginaba que Mallock se había ofrecido como gran inquisidor, por decirlo así. Hacia el final de la cena, Beckett llevó la conversación a Shakespeare con bastante destreza y Mallock observó que aunque lo había leído de manera casual, descuidada, «como todo el mundo», había observado, sin embargo, que algunas de las más bellas expresiones de Shakespeare, «gemas de pensamiento», no se citaban jamás y de hecho no eran siquiera conocidas para la mayor parte de los estudiantes profesionales. Yo asentí.

—¡Denos un ejemplo! —exclamó Beckett.

—Bueno —contestó Mallock—, tome la frase «asustado del miedo». ¿Podría expresarse mejor una verdad? ¡Un epigrama inolvidable!

—Tiene usted razón —exclamó Beckett— y debo confesar que no sé a qué obra pertenece. ¿Lo sabe usted, Harris?

—Es Enobarbo en *Antonio y Cleopatra* —contesté—. Enobarbo es la conciencia de la obra. El alto juicio intelectual de Shakespeare llamado esta vez a decidir entre «el gran César» y el *alter ego* de Shakespeare, el amante Antonio. Creo que es la única ocasión en la que Shakespeare utiliza una abstracción semejante.

—Una notable *aperçu* —dijo Dowden—. No tenía idea de que fuera usted amante de Shakespeare. Sin duda, en los Estados Unidos no debe haber muchos.

—No hay muchos en ninguna parte, me imagino —fue mi sonriente respuesta.

Mallock recomenzó un instante después.

—Siempre se elogia a Shakespeare por su maravillosa capacidad de pintar personajes, pero yo me siento frecuentemente asombrado por la manera en que desdeña el carácter. ¡Imagínense a un payaso hablando del «sendero de flores!».

—¡Un payaso! —repetí—. Habla del mozo de *Macbeth*, ¿no es así?

—¡Por supuesto, el mozo! —contestó Mallock—. ¡Un verdadero payaso!

—Es curioso —proseguí yo, riendo—. Pregunté porque me

parece que el mozo no dice «sendero de flores» sino «camino de flores».

—¿Está seguro? —preguntó Mallock—. Hubiera jurado que era «sendero de flores». Me parece que «sendero» es mejor que «camino».

—Mi memoria está también de acuerdo con la suya, señor Mallock —intervino Dowden—. Estoy seguro de que era «sendero de flores». Indudablemente, «sendero» es más poético.

—Lo es —contesté yo—, y esa es probablemente la razón por la cual Shakespeare hace decir «camino de flores» al mozo soñoliento y guarda «sendero de flores» para Ofelia. Ya sabe usted que ella advierte a su hermano sobre el «sendero de flores» de la frivolidad.

—¡Creo que tiene usted razón! —exclamó Mallock—. Pero qué memoria extraordinaria tiene usted.

—Como ya sabe —reí— el hombre de «un libro» siempre es temible.

—Parece extraño que haya estudiado usted tan minuciosamente a Shakespeare —observó agradablemente Dowden—. Por lo que conozco de su trabajo en el *Spectator*, que me ha sido mostrado por nuestro común amigo Verschoyle, pensaba más bien que era usted un reformador social por el estilo de Henry George.

—Me temo que así es —confesé—. No obstante, admito la validez de la mayor parte de los argumentos que esgrime el señor Mallock contra el socialismo, aunque no puedo imaginar cómo puede combatir la verdad evidente de que la tierra del pueblo debería pertenecer a todo el pueblo.

—¿Por qué deberíamos preocuparnos por el pueblo —exclamó Mallock— el Populacho? Propagan su especie, mueren y llenan tumbas olvidadas. Es sólo el grande quien cuenta. El *hoi polloi no importa*.

Mallock siempre presentaba el credo aristocrático con habilidad superior a la de Arthur Balfour; sin embargo, yo pensaba que mi visión de las cosas era más sabia.

—La constitución de la estirpe inglesa degenera —comencé— a causa de la pobreza de la masa del pueblo. En 1845, sólo ciento cinco reclutas entre mil estaban por debajo de los cinco pies seis pulgadas de altura, mientras que en 1887 era el cincuenta por ciento el que estaba por debajo de ese *standard*. Las dimensiones del

pecho muestran también una disminución similar.

—Eso me deja frío —gruñó Mallock—. ¿Por qué deberíamos preocuparnos especialmente por la hez, el último extremo del pueblo?

—Porque nuestros genios y grandes hombres —repliqué— salen de la masa común. Los Newton, los Darwin y los Shakespeare no surgen de vientres nobles.

—Tampoco de las clases más bajas —respondió Mallock—. Por lo menos, de las bien alimentadas.

—Razón de más para darle a las masas condiciones de vida humanas —contesté.

—Allí debemos estar todos de acuerdo —interrumpió Beckett—. Si el grueso del pueblo fuera tratado tan bien como los aristócratas tratan a sus sirvientes, todo estaría perfecto. Pero el industrial trata a sus trabajadores no como sirvientes, sino como siervos. «Manos»… Esa simple palabra es su condena.

La conversación prosiguió en este sentido hasta que, de pronto, Dowden se volvió hacia mí.

—Hay algo que debe usted admitir —dijo sonriendo—. Shakespeare optó por la aristocracia, de hecho era un aristócrata de pies a cabeza. Con seguridad no hubo otro gran genio tan completamente indiferente a la reforma social o a cualquier reforma, como él. Su caricatura de Jack Cade[46] lo demuestra.

—¡Es verdad!, —exclamó Mallock—. Innegable, indiscutible, verdaderamente.

—No diga esas cosas —interrumpí—. No puedo escucharlas sin protestar. ¿Qué edad tenía Shakespeare cuando escribió sobre Jack Cade? Piensen en él, recién llegado de la vida estrecha e ignorante de Stratford, trasplantado a la vida múltiple y excitante de Londres, rodeado de jóvenes aristócratas. No es sorprendente que se burlara de Jack Cade. ¡Pero si le hubieran preguntado veinte años después lo que pensaba de los aristócratas y la áspera miseria de la vida común, hubieran obtenido una respuesta muy distinta! La gran verdad sobre Shakespeare, verdad muy desestimada, es que pasó de ser un joven casi ordinario a un hombre avanzado para su tiempo, un líder sagrado para los mil años por venir.

—Muy interesante —respondió Mallock— y nuevo, ¡pero yo necesito pruebas, lo digo con toda franqueza, pruebas! ¿Dónde está

el Jack Cade de sus últimas obras, o más bien, dónde encontraremos a Essex y Southampton desdeñados y a Cade tratado como gran reformador y mártir de una causa?

—Ahí lo ha cogido, Harris —exclamó Dowden.

—¿De veras? Antes que nada, señor Mallock, tendrá que admitir que muy pronto Shakespeare llegó a ver al aristócrata inglés como realmente era. No hay en ninguna literatura retrato mejor o más amargo del aristócrata que el que da Porcia de su pretendiente inglés en *El mercader de Venecia*: «El retrato de un hombre correcto» pero «un pobre espectáculo estúpido». No conoce lengua extranjera alguna, y sus modales, como sus ropas, carecen de distinción. ¡Eso en lo que se refiere al «pobre poseedor de un penique»! Dice usted que no hay un Jack Cade sobre un pedestal. Bueno, Póstumo era el *alter ego* de Shakespeare, tan claramente como lo era Próspero, ¿y qué dice Póstumo en prisión cuando clama a los dioses?

> Sé que sois más clementes que los hombres viles
> Que a sus deudores arruinados quitan un tordo,
> Un *sexto*, un décimo, dejándolos caer otra vez
> En su derrota. Ese no es mi deseo[47]…

¿Qué hubiera dicho Shakespeare de la ley de declaración de Quiebras de Chamberlain, que es hoy ley en Inglaterra y durará todavía muchos años? Ahora ustedes le sacan todo al que quiebra y después no lo rehabilitan, sino que mantienen sobre él el peso de su fracaso durante años con el objeto de obligarlo a ir a prisión, a la cual el pobre diablo escapa raramente. En esto somos infinitamente más viles que los «hombres viles» de Shakespeare. ¡Qué Shakespeare no es un reformador social! Si vuestras leyes estuvieran concebidas en el espíritu de su madurez, podría cumplirse la profecía del milenio. Como pensador, siempre lo coloco junto a Jesús.

Mallock rio ante lo que le parecía una enormidad y yo no proseguí el tema. Los había hecho escuchar, lo que era suficiente.

Pasamos a la sala para tomar el café, que era excelente, como lo había sido la comida. Beckett comía con gran placer, pero moderadamente, y todos nosotros cultivábamos un control similar. Mientas tomábamos el café, Dowden dijo que esperaba que yo escribiera sobre Shakespeare.

—Indudablemente, me ha dado usted en qué pensar —agregó

cortésmente.

—¡Y a mí! —exclamó Mallock.

Cuando se fueron, Beckett me retuvo y yo no podía comprender por qué, hasta que súbitamente barbotó:

—*Tant pis* si piensa usted mal de mí, pero creo que le debo la verdad. El otro día le estaba hablando de usted a Mallock, elogiando su extraordinaria erudición y conocimiento de Shakespeare y su genio. Él dijo que el genio era cosa difícil de medir, pero que el conocimiento podía calibrarse fácilmente. ¿Por qué no le dejaba poner a prueba su conocimiento de Shakespeare? Y así fue cómo arreglé esta cena. Si hubiera fracasado usted, no hubiera dicho nada, pero pasó usted la prueba con tanta brillantez que pensé que debía saberlo. Espero que no estará enojado conmigo.

—No, no —contesté—. ¿Por qué habría de estarlo?

—Desearía ser su amigo —dijo cálidamente Beckett—. Deseo que me considere su amigo y como prueba de ello quiero que me llame Ernest y me permita llamarlo Frank.

—Es muy gentil de su parte —respondí y le ofrecí la mano.

A partir de entonces, Ernest Beckett fue un verdadero amigo para mí y mi afecto por él creció hasta que se sumergió —¡ay, demasiado pronto!— en el silencio eterno.

Quiero decir aún algo más sobre la libertad de lenguaje habitual en la buena sociedad londinense en las décadas ochenta y noventa del siglo diecinueve. No eran tan francos como en la mejor sociedad francesa o alemana, pero sus reglas se parecían mucho a las de las clases altas italiana y española: estaba permitido todo lo que fuera suficientemente divertido o ingenioso. Sobre todo en el grupo del príncipe de Gales, era posible relatar la historia más *risqué*, siempre que fuera realmente humorística. Y el *Pink'Un*, principal periódico deportivo del momento, editado semanalmente por John Corlett e impreso en papel rosado, daba el ejemplo. Un caso lo probará. Poco antes de mi regreso a Londres, la baronesa Burdett Coutts, gran favorita del príncipe y la reina por su corazón bondadoso y sus obras de beneficencia, que tenía más de sesenta años, se casó con el joven señor Bartlett, un americano, hombre apuesto de veintiséis o veintisiete años y cinco pies diez pulgadas de

altura. Se dijo que la reina pidió al príncipe Eduardo que amonestara a la anciana dama. Pero ella le respondió diciéndole que no podía hacer desdichado a su querido muchacho.

—Está perdidamente enamorado de mí, sabéis —dijo.

El príncipe sólo pudo sonreír y tal vez repetir para sus adentros el refrán inglés: «No hay tonto mayor que un tonto viejo».

La semana posterior al matrimonio, Corlett publicó el anuncio en el *Pink'Un*, y debajo, con grandes letras, lo siguiente:

> UN PROBLEMA ARITMÉTICO: ¿Cuántas veces entra veintisiete en sesenta y ocho y qué queda?

Tal vez nada haya causado mayor júbilo que esto, excepto el famoso error de *The Times* de algunos años después.

El tono de la sociedad inglesa es el tono de los hombres bien educados del mundo, mientras que el tono de la sociedad americana es el de un tendero puritano.

Charles Reade; Mary Anderson; Irving; Chamberlain, Hyndman y Burns

Durante mis primeros tiempos en Londres, hubo un suceso que me conmovió profundamente: la muerte y el entierro de Charles Reade. De alguna manera, tenía reputación de ser una persona de mal carácter y peleadora, y sus grandes cualidades estaban casi olvidadas. En realidad, si no hubiera sido porque el importante periodista George Augustus Sala, salió en defensa de su carácter y dijo de él que era tan cariñoso como noble, el juicio contra él se hubiera ganado por incomparecencia. Por supuesto yo, como todos los más jóvenes, lo consideraba un escritor y acepté de inmediato cada palabra del panegírico de Sala, yendo inclusive un poco más allá. A diferencia de la mayoría de los ingleses, yo consideraba a Reade mucho mejor escritor que Dickens y, de hecho, no vacilaba en poner *The Cloister and the Hearth* junto a *Vanity Fair* en cuanto a admisión y tal vez un poco más alto en cuanto a amor. Una y otra vez hablé de la obra maestra de Reade como de la mayor novela inglesa, aunque es posible que el espíritu de oposición haya agregado un matiz de desafío a mi entusiasmo delirante.

La noticia de su muerte me recordó que, de haberlo deseado, hubiera podido conocerlo. Como sucedió con la muerte de Rossetti unos dos años antes, mi pena fue profunda y duradera. Pero fui a su entierro y allí aprendí qué indiferente o más bien qué casual es la simpatía que los ingleses tienen por sus grandes hombres. Verdad que era martes de Semana Santa y un día espantoso: llovía y el aire era helado. Además, iba a ser enterrado en Willesden, a millas del centro, pero ni siquiera en Shepherd’s Bush, de donde partió el cortejo, había demasiada gente. Resultaba difícil imaginar un entierro más deprimente. De modo que incluso me molestó el elogio de Sala que decía que *It is never too late to mend* era una «obra magnífica» y su comparación de Hawes, el director de la cárcel y de Edén, el capellán, como «personajes

dramáticos realmente originales» junto con el Fausto y Mefistófeles y la Gretchen de Goethe. Semejante exageración me pareció tan impertinente y odiosa como su charla sobre los dos Charles Reade: «Uno, un anciano caballero muy belicoso y vituperador, que siempre estaba mostrándole el puño a alguien y con frecuencia descargándolo sobre su cabeza», y «el otro Charles Reade que conocí y reverencié como un hombre cristiano valiente, justo y, sin embargo, caritativo y compasivo, infatigable en su piedad por el sufrimiento, implacable sólo en su odio por las cosas vergonzosas, crueles y mezquinas. Durante su vida fue un hombre militante, pero ahora ha terminado su servicio. Allí descansa, en una tumba apacible junto a la Amiga a quien amó tan profundamente durante tanto tiempo».

Apenas tres meses antes, Tennyson había sido hecho par en medio del elogio universal. Y, sin embargo, aquí había un hombre tan grande como él, abandonado para siempre sin pompa o ceremonia. El lector inglés ordinario apreciaba más *Maud* o *The May Queen* que *The Cloister and the Hearth*. Y sin embargo, ¿qué importaba? Yo, por ejemplo, caminé bajo la lluvia y el galante Denys, con su «el Diablo ha muerto», caminaba conmigo y también Gerard y Catherine[48] y el resto de esa gloriosa e inmortal compañía. Y tal vez la comprensión y el amor apasionado y admirativo de un solo hombre, es más que lo que la mayoría de nosotros obtendrá de este peregrinaje terrestre. Con seguridad, va bien para el querido Charles Reade. Vi cómo su ataúd bajaba a la tumba, pero me resultó difícil perdonarme. Hubiera debido verlo y conocerlo para por lo menos haberle agradecido su inmortal presente a la humanidad y las muchas horas de puro deleite que había pasado con su valeroso corazón y su noble espíritu.

Pero ahora debo decir algo de otros acontecimientos que arrojan cierta luz sobre el carácter y las condiciones inglesas. Una actriz americana, Mary Anderson, había tomado a Londres por asalto. Se decía que lord Lytton había comprado, noche tras noche, toda una fila de plateas, ofreciendo los asientos a huéspedes selectos. Su admiración sorprendió a todos los que lo conocían, porque era un admirador confeso de los *ephebos* más que de la belleza femenina, pero en todo caso se dejó seducir por «nuestra Mary», como alguien intentó llamarla. Este era el lord Lytton que en *The New Timón* se

burlaba de Tennyson:

> La tintineante confusión de agudezas robadas,
> Desalojando a Wordsworth y brillando más que Keats.

Y la respuesta de Tennyson fue todavía más salvaje:

> ¿Qué ventaja hay en comprender
> los méritos de una camisa inmaculada,
> una bota atildada, una mano pequeña,
> si la mitad del alma es basura?

Antes de la presentación de Mary Anderson, yo la había visitado, haciendo una reseña de su carrera para el *Evening news*. Era una rubia alta, graciosa, guapa, pero jamás soñé que tuviera ese éxito inmenso. Su cerebro era tan vulgar como su voz. No tenía dones especiales, pero en el escenario era hermosa. Las candilejas la destacaban de manera peculiar, aunque no era buena actriz. Compararla como actriz con Ellen Terry, o incluso con Ada Rehan, sería ridículo. Comparativamente, resultaba inarticulada. Y sin embargo, sus apariciones eran acontecimientos. Iba de triunfo en triunfo. A través de su éxito, comprendí que la escena exige cualidades específicas. Era muy alta y, cuando salía vestida de blanco, dominaba el escenario y transformaba en enanas a las otras mujeres. Tenía un ligero acento americano que la hubiera arruinado como actriz shakesperiana, pero para cuando actuó en *Cuento de invierno* había perdido el deje y hablaba correctamente. Sus ojos eran algo hundidos, su nariz bien modelada. En una habitación era sencillamente bonita; sobre el escenario, era una diosa. Jamás se sabrá cuánto de su éxito se debió a su gracia estatuesca y cuánto al apoyo apasionado de Lytton.

Su carrera me hizo comprender lo susceptible que es el inglés a la mera belleza física. La evalúan muy alto en los animales y la estudian más íntimamente que cualquier otro pueblo. El toro Shorthorn o la cerda de Zerkshire, el *bulldog* o el galgo, el *terrier* o el mastín, el carnero del Sur o la oveja de Gales, el caballo de carrera o el perro de caza… todos son admirados por su perfecta conformidad a un tipo, para lo cual es necesaria la comprensión más apasionada e imaginativa de lo que el tipo es o debería ser. Si no fuera por su puritanismo idiota, los ingleses serían los más

grandes escultores del mundo y además se los conocería en todo el mundo por su extraordinaria comprensión de toda forma y tipo de belleza física.

Más tarde, visité con Rodin el British Museum para estudiar las figuras del Partenón. Estaba extasiado. Declaró que eran tan sensuales como cualquier figura del arte plástico. Otra vez me acompañó George Wyndham, pero se negó a dejarse seducir. Decía que los pies y tobillos griegos eran demasiado grandes y mal formados. También eran groseros los cuellos y los senos de las mujeres. Prefería las figuras del Templo de Nike Apteros e incluso a estas les encontraba defectos graves. Finalmente afirmó que el tipo facial era demasiado rígido. Esa nariz que surgía en línea recta de la frente era fea. En resumen, insistió en que el mejor tipo inglés era mucho más delicado, más inmediatamente adorable y espiritual que el ideal griego, y yo estuve de acuerdo con él.

Europa ha aprendido lo que es la belleza natural gracias a los turistas ingleses. ¿No fue Ruskin el primero en afirmar que los árboles franceses eran más hermosos que los árboles ingleses? No dijo la razón, pero yo puedo hacerlo. Inglaterra es perjudicada por un viento del suroeste que sopla trescientos y pico de días por año. Los árboles tienen que defenderse contra ese ataque o serían arrancados de cuajo. En consecuencia, son pequeños y retorcidos. Los bosques de Francia padecen la misma plaga, pero en medida mucho menor. No hay bosque en el mundo que pueda compararse al americano. A media hora de camino de Nueva York, por arriba del Hudson, es posible ver más variedades de árboles exquisitos y desarrollados de los que pueden encontrarse en toda Francia o incluso en Alemania.

Y lo que es verdad para los árboles, también lo es en lo referido a hombres y mujeres. En una hora en New York es posible ver más tipos de femineidad exquisita y virilidad espléndida, que en un día en Londres o una semana en París, Berlín o Moscú. ¿Por qué son los atletas americanos los que consiguen todos los *records*? ¿Por qué corren más rápido y saltan más alto que cualquier atleta inglés, pese a que no hace mucho tiempo se suponía que los ingleses eran los mejores en toda forma de deporte y atletismo? En cuarenta años, no ha habido un solo peso pesado inglés de primer orden, simplemente porque la masa del pueblo se ha pauperizado a un grado tal que ni

siquiera se advierte en Inglaterra. La virilidad física de la estirpe ha degenerado por la indigencia.

Pero me he apartado del tema. Poco después de haber conocido a Mary Anderson, vi a Tommaso Salvini haciendo Otelo. Salvini tenía todas las cualidades personales posibles: hermosa presencia y sobre todo una voz magnífica y muy bien entrenada, a veces espléndidamente sonora, otras veces dulce, siempre grata al oído. El parlamento que contiene el lamento: «la perdida ocupación de Otelo», jamás fue mejor dicho. La voz quebrada, las lágrimas derramándose por el rostro convulso, las manos juntas y relajadas, formaban un cuadro inolvidable. En ese momento Salvini era Otelo, y cuando de pronto se vuelve contra Yago, resulta aterrador. Pero el famoso soliloquio en el dormitorio, antes del asesinato de Desdémona, era interpretado en voz demasiado alta. Hubiera podido despertar a los muertos. No tenía idea de la compleja pasión inglesa, del hecho de que un hombre puede admirar, amar incluso aquello que ha resuelto destruir para que «no hiera a otros hombres». La pasión de Shakespeare era demasiado compleja para la naturaleza italiana. Y, en *Macbeth*, Salvini no tenía idea de que estaba dando vida al Hamlet perseguido por el pensamiento. Su Macbeth no vacila jamás, nunca desfallece. Carece del «si se hiciera, cuando ya está hecho», etcétera. Sin embargo, era el mejor Otelo que he conocido.

¿Por qué se sobreestima a los actores, como a los políticos? Se necesitaría una docena de los mejores de entre ellos para lograr un Hamlet que me satisfaciera. Yo querría a Irving desde el punto de vista del aspecto físico, y a Forbes-Robertson para recitar algunos de los soliloquios, y a Terriss para apuñalar a Polonio, y a Sarah Bernhardt para enviar a Ofelia al convento con ternura inefable. Y aun así, ¿a quién podría conseguir para mostrar la pasión de los celos de Hamlet o el desprecio que sentía por Kemp, el payaso, quien probablemente metía morcillas y no decía las líneas que se le habían confiado porque estaba fuera de sí a causa del aplauso de las galerías; o, la más grande de las omisiones, quién personificaría al poeta supremo que canta «a la tierra incógnita de cuyos confines ningún viajero regresa», aunque acabe de hablar con el fantasma de su padre?

Conocí a Henry Irving durante una cena que ofreció Arthur

Walter en su casa, en las afueras de
Queen's
Gate. Ya lo había visto antes, en una comida ofrecida por Beerbohm Tree[49] en el Garrick Club, después de su representación de Shylock en el Lyceum.

Yo había viajado desde Munich para ver su Shylock y compararlo con el mejor que había visto, el de Ernest Possart. Irving, a quien «Tree» le había dicho que yo había viajado mil millas para verlo actuar, fue muy amable y dijo que esperaba que me hubiera gustado su caracterización. Naturalmente, dije:

—Fue muy hermoso, pero… todavía no es exactamente Shakespeare.

Irving insistió en saber qué quería decir. Todo el que lo haya visto recordará la escena en que Shiylock suplica que se le permita ir a su casa, como hombre vencido y quebrado:

Shy: Os ruego que me deis permiso para irme.
No estoy bien. Enviadme la escritura
Y la firmaré.
Duque: Vete, pero hazlo.
Gr.: En el bautismo tendrás dos padrinos.
Si yo fuera el juez, hubieras tenido otros diez.
Para llevarte a galeras, no a la pila…
(Sale Shylock)

Creo que es el único caso en el que nuestro gentil Shakespeare permite que un caballero insulte a un hombre caído. Por lo tanto, quedé indignado con la idea que Irving tenía de la escena. Está ya cerca de la puerta cuando habla Graciano. Se vuelve de inmediato, retrocede hasta ponerse frente a él, se yergue, cruzándose de brazos y lo examina despreciativamente de pies a cabeza en medio del aplauso frenético del público. Cuando Irving me pidió que me explicara, le dije que me parecía que si Shylock hubiera sometido a Graciano a semejante tratamiento, este probablemente lo hubiera escupido en la cara, sacándolo a patadas del escenario.

—No estoy de acuerdo con usted —respondió secamente Irving —. Creo que el aplauso demostró que mi concepción de Shylock como gran figura trágica es acertada.

—Pero el propio Shylock nos dice —repliqué— que el héroe

Antonio escupió sobre su gabardina de judío.

Irving me dio la espalda y se puso a hablar con otra persona. Su rudeza me hizo daño, porque me reprochaba haber hablado con excesiva franqueza.

Mucho tiempo después, cuando Mounet-Sully hizo *Hamlet* en París, y Lemaître, el gran crítico francés, quiso saber las diferencias que había entre él e Irving, no pude dejar de decir la verdad.

—¡Irving —dije— es el Hamlet ideal para los sordos y Mounet-Sully, para los ciegos!

Pero, entre 1884-85, vi con frecuencia a Irving y Bram Stoker, su agente, siempre me mandaba entradas para el Lyceum cuando yo las solicitaba.

Una noche, ofrecí una cena e invité a lord Lytton y a Harold Frederic, ambos apasionados admiradores de Irving. Cuando nos reunimos para fumar y beber café a la turca, Irving habló mejor que nunca. En realidad, hasta entonces me había parecido bastante inarticulado. Recuerdo que yo había mencionado el hecho de que lord Randolph Churchill[50] había prometido asistir a «la apoteosis del Dios», según su expresión, pero que en el último momento se vio obligado a excusarse a causa de un importante debate que había en la Cámara. «Por favor, dígale al señor Irving», agregaba en su carta, «cuánto me hubiera gustado describirle el prodigioso efecto que ejerció sobre mí su Mefistófeles». Por supuesto, Irving estaba encantado y se dejó ir, hablando con su voz natural y sin trazas de sus manierismos y murmullos escénicos, que me resultaban tan insoportables.

—Fue en 1880, en Dublín, cuando conocí a lord Randolph —comenzó—. Su padre estaba allí como virrey y lord Randolph había ido a vivir a Dublín. Fuimos a hacer una semana de Shakespeare y la iniciamos con *Hamlet* Para mi sorpresa, no hubo una buena recepción, ningún reconocimiento especial. Al terminar el primer acto, se me acercó Bram Stoker. «Hay alguien en el palco del virrey», dijo. «Creo que es Randolph Churchill, el hijo menor del duque». Ahora bien, poco tiempo antes Blandford, el hermano mayor, había hecho hablar de él a causa de un caso de divorcio muy sórdido. Pero después de todo, esos son asuntos privados. Por lo tanto, me encogí de hombros. Al terminar el acto siguiente, Bram

Stoker vino a decirme que lord Randolph desearía conocerme y agradecerme mi maravillosa actuación, etcétera. Le dije que lo trajera y al final del acto lord Randolph vino a mi camerino. Se me acercó con las manos extendidas. «Tengo que darle las gracias, señor Irving», comenzó diciendo, «por uno de los mayores placeres de mi vida. ¡Una noche incomparable!». Yo me incliné, por supuesto, pero él prosiguió. «No tenía idea de que *Hamlet* fuese una obra tan grande…». Yo lo miré. ¿Estaba tratando de ser gracioso? «Por lo general, *Hamlet* está considerada como una gran obra», respondí secamente. «¿De veras?», dijo, «jamás lo había oído decir». Esto fue demasiado para mí. O bien se trataba de un idiota o quería burlarse de mí. Le di la espalda. En seguida, Randolph agregó muy cortésmente: «No debo hacerle perder tiempo con la exposición de mi ignorancia; sin duda, está usted ocupado». «No», contesté yo, «este acto pertenece casi por completo a la bella Ofelia». «¿De veras?», volvió a barbotar, «la señorita Terry también me parece maravillosa. No debo perderme una sola de sus palabras». Yo sonreí y él agregó: «No puedo irme sin la esperanza de volver a verlo. ¿No querría cenar conmigo el domingo próximo en el pabellón de Phoenix Park, que mi padre ha sido lo bastante amable como para poner a mi disposición?». Sus modales, algo ingenuos y entusiastas, que había en su juventud, me complacían, de modo que acepté en seguida, consciente de sentir cierta simpatía. Durante la semana me dijeron que había estado en el palco del virrey noche tras noche. El domingo fui a cenar con él, un poco intrigado. ¿Qué diría? Me recibió en el hall. «Oh, señor Irving», dijo, «no puedo expresar cuánto le debo. A través de usted he conocido a Shakespeare. ¡Qué hombre! Hay media docena de sus obras que son realmente grandes e interesantes…». «Pero indudablemente tiene que haberlo conocido antes, ¿no es así?», pregunté. «Sin duda en Oxford debe haber leído algo, aunque en nuestros días se descuiden las grandes cosas». «No, no, se lo aseguro», contestó. «Jamás lo leí, ni en la escuela ni en Oxford. Me temo que yo era muy indolente, pero su *Lear* es una gran obra. Me gustaría verlo interpretarla. Y en su *Antonio y Cleopatra* hay algo que me atrae de manera curiosa. ¿Lo ha representado alguna vez?». «Es algo difícil de poner en escena», contesté, y mientras le hablaba de las dificultades de la obra nos sentamos a la mesa y descubrí que era un anfitrión de primera

clase. Lord Randolph hizo en mí una profunda impresión —continuó Irving—. En cuanto comprendí que no posaba, me dije: «Este también es un gran hombre. ¡Inconscientemente, piensa que Shakespeare necesita de su aprobación! Hace de sí, por instinto, la medida de todas las cosas y todos los hombres y no se preocupa por las opiniones de los otros». Después, cuando se burlaron de él en el Parlamento, haciendo estúpidas caricaturas suyas mostrándolo como un muchacho impúdico, yo sabía que llegaría el día en que tendrían que tomárselo en serio.

Yo estaba encantado con la historia y con el estilo simple y sincero con que la contó Irving. Creo que fue una demostración de su inteligencia y de una apreciación de la grandeza que yo no esperaba de él.

Tiempo más tarde Arthur Bourchier, el actor, me contó una historia divertida que muestra a Henry Irving bajo otra luz.

—Cuando Benson, de Oxford, estaba haciendo trabajar a su compañía de aficionados con Shakespeare y Esquilo, pidió a Irving que fuera al estreno del *Agamenón*. Yo estaba en la compañía de Benson y quedé encantado cuando me mostró la amable carta de Irving aceptando la invitación. Decía que se sentía halagado por la invitación y que iría con mucho gusto. La gran noche estábamos todos alertas, como podrá usted imaginar. Bueno, la función se deslizó sin dificultades y después Irving subió al escenario y felicitó a Benson de la manera más simpática. «Una gran obra», dijo, «y un excelente actor. Estoy encantado de ver, señor Benson, que también la universidad contribuye al enriquecimiento de la escena. Pienso que ha transmitido las principales cosas de manera soberbia». Y realmente habló con sencillez, como si fuera sincero, y nosotros bebíamos ansiosamente sus palabras, como lo hacen los jóvenes. Su elogio afectó tanto a Benson, que poco después confesó: «Su estima, señor, me estimula. Creo que haré la Trilogía». «Hágalo, mi estimado muchacho», exclamó Irving, palmeándole el hombro, «hágalo. Es un papel que le sentará admirablemente». Después de eso —dijo Bourchier, sonriendo— cayó el telón para nosotros.

He relatado estas historias porque ilustran una faceta del actor. Y ahora haré otra confesión personal que va en contra de mí e ilumina en justicia cierta nobleza del carácter de Irving. En mis años posteriores en Londres, yo iba raramente al Lyceum y no me

enteré mucho de los logros de Irving, aunque hacia fines de siglo sus «noches de estreno» eran algo más que acontecimientos sociales.

Irving siempre dio la impresión de ser algo más que un actor. Tenía una gran personalidad. Sus notables peculiaridades de cuerpo, rostro y lenguaje lo ponían aparte, dándole un lugar y una distinción únicos. De los tres o cuatro personajes principales de los ochenta, él era el más singular… incluso más atractivo que Parnell. A Randolph Churchill y a Gladstone había que verlos en la Cámara de los Comunes para reconocerlos según sus merecimientos, pero Irving, como Disraeli, llamaba la atención y excitaba la imaginación en todas partes. Incluso como Shylock, Irving lograba que los que estaban en el escenario parecieran ordinarios, efecto que seguramente no pretendió el creador del «judío hebreo». No hay duda be que su enunciación y acento peculiares eran adoptados deliberadamente para aumentar el efecto de su apariencia, porque en la vida privada hablaba casi como todo el mundo. De hecho, su «maquillaje» iba tan lejos como para incluir el habla y la voz. Si hay que creer en la tradición, en este sentido Garrick era el extremo opuesto: en el escenario era siempre simple y natural, según dicen, pero en privado estaba siempre actuando, siempre representando un papel.

Yo pienso, al igual que Goethe, que la admisión de jovencitas ha tenido en el teatro un efecto más lamentable que el que ha tenido sobre los libros.

«Las jovencitas —dijo el gran alemán— no tienen nada que hacer en el teatro. Su lugar está en el claustro y el teatro es sólo para los hombres, las mujeres y las pasiones humanas elementales. Pero como es imposible sacar del teatro a las doncellas y su emasculante influencia, he dejado de asistir a él. Tendría que cerrar los ojos a la debilidad y a la tontería o aceptarlo todo sin siquiera tratar de mejorarlo, y esa no es mi función[51]».

En aquellos primeros años de Londres, yo tenía un insignificante conflicto con Irving. Me negaba la publicidad del Lyceum basándose en que el *Evening news* era un periódica de medio penique. Y a mí me parecía mezquino de su parte, porque Stoker lo hacía directamente responsable. Más o menos para la misma época, descubrí la desmesurada ambición de Wilson Barrett por sacar a Irving de su orgullosa posición. Después del triunfo de Fortescue, yo

había sido presentado a la señorita Terry y la había elogiado profusamente. En verdad la admiraba inmensamente. Pensaba que era con mucho la mejor actriz inglesa. De una u otra manera, me enteré de que el compromiso de la señorita Terry con Irving había terminado y que este no quería aumentar su salario. Volé de inmediato a ver a Wilson Barrett y lo convencí de que me diera una carta en la que ofrecía a Ellen Terry el doble de lo que ganaba con Irving y un porcentaje de los beneficios del Princess's Theatre. Llevé esta carta a la señorita Terry y esta, después de leerla, rio.

—¿Puedo guardarla?

—Por supuesto —contesté—. Sería usted la persona más destacada del Princess's.

Ella volvió a reír.

—Me tienta usted con mucha astucia. ¿Por qué?

—Francamente, porque creo que Irving no la aprecia en lo que vale.

La señorita Terry sonrió, pero no quiso comprometerse.

Cuando anuncié en el *Evening news* que existía la posibilidad de que la señorita Terry pasara muy pronto al Princess's con Wilson Barrett, tuve oportunidad de ejercer mi venganza. Media hora después, Bram Stoker estaba en mi oficina con un desmentido inflamado que me negué a publicar, diciendo que tenía razones para creer que la señorita Terry podría cambiar de «primer galán». Creí que Stoker iba a sufrir un ataque. Se fue a toda prisa y poco después volvió con Irving, quien me aseguró que la señorita Terry había renovado su contrato con él. «Estaba firmado, sellado y enviado».

—Me alegro mucho por usted —dije— y daré la noticia en la primera edición de mañana, aunque tal vez a usted no le interese que se haga ese anuncio en un periódico de medio penique —agregué.

Advertí que Bram Stoker comprendía lo que yo quería decir, porque después me enviaron el programa del Lyceum para ser

publicado en el *Evening news*, sin necesidad de pedirlo.

Fue una venganza pequeña y mezquina, pero Bram Stoker había sido innecesariamente seco y desdeñoso en su negativa inicial y en consecuencia yo no tuve idea de lo que equivocado que estaba hasta algunos años después, cuando asistí a la bancarrota de Irving y a la primera reunión de sus acreedores y supe, para estupefacción mía, que tenía cerca de treinta actores y actrices ancianos en su lista civil, a quienes daba pensiones semanales que iban de los treinta chelines a las cinco libras. Con todos los miembros más débiles que alguna vez habían trabajado con él, se comportó con generosidad principesca. Había cumplido noblemente con su exaltada posición y yo se lo había hecho más difícil. Estaba profundamente avergonzado de mí mismo.

Desde entonces, procuré reconciliarme con Irving por mi mezquindad olvidada, pero deseo relatarla aquí simplemente para demostrar que algunas de nuestras peores acciones responden al anhelo de ser conocidos y también a una subestimación de nuestro prójimo.

¡Vaya jueces literarios que son los periodistas! Froude acaba de publicar su *Life of Carlyle*, y *The Times* lo compara con el *Johnson* de Boswell. «Carlyle, dice *The Times*, es más grande que Johnson». Y agrega: «Todo el público lector convendrá en que no hay comparación posible entre el señor Froude y Boswell». Todo lo cual podría ser verdad sin establecer la conclusión. Los más grandes retratos no son necesariamente los de las personas más grandes ni están escritos por los mejores, porque entonces, ¿qué historia vital podría compararse con el retrato de Sócrates hecho por Platón? Si el plan maestro de la prosa y el pensamiento hubiera escrito un diálogo entre Sócrates y Jantipa, hablándonos de sus relaciones y reacciones íntimas y dándonos el punto de vista de la mujer y la esposa, hubiera podido conseguir un retrato comparable al *Critias* y al *Fedro*, que hubiera completado su obra.

Carlyle no era tan humano como Johnson. Tomemos una frase del gran doctor. Ha visitado a Garrick entre bastidores y le confiesa que «las piernas negras y los senos nevados de sus actrices, David, excitan mis propensiones amorosas». ¿No es este un retrato vivo? Y después está Froude: tal vez sea mejor estilista que Boswell, pero no tiene el profundo interés de este en su tema. ¿Cuál es la debilidad

de Carlyle que ha descubierto Froude? ¿Por qué no nos dice siquiera cómo se las arregló Carlyle para ahorrar treinta mil libras, o por qué no visitó a Goethe en Weimar? Eso hubiera sido mejor que hacer las cuentas exactas. Y cuando ponía celosa a su mujer, ¿cómo la consolaba y se ganaba su perdón? Froude se interesa más en la literatura que en la vida y no es este el espíritu en el que se escriben las grandes biografías o en verdad ninguna cosa grande.

Erdachtes mag zu denken geben
Doch nur Erlebtes wird beleben[52].

Pero ya todo el mundo hablaba de Joseph Chamberlain y su «Programa no autorizado» en la *Fortnightly Review*, y también de Gladstone y del lío en que se había metido él y su gobierno, en parte a causa de su antipatía por Chamberlain y Parnell quien, a partir del asunto Kilmainham, y a causa de los permanentes injustos ataques de *The Times*, iba haciéndose cada vez más importante.

Fue con referencia a Parnell y su elevación cuando me dije: «Los grandes hombres, como las cometas, levantan el vuelo contra viento». Pero Parnell —inglés como era y estupendamente apuesto, el hombre más apuesto de la Cámara de los Comunes— jamás tuvo éxito en Inglaterra, aunque hacia el final estuvo a punto de tenerlo en la Cámara, lo cual para mí agrava la tragedia de su muerte prematura.

Pero Chamberlain era la figura principal del escenario político. Tal vez yo lo haya juzgado muy duramente en nuestros primeros encuentros. Yo había mencionado lo sorprendido que estaba ante la manera noble en que actuaba lord Salisbury con respecto a las casas de sus inquilinos en Hatfield, reconstruyendo tantas como podía, año tras año, y fijando después una renta que no excedía al tres por ciento del costo del edificio. Y sobre todo, negándose desde el comienzo a aceptar rentas por aquellas casas que juzgaba inapropiadas para habitar.

—¿Está usted seguro? —preguntó de mal humor Chamberlain cuando le llevé mi informe—. ¿Es posible que esta acusación tan detallada de Archibald Forbes sea falsa sin justificación alguna?

Una y otra vez volvió a la carga.

—Forbes no tenía motivo, ninguna razón para ser injusto. Se le considera un gran periodista. Admitirá que es extraordinario, muy

extraordinario.

Finalmente, no pude soportarlo más. Era tan mezquino, tan poco generoso con su rival.

—Es la nobleza de Salisbury —dije— la que me resulta extraordinaria. Si los manufactureros liberales y los industriales monopolistas de Inglaterra se hubieran comportado tan bien con sus obreros como este gran terrateniente lo ha hecho con sus inquilinos, no habría huelgas en Inglaterra ni tampoco sindicatos ni descontento industrial.

Chamberlain me miró sin disimular su disgusto, pero no dijo nada y poco después me fui. Un día lo estuve esperando en su comedor, donde había varios cuadros de Leighton, y él me los presentó pomposamente, diciendo que:

—Son todos de Leighton, quien es, como sabrá, el presidente de nuestra Academia.

Yo asentí y él continuó.

—Pagué dos mil libras por aquel.

—¿De veras? —barboté.

—Sí —contestó—, ¿cuánto piensa que vale?

Yo no me pude contener.

—No conozco el valor del marco —dije.

No creo que sea apenas necesario decir que no quiso volver a verme durante mucho tiempo. Pero creo que hay otro incidente que se produjo un tiempo después que explicará mi temprano juicio erróneo de este hombre. El resumen del artículo de Forbes apareció en *Truth*, el semanario de Labouchére. Le pregunté a Escott si era él quien se lo había dado a Labouchére, pero lo negó, diciendo que se lo debía haber dado el mismo Chamberlain. Yo escribí en el *Evening news* que todo eso era falso y estúpido y me burlé del asunto. El agente de lord Salisbury me escribió dándome las gracias y diciéndome al mismo tiempo que lord Salisbury le había prohibido hacer un desmentido en la prensa. «Es imposible elogiamos los unos a los otros», agregaba finalmente. Pero mi defensa de la verdad me puso en buen lugar en la consideración de lord Salisbury, lo que me sirvió mucho después, como relataré cuando llegue al problema venezolano.

En ese momento tenía que leer el «Programa no autorizado» de Chamberlain a medida que aparecía mensualmente en la *Fortnightly*

Review, porque durante todo ese tiempo yo seguía en estrecho contacto con Escott y su familia. Me resultaba difícil explicar el éxito extraordinario de Chamberlain. No tenía idea de que el trabajo de Bismarck de nacionalización de los ferrocarriles alemanes era la mejor manera de elevar a las clases trabajadoras. Prefería los antiguos lenitivos individualistas. Durante años, creyó en el librecambio sin restricciones. No sabía siquiera que el manejo de las industrias tenía todos los defectos de la administración estatal y ninguna de sus virtudes. Desde un punto de vista continental era extraordinariamente ignorante. No había leído prácticamente nada y era curiosamente poco educado.

Tenía una poderosa fuerza de voluntad y eso fue todo lo que vi en él durante años. Supongo que todo esto explica la antipatía de Gladstone por el hombre, que quedó demostrada por la posición de inferioridad que dio al líder radical cuando formó su gabinete en 1886, aunque Chamberlain era aún entonces jefe absoluto de seis escaños sólo en Birmingham.

Kimberley y Granville, viejos y cansados caballos de guerra, obtuvieron los ministerios de India y de Colonias, respectivamente, mientras que Chamberlain sólo obtuvo un puesto menor como presidente de la Junta de Gobierno local. Este ministerio demostró una curiosa debilidad y justificó mi mofa de que había «un tornillo flojo en el Gabinete». Por supuesto, todos sabían que la gran fortuna de Chamberlain se apoyaba en el monopolio del comercio de tornillos. Pero Gladstone hubiera debido confiar en él, dándole la posición que deseara, porque en ese momento era sin duda el jefe del partido Radical y el miembro más influyente de la mayoría, después de Gladstone. Cuando se presentó en la Cámara el proyecto de ley de Gobierno autónomo, presentado, como decía correctamente Randolph Churchill, por «un anciano con prisa», Gladstone debe haber comprendido su error al subestimar a Chamberlain, porque este y Hartington dimitieron, y su dimisión, o más bien la de Chamberlain, transformó el proyecto de ley en una imposibilidad. Gladstone apodó a los rebeldes «liberales disidentes», pero el apodo no prosperó; pronto se los conoció como «liberales sindicalistas» y nadie pudo negar que Chamberlain había rechazado la sucesión en el liderazgo del partido para no sacrificar sus principios. Pero si en 1886 Gladstone lo hubiera elevado como

merecía, algún proyecto de ley de Gobierno Autónomo hubiera sido aprobado en la Cámara y la historia del «país conflictivo» hubiera sido distinta.

Yo no podía explicarme la extraordinaria influencia de Chamberlain en Birmingham, hasta que decidí ir a ver lo que pasaba. Me convencí pronto. Todos en Birmingham conocían su trabajo y hablaban de él con la mayor admiración. En su primer año como alcalde, 1874, compró los servicios de gas para la Corporación; aumentó increíblemente la eficacia de los servicios públicos y privados y transfirió los crecientes beneficios a los bolsillos de los contribuyentes. Más o menos un año después, manejó de la misma manera el suministro de agua, con resultados aún mejores, demostrando ser un estadista inglés verdaderamente democrático. Con respecto al gas, utilizó el aumento de ingresos para disminuir las tasas, mientras que con respecto al servicio de aguas ordenó un mínimo de beneficios con el objeto de que el suministro siempre creciente fuera distribuido en la comunidad, beneficiando especialmente a las clases más pobres. Durante su tercer período, hizo las cosas aún mejor, con mayor esfuerzo personal. En Birmingham había barrios pobres de increíble suciedad en los que la continuada pobreza había engendrado enfermedades. Uno o dos datos darán una idea de la situación: la mortalidad infantil era tres veces mayor que en los barrios más decentes, la duración de la vida no era ni siquiera de la mitad y el índice de crimen era diez veces mayor. Chamberlain tuvo la idea de limpiar esta inmundicia y, para hacerle justicia, es preciso recordar que sus poderes estaban limitadísimos y desde el comienzo se percibió cierto resentimiento, basado en el creciente amor de los ingleses por la libertad individual y el odio consiguiente por la interferencia autoritaria. Sin embargo, salió triunfante de todas las dificultades. Más audaz que Haussmann en París, hizo abrir un gran bulevar que atravesaba el corazón del barrio bajo y lo llamó Corporation Street. Hoy, esta calle tiene las mejores tiendas de Birmingham y como arrendó los lugares sólo por setenta años, cuando los contratos terminen antes de mediados de este siglo, los precios de Birmingham quedarán desgravados en más de 100 000 libras anuales.

A mi regreso de Birmingham, no pude dejar de preguntarle a

Chamberlain cómo se las había arreglado.

—Las mejoras de gas y agua eran fáciles —dije—. De hecho, en Alemania serían simplemente habituales, ¿pero cómo se las arregló con la calle? ¿Algunos propietarios no se negaron a vender pidiendo precios extravagantes, de extorsión, por sus casas?

—Algunos —contestó riendo—. Docenas de ellos se me enfrentaron con una resolución digna de salteadores de caminos. Pero tenía varias maneras de tratar con ellos. Yo había obtenido poder sobre una zona que sobrepasaba el barrio, de modo que si los veía decididos, decía: «Muy bien, amigo mío, rectificaré el recorrido de mi avenida y lo dejaré a usted donde quiere estar. Lo único que sucederá será que no se beneficiará usted de la mejora». Y a otro le decía: «Mire, si no cede, dejaré su ruinosa choza en medio de la avenida y la Corporación no le dará permiso para reconstruir durante muchos años». Y a otros los convencía haciendo un llamamiento a su sentido del *fair play*, que es muy acusado en los ingleses. Les demostraba que mi propósito era hacer justicia. Nadie se beneficiaría más que su vecino, y en realidad ese resultó ser mi argumento más convincente. Pero en general tuve que pagar el doble o el triple del valor de la tierra a los propietarios.

Me contó todo esto con tan buen humor, demostrando además tanta simpatía humana incluso para con los más mezquinos y avaros, y una resolución tan inquebrantable, que me conquistó. Cuando terminó de hablar, yo tenía los ojos llenos de lágrimas y murmuré: ¡*Bien hecho, servidor bueno y fiel*!

Se tomó en serio mis palabras y poniéndome una mano en el hombro, dijo:

—Me gusta mi casa y mi situación desahogada, pero si pudiera eliminar la pobreza vergonzosa y criminal de estas islas como lo hice en Birmingham, aceptaría salir a la calle sin un penique mañana mismo. Y sin embargo, no tengo ni siquiera imitadores. Los barrios bajos de Glasgow son peores que los peores de Birmingham, pero ningún escocés se ocupa del asunto y lo resuelve como yo lo hice allí… y podría hacerse más, mucho más. Uno se pasa la mitad de la vida para comprender el problema y ver lo fácil que sería resolverlo. ¡Y lo importante que es! ¡Pero, ay, el tiempo es corto y se puede hacer tan poco! —y suspiró profundamente.

Cuando volvió a sentarse frente a su escritorio, observé por

primera vez su extraordinario parecido con el joven Pitt. Yo me sentía conmovido por la simpatía y tuve que decir algo.

—Me alegro mucho de haber ido a Birmingham —comencé—. Lo había juzgado mal. Estoy profundamente contento de ver que también en Inglaterra es posible un Bismarck. En todo caso, su espíritu demuestra que más pronto o más tarde se enfrentará el problema, logrando una solución noble.

—Esa es la esperanza —dijo sonriendo—. Me alegro de que coincidamos en lo principal —agregó.

—Me pregunto si eso es cierto —contesté—. Sus opiniones librecambistas me hacen estremecer.

—¿No está usted de acuerdo con el librecambio? —exclamó, con la boca abierta por la sorpresa.

—Claro que no —respondí—. Es el librecambio el que crea los barrios bajos y admiro al déspota que los transforma.

Se encogió de hombros. Evidentemente, estaba demasiado ocupado como para embarcarse en una nueva discusión.

—¿Quiere un cigarro? —preguntó, tendiéndome la caja, y sentí que me despedía. Pero a partir de entonces sentí una profunda admiración por el estadista que había transformado Birmingham de ciudad inglesa ordinaria en lo que es probablemente la gran ciudad más ordenada y saludable del reino. Con frecuencia deseé después no haberme arrojado de cabeza contra sus opiniones librecambistas y haberle sugerido que fundara un teatro de ópera municipal y un teatro en Birmingham, para elevar su vida espiritual a la altura de la de Marsella o Lyon.

El proyecto de ley de Gobierno Autónomo de Gladstone fue rechazado, porque cedía a pequeños prejuicios personales, y sin embargo todo inglés que sabía esto pensaba que Gladstone era un gran hombre, y este obtuvo mayor respeto personal que Bismarck en Alemania. Por mi parte, jamás lo estimé, salvo como orador, y en ese momento todavía no me había sido presentado.

Durante todo este tiempo, el descontento de las clases trabajadoras en Gran Bretaña, como en Irlanda, aumentaba en dimensión y encono. En Londres encontró determinados defensores en la Federación Social Democrática. El señor H. W. Hyndman había fundado esta asociación un par de años antes, como partidario más o menos convencido de Karl Marx. La primera vez

que escuché hablar a Bernard Shaw fue en un mitin de la Federación, pero yo me había ido antes de que él se incorporara y de todos modos la dejó poco después. En un lunes de principios de febrero de 1886, la Federación convocó a un mitin en Trafalgar Square, que terminó en disturbios. La multitud se hizo incontrolable, marchó a atacar los clubes de Pall Malí, y pronto inició el saqueo de tiendas en Piccadilly y se reunió para otro mitin en Hyde Park Córner. Los cabecillas fueron arrestados y juzgados. Eran Hyndman, Williams, Burns y Champion. William Morris, el poeta, pagó la fianza de Williams y Burns, ambos trabajadores. Hyndman me parecía un *bourgeois* inglés ordinario, con un barniz de cultura alemana: era alto, fornido y barbado; Champion, del tipo de oficinista delgado y bien alimentado, con buen corazón y pocas lecturas; Williams, el trabajador común, lleno de prejuicios de clase; y John Burns, también un obrero, pero realmente inteligente y reflexivo, que más tarde resultó ser un excelente ministro y dimitió junto con lord Morley antes que aceptar la guerra mundial. Pese a su deficiente educación, Burns era aún entonces un hombre muy interesante. Aunque apenas de estatura mediana, era fornido e inmensamente fuerte y valeroso. Era lector desde su infancia y nos hicimos grandes amigos a comienzos de siglo, a causa de la guerra sudafricana. Burns era un temprano admirador de Carlyle y las experiencias de la vida de trabajador no lo cegaban con respecto al valor del mérito individual. En muchos aspectos estaba en la vanguardia del futuro y, si su educación hubiera sido igual a su deseo de aprender, hubiera estado entre los espíritus selectos de la época. Me alegra decir que aún en 1886 yo lo ponía por encima de la mayor parte de los políticos, aunque nunca alcanzó originalidad de pensamiento.

El nuevo presidente Peel Lord Randolph Churchill, el coronel Burnaby Wolseley, Graham, Gordon, el chiste sobre Alfred Austin

Desde 1883 en adelante, y durante treinta años, estudié tan íntimamente como pude la vida, la política, la literatura y el arte ingleses. Primero como editor del *Evening news* y después de la *Fortnightly Review*, podía conocer prácticamente a quienquiera desease, y como de vez en cuando ganaba mucho dinero y pronto tuve la reputación de ofrecer excelentes almuerzos, podía conocer incluso a gente importante en un pie de igualdad. Puedo probarlo de una vez por todas en beneficio del grosero periodista americano que declaró en el «New York World» que me cerraban las puertas en la cara y que Balfour, futuro primer ministro, se burlaba de mí. Semejante periodista es incapaz de leer entre líneas en un papel impreso.

El incidente al que se refiere es relatado en la *Autobiography* de la señora Asquith, segunda esposa del primer ministro: «En una ocasión, escribió, mi esposo y yo asistimos a un almuerzo ofrecido para conocer al señor Frank Harris». Continúa diciendo que yo monopolicé la conversación y que su héroe, Arthur Balfour, «se marcó un tanto» a mi costa. No recuerdo este «tanto» de Balfour. Jamás lo escuché marcarse un tanto a costa de nadie. Pero el hecho de que el primer ministro y su esposa fueran invitados a conocerme demuestra que mi posición en Londres era considerable, y recuerdo otras ocasiones en que gente mucho más importante invitó a los Asquith a comer conmigo.

He explicado esto de la manera más modesta, diciendo que he ofrecido buenos almuerzos y tenido a mi mesa gente muy interesante. Pero los Michael Monohan y otros críticos americanos de décima categoría insisten en considerarme uno de ellos. Se preguntan cómo «un oscuro periodista» llegó a hablar en un pie de igualdad con esta o aquella celebridad. Tal vez porque no era

«oscuro», sino un igual, y subrayo esto al comienzo porque redunda en el honor de Inglaterra y de hecho es el principal factor que hace de la sociedad inglesa la más interesante del mundo. Londres reconoce la capacidad personal con mayor rapidez y certeza que cualquier otra ciudad del mundo. En consecuencia, hay allí una diversidad de talentos que no se encuentran en ninguna otra parte y una reunión de intereses variados que se busca en vano en cualquier otra capital. Hasta Viena y París parecen aburridas después de Londres, porque en esas ciudades siempre se puede adivinar a quién se va a conocer por la posición social de los anfitriones. En una sala de Londres, he visto al príncipe Eduardo (después rey Eduardo) hablando con Hyndman, el agitador socialista, mientras lord Wolseley y Herbert Rismarck escuchaban con gran interés; al mismo tiempo, junto a la chimenea, Arthur Balfour, Henry Irving y Theodore Roosevelt estaban pendientes de los labios de Whistler, que relataba una historia.

Recuerdo haber ofrecido un almuerzo durante el cual tuve a mi derecha al viejo duque de Cambridge y a mi izquierda a Russell Lowell, el embajador americano, además de Beerbohm «Tree» y Willy Grenfell (ahora lord Desborouch), John Burns, el agitador, después miembro del Parlamento y ministro, el poeta George Wyndham y Alfred Russel Wallace, todos ellos escuchando el humor y la elocuencia de Oscar Wilde. Y fue el tío de la reina quien me había pedido que lo invitara, porque había oído hablar mucho del genio de Wilde.

Deseo hablar de estos hombres y de muchos otros por lo menos tan renombrados como ellos, con el objeto de ofrecer una pintura de aquellos agitados días del Londres de las últimas décadas del diecinueve y la primera del veinte.

Acariciando, como ya he dicho, la ilusión de entrar a la Cámara de los Comunes, al principio estaba más ansioso por conocer a los políticos que a los poetas. Durante varios años me tomé la molestia de estar todas las noches en la Cámara, hasta que hube aprendido no sólo a conocer a cincuenta o sesenta de los miembros más prominentes, sino también el procedimiento, las tradiciones y el tono de la Asamblea. A menudo se habla de ella como única, ideal, etcétera, y ciertamente es preciso considerar a la Cámara de los Comunes como la mejor asamblea deliberativa del mundo. Durante

mi primer año de asistencia, la circunstancia que me hizo mayor impresión fue la elección, a comienzos de 1884, del señor Arthur Peel como Presidente, para reemplazar al señor Brand, a quien yo conocía, que se retiraba como lord Hampden. En ese momento eran pocos los diputados que sabían algo de Arthur Peel, hijo menor del famoso primer ministro, quien durante muchos años había sido un poco distinguido representante de Warwick. Pero cuando se levantó para dar las gracias por su elección, todos quedaron atónitos. Era bastante alto, tenía buena presencia, un rostro moreno y barbado que se distinguía por la nariz aquilina y una voz de barítono vulgar. Sin embargo, tenía un aire de dignidad autoritaria que impresionaba y lo que dijo era notable.

Siempre recordaré una larga frase suya, mal construida pero perfectamente natural. El lenguaje de un hombre que piensa en voz alta en lugar de recitar un discurso preparado, que transmitía con palabras torpes un curioso sentido de autoridad.

—Con el apoyo de la Cámara —dijo— tal vez me sea permitido… —e hizo una pausa— fortalecer la ley no escrita, la tradición más querida e inestimable de esta Cámara; hablo de esa cortesía personal, ese intercambio caballeresco entre diputado y diputado —compatible con el debate más eficaz— que es una de las tradiciones más antiguas de esta gran Asamblea, que espero humildemente no se deteriore nunca.

La sensación fue sorprendente. Todos sintieron que había pulsado la cuerda correcta con una dignidad casi mágica de carácter personal. Desde ese momento, el Presidente se ganó el respeto de la Cámara. Jamás se cuestionó, no sólo su imparcialidad, sino tampoco la grandeza de su carácter. Desde entonces tuve una mejor opinión de la Cámara de los Comunes. ¡Tal vez entre el grueso de diputados silenciosos a quienes uno no conocía, había otro Arthur Peel!

Seguí los debates desde muy cerca y pude hacerlo con la mayor comodidad gracias a la amabilidad de lord Randolph Churchill, a quien llegué a conocer bien en esa época. Tan pronto como descubrió que a veces tenía dificultades para conseguir un asiento en la «Galería de visitantes distinguidos», habló con el Presidente y el pequeño y gracioso Maestro de Armas, Gossett, a quien jamás vi sin su traje de corte con la pequeña espada, los calzones y medias de seda negras, consiguiéndome un asiento en la propia planta de la

Cámara, en una especie de banco colocado aparte para la media docena de amigos del presidente. Allí podía escuchar y ver todo, pese a mi miopía, como si hubiera sido un diputado.

Mi primer encuentro con lord Randolph Churchill me impresionó inmensamente. «Punch» y los periódicos de humor lo representaban siempre como un hombre muy pequeño, incluso como a un niño, pese a un agresivo bigote con las puntas levantadas. Para mi sorpresa, descubrí que tenía unos cinco pies y nueve o diez pulgadas de altura y una presencia imponente. La peculiaridad de su rostro rara vez se explotaba en las caricaturas. Consistía en un par de ojos gris-azulados redondos y prominentes, que muy bien podían llamarse saltones. La cara era especialmente expresiva en lo que se refiere a los sentimientos de ira o desprecio, pero una mirada más atenta demostraba que los rasgos eran bastante regulares y la forma de la cabeza excelente. Era un hombre bien parecido, pero cuando hablaba en la Cámara se paraba a menudo con un brazo en jarras apoyado en la cadera, lo que le daba un aspecto peleador o descarado junto con su bigote espeso, y llevaba a los humoristas a tratarlo como un chico impertinente, porque sin duda carecía de reverencia para con sus mayores y los supuestos líderes de la Cámara de los Comunes.

Al principio, me invitó a ir una tarde al Carlton Club para hablar de un incidente referido al embrollo Bardlaugh. Casi de inmediato quedé sorprendido por sus características de mando y su colosal seguridad en sí mismo. Por extraño que parezca, yo había asistido a la cita sin haber almorzado y como sabía que en el Carlton no se servía comida a los que no eran socios, mencioné *á propos des bottes* que estaba hambriento. En seguida declaró que haría traer algo en seguida, y cuando le recordé las reglas, se encogió de hombros, hizo sonar la campanilla y cuando llegó el lacayo le dio su orden con sequedad tan deliberada que el único pensamiento del hombre fue salir de allí y hacer lo que le habían dicho. Conseguí un excelente almuerzo y una buena botella de vino en un momento. Como es habitual, fue en Inglaterra donde descubrí que las reglas mezquinas están hechas para los hombres mezquinos.

En seguida le hablé a Randolph de Bradlaugh, porque yo me había formado una buena opinión de su carácter cuando él era conferencista en América. Randolph estaba orgulloso de un

incidente que Winston ha descrito de manera soberbia en su *Life*, de modo que no me disculpo por reproducirlo aquí.

«El 21 de febrero hubo otra de las escenas de Bradlaugh. El diputado por Northampton, acercándose súbitamente a la mesa, sacó un libro que dijo ser un Testamento, y juró sobre él para consternación de los miembros. Lord Randolph fue el primero en recobrarse de la sorpresa creada por este acto audaz. Declaró que el señor Bradlaugh, mediante el ultraje de desafiar a la Cámara con un juramento de carácter indeterminado sobre un libro que según decía era un Testamento —podría haber sido *Frutos de la filosofía*— había abandonado su asiento y sería tratado como si hubiera muerto». Apelando a una nueva escritura, imploraba a la Cámara que actuara rápidamente y vindicara su autoridad. Sin embargo, el señor Gladstone persuadió a ambos bandos de que aplazaran la decisión hasta el día siguiente. Por lo tanto, el 22 de febrero se realizó un debate sobre privilegios. Sir Stafford Northcote presentó la moción de excluir al señor Bradlaugh del recinto de la Cámara, modificando así la moción de lord Randolph en la que solicitaba una nueva escritura. Lord Randolph protestó contra lo que consideraba una política de «leche aguada» e instó al castigo inmediato del ofensor. Después de una larga discusión durante la cual se inflamaron los espíritus de todos los partidos, Sir Stafford sustituyó su moción de simple Exclusión por una proposición de expulsión del señor Bradlaugh. Llevado esto a cabo, el escaño de Northampton quedó vacante.

«Lord Randolph parece haberse ganado gran crédito en los círculos Tory por la rapidez y la energía con la que actuó», escribe su hijo.

Después, vinieron las negociaciones Kilmainham y la liberación del señor Parnell y, por añadidura, el asesinato en Phoenix Park de lord Frederick Cavendish y el señor Burke. Pero, ay, Randolph había caído seriamente enfermo y estuvo apartado de las discusiones durante medio año. Todos dijeron que si Randolph hubiera podido dirigir el ataque contra el Tratado Kilmainham, el gobierno de Gladstone hubiera caído.

Cuando regresó, obtuvo una victoria. Los líderes de los liberales habían pedido a estos que no participaran en la discusión sobre Egipto, y Randolph se burló de ellos «por asistir en su capacidad de

mudos a las exequias de la libertad de expresión». Consigno esto como prueba de su talento discursivo, aunque fue su liderazgo lo que siempre admiré y no su elocuencia. Años después, hablando con lord Hartington de la carrera de Randolph, descubrí que él, a quien siempre había considerado «la conciencia de la Cámara de los Comunes», estaba de acuerdo con mi estimación de Randolph.

Me contó lo molesto que había quedado Gladstone con Randolph después del asunto Bradlaugh.

—No cree en el cristianismo —dijo Gladstone—, pero no se avergüenza de utilizar los prejuicios religiosos de otros para obtener alguna pequeña ventaja política.

—Pero finalmente —dijo lord Hartington—, los jefes de ambos partidos se encontraron en un salón y la mayoría de la Cámara en otro, junto a Randolph, lo que me convenció de que este era un estratega sin igual. Y más tarde, nadie llevó la Cámara como él lo hizo. La conocía mejor de lo que esta se conocía a sí misma. Como parlamentario no tenía igual, ni siquiera nadie que se le haya parecido, por lo que sé.

Durante nuestra primera charla reconocí en Randolph las cualidades de un gran capitán, no con tanta claridad como las vi después, pero lo bastante como para ver en él la reencarnación del particular poder de su antepasado, el primer duque. En ese entonces tenía también una cordialidad extraordinaria y un convencimiento apasionado en la eficacia de una serie de reformas que a mí me parecían meramente lenitivas, pero a las que elogiaba como típicamente inglesas. Después tendré mucho que decir de él, pero aquí —y porque se ha puesto de moda burlarse de él— deseo afirmar que nadie que lo conociera podía dejar de ver en él la grandeza, lo que sucedía también en el caso de Parnell. Ambos hicieron en mí una impresión mucho más profunda que Gladstone, aunque este era mucho más coherente que ellos.

En aquellos primeros años de mi cargo de redactor jefe, conocí a A. M. Broadley, que escribía para el *World* y se destacó como defensor de Arahi Pasha y la independencia egipcia. Fue Broadley quien me presentó al coronel Burnaby, que también era partidario entusiasta de lord Randolph Churchill. Fred Burnaby era otra personalidad extraordinaria. Pienso que físicamente era el mejor ejemplo de virilidad que he conocido: más de seis pies cuatro

pulgadas de altura y unas cuarenta y siete pulgadas de pecho. Se contaban historias innumerables sobre su fuerza física, y creo que la mayoría de ellas eran verdad. Cuando se incorporó a la Guardia montada, algunos subalternos jóvenes metieron por la ventana de su habitación dos burros. Una noche, regresando tarde a su alojamiento, Burnaby los encontró y tomando uno bajo cada brazo los llevó silenciosamente escaleras abajo. Una vez lo vi coger un atizador y doblarlo. Además era bien parecido: frente y mentón grandes, una nariz recta e importante y ojos realmente hermosos, amables y sonrientes y bien separados, mientras que el pesado bigote escondía parcialmente unos labios persuasivos. Si lo hubiera conocido quince años antes, hubiera hecho de él un héroe, porque era tan inteligente como fuerte. Por otra parte, hablaba media docena de lenguas y estaba totalmente desprovisto de esnobismo o «partido». Siempre le estuve agradecido por tratarme tan bien como lo hizo. Le complacía el hecho de que yo hubiera leído su *Ride to Khiva*, y me contó sobre eso una historia que me divirtió.

A su regreso a Inglaterra después de su famoso viaje, fue invitado a cenar en Windsor para hablar a la reina de sus aventuras. Por supuesto, obedeció la orden, subió al tren en Waterloo y se quedó profundamente dormido. No hizo el cambio en Weybridge, sino que siguió hasta Basingstoke, donde se despertó. Entonces tuvo que convencer al jefe de estación que pusiera un tren especial para llevarlo de regreso a Windsor.

—La cena más agradable de mi vida —fue su humorístico comentario.

Una tarde hablábamos del ejercicio físico y el desarrollo muscular y para mi sorpresa Burnaby era partidario de la moderación.

—Especialmente en la juventud —dijo— podemos excedernos y desarrollar los músculos en perjuicio de la energía vital. No sé cómo decirlo de otra manera —continuó—, pero estoy convencido de que mi desarrollo es excesivo. He visto tipos pequeños que obtienen el amor apasionado de las mujeres, mientras que los grandes atletas jamás son amantes notables.

Habló con amargura y yo lo tomé como una confesión personal, porque había observado la misma verdad. Más tarde, todos supieron que el matrimonio del pobre Burnaby no era feliz. Sin embargo, las

damas romanas e incluso las emperatrices tomaban como amantes a los gladiadores. ¿Por qué?

Burnaby cayó en desgracia de una manera que arroja cierta luz sobre el código aristocrático inglés. Uno de sus colegas oficiales, un capitán, me parece, tenía una intriga con una dama y acostumbraba encontrarse con ella en ciertas habitaciones del Temple. Un día, Burnaby, que iba a encontrarse con Broadley, se cruzó con este oficial en la plaza. Probablemente, habló jocosamente a Broadley del *rencontre*. En todo caso, a la semana siguiente, el *World* —periódico para el cual escribía Broadley— publicó un párrafo donde se advertía al oficial en cuestión que no se dejara sorprender yendo al número… del Temple, porque todos sabían cuál era la atracción.

El oficial convocó una reunión de oficiales del regimiento y acusó a Burnaby de ser el chismoso. Burnaby, básicamente veraz, sólo pudo decir que no recordaba haber mencionado el hecho. Pero se supo que el autor del parágrafo en cuestión había sido Broadley, y en consecuencia el oficial le hizo el vacío a Burnaby. Poco después, cuando el príncipe Eduardo iba a cenar con el regimiento, los oficiales comunicaron a Burnaby que si aparecía, ningún oficial se sentaría a la mesa. Este boicot le llegó a Burnaby al corazón. Antes de irse a servir en el Sudán con la expedición de Wolseley que tenía por objeto salvar a Gordon, Burnaby me invitó a cenar en sus habitaciones. Yo había cenado ya otras muchas veces con él y me gustaba. Comprendía la vida con mucha mayor diversidad que el oficial inglés ordinario; conocía muy bien tres o cuatro literaturas y era muy receptivo a todo lo bello en el arte y en la vida. Además era un excelente compañero. Sabía contar un buen chiste con humor sutil y era esencialmente bueno y generoso. En mi memoria, pongo a Fred Burnaby casi junto a Dick Burton entre los hombres más nobles que he conocido. Después de cenar, me dijo tranquilamente que no tenía intención de regresar vivo.

—Parece gracioso —observó contemplando el espacio— estar condenado a muerte, pero más o menos dentro de un mes habré entrado en el gran «Tal vez», como creo que Danton llamaba al «país incógnito».

Yo argumenté apasionadamente contra su decisión; le dije que su vida y sus logros como gran aventurero contaban más a mis ojos que todo el cuerpo de oficiales.

—Yo daría toda una selva de mediocridades y monos —exclamé— por un solo Burnaby. Por el amor de Dios, repórtese y viva una gran vida hasta su noble final.

—Tal vez no sabe usted cómo me boicotean —dijo.

—Me he enterado de eso por Broadley —repliqué.

Pero también había oído decir que el coronel Ralph Vivían, que era enormemente popular, le había dado la espalda ostensiblemente en Hyde Park unas semanas antes, y hacía meses que había comprendido que Burnaby estaba profundamente herido.

Ahora confesó su pena.

—La vida es un juego más difícil de lo que podemos imaginar en la juventud —comenzó—. ¿Quién hubiera podido tener un comienzo mejor que el mío? Bien nacido, con salud perfecta, gran fuerza, alto ademán, y menos feo que un lobo, como dicen los franceses. Dotado además de un buen cerebro, excelente memoria verbal, y un amor por las aventuras y los viajes; decidido a sacar el mejor partido posible de esas ventajas. Invitado a Windsor a los treinta y cinco años, personaje de la sociedad con una reputación fuera de lo común y la posición de un coronel de la Guardia. Y a los cuarenta años, sin que haya mediado crimen o falta de mi parte, soy un marginado, un delincuente —hablaba con intensa amargura—. No tengo posibilidad de recuperación y estoy peor aún porque el barniz exterior todavía es brillante. ¡Gracias a Dios, sé cómo morir!, y su rostro se transfiguró, iluminado por una resolución inquebrantable y un coraje jubiloso.

—¡No hable así! —exclamé, espantado por el estremecimiento de muerte que se percibía en el aire—. No quiero escucharlo. No es digno de su inteligencia o su cordura. No ha hecho ningún daño intencional —continué—. Su posición es en realidad la de enfrentamiento con la rebelión de vulgares idiotas contra una personalidad, alguien de distinción y merecimientos. Tiene la obligación de vivir, de atravesar todo esto sin prestarle atención. Recuerde lo que dijo Goethe: «Cuando el Rey viaja al extranjero, los perros de la aldea ladran a las patas de su caballo». Déjelos ladrar.

Pero Burnaby se negó a dejarse consolar.

—Si las cosas fueran distintas en casa —dijo suspirando—, podría intentarlo. Pero no. Soy un fracaso, Harris. He caído en desgracia en todas partes, así que «una lucha más, la mejor y la

última», y otra vez la estimación, por suerte.

No tengo reproches que hacerme. Hice todo lo que pude. Discutí, le aseguré que la mejor opinión pública no lo condenaría; le supliqué por el bien de todos los que nos preocupábamos por él que no lo hiciera. Finalmente me interrumpió:

—El dado está echado. Me voy al Sudán a comienzos de la semana próxima. Consideraré lo que me ha dicho y le estoy infinitamente agradecido por decirlo, pero cada hombre, amigo mío, debe «obedecer a sus hados».

Cuando nos despedimos, tenía los ojos llenos de lágrimas y el corazón dolorido. Todo el mundo sabe cuán noblemente dio Burnaby su vida en la batalla de Abou Klea en el Sudán. La arremetida árabe había roto la formación británica y un momento después los derviches hubieran penetrado en las filas, pero el gigante Burnaby se arrojó en la abertura que quedaba frente a sus viejos camaradas, los Azules, y detuvo el torrente. Cuando la formación se reagrupó detrás de él, Burnaby seguía luchando, aunque sangraba por doce heridas, hasta que cayó con una flecha árabe atravesándole la garganta. Había salvado mil vidas y transformado el desastre en victoria. Bennett Burleigh, el famoso corresponsal de guerra del *Telegraph*, me escribió después que Burnaby había salvado «nuestras vidas».

Cuando supe su heroica muerte, lloré como un niño y después me pregunté si sus compañeros oficiales seguirían estando orgullosos de su estúpido boicot. Para mí, el héroe del Sudán fue el querido Fred Burnaby y no Charles Gordon.

Nunca me interesó demasiado el «Chino» Gordon, tal vez porque era tan alabado, porque estaba tan inmerso en la adulación barata de los que ni siquiera lo conocían de vista. Fui a entrevistarlo para el *Evening news* cuando acudió desde Bruselas al llamado de Gladstone y estaba a punto de partir para el Sudán a liberar las guarniciones sitiadas por las fuerzas del Mahdi. Quizás porque no esperaba mucho, obtuve poco o nada de él. Según Stead, de la *Pall Mall Gazette*, era «un héroe cristiano… el guerrero de Cristo», una blasfema contradicción de términos sólo posible en Inglaterra o América. Charles Gordon era poco inglés sólo en un aspecto: no había en él absolutamente ninguna parcialidad; era simple y sincero hasta la transparencia. Además era apuesto, con una frente notable,

alta y ancha. Pero yo desconfiaba de las frentes despejadas, porque mi experiencia casi justificaba el refrán alemán:

Gross Stirn
Wenig Gehim [53].

aunque el elogio de Victor Hugo nos influencia a todos. Hugo decía muy bellamente que una frente amplia tenía con mucho el mismo efecto que la expansión del cielo ante un paisaje.

Indudablemente, no comprendí a Gordon. Cuando le pregunté por qué había renunciado a su propósito de ir al Congo para ir en cambio a Kartoun, sonrió diciendo que la situación del Sudán era más urgente. Iría más tarde al Congo, agregó, si era la voluntad de Dios. Creí comprender que se consideraba un instrumento en las manos de Dios para hacer lo que se requiriera de él. Su creencia fatalista me parecía infantil, el resultado del éxito y muchas alabanzas en un cerebro pobre. Su presunción o, si se quiere, su fe, estaban más allá de la razón. No tenía intuición de los hombres o sucesos. Tan pronto como llegó a Kartoun, sorprendió a Baring y escandalizó a Gladstone solicitando que su viejo enemigo, Zebehr Pasha, notorio traficante de esclavos, fuera enviado desde El Cairo para ayudarlo. Ahora bien, algunos recordábamos que Suleiman, el hijo de Zebehr Pasha, organizó en 1879 una rebelión en Darfour contra Gordon y su teniente, Gessi. Gessi derrotó a Suleiman en una batalla, lo tomó prisionero y después lo hizo ejecutar a sangre fría. La opinión de Baring era que Zebehr procuraría dañar a Gordon y como el prejuicio de Gladstone contra el tráfico de esclavos era insuperable, le negaron a Zebehr.

Como para burlarse de su fe en la providencia, los acontecimientos se pusieron desde el principio en contra de Gordon. Apenas había llegado a Kartoun cuando el lugarteniente del Mahdi (quien había prometido liberar a su pueblo de los opresores), Osman Digna, tomó por asalto Sinkat y pasó por la espada no sólo a la guarnición egipcia, sino a todo hombre, mujer y niño que había en el lugar. No tiene nada de sorprendente que la guarnición de Tokar estableciera una amistad con sus salvajes enemigos y se rindiera con condiciones, pasándose muchos al enemigo. Entonces quedó amenazada Kartoun y la Inglaterra cristiana obligó a Gladstone a enviar una expedición militar para salvar al salvador.

Por supuesto, fue el general Wolseley quien condujo las fuerzas británicas y decidió —supongo que en recuerdo de su expedición del Río Rojo— subir por el Nilo en lugar de tomar el atajo por Suakin y Berebere. Toda esta estúpida tragicomedia me hizo ver como en un relámpago iluminador la inenarrable estupidez del gobierno de la democracia, que en la actualidad significa el gobierno en manos de una prensa mal informada y una gritona minoría sentimental.

Sin embargo, en medio del griterío se oyó de pronto la voz de un verdadero hombre. Una mañana, *The Times* publicó una carta del Mahdi, si mal no recuerdo, al gobierno inglés. Estaba sorprendentemente bien escrita y traducida en el mejor inglés bíblico. Lamento decir que no la tengo en mi poder, pero hizo en mí una impresión indeleble y me pareció el mayor documento publicado en mi época, superior incluso a la carta que publicó Parnell cuando Gladstone le echó encima el caso de divorcio
O’Shea
. El Mahdi preguntaba al inglés por qué iban contra él la caballería, la infantería y la artillería. ¿Acaso no sabían que si ellos trabajaban con Dios para cumplir Sus altos propósitos, una fuerza pequeña sería invencible? Mientras que si su objetivo era egoísta y cruel, ninguna fuerza sería suficiente. Dígame lo que desea, decía en resumen, y si es correcto y justo, no tendrá dificultades: por otro lado, si su propósito fuera inconfesable y maligno, está usted arando en la arena. Dirigida en realidad a Gladstone, el lenguaje del llamamiento era irresistiblemente cómico: la vieja retórica cristiana encajada en un petardo de su propia manufactura.

Durante todo el verano, Inglaterra siguió con ansiedad la expedición por el Nilo. Finalmente, en diciembre, después de la victoria de Abou Klea, se decidió el ataque de Kartoun. Como para demostrar la absoluta vacuidad de su juicio, Gordon envió el 29 de diciembre un mensaje diciendo que «Kartoun estaba bien y podía resistir durante años». Pero Wolseley tenía una idea más clara y a comienzos de enero sir Charles Wilson arremetió contra Kartoun. Descubrió que la ciudad ya había caído y que las fuerzas del Mahdi disparaban desde sus muros. «Gordon prisionero», fue el primer informe. Y después llegó la verdad. Al escuchar el ruido de la entrada del Mahdi, Gordon salió de su palacio con la espada

desenvainada y allí, en la entrada, fue apuñalado hasta morir. De modo que la costosa expedición resultaba un fiasco. ¿Tenían que regresar las fuerzas y dejarle el Sudán al traficante de esclavos y al Mahdi? Gladstone deseaba hacerlo, pero la Inglaterra aristocrática no podía aceptar la derrota con tanta facilidad.

Tan pronto como Wolseley regresó a Inglaterra, decidí verlo, y me interesó descubrir que su visión de los hombres y los acontecimientos no era muy distinta de la mía. Para mí, Wolseley fue siempre un «peso ligero»: no tenía una personalidad poderosa ni profundidad de intuición. Era un caballero inglés del montón, con mucha experiencia. Mediante el roce con hombres más capaces que él, había obtenido una especie de *flair* de mujer inteligente para captar lo que le pasaba por encima de la cabeza. Eminentemente amable y justo, con una ambición totalmente desproporcionada a su capacidad. Todo esto y más se hizo evidente en algunas historias que me contó. Yo le había estado preguntando por el coraje y me sorprendió al decirme que un ejército de voluntarios era siempre mejor que uno de reclutas.

—Con toda seguridad —agregó— uno de cada tres reclutas es un cobarde y esa minoría puede producir un desastre en cualquier momento.

No sé cómo, pero me convenció. Luego pasamos a hablar de Gordon, como solía suceder en toda conversación de la época.

—Oh, sabe —comenzó—. Gordon y yo estuvimos juntos en Crimea todos los días, uno junto al otro en la trinchera frente al Redan.

—¿De veras? —exclamé—. ¡Debe haber sido interesante!

—Muy interesante —continuó— y una lección objetiva sobre ese coraje del que hablábamos. Hacia el final, la trinchera estaba a unas ochenta yardas de las murallas del fuerte y era tan poco profunda y lodosa que no ofrecía demasiada protección. Todas las tardes, a las seis, dejábamos de trabajar y llegaba el otro turno. Gerald Graham, ahora general Sir Gerald Graham, era el hombre más valeroso que he conocido. Seis pies de altura y muy apuesto. Todos los días, cuando llegaba la hora, Graham acostumbraba ponerse de pie con las manos en los bolsillos y volver con paso indolente hacia su alojamiento. Pronto los rusos observaron esto y se reunieron en la tronera más cercana para pegar un buen tiro al enorme inglés. La

suerte quiso que fracasaran siempre. Yo me enfrenté con él una y otra vez.

—Es sólo una cuestión de tiempo, Graham —dije— y te darán. Por el amor de Dios, no seas botarate.

Pero él siguió transformándose en diana todos los días durante semanas y le aseguro que, después de unos diez días, comenzó a ser milagroso que escapara, porque varios cientos de rusos solían dispararle y las balas zumbaban como abejas.

—¿No lo imitó usted? —pregunté riendo.

—Por supuesto que no —contestó Wolseley muy seriamente—. Ya en esa época tenía intención de ser comandante en jefe del ejército británico, si podía arreglarmelas, de modo que todas las tardes me arrastraba sobre el vientre en la trinchera mojada unas doscientas yardas, hasta quedar fuera del alcance de los tiros. Me creía demasiado valioso como para transformarme en blanco.

—¿Y Gordon? —pregunté—. Era su subalterno. ¿Cómo actuaba él?

—En esa época ninguno de nosotros entendía a Gordon —contestó Wolseley—. Una tarde se ponía de pie, impertérrito, le daba el brazo a Graham y partía con él como si el tirador ruso más próximo estuviera a mil millas de distancia. Poco a poco empecé a comprender que con Gordon todo era cuestión de cómo le iba en sus plegarias. Si Dios le había concedido algún sino de aprobación, salía caminando con Graham con total despreocupación; si, por lo contrario, quedaba en dudas con respecto a la guía divina, se arrastraba por el barro más abajo aún y más lejos de lo que yo consideraba necesario. Gordon era un pescado raro, pero Graham era el más valiente de todos. Recuerdo que después, durante la guerra china —continuó Wolseley—, encontré por casualidad a Graham. Una noche vi en medio de la niebla un hombre grande, a caballo, y me acerqué a él para preguntarle algo. Cuando llegué a su lado, resultó que era Graham y en mi alegría le palmeé el muslo mientras le hacía mi pregunta. «Está muy bien, me contestó, pero por favor no me palmees ese muslo. Tengo una bala ahí», y cuando me miré la mano, estaba enrojecida. Graham no prestaba más atención a las heridas que a la muerte. Ya sabe usted que recibió la cruz de Victoria. Yo he tratado de conseguirla una y otra vez, pero no tuve suerte. La vida no satisface todos nuestros deseos.

¡Para mi estupefacción, estaba decepcionado! ¡Imaginen un jefe del ejército deseando la cruz de Victoria!

Wolseley era un hombre interesante, aunque creo que estas historias sobre Gordon y Graham fueron lo mejor que me contó. Sin embargo, había llevado una vida llena de vicisitudes y sus recuerdos sobre la guerra civil americana me fascinaron y tendré que relatarlos después, porque explican por qué trabajé para hacer que lo nombraran comandante en jefe del ejército, coronando su ambición. Durante muchos años, nos encontramos ocasionalmente y cenamos juntos media docena de veces por temporada, y siempre fue un anfitrión excelente. Y tal vez a él lo divirtieron mis historias de cuatreros tanto como a mí sus recuerdos de Stonewall Jackson y Robert E. Lee.

Fue mucho más tarde, en casa de Wolseley, ya nombrado él *Ranger* en Woolwich (una Academia Militar), cuando hice una pequeña broma que ha sido atribuida a otros. Alfred Austin acababa de ser nombrado Poeta Laureado por lord Salisbury, aunque era tan poeta como una mosca doméstica. Sin embargo, tenía otros méritos. Durante años había estado escribiendo los editoriales del «Standard» y elogiando a lord Salisbury sin tasa ni medida. En consecuencia, cuando murió lord Tennyson, lord Salisbury lo señaló para ocupar su puesto. «Después de Alfredo el Grande, Alfredo el Pequeño», declaró un ingenio anónimo. Por supuesto, lord Salisbury hubiera debido nombrar a Swinburne o a cualquiera de la media docena de poetas más grandes que esta criatura, pero no. Nombró a su panegirista… un desdichado ultraje a la poesía inglesa cuya gravedad era incapaz de comprender.

Yo había visto muchas veces a Austin y mi opinión sobre él era que se trataba de un simple periodista y arribista sin talento ni personalidad, pero esa noche, cuando nos encontramos en casa de Wolseley, me trató con marcada condescendencia.

—Conocí al señor Harris —dijo— cuando era simplemente editor del *Evening news*.

Su tono era tan pomposo, que yo contesté:

—Me entero ahora de que escribe usted tan buena poesía como prosa. ¿A qué se dedicará en el futuro?

—Bueno, ahora —contestó—, debo escribir cierta cantidad de poesía.

—¿Por qué? —pregunté, fingiendo ignorancia.

—Oh, para mantener a los lobos alejados de la puerta —contestó sonriendo.

—Ya veo —respondí—. Ya veo, muy bien. Lee usted su poesía a los lobos, ¿eh?

Después de esto, Austin me evitó, pero la frase me agradó inmensamente, tal vez porque, por lo general, yo solía ser poco ingenioso.

Recuerdos de John Ruskin

Nunca en mi vida conocí a nadie cuya apariencia exterior me decepcionara más que la de Ruskin. Hasta que lo vi, siempre había creído que un hombre de gran capacidad siempre manifiesta su genio a través de uno u otro rasgo, pero no pude encontrar en Ruskin nada que sugiriera, en su rostro o en su cuerpo, un talento fuera de lo común. Su apariencia no era ni siquiera agradable. Parecía apergaminado y encogido. Aunque su altura era tal vez de cinco pies y ocho o nueve pulgadas, era delgado hasta la fragilidad y encorvado. Pese a una nariz prominente, en forma de pico, su rostro era pequeño, huesudo y arrugado. El cabello gris, que debía haber sido rojo alguna vez, estaba cuidadosamente achatado a cepillo. La barba y las patillas eran grises también y ralas. Los ojos eran brillantes, ya rápidos, ya reflexivos bajo las cejas espesas y salientes. La alta nariz aquilina, de pájaro, quedaba destacada por un mentón algo huidizo. Parecía un ave vieja y desdichada, y nada en su rostro o su cuerpo era impresionante o atractivo. Hasta sus ropas eran anticuadas. Usaba una levita azul oscura y una corbata azul muy pequeña. Sus modales eran tímidos, cohibidos, inseguros. Yo quedé decepcionado hasta el punto de dudar de su capacidad. Pero tan pronto como se entusiasmó con lo que decía, su voz me arrastró. Era una voz delgada, de tenor, irresistiblemente patética. A veces gemía y otras veces maldecía, pero siempre era intensa. Su alma estaba en esa voz singular, musical, con su noble retórica y su atractivo moral apasionado.

Por supuesto, antes de conocerlo ya sabía mucho sobre él. Sabía que había sido gran amigo de Carlyle, que era tal vez el más extraordinario maestro de la prosa poética inglesa desde Sir Thomas Browne.

Creo que la primera vez que lo vi fue en Piccadilly, en casa de la baronesa Burdett Coutts. En todo caso, fuera donde fuere, quien me presentó le había dicho a Ruskin que yo había sido gran admirador de Carlyle y que este había dicho que esperaba de mí cosas

importantes. Esta recomendación de Carlyle influyó evidentemente en Ruskin, quien desde el principio me trató con halagadora amabilidad.

Según su deseo, fui a visitarlo, oreo que en el hotel Morley de Trafalgar Square. Me parece que fue en 1886, pero puede haber sido el año anterior o el posterior. Tengo sólo un recuerdo desarticulado de nuestras charlas. Al comienzo hablamos de Carlyle y descubrí que era un admirador por lo menos tan entusiasta como yo mismo. En la primera pausa que se produjo en nuestra conversación, le dije que lo que había escrito sobre la iglesia de Calais era para mí tal vez el mejor fragmento descriptivo en lengua inglesa, superior incluso a la descripción hecha por Carlyle del escenario antes de la batalla de Dunbar.

—Siempre he deseado saber —confesé— cómo logró usted tan temprano semejante maestría estilística.

—Los poetas y los escritores de imaginación son con frecuencia precoces, ¿no le parece? —comenzó con una cortesía encantadora, poniéndome en seguida a su misma altura, pese a la diferencia de edad y posición que había entre nosotros.

Hablamos de eso durante un rato, pero de pronto dijo algo que me sorprendió.

—Supongo que fui precoz en muchos sentidos —dijo—. Recuerdo que estaba locamente enamorado antes de los quince años.

Como yo sabía que estaba divorciado de su esposa, quien había declarado que el matrimonio nunca se había consumado, esto me dejó estupefacto.

—¿De veras? —pregunté—. ¿Y de quién?

—Una de las chicas Domecq… las hijas del socio español de mi padre en su negocio de vinos —explicó—. Las conocí a todas en París cuando tenía catorce años. «Una cruz del sur de estrellas inconcebibles». Así las llamé y me enamoré de Adela, que era una rubia algo mayor que yo. Dos o tres años más tarde nos visitaron en Herne Hill y recuerdo que a los dieciocho años escribí versos sobre «su gracia, su gloria y su sonrisa», pero cuando le confesé a mi padre que deseaba casarme con ella, me desalentó de inmediato. «Tu madre jamás consentiría, John, me dijo, ¡es una católica romana!». Yo amaba a mi madre y además en esa época era

bastante religioso, aunque no tanto como para eso. Sin embargo, pronto se arregló todo porque la vida tiene su manera de arreglar las cosas. En 1839, Adela volvió a visitarnos en Herne Hill, cuando yo tenía veinte años, pero no me dio esperanzas. En realidad, creo que ni siquiera me tomaba en serio. Simplemente, la divertía y la halagaba mi devoción. Se casó al año siguiente, en 1840, y así fue como salió de mi vida. Eso afectó mi salud. Estuve delicado durante algunos años.

Ruskin me dio la impresión de ser una naturaleza dulce y muy afectuosa. Cada vez que nos encontrábamos, me estrechaba la mano con gran intensidad de sentimiento. Al mismo tiempo, había en él una especie de debilidad melancólica, como la de aquellos cuya vida está llena de pesares. Y como es natural yo estaba ansioso por saber la verdad sobre su matrimonio. Ya había notado que si lo dejaba hablar, pronto comenzaba a hablar de sí mismo, diciendo cosas que tenían gran interés para mí. Todo lo que tenía que hacer era demostrar admiración y sorprenderlo con una pregunta y pronto se volvía reminiscente y personal… patéticamente ansioso, me pareció, por justificarse y relevarse.

Creo que habíamos estado hablando del profundo amor de Carlyle por su esposa, cuando de pronto Ruskin me dijo, sin que viniera al caso, que él jamás había estado enamorado de su esposa, la señorita Gray. Dijo que, cuando él tenía unos veintiocho años, ella había ido a visitarlos en Denmark Hill. Su madre (la de Ruskin) deseaba esa unión y ella (la señorita Gray) era muy agradable y gentil, de modo que me casé con ella en abril del 48. Para entonces, yo había perdido ya casi toda mi fe religiosa. Fui con mi esposa a Normandía y empecé *The Seven Lamps of Arquitecture*. Cuando tenía algo más de treinta años, fuimos a vivir en Park Street y conocí a Carlyle y a otro de sus amigos, Coventry Patmore y a los prerafaelistas. En 1853 fuimos a Escocia con Millais [54] y este pintó mi retrato. Fue allí donde descubrí que mi esposa amaba a Millais. Una mañana fui a su estudio y abrí silenciosamente la puerta, sin la menor sospecha… allí estaban, sobre el sofá, uno en brazos del otro. Quedé sorprendido e involuntariamente retrocedí, cerrando la puerta. ¿Qué iba a hacer? Estaba un poco conmocionado, pero nunca la había amado, de modo que no hubo dolor. Estaba simplemente sorprendido, pero tenía que pensar en mi dignidad.

Resolví simplemente ser más ceremonioso de lo que había sido hasta entonces.

Yo debo haber demostrado mi estupefacción, y Ruskin debe haberla percibido porque comenzó a explicarse.

—No quería romper con él. Pensé que no tenía derecho. Mi retrato no estaba terminado y yo quería que lo terminase. Pensaba que podía ser uno de los grandes retratos del mundo, pero además deseaba mantener mi dignidad.

Apenas pude evitar una sonrisa. ¿Qué tenía que ver la dignidad con todo eso? Pero Ruskin continuó.

—Mi opinión sobre él, que todavía mantengo, era que se trataba de un gran maestro, de modo que me limité a ser escrupulosamente cortés hasta que el retrato estuvo terminado y se fue. Estoy seguro de que percibió la diferencia de mis modales. Yo era muy frío y reservado y él no tan dicharachero como antes, o tan jovial. Poco después, mi esposa me dejó y pidió el divorcio. Por supuesto, no me defendí. No tenía interés. Un año después, en 1854, ella obtuvo su libertad y se casó con Millais. Estoy bastante orgulloso del hecho de que incluso después de esto, escribí elogiosamente sobre el genio pictórico de Millais. ¡Personalmente, jamás me tocaron, jamás estuvieron cerca de mí!

No recuerdo cómo hice para que recomenzara, pero creo que le pregunté cómo había llegado a admirar a Turner tan temprano.

—Siempre supe mucho sobre pintura —dijo—, y creo que fui el primero en percibir la verdadera grandeza de Turner. Antes de los veintitrés años, había comprado muchos de sus trabajos. Ya sabe que a los veinticuatro años publiqué el primer volumen de *Modem Painters*. Cuando Turner murió y dejó sus pinturas a la nación, fui a verlas y las encontré todavía en sus cajas en los sótanos de la National Gallery, inapreciadas, al parecer… prácticamente descuidadas. Por lo tanto escribí a lord Palmerston, creo, que era primer ministro, diciéndole que me sentiría muy orgulloso si se me permitía poner en orden los trabajos de Turner. Me puso en comunicación con los fideicomisarios y fui designado para esta tarea, y durante todo el año 57 y la mitad del 58 trabajé clasificando las pinturas de Turner, poniéndolas en orden y montando las acuarelas. Entonces recibí uno de los golpes más fuertes de mi vida. Siempre había creído que lo bueno, lo puro y lo

bello eran una sola cosa, manifestación diversa de lo Divino. Una y otra vez había asociado la belleza del color en la pintura con la santidad de la vida. Por supuesto, sabía que la regla no era invariable. Se suponía que el Ticiano había llevado una vida de relajación. Incluso se habla de él en relación con su hija, pero a mí eso me parecía demencial, una simple leyenda que no había que considerar. Siempre había acariciado la convicción de que la Bondad, la Sabiduría, la Pureza y la Verdad iban juntas con el talento, y Turner era mi héroe. Un día —creo que fue en el año 57—, encontré un portafolios lleno con multitud de pinturas de Turner de la especie más vergonzosa, las partes pudendas de las mujeres, totalmente inexcusables y para mí inexplicables. Me puse a trabajar para saberlo todo y descubrí que mi héroe acostumbraba salir los viernes de su casa de Chelsea para ir a Wapping, donde se quedaba hasta el lunes por la mañana con las mujeres de los marineros, pintándolas en distintas posturas de abandono. ¡Qué vida! ¡Y qué peso arrojó sobre sí! ¿Qué iba a hacer? Durante semanas, dudé y me sentí desdichado, aunque una y otra vez me comunicaba con los más altos niveles, hasta que de pronto fui iluminado por la idea de que tal vez había sido elegido como el único hombre capaz de llegar a una gran decisión sobre este asunto. Tomé los centenares de esbozos y pinturas escrofulosas y los quemé allí mismo, a todos. ¿No le parece que hice bien? Estoy orgulloso de ello, orgulloso… —y su labio inferior se montó sobre el superior, produciendo un curioso efecto de resolución obstinada.

Me pareció la confesión más extraordinaria que me habían hecho. Recuerdo que me impidió visitar a Ruskin durante muchos días. En realidad, la siguiente vez que nos vimos fue porque él vino a visitarme a mi casita de Kensington Gore, frente al parque. Yo me mantuve alejado del asunto Turner. Estaba seguro de que nos pelearíamos por eso, o más bien que lo ofendería como había ofendido a otros amigos con lo que me parecía la verdad más evidente. ¿Qué derecho podía tener a destruir el trabajo de otro hombre, para no hablar del trabajo de alguien a quien él consideraba un genio celestial? De modo que hablé de Carlyle y su enseñanza.

Admitió que había sido Carlyle quien lo había hecho socialista aunque:

—Yo ya estaba en el camino —agregó, con una gran sonrisa—. Una vez descubrí, sabe, que Jenofonte, cuatrocientos años antes de la llegada de Cristo, había hablado de los «hombres vulgares del comercio, que estaban siempre pensando cómo podían comprar más barato y vender más caro». ¡El Evangelio moderno!, —agregó, en tono de desdén triunfante—. Adecuado solamente para la «gente común».

—¿Cuál cree usted que es su mejor trabajo? —le pregunté una vez a Ruskin—. ¿Las revelaciones del arte y la belleza natural o sus libros sociológicos?

—Forman un todo —replicó, sacando el labio inferior, perdido en sus pensamientos—, pero la mayor parte de la gente parece preferir mi *Fors*… *Fors Clavigera*, quiero decir. ¿Sabe —agregó alegremente— que fue Carlyle quien bautizó mi *Fors Clavigera* de «Fors Clavivinegar[55]»?

¡Por supuesto, reí con él, pero el chiste me pareció pobre!

Recuerdo que de vez en cuando Ruskin venía a pasar la velada conmigo en Kensington Gore, pero venía con mayor frecuencia a almorzar, porque después podíamos charlar y yo lo llevaba de regreso a su hotel.

Recuerdo que un día le dije que me parecía extraordinario que hubiera alcanzado sin pasión semejante emoción de estilo.

Se volvió hacia mí en seguida.

—¿Por qué dice eso? Más de una vez he amado apasionadamente. Si me hubiera casado con Adela, el matrimonio se hubiera consumado, se lo aseguro. Pero mucho después, cuando tenía más de cuarenta años, me enamoré, ¡oh!, me enamoré y fui consumido como en un fuego. ¡El amor, el amor ha sido mi ruina! —agregó con voz triste.

—¿De veras? —inquirí con verdadera sorpresa—. ¿Querría hablarme de eso?

Después de una larga pausa, me contó cómo había ido a Irlanda a visitar a una tal señora Latouche y cómo Rosie, su hijita de doce años, bajó por la tarde a saludarlo, como un hada vestida con una pequeña bata rosada.

—Era sólo una niña, pero aún así era tan prudente y reflexiva, y yo tenía cuarenta y dos años. Cuando cumplió diecisiete años, vino a Londres con su madre y pasé maravillosas semanas con ella en

Denmark Hill. Ella lo llamaba el Edén. Nos veíamos con frecuencia, en especial en casa de lady Mount Temple, en Bradlands. Fue el año en que le dije que la amaba, y con sus profundos ojos en los míos, me pidió que esperara hasta que ella tuviera la edad adecuada. «Sólo tres años más», dijo. Por supuesto, hablé con su madre, pero ella pareció desagradada y muy reacia. Cuando Rosie tenía alrededor de veinte años, se sintió muy desdichada por mi falta de fe. Publicó un librillo de poemas, *Clouds and Light*. Era una cristiana ferviente, que creía en la palabra del Maestro. Creo que fue ese mismo año cuando pasó a mi lado sin saludarme, como una vez lo hizo Beatriz con Dante.

Había una emoción intensa en su voz aflautada, algo desvalido y solitario en su actitud, en los labios temblorosos y las manos flojas, como alguien que ha sido irremediablemente derrotado, que me hizo doler el corazón mientras lo escuchaba.

—Mi incredulidad me hizo un daño infinito con ella, aflojó el lazo espiritual que había entre nosotros, pero más tarde supe cuál había sido la verdadera causa de nuestra separación. Su padre —(creo que fue esto lo que dijo Ruskin)— la trajo a Londres y la llevó a conocer a la señora (más tarde lady) Millais. Sin duda, mi primera esposa le habló de mi ascetismo o abstinencia, porque, cuando media hora más tarde, mi amada bajó las escaleras y su padre le preguntó si comprendía su resistencia a aceptar nuestro matrimonio, dijo: «Comprendo que hay gente para la cual el cuerpo lo es todo y el alma nada. Por favor, no hables de eso. ¡No quiero volver a pensar en ello!». ¡Pobre querida mía! ¡Rosa de mi vida!

Mis notas sobre esta escena son fragmentarias, simples palabras sueltas, lo que sólo puede explicarse por el hecho de que yo creía que nunca olvidaría lo que dijo. Pero ¡ay!, las palabras se han ido y sólo puedo traducir, por decirlo así, mis vagas impresiones en palabras. No estoy seguro de nada, pero me parece, por lo que puedo recordar, que también me dijo que durante su última enfermedad le habían permitido ver a Rosie Latouche y que durante una noche única tuvo a su amor entre sus brazos antes de que muriera. ¿O fue que lo deseaba tan intensamente que lo formuló como un deseo? No estoy seguro y tampoco es muy importante.

Pero sí estoy seguro de lo siguiente. De pronto, se puso de pie gritando:

—¡Allí está! ¿No ve usted al diablo? —y atravesó velozmente la habitación—. ¡El gato! —e hizo como si agarrara un gato—. ¡Abra la ventana! —gritó, y yo abrí la ventana, él se acercó y pareció arrojar algo por ella.

—El Diablo —exclamó, jadeando—. El Malo ha venido a tentarme. Lo ha visto, ¿no es cierto?

—Vi que pareció arrojar algo por la ventana —fue todo lo que pude contestar—. Pero ahora se ha ido —agregué, esperando apaciguar su excitación desmesurada.

—No me encuentro bien —dijo de pronto—. Pensar en mi espantosa pérdida y en la muerte de mi amor siempre entonces, he estado enfermo pensando en cómo la perdí me destroza. No debo pensar en eso, no me atrevo. Desde entonces, he estado enfermo pensando en cómo perdí mi amor. Tuve un ataque de fiebre cerebral en el 78 y otro en el 81 y otro el año pasado y una y otra vez. Me estoy volviendo viejo y débil. Discúlpeme si desvarío.

Me recordó a Lear.

Su rostro estaba gris y agotado. Me llenó de inexpresable piedad. ¡Qué tragedia espantosa, inmerecida! Lo saqué a la calle como si hubiese sido un niño y lo llevé de regreso a su hotel. Las lágrimas corrían por sus mejillas enjutas y temblorosas.

Nunca había visto un rostro más triste, excepto el de Carlyle.

Una vez le pregunté si podía conseguir los poemas de la señorita Latouche y me dijo que me dejaría ver su ejemplar. El mejor poema que él le había escrito, dijo, comenzaba diciendo «Rosa, Rosa, arra Rosa», y me pregunté si lo había copiado del poema alemán:

Roslein, Roslein. Roslein rot
Roslein auf der Helde[56].

aunque él no sabía alemán. Hablaba con inexpresable ternura del hecho de que Rosie acostumbraba a llamarlo «San Crisóstomo» o «San Bollo», y siempre llevaba en el bolsillo superior la primera carta que ella le había escrito, entre dos finas láminas de oro.

Ruskin admitió, y de hecho subrayó, el hecho de que había perdido toda fe en lo que llamaba burlonamente «El Cielo del joyero judío», pero al mismo tiempo declaraba reiterativamente que había algo de lo que estaba seguro y era de que el espíritu de Rosie se le presentaba con frecuencia como un «Ángel compasivo» y de que ella

era «muy, muy feliz».

Recuerdo que una vez lo interrogué sobre el camino a Hinksey, el famoso camino que había comenzado a hacer trazar en Oxford a los estudiantes. Lo defendió, diciendo que a las clases altas les venía bien un poco de trabajo.

—El trabajo manual es bueno para todos, incluido Gladstone —agregó riendo, pero no parecía demasiado interesado en el camino. Toynbee era uno de sus capataces, y Alfred Milner solía trabajar en el camino y a Oscar Wilde le gustaba reírse de él. Creo que fue por boca de Oscar que escuché el epigrama de Ruskin sobre Nápoles, cuando hablábamos de sus clases. Dijo que la ciudad era una combinación de «el vicio de París, la miseria de Dublín y la vulgaridad de New York». Pero Ruskin jamás había visto New York y no sabía nada de ella, de la misma manera que tampoco sabía nada del vicio de París. Lo que mejor le sentaba era hablar de las virtudes.

Nunca escuché una clase de Ruskin, pero él mismo me dijo que después de cierta práctica acostumbraba a confiar en su inspiración, excepto en lo referido a las primeras palabras y a las últimas, que solía escribir y aprenderse de memoria.

—A veces he omitido el resumen —agregó—, sólo para desilusionar a la estúpida audiencia.

Desde todos los puntos de vista posibles, lo seguro es que Ruskin tenía la más extraordinaria influencia en la universidad. Por extraño que parezca, fue en una de mis primeras cenas con Cecil Rhodes cuando obtuve la amplia confirmación de esto. Yo sabía que todos, incluso los profesores más antiguos, asistían a las conferencias de Ruskin; sabía también que los hombres más jóvenes se conmovían profundamente con su idealismo apasionado y su fervor patriótico. Pero fue Rhodes quien me hizo comprender el alcance del extraordinario talento de Ruskin. La retórica de su clase inaugural nos permite juzgarlo.

> Ahora hay para nosotros un destino posible de aceptar o rechazar, el más alto del que haya dispuesto una nación. Nuestra estirpe todavía no ha degenerado. Una estirpe que es una mezcla de la mejor sangre del norte. Todavía no somos disolutos y seguimos poseyendo la firmeza para gobernar y la gracia para obedecer… ¿Haréis vosotros, jóvenes de Inglaterra, que vuestro país vuelva a ser un real trono de

> reyes, una isla con cetro, fuente de luz para todo el mundo, y centro de paz, dueña del conocimiento y las artes, fiel guardiana de principios sancionados por el tiempo, más allá de la tentación por los experimentos y los deseos licenciosos, y entre los celos crueles y clamorosos de las naciones, la adoraréis en su extraño capital de buena voluntad hacia los hombres?

No es difícil imaginar el efecto de esta noble retórica sobre espíritus jóvenes y entusiastas. Aunque a los profesores jamás se los aplaudía, a Ruskin lo aplaudían siempre cuando entraba. Y a veces el sentimiento que provocaba era tan intenso, que mientras él doblaba sus papeles y salía, los estudiantes permanecían sentados y mudos, con tas cabezas bajas y los ojos humedecidos.

Por supuesto, era su imperialismo el que lo hacía especialmente querido para Rhodes. Parecía estar hecho especialmente para él.

> Esto es lo que Inglaterra debe hacer si no quiere morir: debe encontrar colonias tan pronto y tan lejos como pueda, formadas por sus hombres más enérgicos y capaces; debe echar mano de toda parcela de fructífera tierra abandonada sobre la cual pueda poner el pie y enseñar allí a sus colonos que su principal virtud es la fidelidad a su país y su primer objetivo es fomentar el poderío de Inglaterra por tierra y por mar… Ustedes piensan que esto es imposible. Que así sea. Rehúsen aceptarlo, si así lo desean, pero vean que en este paso son ustedes los que moldean su ideal. Todo lo que pido de ustedes es que tengan una intención fija con respecto al país y a ustedes mismos, por restringido que sea, en la medida en que sea firme y generosa.

Después de la muerte de Rhodes, se encontró entre sus papeles una nota de su puño y letra que demuestra claramente lo que habían significado para él las palabras de Ruskin.

> Tenéis muchos instintos, religiones, amores, formas de hacer dinero, ambiciones, arte y creación que desde un punto de vista humano considero las mejores, pero si no estáis de acuerdo conmigo, reflexionad y trabajad con toda el alma a favor de ese instinto que consideráis el mejor. C. J. Rhodes.

Fue Ruskin más que cualquier otro quien creó al constructor del imperio y dio forma y sentido a la ambición de Rhodes.

Como Rhodes no estaba totalmente satisfecho con el patriotismo

inglés, eligió las últimas palabras de Ruskin como las más importantes, Rhodes había sido modificado por los Boers como yo lo fui por los americanos. Me dijo con frecuencia que jamás podría excluir a los Boers si tuviera la posibilidad de formar un imperio africano.

Como patriota, Ruskin es admirable, pero yo prefiero algunas de sus descripciones de la belleza natural, en especial lo que dice de las montañas suizas[57].

Es de justicia observar que Ruskin vivió su idealismo antes de expresarlo retóricamente. Era un hombre de una pieza y franco hasta la transparencia. Tenía un gran amor a Oxford y yo había visto en algún sitio que había renunciado a su Profesorado de Bellas Artes porque sentía que estaba envejeciendo.

—Debe haber sido doloroso para usted —le dije un día— sentirse demasiado débil como para continuar con sus famosas clases en Oxford.

—¡Demasiado débil! —repitió burlonamente—. La debilidad no tiene nada que ver con esto. La habitación en la cual hablaba estaba siempre llena de gente y tenía muchos inconvenientes. Por ejemplo, no estaba bien iluminada, de modo que pedí a las autoridades que me proporcionaran un auditorio decente para las clases de arte que tanto deberían significar para una universidad. Me contestaron que debían dinero y allí quedó el asunto. ¡Sin embargo, al día siguiente destinaron 10 000 libras para la construcción de un laboratorio para el doctor Burton Sanderson, que este iba a utilizar en sus experimentos con animales vivos, y 2000 libras más para dotar de los instrumentos necesarios a esta antecámara del Infierno! ¡La universidad de Oxford, demasiado pobre como para dar nada a ese amor por la belleza que tanto hace por redimir este mundo sórdido, era capaz de permitir la vivisección y de proveer de miles de instrumentos de tortura infernal! Mi opción era clara. Renuncié a mi cátedra como protesta y le escribí al Rector pidiéndole que leyera mi carta y dando las razones de mi renuncia. Pero el Rector no me hizo el honor de contestarme o de leer públicamente mi carta, como yo había solicitado. Y cuando le escribí al editor del periódico de la universidad, indignado, se limitó a suprimir la carta. ¡Y así triunfó esa conspiración de silencio y la prensa de Londres anunció que yo había renunciado debido a la «edad avanzada»!

¡Oxford prefería los gritos de pobres criaturas agonizantes a cualquier cosa que yo pudiera decir sobre lo bueno, lo hermoso y lo verdadero! Esto me demostró qué poco valgo para los hombres. Tal vez mi vanidad necesita esta lección —agregó, suspirando— pero lamenté ver perdida sin esperanzas la buena causa.

El incidente es muy característico, y demuestra cómo trata Inglaterra a sus maestros y guías. ¡Qué diferencia con la forma en que París trató a Taine!

A medida que fui conociendo mejor a Ruskin y hablamos extensamente de libros, descubrí que su gusto era con frecuencia precario. Elogiaba la poesía de la señora Browning y confesaba que no le gustaba Swinburne. La peor mojigatería del puritanismo le iba bien a su sangre aguada y a su falta de virilidad. Y su juicio de la pintura y los pintores era casi tan desacertado como el otro, aunque se consideraba un crítico perfecto y a menudo afirmaba que había sido él quien había descubierto a cinco grandes artistas, cimentando su reputación «despreciada hasta que llegué yo: Turner, el Tintoretto, Luini, Botticelli y Carpaccio, aunque no eran más grandes —agregaba— que Burne-Jones y Rossetti, esos queridos muchachos». La comparación me parecía errónea, de modo que cambié de tema.

¿Por qué reúno estos recuerdos vagos e inconexos? Aunque tenía gran influencia y un nombre en Inglaterra, Ruskin no me impresionó profundamente, salvo como retórico. De hecho, no lo consideraba un hombre de genio ni un guía sagrado de los hombres. Era perverso y medio ciego, un puritano inglés que aunque había escapado de la prisión del puritanismo, seguía llevando en su alma las marcas del sometimiento a los ideales ingleses y del acatamiento de las limitaciones inglesas. Todas sus teorías económicas fueron mejor expresadas con Carlyle, y perjudicó a Whistler, que era mejor maestro que Turner.

En el transcurso de pocas semanas de encuentros casuales, lo había agotado o sentía que me había dado todo lo que tenía para darme, y su habitual tristeza y su enfermizo egoísmo perjudicaban mi entusiasmo juvenil. Una mañana le pregunté con descaro si no se había sentido tentado de guardarse algunos de los esbozos indecentes de Turner.

—Hubieran sido muy interesantes —agregué con humildad,

sintiendo que estaba molesto.

En seguida se volvió hacia mí.

—Siempre he sentido que usted no aprobaba lo que he hecho —dijo secamente—. ¿Por qué no lo dice? Estoy orgulloso de haberlo hecho —y sus ojos glaciales brillaban con el desafío.

—¡Orgulloso! —repetí—. ¡Me parece espantoso matar el trabajo de un hombre!

—Tal vez fuera la clase de trabajo que a usted le gustaría preservar —replicó, y noté por primera vez que cuando estaba enojado su labio superior se levantaba de un lado y mostraba el canino como cuando un perro enojado gruñe, intensificándose la sensación por el hecho de que sólo un lado de su labio se levantaba. Él me había dicho que cuando era niño un perro lo había mordido, partiéndole el labio.

—No me avergüenza admitirlo —continué—. Me parece bueno cualquier ataque contra las costumbres puritanas y la mojigatería inglesa. Pero si un gran hombre hubiera hecho un trabajo que me disgustara, por ejemplo un trabajo en alabanza de la guerra o en defensa de la crueldad, no lo destruiría. ¿Quién soy yo para condenar a muerte parte de su alma? Detesto las condenas sin apelación.

—Hice lo que creí que estaba bien.

—Estoy seguro de ello —le dije—. Esa es la lástima. El mal que hacen los hombres por los más altos motivos es el más pernicioso. Tomó usted como un desafío a su coraje el hecho de que lo hubieran hecho depositario de una herencia. Lo comprendo, pero sólo puedo lamentarlo. Lo siento mucho.

Lo había ofendido profundamente. En ese momento lo supe. Nunca volvió a visitarme y antes de que pudiera decidirme a ir a buscarlo, me enteré de que había abandonado Londres.

Ahora me resulta penoso recordar mi estúpida franqueza, pero en ese momento estábamos en posiciones totalmente opuestas. Sin embargo, yo debería haber recordado lo que él hizo por el mundo inglés y lo que le dio al pueblo inglés. Después de todo, no hay dones perfectos. Pero la verdad es que en ese momento no ponía a Ruskin tan alto como lo pongo ahora. Desde el comienzo, compartía el punto de vista francés sobre el arte y los artistas y sentía, como ellos sienten, que la admiración por la belleza es el impulso más

elevado de la humanidad. Desde entonces, se ha arraigado en mí y con el tiempo me ha enseñado una ética nueva. Por entonces, no tenía idea de que los ingleses ponían a los artistas entre los acróbatas y tenían mejor opinión de un político poco educado como Chamberlain que de un gran pintor, escultor o músico. En consecuencia, subestimé la originalidad de Ruskin y no comprendí que su constante preocupación por lo que es notable en arte y literatura, su apasionada admiración por el trabajo bien hecho, primero sorprendieron y después interesaron a miles de personas que de otro modo no hubieran comprendido jamás el ideal artístico. Su devoción por el arte o, como él hubiera dicho, para lo bello que hay en todas partes, condujo a miles de hombres y mujeres ingleses a una comprensión más elevada de la vida. Además, enriqueció la literatura inglesa con pasajes de prosa magnífica y lo que tal vez sean las más bellas descripciones de la belleza natural que existen en nuestra lengua.

Ruskin fue para los ingleses un gran profeta de la belleza. Para él, el arte era una religión y ellos jamás habían tenido ocasión de pensarlo de ese modo. Les enseñó a amar y a admirar artistas como Turner, el Tintoretto y Botticelli y a estimar a estos hombres como benefactores de la humanidad. Amplió la perspectiva inglesa, la ennobleció y por lo tanto fue una bendición para su pueblo.

En los ochenta me hubiera indignado ante cualquier comparación entre él y Carlyle, que era por entonces para mí un vidente y un guía sagrado. Pero ahora la deificación de la fuerza hecha por Carlyle y su desdén por el costado estético de la vida apenas me lo hacen más valioso que Ruskin. El instinto inglés que colocaba a Ruskin junto a él era mucho más exacto.

Pese a su educación mezquina y a sus curiosas limitaciones, Ruskin fue una influencia moral y ennoblecido en Inglaterra durante medio siglo, y sin duda una influencia enorme porque en última instancia se alimentaba de la Biblia y había sido criado para reverenciar las convenciones e ideales ingleses.

El final de su vida fue extremadamente triste. Durante los años 88 y 89 viajó por el extranjero. En este último año, padeció una terrible enfermedad y vivió casi inconsciente once años más, muriendo en 1900.

Creo que nunca ha habido una vida más triste, o más bien, creo

que sufrió todo lo que su cerebro le permitió sufrir. Carlyle sufrió más, porque su intelecto era más poderoso y al ver con mayor claridad no podía engañarse con las visitas de un «ángel misericordioso». Despojada del placer del amor, la vida es una herencia muy pobre.

Matthew Arnold, Parnell, Oscar Wilde, el *Morning Mail*, Bottomley

Transcurrido mi primer año en el *Evening news*, cosechaba éxitos y mis jefes estaban más que satisfechos conmigo. Había reducido la pérdida en más de la mitad. En realidad, estaba en condiciones de predecir que durante el segundo año la pérdida quedaría reducida a 15 000 libras en lugar de 40 000, y la circulación había aumentado de ocho mil a veinte mil ejemplares diarios. Trabajaba tan duramente como siempre. Todas las mañanas llegaba a la oficina a las ocho y no salía de allí excepto una hora para almorzar, quedándome después hasta las siete de la tarde. Sin embargo, había comenzado a aceptar invitaciones a cenas y los domingos a almuerzos. Una vez por semana, la señora Jeune —que pronto sería lady Jeune a causa del ennoblecimiento de su esposo, el conocido juez— me invitaba a una de sus deliciosas cenas y recepciones en las que se podía encontrar a las celebridades, desde los líderes parlamentarios hasta los espíritus selectos del arte, la literatura y la vida.

También durante ese segundo año conocí a su gran rival en ese campo, lady Shrewsbury, que era algo más exclusiva. Ya he contado en la biografía que escribí sobre él cómo conocí a Oscar Wilde en casa de la señora Jeune y la inmensa impresión que me produjo. Allí también conocí a Russell Lowell y a Thomas Hardy y una cantidad de escritores y políticos más o menos distinguidos, a algunos de los cuales ya he descrito en mis *Contemporary Portraits*. Pero aquí sólo hablaré de aquellos que tuvieron gran influencia sobre mí y mi desarrollo, y entre ellos debo mencionar a Pater y Matthew Arnold, en especial a Arnold, hacia quien me sentí atraído por ese amor por la humanidad ideal que explicaba sus críticas a la vida y las costumbres inglesas.

Matthew Arnold era un compañero delicioso, lleno de fantasías extravagantes y por lo general dispuesto a reírse de sí mismo. Recuerdo haberle hablado del sarcasmo de Oscar cuando habló de

la primera novela de su sobrina, la señora de Humphrey Ward. Dijo que: «Usted, señor, contribuirá con la “literatura” y ella estaba decidida a proporcionar el “Dogma”». Arnold rio como un escolar.

—Es muy seria —dijo—. Me pregunto por qué las mujeres son tanto más serias que los hombres.

A su regreso de su gira de conferencias por los Estados Unidos, me contó con regocijo que gran parte de su éxito se había debido a que muchas personas lo tomaban por Edwin Arnold.

—Sí, sí —dijo riendo—. Fue *The Light of Asia* la que se transformó para mí en *The Light of the World* e iluminó mi camino. Allí *Thyrsis* era desconocida, mi poesía ignorada. Por fortuna, el viaje fue exitoso y me ha sacado de encima los problemas económicos. América se portó muy bien conmigo aunque en ocasiones lastimó mi vanidad. ¡Cómo usted predijo, me invitaron a estudiar elocución!

Una vez lo escuché dar una charla sobre «Escuelas» o «Educación en algún lugar de Westminster». Era buena, pero no inspirada, y por pura malicia yo deseaba llegar a lo más profundo de él: sus limitaciones como crítico. No parecía comprender profundamente la poesía francesa. Cuando alabé en su presencia *La Légende des Siècles*, de Hugo, o la *Sagesse* de Verlaine, no pareció interesado, de modo que hablé de Emerson como un poeta tan grande como Whitman, pero no lo aceptó. Comencé a citar:

> De modo que conduce tu búsqueda a la Naturaleza,
> Que se ofrece a través de mil esencias,
> Inquiere en tu revestida Eternidad:
> El Tiempo es una respuesta falsa.

—¿Pero eso es poesía? —dijo Arnold dudoso—. De algún modo, no puedo creerlo.

—Piense en su *Humble Bee* —exclamé— y niéguelo, si puede —y volví a citar:

> Nada insípido o manchado
> Ha visto jamás mi insecto
> Sino violetas y campanas de arándanos
> Savia del arte y narcisos,
> Hierba con su verde bandera a media asta.
> Achicoria que remeda al cielo,

Colombina con cuerno de miel
Helecho y agrimonia perfumados,
Trébol, muscaria, lengua de la culebra
Y gavanzas entre las que abreva.
Lo que estaba más allá era ignorado desecho
Era pintura lo que dejaba atrás.
Mucho más sabia que el vidente humano
Filósofa ataviada de amarillo.

—¡Sin duda, es la nota exacta!

Sin duda, sin duda —dijo Arnold, reacio y vacilante—, pero todos somos poetas en momentos excepcionales.

—¡Sólo en los momentos excepcionales, diría yo! —fue mi respuesta, porque él estaba simplemente escamoteando el problema. Pero sacudió la cabeza—. A mí me parece que *Hamble Bee* puede compararse con el *Skylark* de Shelley —continué—. No con respecto a la música, por supuesto, pero tiene virtudes poéticas sencillas y algún día será conocida y amada. No es que alabe a Emerson —agregué—, porque se peleó con Whitman y se puso del lado de la convención contra la libertad de expresión.

—Me temo que yo también estoy a favor de las convenciones —dijo Arnold—. El lenguaje puede fácilmente llegar a ser demasiado libre, ¿no es cierto?

—Detesto la mojigatería inglesa —contesté— y su hipocresía. La vida en Inglaterra es como la vida en una escuela dominical inglesa, con una doncella como maestra y una atmósfera de aburrimiento mortal. ¿Jamás alcanzaremos la gran libertad del Dante, ya que no la de Goethe?

—¿Dante fue alguna vez libre en ese sentido? —preguntó Arnold.

—Por supuesto —contesté—, parte de su humor es el humor burlón de un niño malcriado que saca la lengua y hace cosas aún peores.

—¿De veras? —preguntó Arnold—. ¡No recuerdo haber visto nada de eso en Dante!

—Aquí hay un verso —y cité el final del canto veintiuno del *Inferno*:

Per
l'argine

sinistro volta dienno
Ma prima avea ciascun la lingua stretta
Co'denti verso lor duca, per cenno:
Ed egli avea de cul fatto trombetta.

—¡Y en verdad había hecho de su trasero una trompeta!

—¡Qué extraño! —dijo Arnold riendo—. Jamás lo había notado. ¡Debo habérmelo salteado! Por supuesto Goethe era libre, pero las cosas más arriesgadas de su *Fausto* están sugeridas con asteriscos, en lugar de las palabras concretas.

—Sin embargo, sabemos por Eckermann —dije— que Goethe usaba las palabras concretas e incluso escribió obras y poemas muy audaces.

Me parece que Arnold era demasiado inglés como para recoger ese guante.

Traté de conseguir que escribiera algo para la *Fortnightly Review* y me envió un poema, un canto fúnebre para su perro favorito que tenía su lugar en la poesía inglesa. En verdad estaba maravillosamente dotado y siempre me produjo resentimiento el hecho de que los ingleses hubieran usado a uno de sus más nobles espíritus como inspector de escuelas. Si se hubiera honrado a Arnold entre sus treinta y sus sesenta años, como debía ser, si los hombres hubieran estado dispuestos a pagar oro por escucharlo hablar sobre cualquier tema, nos hubiera dado más de lo que nos dijo. Este es el más inquietante misterio de la vida: por qué los hombres dan tan poco amor y respeto a sus verdaderos guías durante el tiempo de su vida. Hubiera habido que poner a Arnold en un alto lugar, hubieran debido escucharlo con reverencia los políticos y hombres de letras más capaces, pero simplemente no se le prestó atención y para mí era desconcertante que se las arreglara para mantener su cálido buen humor.

Siempre lo sentí superior a sus contemporáneos, en rango y honestidad. También había en él profundidades de melancolía; sin embargo, en sus relaciones cotidianas era invariablemente optimista. En esto como en otras muchas cosas se parecía a Anatole France. Él también tenía modales impecables, como el gran francés, Trataba a todos en el simple nivel humano. Prefería hablar de los grandes temas, pero era capaz de charlar seductoramente con los bárbaros.

Le gustaba descubrir lo mejor de la gente y disimular sus faltas. Fue el primero en elogiar a Oscar Wilde en un momento en que todos lo condenaban como un *poseur* excéntrico.

—Una gran inteligencia y un conversador maravilloso —dijo.

La razón por la cual yo insistía en explorar sus limitaciones es que Matthew Arnold me parecía cerca de la humanidad ideal y estaba de hecho libre de faltas o manierismos.

Un día no puede evitar el impulso de procurar llegar a lo más profundo de su pensamiento. Para atraerlo, utilicé su famosa definición según la cual «algo que no somos nosotros lucha por la justicia».

—Ese «que no somos nosotros» —dije— siempre me pareció erróneo. Lo único que en el mundo busca la justicia es el sagrado espíritu del hombre.

—¿Y qué me dice de los crepúsculos, las flores y el canto de los pájaros? —contestó con una extraña semisonrisa—. ¿Y la música de las esferas? ¿Acaso va a negarlos?

Me había atrapado. Sólo pude sonreírle. Y, sin embargo, es sin duda el alma de la Divinidad la que está en nosotros, los hombres, y se revela más completamente en los más nobles. No podemos resolver el acertijo de la naturaleza. No encontraremos en las paredes de nuestra celda la palabra conciliadora; no allí, sino en el corazón del hombre cansado de soportar.

El peso agotador de este mundo ininteligible.

Yo había llegado a considerar a Matthew Arnold el más perfecto hombre de letras que había conocido cuando me enteré de la terrible noticia de que, como su padre, había muerto de un ataque cardiaco. Saltó por encima de una puerta o cerca, cayó hacia adelante y ya no volvió a hablar. Qué tragedia es el final prematuro de una naturaleza tan grande y tan dulce.

A medida que la conocía, la vida de Londres se enriquecía para mí. Cada cena en casa de la señora Jeune o de lady Shrewsbury era un acontecimiento.

Y cuando menciono la hospitalidad de la señora Jeune, no debo olvidar la de la familia de Arthur Walter, que fue más que amable para conmigo desde el comienzo. Todos los veranos desde 1884 a 1895, fui a quedarme más de una vez en su casa de campo de

Finchampstead, y cada estancia duraba varias semanas. Allí conocí a Hurlbert y a Sir Ernest Cassell y su hija y otras personas notables. Y tanto Arthur como su esposa llegaron a ser muy queridos para mí por su inagotable gentileza.

Procuré una y otra vez que Arthur Walter viera a Parnell tal como era, pero mis esfuerzos fueron vanos. Estaba decidido a considerar a Parnell un revolucionario, un irlandés que odiaba a Inglaterra.

Por otra parte, yo sentía cierta admiración y simpatía por Parnell. Fue Verschoyle quien me dio una primera idea de él como gran luchador. Me contó una historia de su juventud en el hotel Shelbourne de Dublín. Un día, Verschoyle y su familia estaban en el hotel y en la mesa contigua había un hombre alto que pronunciaba palabras que ellos consideraron traición. Finalmente, un primo de Verschoyle, notorio atleta y boxeador, se puso de pie, se acercó a la mesa y dijo:

—Si quiere usted hablar de traición, haría bien en conseguirse un apartamento privado, porque yo no estoy dispuesto a escucharlo en público.

—Ocúpese de sus asuntos —dijo el hombre alto, poniéndose de pie, y un momento después estaban peleando.

—Quedé profundamente sorprendido al ver que mi primo no ganaba —dijo Verschoyle—. El hombre alto era tan bueno como él, tal vez mejor. Hubo una pelea de mil demonios. Cuando llegaron los camareros y la policía, descubrimos que el nombre del hombre era Parnell, Charles Parnell.

La primera vez que vi a Parnell, en compañía de la señora O'Shea, fue durante una cena ofrecida por el amable Justin McCarthy. Debe haber sido muy al comienzo de su relación con la señora O'Shea porque ella estaba sentada frente a él y él casi no apartaba los ojos de su rostro. En ese momento me pareció una mujer dulce y guapa de treinta y tres o treinta y cinco años, con un rostro bonito y hermosos ojos, muy vivaz, muy conversadora, que reía a menudo. De vez en cuando, al hablar de una mujer, me pareció que exageraba su acento irlandés con cierta afectación, para destacar una característica. Evidentemente, era una mujer vivaz e inteligente

y una excelente compañera. Mientras ella hablaba, el hombre guapo, severo y silencioso, sentado frente a ella, la devoraba con sus ojos ardientes. Recuerdo que después le dije a Justin, en broma:

—Si ella estuviera tan enamorada de él como él lo está de ella, resultaría una unión perfecta.

Pero el amable Justin no quiso admitir que hubiera una *liaison*.

—Se siente atraído —dijo—. A todos nos pasa lo mismo. Es una mujer interesante.

Sin embargo, pronto se supo que eran amantes y estaban perdidamente enamorados. Parnell era alto y bien formado, pero me parecía demasiado delgado para ser muy fuerte. Pero la señora O’Shea, a quien interrogué sobre el particular, me dijo que su fuerza física nunca cesaba de sorprenderla, y no lo dijo de manera impropia.

Parnell pertenecía a la raza de los grandes hombres a causa de su grandeza de carácter, pero como líder político era curiosamente ignorante y mal informado. Una y otra vez me veo obligado a llamar la atención sobre la ignorancia de los políticos ingleses. Ni siquiera el ejemplo de Bismarck y del sorprendente desarrollo de la Alemania moderna les ha servido.

Siempre sentí que había una vena de locura en Parnell, aunque en los dos grandes volúmenes que dedica a su historia de amor, la señora O’Shea no hace ninguna insinuación sobre esta debilidad. Me parecía que sus supersticiones demostraban una debilidad mental. Recuerdo que una vez di un paseo con él hasta su casa, donde íbamos a cenar. Cuando llegamos a la puerta, se detuvo y no quiso entrar.

—¿Le importaría caminar un poco antes de entrar?

A mí me importaba un bledo, aunque ya estábamos algo retrasados, pero después de una vuelta seguía insatisfecho y dio otra. Esta vez tuvo éxito.

—Detesto el cuatro y el ocho —dijo—, pero cuando mis últimos pasos me dan nueve, soy feliz. ¡Hasta el siete puede ser, pero el nueve es un símbolo de verdadera buena suerte y entro contento!

Y entró con cara sonriente.

Pero no sabía nada de economía y no tenía idea de cómo remediar la pobreza irlandesa. Si alguna vez hubiera obtenido el

poder total en Irlanda, sin duda hubiera decepcionado a sus partidarios.

En estos dos o tres primeros años míos en Londres me sucedió algo de incalculable importancia para mi vida, y la lección llegó sin anunciarse. Yo me había acostumbrado a ir los sábados y domingos a casa de lord Folkestone a almorzar, y después de comer lady Folkestone tenía por costumbre ofrecernos el café en la sala. Con el café había siempre una bonita jarra de licor llena de coñac, *fine Champagne* del mejor. Un día, después del almuerzo, lord Folkestone salió conmigo y dijo:

—Me pregunto, Frank, si me perdonará usted si le digo algo sólo por su bien.

—Espero que sí contesté. No puedo pensar en resentir nada que se me diga por mi bien.

—Me alegro de que diga eso —contestó—. Soy mucho más viejo de lo que cree. La vida me ha enseñado ciertas cosas, pero no soy bueno para dar rodeos, de modo que le hablaré francamente. Ayer observé que con su café bebió usted cinco o seis vasos de coñac. Nadie puede hacer eso sin arruinar su constitución. Hoy bebió usted lo bastante como para emborrachar a cualquiera. No dio usted señales de ello, pero sin duda tendrá su efecto sobre usted. Cuando lo piense, estoy seguro de que comprenderá que le digo esto por puro afecto.

—Estoy convencido de ello —dije, pero no hablaba sinceramente, porque me sentía mortalmente herido y enojado. Un poco después nos separamos y me fui a casa. Me tomé el asunto a la tremenda. No podía dejar de reconocer la amabilidad de lord Folkestone, la simpatía que había detrás de su advertencia, pero mi vanidad era tan grande que me sentía desesperadamente herido. Esa noche llegué a una conclusión más sana. Lo mejor que puedo hacer, me dije, es tomarme en serio la advertencia. La manera de probar que tengo autocontrol es demostrarlo. Por lo tanto, durante un año no beberé una gota de vino o de licor. Dejaré todo.

Pasada una semana, comprendí lo acertado que había estado lord Folkestone al advertirme. Toda mi perspectiva se alteró. Veía más cosas y a mucha mayor velocidad que antes y observé que no sólo había estado engordando sino que me estaba haciendo más haragán y autocomplaciente.

Empecé a hacer ejercicio y al comienzo me resultó muy duro caminar cinco millas en una hora o correr un cuarto de milla sin consecuencias desagradables, pero pronto volví a recuperar mi antigua fortaleza y salud. En tres o cuatro meses descubrí muchas cosas. Por ejemplo, que en mi caso la salud mental y la velocidad del ingenio dependían de la salud de mi cuerpo. Tres meses después, realizaba con mayor facilidad mi trabajo, cualquier trabajo. Y a medida que me apartaba de la bebida, literalmente desapareció la grasa. En tres o cuatro meses había rebajado casi trece kilos y comencé a ir a pie a todas partes y a hacer largos paseos los domingos en lugar de ociosas excursiones en carruaje.

Antes de finalizar el año, le dije a lord Folkestone que le debía más que a nadie en el mundo por su amable advertencia.

—Hace once meses que me hizo usted su observación —dije— y estoy decidido a seguir un año más sin beber nada.

Estaba encantado.

—No sabe usted cuánto ha mejorado su aspecto —dijo—. Todos hemos notado que recuperaba usted su antigua energía y vigor. Me alegro infinitamente, pero me resultaba difícil decírselo. Tenía tanto miedo de perder su amistad.

Tomé su mano y la besé… una de las pocas manos masculinas que he besado en mi vida.

La mayor parte de esta primera época londinense fue iluminada por encuentros ocasionales con Oscar Wilde. Como ya he relatado en mi libro sobre él, le fui presentado en casa de la señora Jeune, y quedé sorprendido primero por la generosidad de sus juicios artísticos y literarios y después por su ingenio y su humor. Lo primero que me preguntó después de conocerme fue si conocía a Frank Miles.

—Vivimos juntos. Es uno de los mejores artistas de la época —dijo, y no cejó hasta encontrar a Miles para presentármelo en ese mismo momento y lugar.

En esa época Frank Miles era un joven muy agradable, guapo, que resultaba simpático a todo el mundo. Fui a visitarlos a Chelsea y compré un dibujo de Lily Langtree hecho por Miles, que me pareció estupendo: era dos veces la misma cabeza, de tamaño natural, una vez de perfil y otra casi de frente.

No sé realmente qué ha sido de este dibujo. Uno o dos años

después descubrí en él las limitaciones de Miles como artista: era bonito y estaba bien dibujado, pero poco más.

Miles declaró que había descubierto e inmortalizado a la señora Langtry y en seguida Oscar dijo con toda gravedad:

—Un descubrimiento más importante que el de América, en mi opinión. En realidad, América ni siquiera fue descubierta por Colón. Creo que desde entonces sí ha sido descubierta —y todos reímos. Su comicidad era irresistible.

En parte a causa de la apoteosis de la señora Langtry, el príncipe de Gales visitaba con frecuencia su casa y Miles recibía encargos de todas las mujeres bellas de la sociedad, incluyendo a la famosa señora de Comwallis West. Qué hogar encantador y artístico. Oscar y Miles me invitaron a tomar el té y fuimos servidos por una hermosa niña de unos dieciséis años, vestida de la manera más extravagante, a quien llamaban señorita Sally. Pronto Sally Higgs se hizo famosa por su rara belleza y fue pintada por Leighton (después lord Leighton) como *Daydreams* y también por Marcus Stone, el académico y muchos otros. Sally era sorprendentemente bonita y encantadora. Después oí hablar de, ella con frecuencia. Un par de años más tarde se casó con un muchacho recién salido de Eton, hijo de un hombre rico. El padre embarcó al hijo hacia Estados Unidos y dio a Sally como indemnización un par de libras semanales, pero ella encontró pronto un rico protector y realmente supongo que no tuvo dificultades pecuniarias en toda su soleada vida. Pronto comprendí que Sally había nacido bohemia y no tenía eso que se llama escrúpulos morales, porque siempre estaba alegre y despreocupada. Me aseguró que a Miles sólo le gustaba su cara y que «el señor Wilde me dice cosas bonitas y es un perfecto caballero y nada más».

Miles era hijo de un párroco campesino que le pasaba una buena asignación y al comienzo había alentado su intimidad con Oscar, pero al enterarse de los rumores posteriores sobre las inclinaciones de este, y viendo confirmadas sus dudas por su primer libro de poemas, insistió en la separación de los dos amigos.

—¡Mi hijo no debe ser contaminado!

Miles me contó que contra su voluntad había tenido que hablarle a Oscar de la decisión de su padre.

Wilde se volvió casi loco de ira.

—¿Quieres decir que tenemos que separarnos después de años porque tu padre es un idiota?

Miles sólo pudo contestar que no tenía otra alternativa y Oscar respondió de inmediato:

—Muy bien, abandonaré la casa en seguida y jamás volveré a dirigirte la palabra.

Y allá se fue escaleras arriba, empacó y se fue. Era terriblemente orgulloso. Sally me contó que no regresó nunca. Y casi inmediatamente la moda Miles desapareció. Lo vi de vez en cuando en Londres, pero pronto abandonó toda vida social y algunos años más tarde quedé horrorizado al enterarme de que había perdido la razón, terminando sus días en un manicomio. Cuando se lo dije a Oscar, él seguía atesorando su cólera.

—No tenía ingenio que perder, Frank —dijo—. Fue una creación mía, como Lily Langtry, y salen de nuestra vida tan pronto como se los comprende.

Pero yo siempre tuve debilidad por Sally, aunque tenía razones para creer que Miles había sido para ella algo más que un amigo, lo que la apartaba de mí.

Lo que distinguía a Oscar Wilde en sus primeros años e hizo su reputación, fue su facultad de elogio entusiasta, como ya he dicho en mi *Vida* sobre él. Yo había conocido a la señora Langtry en Brighton, enseñándole a patinar en la pista de hielo de *West Street*, sin soñar que alrededor de un año después reinaría en Londres como belleza sin par. Oscar y Miles la descubrieron, pero fue la admiración del príncipe de Gales la que le dio su posición y su boga. Oscar dijo a todo el mundo que era «la cosa más deliciosa que había salido de Grecia» y cuando alguien lo corregía diciendo «de Jersey», lo dejaba pasar con «un lirio de Jersey, por favor, el tipo de flor más perfecto».

Sin embargo, el don extraordinario de Oscar era su humor, dispuesto a manifestarse en cualquier ocasión. Siempre que conozco a alguien que ha conocido a Oscar Wilde en cualquier período de su vida, sé que voy a escuchar una historia inédita… alguna cosa humorística o ingeniosa que ha dicho.

El otro día conocí a un hombre que había conocido a Wilde en New York después de su primera gira de conferencias. Le dijo que esperaba que hubiese sido un éxito y Oscar le respondió

gravemente, pero con los ojos brillantes.

—¡Un gran éxito! Querido mío, tenía dos secretarios: uno para contestar las cartas y el otro para enviar rizos de cabellos a mis admiradoras. He tenido que dejarlos ir a los dos, pobrecitos. Uno está en el hospital con calambres de escritor y el otro ha quedado completamente salvo.

Una vez, Oscar y yo fuimos a Whitechapel a escuchar una conferencia de Matthew Arnold sobre el cuadro de Watts titulado *Life, Death and Judgment*.

—Qué puritanos son los ingleses: «Dormí y soñé que la vida era belleza / Desperté y descubrí que la vida era beber[58]» —dijo Oscar al salir—. El peso de la canción de Arnold. ¡Sin embargo, es un verdadero poeta, Frank, un santo inglés con patillas!

Era irresistiblemente cómico.

Otra vez fuimos a escuchar una conferencia de Walter Pater. Hablaba maravillosamente bien, pero todo el tiempo, a medida que leía, pasaba a un tono bajo de conversación.

—¡Más alto, más alto, por favor! ¡Más fuerte! ¡No oímos nada! —se escuchaba decir una y otra vez en la sala.

Finalmente, terminó y bajó a reunirse con nosotros. Por supuesto, ambos elogiamos su ensayo y en verdad era buenísimo desde el principio al fin, reflexivo y bien escrito. Pero Pater había quedado alarmado por las frecuentes admoniciones.

—Me temo que no se me oía bien —dijo, tratando de disculparse.

Lo alentamos, pero volvió a repetir:

—¿Se me escuchaba?

—A veces sólo por casualidad[59] —contestó Oscar riendo—, pero fue estupendamente interesante.

«Escuchado a veces sólo por casualidad» era sin duda la explicación más ingeniosa y encantadora posible.

Desde entonces, muchas veces me han pedido que comparara el ingenio de Oscar con el de Shaw. A mí nunca me pareció que Shaw fuera humorístico en su conversación. Era en la excitación del momento cuando el humor de Oscar resultaba tan extraordinario y era esa espontaneidad la que lo transformaba en un compañero tan maravilloso. El humor de Shaw tiene que ver con el pensamiento y el ángulo intelectual desde el cual ve las cosas; es una luz seca que

ilumina las fragilidades humanas.

Si uno elogiaba a alguien con entusiasmo o en exceso, el humor de Oscar adquiría filos más agudos. Recuerdo que una vez elogié algo que Shaw había escrito sobre la época y agregué:

—Lo más curioso es que no parece tener enemigos.

—Todavía no es lo bastante importante como para eso, Frank —dijo Oscar—. Los enemigos llegan con el éxito. Por otra parte, tienes que admitir que sus amigos no gustan de él —y rio de la manera más deliciosa.

¡Ah, el querido Londres en aquellos días en que encontrar a Wilde producía siempre el efecto de un rayo de sol entre la bruma!

A través de mi trabajo, me llegó el éxito y debo confesar que me llegó a causa del espíritu jugador que tan poderoso es en Inglaterra. Estando en el *Evening news*, había aprendido rápidamente que el público de Londres, que deseaba saber los resultados de esta o aquella carrera de caballos, era más fácil de ganar que cualquier otro público. De modo que me vi obligado a estudiar ese deporte que tan poco atractivo resulta para alguien tan miope como yo. Al interesarme en ello, aprendí que el principal factor de este juego era la «última cotización». Un día, creo que en 1885 o 1886, escuché decir que había una gran disputa sobre la última cotización. Un periódico de la mañana, el *Sporting Life*, daba una y otro, el *Sportsman*, otra. En seguida fui a ver a uno de los editores y me ofrecí a publicar sus «últimas cotizaciones» en una edición especial del *Evening news* todas las mañanas a las once o las doce, dándole a su periódico mi confianza; de hecho, publicando su nombre encima de las cotizaciones. Por supuesto, tenía que enviarme una «copia» bastante temprano. Aceptó en seguida y muy contento, llegando hasta a alabar al *Evening news*. Al dejarlo, me fui en seguida al periódico rival y conseguí que también ese editor aceptara darme las «últimas cotizaciones» del día, bastante temprano, a condición de mencionar su periódico. Creo que con ambos editores firmé un contrato por dos o tres años.

A la mañana siguiente, cuando apareció la edición matutina del *Evening news* con ambas cotizaciones, no tardé en poder evaluar la importancia de mis noticias. En lugar de vender tres o cuatro mil ejemplares, vendimos veinte mil. Y una semana después, esta edición sola vendía más que todas las otras juntas. En un mes,

nuestras entradas por publicidad se duplicaron. Comprendí que con buenas máquinas podía hacer que el periódico fuese rentable de inmediato, y enormemente rentable. ¿Cómo podía conseguir las 15 000 o 20 000 libras necesarias para equiparlo con máquinas modernas?

Más o menos para esa época o poco después, tuve una gran experiencia. Un joven llegó de Birmingham con la idea de fundar un periódico de la mañana de medio penique. Sólo tenía 5000 libras pero le parecía suficiente y acudió a mí para llegar a un acuerdo con respecto a la impresión y publicación de su ocurrencia. Mi estimación era con mucho la más baja que le habían hecho. Estaba muy ansioso por asegurarse de que más tarde no le aumentaría los precios. Yo estaba muy interesado y le dije que había estado pensando en iniciar una edición matinal del *Evening news* y volvería a hablar del asunto con él. Se entusiasmó con mi idea de hacer con cada noticia una especie de historia al estilo americano y finalmente me preguntó si lo ayudaría. Le dije que estaría encantado, pero que no creía que fuésemos a ir muy lejos con 5000 libras. Dijo que tendría que bastar para un par de meses y que para entonces teníamos que tener una circulación de 50 000 ejemplares. Con esa circulación, él podía conseguir en Birmingham 50 000 libras más.

—Muy bien —dije—, si usted puede conseguir esas 50 000 libras, tendremos una circulación de 50 000 ejemplares en tres meses.

Esos fueron los comienzos del *Morning Mail*. A los dos meses vendíamos 50 000 ejemplares.

Ya habíamos tenido noticia de *The Times* en el sentido de que ellos tenían un semanario llamado *The Mail* y que nuestro *Morning Mail* contravenía el *copyright*. Iniciaron una acción demandando 20 000 libras por daños. Envié a mi amigo a Birmingham y fui a ver a Arthur Walter, de *The Times*. Le dije que la acción era ridícula. Un periódico de la mañana, un periódico de medio penique en Londres, no tenía ni la forma ni el aspecto del suplemento semanal de *The Times*, a la que llamaban *The Mail*. Arthur Walter me dijo que estaba de acuerdo conmigo, pero que su padre estaba furioso y él no podía hacer nada. Una semana más tarde mi amigo regresó de Birmingham y me dijo que la acción de *The Times* le había impedido conseguir dinero y tendría que cerrar el periódico a menos que yo

lo financiara.

Hablé de ello a lord Folkestone y pronto lo convencí de que un periódico de la mañana a medio penique derrotaría a todos los periódicos de a penique. El éxito y una gran fortuna nos esperaban, ofreciéndosenos, por decirlo así. Se entusiasmó con la idea de un periódico matutino, conservador, de medio penique, que podía llegar a vender un millón de ejemplares y ser tan influyente como *The Times*. Afirmó que hablaría del asunto con lord Salisbury; pero primero, con su lealtad innata, pensó que debíamos plantear el asunto a Coleridge Kennard. Según esto, Kennard fue llamado a consejo.

Para esa época yo había llegado a conocer bastante bien a la familia Kennard. La señora Kennard era una mujer alta y hermosa sin demasiada personalidad, según mi opinión; el hijo, Hugh, estaba en los Guardias y poco después se casó; la hija, Merry, era encantadora, amable, afectuosa y muy bonita. Una noche, Hugh se confió a mí. Quería saber si el *Evening news* podía transformarse en un éxito pecuniario o no. Le aseguré que sí, pero que llevaría alrededor de un año. En esta ocasión volví a verlo y acallé sus dudas, pero Coleridge, el padre, me parecía testarudo. Dijo que no quería una fortuna, sino que cesaran las pérdidas.

—Está costando mucho, y sus esperanzas —dijo dirigiéndose a lord Folkestone— no parecen de realización probable.

Pronto me hizo saber que su ilusión era ser hecho baronet.

—No me interesa especialmente por mí —dijo—, pero lo quiero por mi hijo y he gastado 70 000 libras para conseguirlo, aunque en principio se me dijo que 40 000 bastarían.

De este modo me enfrenté con el hecho de que todo título tiene su precio.

Kennard detestaba el «Morning Mail» y no quiso saber nada de poner las 20 000 libras que se necesitaban para las nuevas máquinas, de modo que convencí a Folkestone de que acudiera a lord Salisbury, el líder del partido conservador, y le planteara el asunto, o más bien que me permitiera verlo. Uno o dos días más tarde, lord Salisbury me mandó llamar y lo visité en Arlington Street, hablando con él durante una hora. A mí me parecía que *The Times* se vería pronto obligado a reducir su precio, de tres peniques a uno o incluso a medio, porque es la mayoría la que debe

manejamos si está bien organizada, y continué demostrándole con cifras que era sólo la falta de máquinas la que no me permitía conseguir una circulación de cientos de miles en uno o dos meses. Estaba interesado y me hizo preguntas de tanteo. En su juventud había sido pobre e incluso después de su matrimonio se había ganado la vida como periodista en la *Saturday Review*, y esta disciplina vital lo había formado. Pero, cuando le hablé de mi experiencia en la fundación del *Morning Mail* y dije que podía conseguir una circulación de un millón en seis meses y sacarle al periódico un cuarto de millón de libras anuales, me dijo que todo lo que yo había dicho era muy interesante, pero que mi entusiasmo producía un efecto de «escorzo». Pensaba que llevaría muchos años conseguir una circulación de un millón. Sin embargo, me ayudaría. Dijo que pediría a los Diputados que convocaran a un mitin del partido conservador y me permitiría dirigirles la palabra en el Carlton Club, y que si podía conseguir que me adelantaran las 15 000 o 20 000 libras que necesitaba, se alegraría mucho.

—Yo apoyaré el proyecto tanto como pueda. Me parece muy posible que tenga éxito —dijo por fin.

A su debido tiempo, tuve noticias de los Diputados y una tarde fui al Carlton Club y hablé del nuevo periódico matinal a medio penique ante trescientos miembros del partido conservador. Hicieron una suscripción —o por lo menos pusieron el dinero del que suponían podían hacerse responsables— y los Diputados vinieron a verme, diciendo que habían reunido unas 5000 libras. Yo me puse de pie y dije:

—Eso me deja fuera del negocio. No tendré nada que ver con el intento de hacer ladrillos sin paja. Pero dentro de diez años, algunos de ustedes sentirán mucho no haber puesto dinero en el primer periódico matutino de medio penique que se les propuso. Cuando dentro de veinte años descubran un periódico matutino más influyente que *The Times*, que hace medio millón al año, se preguntarán por qué no pusieron más.

Fui aplaudido por una o dos personas, pero estaba disgustado con la idea de que había puesto el precio tan bajo como era posible y apenas había conseguido más de la cuarta parte de lo que quería.

El primer Diputado se me acercó y dijo:

—Debe tomar el dinero y volver dentro de seis meses y le darán

mucho más. Puede obtener lo que desee. ¿Por qué desperdiciar la oportunidad?

—He llegado a un punto crucial —contesté—. Estaba y estoy ansioso por continuar con el trabajo, pero continuar baldado por unos pocos miles y suplicar y suplicar y explayarme en los proyectos e insistir en algo que ya está probado, no es mi juego. Prefiero dejarlo. Me voy a Roma a tomarme seis meses de vacaciones.

Mientras hablaba con el Diputado, se me acercó un hombre corpulento.

—Me ha interesado profundamente —dijo—. Mi nombre es Henniker Heaton. Hice mi dinero con un periódico en Sidney, Australia, y me parece que podemos hablar de negocios.

—Estaré encantado —contesté—, pero tendrá que ser pronto, porque me voy a Roma a menos que consiga 20 000 libras.

Dijo que vendría a verme a mi oficina y lo hizo. Le tomé bastante simpatía, pero él quería tiempo para considerar el asunto y yo no iba a dárselo. Una y otra vez Walter, de *The Times*, me había dicho que si deseaba un puesto en el periódico me lo daría. Pero yo había pasado tres años de trabajo duro y en esos tres años apenas había crecido intelectualmente. Deseaba un nuevo alimento mental, deseaba ver Roma y estudiarla, leer a Ranke y Mommsen y estudiarlos y tratar de crecer un poco. Porque los viajes y la lectura ya eran el pan y la carne de mi intelecto.

Esta idea hizo sonreír a Henniker Heaton. Pensaba que hacer dinero y conseguir una posición era lo único que importaba en el mundo y tan pronto como descubrí esto dejé de interesarme en lo que decía. Fui a ver a lord Folkestone y después de una charla con él convoqué a una reunión de directores del *Evening news* y conseguí cuatro meses de vacaciones, saliendo en seguida para Roma. ¡Oh, yo tenía la culpa! El éxito me había llegado demasiado pronto en Londres. Hubiera tenido que aceptar el consejo del Diputado y continuar con el periódico. Hubiera conseguido todo el dinero que necesitaba y hecho del *Morning Mail* el éxito que fue el *Daily Mail* diez años después, fundamentando mi futuro sobre una base segura de cientos de miles de libras de ingresos. Pero había ganado con tanta facilidad que no presté atención al dinero o al poder que este otorga y me fui tranquilamente a pasar unas vacaciones deliciosas

en Roma, que sirvieron para perder mi conexión con el *Morning Mail* y también con el *Evening news*, como relataré a su debido tiempo.

Creo que fue en 1887 cuando un pequeño judío llamado Leopold Graham vino al despacho del *Evening news* con alguna noticia sobre las actividades de la *city*. No sabía escribir y su educación era pobre, pero tenía un conocimiento superficial de algunas frases francesas habituales y una verdadera comprensión del negocio de promoción de compañías y el negocio especulativo de la *city*. Me interesó en seguida y tuvimos relaciones cordiales, ya que no amistosas. Me dijo que estaba trabajando con Douglas Macrae en el *Financial Times* y que allí había conocido a Horatio Bottomley, uno de los hombres más astutos de la *city*. Yo estaba interesado en la competencia entre el *Financial Times* y el *Financial News*, dirigido por el judío Harry Marks. Había llegado a gustarme Marks. Se había formado como periodista en Nueva York y era una personalidad interesante. Un hombre de buena estatura y cuerpo y un rostro enérgico sin rasgos judíos demasiado marcados. Casi de inmediato iniciamos relaciones cordiales, aunque tan pronto como comencé a leer el *News* comprendí que Marks tenía pocos escrúpulos y muchos intereses.

Macrae me impresionó como más trabajador que Marks y tal vez algo más escrupuloso. Nunca olvidaré la manera en que me urgió un día, al comienzo de nuestra relación, a almorzar con él en su oficina. Afirmó que podía ofrecerme una buena chuleta y una botella de «fizz» de primera clase. Como el negocio que estábamos discutiendo era prometedor, acepté. De inmediato llamó a Harmsworth, Alfred Harmsworth[60], y entró en el despacho un joven de unos veinte años, guapo, a quien Macrae le encargó que guisara media docena de chuletas, una ensalada y que consiguiera un Camembert. Todo apareció al punto y almorzamos bastante bien. Apenas noté a Alfred Harmsworth.

Bottomley me impresionó más que cualquier otro periodista. Tenía más o menos mi edad y Graham ya me había hecho su elogio entusiasta… e Ikey no era un tonto. Bottomley era ligeramente más bajo que yo, tal vez de unos cinco pies y cuatro o cinco pulgadas, pero muy ancho y ya entonces, a los veintisiete años, amenazaba con volverse gordo. Además tenía una cabeza muy grande, bien equilibrada por una buena frente y grandes mandíbulas. Los ojos

eran pequeños y grises. La peculiaridad de su rostro era un labio superior prodigiosamente largo. Iba totalmente afeitado y su enorme labio superior me recordó en seguida al gigante Charles Bradlaugh. Cuando hice mención de esto a Granham, después, contestó en seguida:

—Algunos dicen que es hijo ilegítimo de Bradlaugh. En todo caso, siente por él la mayor estima y simpatía y piensa que es uno de los hombres más grandes de esta época.

—No se equivoca demasiado —fue mi comentario.

En ese momento, yo estaba demasiado ocupado con mi trabajo en el *Evening news* como para prestar demasiada atención al periodismo financiero, y pasó algún tiempo antes de que llegara a conocer íntimamente a cualquiera de estas personas.

En 1888 u 89, Graham me dijo que Bottomley había comprado el Hansard Union e iba a crear una gran compañía. Todos conocían el nombre Hansard como editor de los debates del Parlamento, y como la mayor parte de la gente yo había imaginado que Hansard tenía un *status* o privilegio oficial. Para mi sorpresa, me enteré de que Hansard era simplemente una firma impresora y editora a la cual el Parlamento había ofrecido un contrato para publicar el registro completo de los procedimientos. Graham me hizo ver que una gran compañía pública con ese nombre bien conocido y esa función específica, sería indudablemente apoyada con entusiasmo por el público inversor. Un día, Graham me trajo a Bottomley. Creo que almorzamos juntos en el Cafe Royale y casi en seguida Bottomley me habló de la Hansard Union Company.

—Un éxito seguro —declaró, y sin transición me preguntó si yo podía conseguir que lord Folkestone y Coleridge Kennard fuesen sus directores. Le dije que lo pensaría. Bajo mano me dijo:

—Consígame esos dos nombres como directores y le daré un cheque por 10 000 libras.

—Gran premio —exclamé— y yo adoro las cifras altas. Pero dígame, ¿cuánto ha pagado por todas las compañías que va a reunir y cuál es la capitalización?

Sin demora y con sorprendente exactitud me dio todas las cifras. Yo tomé nota y después dije:

—Prácticamente, está usted comprando por 200 000 libras y vendiendo por un millón.

—Puedo agregar un cuarto de millón de obligaciones —respondió fríamente. Era innecesario decir, agregó, que sólo ese cuarto de millón le dejaba ya un beneficio importante. Al día siguiente le planteé el asunto a Folkestone.

—Si usted lo aconseja, Frank, lo haré. ¿Por qué no? —dijo.

Le dije que en mi opinión la aventura estaba supercapitalizada y debía fracasar, y dijo de inmediato:

—En lo que a mí concierne, Frank, eso la descarta, pero dígame lo que opina Coleridge Kennard.

Cuando le planteé el asunto, Coleridge Kennard me dijo que la capitalización no le importaba nada. Todos sabían que uno vende por un beneficio, si puede. Le di a Bottomley el nombre de Coleridge Kennard, pero me negué a aceptar dinero por ello.

En un par de años sucedió lo que yo había previsto. Al comienzo, las compañías reunidas pagaron grandes dividendos —si no recuerdo mal, dos en el primer año—, y después todo el asunto fue a la quiebra y la gente hablaba de él como «el timo de Bottomley». El fracaso llegó demasiado pronto, la ruina fue excesivamente grande. Impresionó a la gente que estaba en los negocios, Pronto fue llevada a los tribunales, y el caso de «La Reina versus Bottomley» fue el acontecimiento del momento. Fui a presenciar el juicio criminal y nunca me divertí o me interesé más en mi vida. El caso fue presentado al magistrado Hawkins, a quien se conocía por el «juez ahorcador», y que era indudablemente el juez más severo que había tenido Londres en medio siglo. ¿Qué oportunidad tenía Bottomley frente a ese tribunal? Iba a aprender lo que puede conseguir un buen cerebro.

Al comienzo el caso se presentó mal para Bottomley. Era clarísimo que el negocio había estado supercapitalizado y que cientos de miles de libras habían pasado a su bolsillo. Pero tan pronto como se puso de pie para dirigirse a la corte, todo esto empezó a parecer irrelevante. Desde el comienzo, por puro genio, tomó el toro por los cuernos.

—Me alegro —dijo—, me alegro mucho de estar frente al juez Hawkins. Tiene fama de ser un juez severo, pero jamás se ha cuestionado su capacidad, y es en esa capacidad en la que hoy confío en mi hora de necesidad; en su poder para llegar al fondo de este complicado negocio.

Después de estos cumplidos, continuó haciendo una historia detallada de la compra de las diversas compañías. Una y otra vez, cuando habló de la adquisición de una nueva compañía, llamó la atención del juez sobre el hecho de que, aunque el precio pudiera parecer alto, este nuevo negocio ayudaba a completar y sustentar la compañía mayor que tenía en mente.

—Quiero aclararle mi idea, Señoría —fue la cantilena de su larga exposición, tranquila y eminentemente persuasiva. Su muestra de franqueza fue tan estupenda como lo detallado de sus conocimientos. Antes de que hubiera terminado, hasta los abogados de la corte se habían dejado ganar por la admiración.

—Jamás he escuchado una declaración más completa —dijo un Consejero de la Reina.

Todos olvidaron que Bottomley había vivido meses gracias a cada uno de los negocios que describía. Nada de eso me sorprendió, salvo los descarados cumplidos al juez que arrojaba a manos llenas en los momentos más inesperados. Mucho antes del final del juicio, había convertido a uno de los jueces más fuertes del tribunal en su abogado y asistente. No sólo ganó el caso, sino que hizo del juez su amigo personal, que además de creer en su capacidad, creía también en su integridad. Tiempo después el juez Hawkins hizo entrega a Bottomley de la peluca y la toga que había utilizado durante toda su vida de juez. El incidente es único en la historia de la magistratura inglesa y prueba, como ninguna otra cosa hubiera podido hacerlo, la sorprendente inteligencia de Bottomley. Evidentemente, era un hombre de genio.

Pero si las luces eran brillantes, las sombras también eran profundas. Si hubiera llevado adelante las compañías reunidas durante cinco años, hubiera podido ganar el medio millón que sacó de la fusión, pero descubrirse casi tan pronto como había comenzado demostraba un desprecio cínico, pensé, por la opinión pública y en realidad por cualquier cosa que no fuera el dinero. Además, su largo discurso durante el juicio descubrió una y otra vez su ignorancia de la gramática y una incapacidad *cockney* para pronunciar la *h* que resultaba sorprendente en un hombre tan capaz. El mismo consejero de la reina que había elogiado su larga exposición, se volvió hacia mí al final con la siguiente observación:

—¡Un forastero endemoniadamente inteligente!

Siempre pensé que si Bottomley hubiera ido por un par de años a Alemania o a Francia para estudiar seriamente, hubiera podido ser uno de los maestros y líderes del tiempo nuevo, pero su ignorancia mantenía su atractivo siempre en un nivel mínimo y lo orientaba hacia las clases más bajas.

No era mucho más ignorante que lord Randolph Churchill, pero Churchill no se salteaba las haches, y si lo hubiera hecho, los ingleses lo hubieran tomado como una amable excentricidad del hijo de un duque.

¡Contemplad a Horatio Bottomley! ¿Cuál es la característica de esa figura pequeña, fornida, ancha, de esa quijada pesada y esa doble barbilla? Indudablemente, la avidez. Era ávido de todos los placeres sensuales, intensamente ávido. A los treinta años ya comía demasiado y habitualmente bebía demasiado. Verlo almorzando en Romano con dos o tres de sus íntimos, por lo general subordinados, con una bonita corista a un lado y otra sirena al otro, mientras el camarero descorchaba la cuarta o quinta botella de champagne, era ver al hombre tal como era. También estaba ávido de poder y era engreído como un pavo real; siempre deseaba tener un periódico a sus órdenes y de la media docena que poseyó nunca resultó nada, salvo el «John Bull», que tuvo éxito simplemente a causa del ciego patriotismo despertado por la guerra mundial.

Llegó al Parlamento y recuerdo que una vez, en un momento de expansión, me dijo que llegaría a ser ministro de Hacienda. Poco después, Rhodes me hizo la misma confesión, y Rhodes tenía mejores posibilidades que Bottomley, porque se basaba en una gran fortuna y aunque era casi tan ignorante como Bottomley, pronunciaba las haches y ostentaba las señales exteriores de la educación de una clase más alta. Le dije a Rhodes que tenía pocas probabilidades de éxito y a Bottomley le comenté que en mi opinión no tenía ninguna.

—En la Cámara de los Comunes hay media docena de hombres de verdadera capacidad —dije—, de una capacidad comparable a la suya. Por ejemplo, Hicks-Beach tiene un gran carácter y además un toque de genio; Balfour tiene un encanto extraordinario y es cultísimo; el propio Chamberlain tiene verdadera capacidad y una gran fortuna adquirida por medios más tradicionales. Esos tres estarán contra usted con la salvaje injusticia del antagonismo,

porque todos buscan las prebendas de la vida política considerándolas su patrimonio. De otro lado, tiene usted a Gladstone, que es un aristócrata de corazón y a Dilke, a quien le pasa lo mismo, y a Parnell, a Redmond y a Healy. Todos ellos estarán contra usted, porque usted no representa su evangelio democrático o sus ambiciones personales ni se interesa por ello. Después están John Burns y Cunninghame Graham, que lo odiarán por su indiferencia hacia las causas ideales. En realidad, los líderes de todos los partidos le harán el vacío y llegar a la cumbre desde su punto de partida me parece totalmente imposible.

—¿Cree que usted podría hacerlo?

—No tengo tantas desventajas —respondí—, pero estoy comenzando a pensar que me falta la fuerza impulsora del deseo.

—Yo la tengo —dijo sonriendo y apretando su enorme mandíbula. Y no pude dejar de estar de acuerdo con eso.

El flujo y el reflujo de la pasión

Durante todo este tiempo no he dicho nada de mi relación amorosa con Laura, aunque no disminuyó en importancia en ningún momento; por el contrario, se desarrolló con la satisfacción del deseo y los encuentros frecuentes. Mi pasión por ella explica gran parte de mi vida sexual, de modo que debo hablar de ella tan honestamente como pueda.

Dicen que el amor es ciego, y si con eso quieren decir que los secretos de la atracción son demasiado profundos como para poder ser descubiertos, tienen razón. Pero el amor ve muchas cosas, virtudes tanto como defectos, que el observador ordinario ni siquiera imagina.

Durante años, llevé a Laura a almorzar dos veces por semana a una habitación privada. No podría decir por qué no me casé con ella. Una y otra vez estuve a punto de proponérselo, y siempre sucedía algo que lo impedía. Por ejemplo, conocí a un agente de bolsa que, a cambio de ciertos artículos que publiqué, me puso sobre la huella de uno o dos asuntos interesantes. En 1886, ya había ganado algunos miles, y tan pronto como los tuve en el banco, le dije a Laura que le daría 10 libras semanales. Por supuesto, le pagué regularmente y con frecuencia completaba esta suma semanal con un cheque por 50 libras. Una vez me pidió 300 libras. Se las di inmediatamente. Y entonces Laura, o su madre, decidieron, ir a los Estados Unidos, y Laura me envió fotos suyas con un traje de baño, en Long Island, que me enloquecieron de celos y reavivaron mis sospechas. ¡Pero sucedieron cosas peores!

A su regreso, mientras buscaban habitaciones, se quedaron una corta temporada en el Charing Cross Hotel. Yo siempre había tenido la costumbre, no sólo de dar propinas generosas, sino también de tomarme un interés personal por los empleados, consiguiendo así a menudo una atención extraordinaria. Una noche, fui al hotel con información sobre una obra de teatro que sabía que interesaría a Laura. El jefe de comedor, que me agradaba y con quien conversaba

a menudo, me dijo que la señorita Clapton estaba en el pequeño salón de la primera planta. Corrió gentilmente escaleras arriba y, cuando llegamos frente a la puerta, la abrió de par en par y se fue. En el sofá que había frente a la puerta, había sentadas dos personas, un hombre y una mujer. El hombre debía haber tenido el brazo en torno a la cintura de la chica, a juzgar por la manera brusca en que se separaron. Era Laura y un hombre que se puso de pie y se quedó esperando mientras ella se acercaba a mí.

—¡*Estoy* sorprendida! —dijo ella, con la increíble naturalidad de las mujeres—. ¿Qué buenos vientos te traen?

Yo apenas podía hablar. Los celos parecían haberse transformado en un odio frío y sardónico. No me atrevía a hablar. Le tendí las entradas.

—¿No esperarás a mamá? —preguntó sonriendo.

Me sorprende no haberle pegado. Me volví y me fui sin decir una palabra.

Allí, y en ese momento, decidí no casarme nunca con ella. La furia demencial de mis celos me asustaba. Si hubiera estado casado con ella y hubiera pasado por esa situación, la hubiera matado. Regresé a casa encolerizado. Nunca supe quién era el hombre; jamás traté de averiguarlo. Me era indiferente. Era la traición de ella lo que importaba. Una vez en casa, me senté a pensar.

—¿Por qué sentir cólera? —me pregunté—. Trátala como a una amante. Simplemente, dile con toda tranquilidad que si vuelve a despertar tus sospechas, no la verás más. Hazle comprender que eso es definitivo. Ella no quiere perder tu dinero y tus pequeños regalos. Sé inconmovible.

Pero ninguna resolución podía tranquilizarme. Detrás de mi cólera, mi amor gemía: «¿Tanto te he descuidado, querida, como para que necesites otro afecto? ¿Qué es lo que he hecho mal? El servicio amoroso está bien planeado y es perfecto, pero falta el matrimonio y Laura es orgullosa como Lucifer. Cásate con ella mañana y te será fiel. Esta vida de mantenida no es justa para la muchacha». Estuve a punto de ceder, pero la idea de su madre se interpuso. Tendría que invitarla, ser por lo menos cortés con ella: imposible. ¡Y una vez más vi el brazo del hombre que se apartaba de la cintura de Laura! Pensé que iba a volverme loco.

Me puse de pie, toqué la campanilla y entró Bridget, mi

sirvienta. Cuando me hubo traído el whisky con soda, dijo:

—No tiene usted buen aspecto, señor.

—No me encuentro bien, Bridget —dije—. No he comido.

—Oh, podemos conseguirle la cena en seguida, señor. Hay urogallo en la fiambrera —y pronto estuve cenando, servido por Bridget.

Tenía hermosos ojos de irlandesa y era la amabilidad personificada. Mientras estaba de pie a mi lado, sirviéndome algo, pasé mi brazo alrededor de su cintura y como es natural, primero se encontraron nuestros ojos y luego nuestros labios. Pronto descubrí que me tenía cariño, y este afecto espontáneo me hizo bien, disipó la ira y la amargura y me llevó otra vez a los pensamientos sobrios y la sanidad. Para abreviar, me consolé con el afecto de Bridget y su fresca belleza y me abandonaron los temores de locura.

Al día siguiente me mostré implacable. Laura tenía una explicación perfecta. El tipo era un escocés. Su madre lo había invitado a cenar y luego había subido a su habitación a buscar algo, dejándolos juntos y entonces…

Sonreí.

—La próxima vez, no te sientes tan cerca de él en el sofá —dije —, o no volverás a verme más. Lo digo muy en serio. Debes elegir.

Laura se enfadó muchísimo. ¿Qué sospechaba yo? Era una habitación pública. ¿No podía sentarse allí con un amigo? Evidentemente, no tenía idea de la tormenta de cólera y odio que había provocado en mí. Pero yo, consciente de una falta peor, estaba dispuesto a perdonar y si es posible a olvidar. Y sólo relato el hecho en su brutalidad desnuda porque es verdad que tenía miedo de mí mismo, miedo de no poder volver a recuperar el control, de modo que me aferré a la manera más fácil de retornar a la sanidad. Pero esto me condujo mucho más allá de lo que había imaginado.

¿Qué era lo que me unía tan absolutamente a Laura?

Primero que nada, por supuesto, estaba la atracción inmediata de la belleza, pero yo había conocido muchachas tan bellas como ella que no me atraían tan profundamente. Era la hermosa inteligencia de Laura lo que me seducía de manera profunda, y en especial el hecho de que su conocimiento de varias lenguas la transformaba en una especie de ideal cosmopolita que le permitía ver las peculiaridades de la gente que nos rodeaba de una manera

humorística. No obstante, pese a su divertido desdén por el esnobismo inglés y la reverencia a las convenciones de este pueblo, seguía considerando a la mejor clase de Inglaterra como la mejor gente del mundo, al igual que yo.

Todas estas líneas de atracción y simpatía se unían para formar un lazo que quedaba enormemente fortalecido por un detalle: tenía uno de los cuerpos más adorables que había visto. Podía quedarme horas admirando su desnudez y estudiándola. Gradualmente, mi apasionada admiración disipó sus pudores y se desnudaba para mí, tratando siempre mi admiración, sin embargo, como una chiquillada.

—Debes conocer mi cuerpo mejor que yo misma —me dijo una vez.

—Naturalmente —repliqué. Pero aún ahora, en la vejez, sigo desconcertado y soy absolutamente incapaz de expresar en qué consistía la enorme atracción.

Este amor por la belleza plástica iba junto a esa adoración de la virginidad que me llevó a descarriarme cientos de veces en mi vida y que ahora me parece tan inexplicable como me lo parecía hace cincuenta años. Aún ahora, la visión de las piernas bien formadas de una niña de catorce años, me hace latir las venas de la frente y me hace la boca agua. Después de haber poseído a la señora Mayhew a los diecisiete años, ninguna mujer madura y experimentada me atrajo físicamente con esa intensidad. Era la joven e inexperta y, con los años, la inmadura, la que me atraía de manera irresistible. Y poco después, por lo menos una vez, me dejé llevar a una persecución que duró meses, en una orgía de lujuria. Pero esa es una historia que relataré en el próximo volumen y que tiene por objeto demostrar lo que puede conseguir el dinero. Ahora sólo puedo decir que Laura poseía mi cuerpo, mi alma y mi inteligencia. El alma era el principal factor de fascinación inderrotable que me humillaba con frecuencia. Un soneto titulado *White Heather*, escrito por un poeta contemporáneo casi desconocido, un tal Ronald Macfie, expresa parcialmente esta idolatría amorosa. He aquí el sexteto:

> ¡Oh, Reina!, y yo le contesto al viento con gentil prudencia
> Diciéndole que he escogido como embajada
> Este brezo apasionado, pensando que puede abrir

Algún camino blanco, suave hacia mi súplica
Para explicar por qué la tierra queda santificada por tus ojos,
Cómo se sacraliza la vida por el hecho de amarte.

Con frecuencia, Laura encontraba palabras que me afectaban de la misma manera que estos versos. Después de gozarla una tarde dorada y de besarla de la cabeza a los pies, tomó de pronto mi cabeza entre sus manos y me dijo con gravedad infantil:

—*Sei tutto il mio ben.*

He tenido mejores compañeras de lecho, amantes más dadas al arte del amor y mucho más eficaces en la provocación de sensaciones enloquecedoras, pero mi instinto no se equivocaba en lo esencial: amaba a Laura más que a nadie que hubiera conocido hasta entonces o incluso en muchos años por venir; estimaba además su inteligencia y sigo pensando que su cuerpo es el más hermoso que he conocido.

Era su mutismo el que alzaba una barrera entre nosotros, pero era fatal que un día llegáramos a hablar de corazón a corazón. Un día me preguntó:

—Si recibieras una carta donde se hablara mal de mí, ¿te importaría?

—¿Qué clase de carta? —pregunté.

Y, después de muchas preguntas, confesó que podría tratarse de una carta suya que demostrara «afecto… por otro».

—¿Quieres decir pasión? —pregunté.

—No, pasión no —contestó.

—Lo mejor que puedes hacer es decírmelo todo —insistí—, porque la carta, por franca que sea, sólo confirmará mis sospechas. Sé que estuviste enamorada de ese americano y que te entregaste a él. Os vi juntos.

—¡No, no! —exclamó—. ¡Nunca como contigo, nunca!

Pero mi furia celosa no podía aceptarlo.

—¡Tonterías! —grité—. Una vez lo vi en el Savoy mientras apoyaba su mano en tu cuello desnudo. Eso es lo que me mantuvo alejado casi un año.

Sus ojos se abrieron.

—¿En el Savoy? —exclamó—. Mamá estaba conmigo.

—Sí —continué sin la menor piedad—, pero con frecuencia él estaba contigo cuando tu madre no estaba. ¿Por qué no puedes

decir la verdad? Eso es lo que nos separa. ¡Puedo perdonar, pero tú no puedes ser honesta! Por qué no decir ya mismo que te poseyó docenas de veces. Yo lo sé.

—A veces pienso que me odias —dijo melancólicamente, en voz baja—. No es verdad. Nunca me he entregado al placer sexual como lo he hecho contigo… nunca, Frank. ¡Debes saberlo, querido!

Pero yo fui inexorable. Por fin, sabría toda la verdad.

—¿Pero, cómo, si quedaste embarazada de él —exclamé— y él te dio, o tú tomaste, una medicina y te provocaste un aborto?

—¡Oh, oh! —dijo llorando y cubriéndose la cara con las manos —. ¿Cómo pudiste pensar eso? Eres perverso, perverso. Eso no es amor —y me enfrentó enfurecida—, y tampoco es verdad.

Sonreí.

—No es verdad —repitió—. Jamás tuve un aborto, como tú dices. ¡Espantoso!

—Llámalo como quieras —dije—. Tus labios manchados me demostraron que tenías problemas de útero y una inflamación, y, tan pronto como toqué tu sexo, supe que ya no eras virgen. Pero mi amor era lo bastante fuerte como para perdonarte todo si sólo hubieras confiado en mí lo bastante como para decirme toda la verdad. Jamás comprendiste la inmensidad de mi amor.

—¿A eso llamas amor? —gritó—. ¿A tratar de avergonzarme? ¡Oh!

—Más que amor —continué—. ¡Saberlo todo, perdonarlo todo y echarme la culpa de todo! Nunca debí dejarte sola un año sin una palabra, en tu posición equívoca y con tu padre y tu madre. Yo tuve la culpa y la he asumido, pero hubieras debido interesarte lo bastante por mí como para decirme la verdad, Laura.

—Pero es que si pensaba algo malo de ti —comenzó—, no podía expresarlo y herirte. Lo relegaba y lo olvidaba y me decía: «Eso no es Frank; no es mi amor». Me lo negaba a mí misma y, uno o dos meses después, ni siquiera pensaba en ello, ni mucho menos hablaba de eso. Ahora te diré algo, señor, sólo para mostrarte la diferencia que hay entre nuestros espíritus y cuánto he tenido que perdonar. Cuando nos separamos, me dijiste que tres meses después me enviarías noticias, diciéndome cómo te iban las cosas. O, por lo menos, sabría de ti ese mismo año. Tres meses después, te vi con otras mujeres, mientras que yo me negaba a salir sola con el

americano que nos había presentado mi padre y que me deseaba, según podía ver. Una noche, seis meses después de nuestra separación y sin que me hubieras enviado ni una palabra de recuerdo, él nos llevó a todos al Café Royale, que yo había elegido porque tú me lo habías recomendado. Fuimos a cenar y, de pronto, te vi bajando las escaleras con una joven muy guapa. Descubrí que esas escaleras conducían a las habitaciones privadas. ¡Ah, cómo me hirió! Apenas podía comer, o hablar, o hasta pensar. Era como alguien a quien se ha pisoteado y que está insensibilizado por el dolor. Mientras yo rechazaba incluso las cortesías habituales, tú ibas con otras mujeres a las habitaciones privadas. Después, días y días, estuve loca de rabia al pensar en eso, y ahora tú me culpas y dices que estás dispuesto a perdonarme si sólo te digo la verdad. Tú, que fuiste quien comenzó todo. ¿Qué tienes que decir? ¿Y qué tengo que perdonar? Una y otra vez he rechazado la verdad. Me la he negado a mí misma y, cuando viniste a mí, estaba tan contenta y orgullosa, tan profundamente feliz, que olvidé todas tus traiciones e insultos. Los encerré y los olvidé. «¡Ese no es mi Frank!», acostumbraba a decirme. «Él es maravilloso, tan fuerte y sabio y siente verdadera pasión y afecto por mí». ¡Oh! —y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Los hombres no aman como nosotras, las mujeres!

—¡Perdóname!, exclamé, conmovido a mi pesar. ¡Perdóname! —repetí—. Te equivocabas con respecto a la habitación privada; de verdad te equivocabas. Hasta que vi al americano acariciando tu hombro desnudo, nunca fui con nadie a ninguna habitación privada. Estoy seguro de eso, pero te amo por tu defensa y tu persuasión a medias orgullosa, a medias gentil. No volveremos a hablar de nuestros pecados, pero no debes tener miedo de que pueda afectarme cualquier cosa que él o cualquiera otro diga. Te amo y te conozco; conozco tus ojos y tu alma y cómo te has esforzado por estudiar y también tu noble lealtad hacia tu madre y todo.

—¡Querido, querido! —exclamó—. Ahora creo que me amas realmente, porque estas son las cosas que amo en ti. El hecho de que des dinero a tu hermana y a su esposo, tu generosidad irreflexiva y la hermosa manera en que hablas. ¡Pero eres demasiado suspicaz, demasiado inseguro, mi querido tonto! —y sus bellos ojos se me entregaron, sonrientes.

—Es tu travesura lo que te salva —contesté— y tu maravilloso cuerpo. Tus pequeños pechos son perfectos, y tus caderas fuertes y los muslos largos y el triángulo exquisito con los labios rojos, muy rojos, como debe ser, y no marrones como los de la mayoría, y tan sensibles, arremangados en los bordes y húmedos de deseo.

Súbitamente, me puso la mano sobre la boca.

—No quiero escuchar —dijo, haciendo un mohín y frunciendo la nariz… y estaba tan adorable que la llevé al sofá y pronto estuve besando los brillantes labios rojos que se abrieron en seguida para mí y que uno o dos minutos después estaban húmedos con la blanca leche del amor y dispuestos a recibirme.

Pero pese a esa confesión parcial, el antagonismo entre nosotros se mantuvo, aunque muy disminuido. No podía conseguir que se me entregara con pasión o que se dejara ir francamente a la última expresión del amor, aun cuando la había llevado hasta las lágrimas y los sollozos de agotamiento.

—¡Por favor, amor, no! ¡Por favor, no más! —era todo lo que conseguía de ella, de modo que cada vez con más frecuencia me limitaba a poseerla, a correrme para satisfacerme y luego yacer a su lado, hablando, o a apartar las mantas y a hacerla ponerse boca abajo para poder admirar la inclinación de su grupa y la fuerte curva del trasero. O si no, hacía que se pusiera de costado para destacar la prominencia de la cadera y estas poses terminaban por lo general con mi cabeza entre sus piernas, tratando con los labios, la lengua, el dedo y otra vez con el sexo de llevarla al éxtasis y, de ser posible, al lenguaje amoroso y a la gratitud amorosa Tuve éxito una y otra vez, porque había comenzado a estudiar los momentos del mes en los que se excitaba con mayor facilidad. ¿Pero por qué son tan pocas las mujeres que, como sea, .intentan dar a su amante la culminación de su placer?

Una de las cosas más difíciles de descubrir en la mayor parte de las mujeres es el momento en el cual están más excitadas y son más aptas para el acto sexual. Algunas tienen el valor suficiente como para decirle a su amante cuándo lo desean realmente, pero por lo general él debe descubrir por sí mismo el momento. Con extraño coraje, la doctora Mary Stopes, en un libro recientemente condenado en Inglaterra por pura estupidez insular, ha indicado dos o tres días cada mes en los que es posible que la mujer responda

con entusiasmo. Su experiencia es diferente de la mía con Laura, sobre todo, creo, porque no incluye en el planteamiento la estación del año. Sin embargo, yo he observado múltiples veces que la primavera y el otoño son las estaciones más propicias y que los dos mejores momentos del mes son justo antes del período y después, cuando la vitalidad de la semilla femenina comienza a morir, alrededor del octavo o noveno día posterior al cese del flujo mensual. Por supuesto, puedo equivocarme. Los pioneros rara vez encuentran el mejor camino, y los factores espirituales de cada ser humano son infinitamente más importantes que los meramente animales.

Puedo dar una prueba de esto. Un día Laura me preguntó si había ayudado recientemente a su padre.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Bueno, hace poco estaba muy apurado y molestaba a mamá y de pronto consiguió dinero y salió a flote. Y ayer quiso saber por qué nunca te invitábamos a casa para cenar o pasar la velada, y esto me hizo sospechar. ¿Fuiste tú quien lo ayudó?

Asentí.

—¡Y nunca me lo dijiste!, —exclamó—. A veces te adoro. Nunca he conocido a alguien tan generoso… y no decir nada, ni siquiera a mí. Me haces sentir orgullosa de ti y de tu amor —y me cogió la mano.

—Me alegro —dije—, ¿pero por qué no intentas de vez en cuando darme placer en el acto?

—Lo intento —dijo, ruborizándose de manera adorable—, pero no sé cómo hacerlo. He tratado, pero me enloqueces y sólo puedo dejarme ir y vibrar contigo. Mis sentimientos son demasiado poderosos. Toda yo me estremezco contigo, mi hermoso amante.

—Bueno —dije—, eso me complace tanto como a ti mi regalo.

—Ah —suspiró—, nosotras estamos atrapadas por el alma, mientras que ustedes, hombres picaros, están atrapados por el cuerpo.

—Por la belleza del cuerpo —respondí riendo— y también por el alma.

En mi habitación de Kensington Gore yo tenía una hermosa reproducción del conocido Tiziano que hay en el Louvre de la muchacha tendida de costado. Un día, Laura, por divertirse, se

estiró sobre la cama adoptando la misma posición. Estaba infinitamente mejor hecha, más ligera y con caderas y muslos más perfectos. Cuando se incorporó y se sentó en la cama, puso de pronto un pie detrás de su cabeza, descubriendo las curvas más maravillosas.

Para pagarle su exquisita postura, procuré divertirla contándole chistes verdes que había oído. Recuerdo que hubo uno que la hizo reír mucho. Era sobre una solemne dama inglesa que quería contratar una doncella. Le había hecho toda clase de preguntas y la doncella las había contestado con total propiedad. Finalmente, la dama preguntó: «Ay, Mary, ¿ha sido usted confirmada?». Mary se quedó callada un momento y después contestó en voz baja: «Sí, señora, una vez, pero el niño no vivió[61]». El pequeño juego de palabras tuvo con Laura más éxito que chistes infinitamente mejores. Como es natural, las mujeres prefieren lo que concierne a su naturaleza más íntima.

Boulanger, Rochefort, la Conferencia Colonial, Jan Hofmeyr, Alfred Deakin y Cecil Rhodes, los cardenales Manning y Newman

En 1885, cuando ocupó el puesto de ministro de Defensa con M. Freycinet, el general Boulanger empezó a llamar la atención francesa. Parecía crecer en importancia de mes en mes, y lo notable es que limitaciones que hubieran arruinado a otros hombres, lo encumbraban, demostrando que satisfacía en cierto grado un sentimiento profundo compartido por la masa de sus compatriotas. En 1888, hubo una elección senatorial en el Norte, donde un par de meses antes había sido elegido diputado. Sin embargo, su influencia en la elección senatorial fue despreciable («es un volcán extinguido», dijeron de él) y la gente razonable señaló que jamás había dado pruebas de capacidad. Parecía terminado y, sin embargo, se hablaba de él en todo París.

El diputado La Guerre[62] era su partidario más poderoso en la Cámara, y madame Laguerre —esto es, Marguerite Durand— había sido amiga mía años antes, cuando era actriz del Théatre Français. Yo me sentía orgulloso de haber descubierto tan tempranamente su talento. Ahora no recuerdo qué obra se había representado, pero después ella insistió en que le dijera cómo había estado. En esa época, yo acostumbraba a ir todas las noches al Français. La escandalicé al decirle: —Jamás serás una gran actriz. Eres demasiado inteligente.

—¿Qué quieres decir? —exclamó—. Sin duda la inteligencia es necesaria en todo arte.

—Deja al arte fuera de la cuestión —respondí—. La actuación apenas puede llamarse arte. No es la inteligencia la que da fama y popularidad al orador o al actor; es el sentimiento, la pasión.

—¿Piensas que Sarah Bernhardt tiene más pasión y más sentimiento que yo? —preguntó desdeñosamente.

—Ciertamente no —contesté—, pero tiene mucha menos

inteligencia y un instrumento verdaderamente extraordinario: su voz. Tú estás muy ocupada con pensamientos, ideas, sobre el futuro de la humanidad. A Sarah no le interesan esas cosas. Son las que te perjudican como actriz. Deberías ser periodista o propagandista.

—Supongo que tienes razón —dijo, pensativa.

Todos saben que unos años más tarde Marguerite Duras creó el primer periódico femenino de París y aunque empleó en él sólo mujeres y muchachas, resultó un éxito. Se casó con Laguerre pero nunca fue partidaria convencida de Boulanger, como él. Creo que fue en el 88 o el 89 cuando hubo una gran revista de tropas en el Campo de Marte. El general Boulanger estaba frente a la columna y fue aclamado por la multitud, que enronqueció elogiando al *brav' Général*. Y de hecho hacía una hermosa figura a caballo. Tenía una buena cabeza y un rostro agradable, con una barba castaña y un largo bigote flotante. Era ancho, además, y fuerte y cabalgaba como un centauro. Una hora después, todo París parecía estar en la calle. Jamás vi un entusiasmo semejante. El populacho deliraba y de miles de gargantas surgió una canción en alabanza del héroe. ¡Comprendí entonces lo chauvinista que es el público francés!

Hablando de ello con la señora Laguerre, se me ocurrió que la generación posterior a la guerra del 70 estaba llegando a la adultez y ansiaba venganza, lo que tal vez explicara la sorprendente, colosal popularidad de Boulanger. Ella no lo aceptó, pero me dijo que observaría y me lo haría saber. También otra persona me habló de Boulanger.

Hacía tiempo que había conocido a Rochefort y su periódico *Intransigerant*. Era realmente un personaje extraordinario. Jamás olvidaré su relato sobre cómo fundó *La Lanterne*. Se había metido en líos con Napoleón III a quien llamaba, remedando a Hugo, «Napoleón el pequeño», y finalmente huyó a Bruselas. Allí resolvió sacar un periódico que echara luz sobre los lugares oscuros y por eso lo llamó *La Lanterne*.

—Pero, cuando me trajeron la primera copia —dijo—, me sentí decepcionado. Tenía cosas buenas, pero faltaba algo: no tenía pólvora en la cola, nada que lo hiciera elevarse y hacer que lo compraran y hablaran de él. Estuve todo el día dándole vueltas al asunto, tratando de encontrar una frase que le diera alas. Finalmente, el impresor llamó a mi puerta y yo me puse de pie

desesperado. Pensé en la situación de Francia, con millones de personas sometidas a ese pobre charlatán, y de pronto se me ocurrió la frase. Escribí: «Francia cuenta con treinta y cinco millones de súbditos, sin contar los motivos de descontento[63]».

Pero era como amante del arte y crítico que yo estimaba verdaderamente a Henri Rochefort. Fue gracias a él que compré mi primer Barye y por él supe de la miseria del gran escultor.

—Barye —me dijo— estaba con frecuencia tan apurado que solía venir a verme con el modelo de una tigresa o un león en el bolsillo, pidiendo ayuda. A veces, yo no podía comprarlos. Estaba avergonzado de ofrecer tan poco por esas obras de arte. He llegado a comprar cosas suyas por cincuenta francos porque en ese momento no podía permitirme gastar más. Ahora valen miles y en el futuro serán inapreciables. Era *le Michelange des fauves*, el Michelangelo de las fieras.

Una excelente apreciación.

Fue Rochefort quien me llevó a ver a Boulanger en su casa de la calle Dumont d’Urville, cerca de l’Etoile. Me sorprendió ver que Boulanger era tan bajo como yo. Su torso era hermoso, pero tenía las piernas muy cortas. A caballo era como mejor se lo veía. Con Rochefort estuvo muy silencioso. En realidad, quedé atónito al ver cómo el inteligente e ingenioso periodista asumía la dirección de la conversación y la mantenía. Rochefort no era hombre que se contentara con un lugar secundario en ninguna sociedad. Era todo nervios y audacia. Tenía una figura delgada, ligera, de cinco pies y nueve o diez pulgadas de altura, con cabellos plateados que se levantaban como los de un cepillo por encima de la frente alta. Con sus ardorosos ojos castaños, literalmente arrolló a Boulanger y habló sin pausa, riendo de vez en cuando para festejar sus propias frases. Boulanger me pareció amable y tal vez valeroso, pero indudablemente no tenía una voluntad dominante. Era apuesto y tenía maneras agradables, pero no era un gran hombre en ningún sentido de la expresión. Cuando salimos y hablé del silencio de Boulanger, Rochefort dijo ingeniosamente:

—La bandera no necesita ser articulada.

Hay otra historia sobre Rochefort que me parece necesario incluir para redondear el retrato y explicar el importante lugar que ocupó en París y la enorme influencia que tuvo. Era a comienzos del invierno posterior a la retirada forzosa de Marchand de Fashoda. Francia estaba en un frenesí. Nueve de cada diez franceses estaban llenos de rencor contra los ingleses. Rochefort escribió un editorial en el cual pedía a la reina Victoria que ese invierno no visitara Niza, como había sido su costumbre en esos últimos años. Comenzaba con gran cortesía: Francia era más que hospitalaria, más que cortés con las mujeres —decía—, y especialmente con personas de distinguida virtud y posición. «Por estas razones, la peor clase de periodista francés asegurará que vos, Señora, sois una visitante bienvenida, pero no será verdad. Después de Fashoda, será mentira. No queremos que nos recuerden esa intolerable humillación; y sobre todo no queremos que nos sea recordada por la aparición de *cette vieille calèche qui à Victoria* *s'obstine* *s'appeler*» (ese viejo calesín que se obstina en llamarse una victoria). La frase circuló por toda Francia en una hora y tuvo sus efectos, aunque muchas personas pertenecientes a las clases más altas del país deploraron el insulto gratuito hecho a la inofensiva y anciana dama.

Rochefort no hacía ningún secreto de su deseo de derrotar a la República a favor de una dictadura militar y creo que fue él quien me dijo que la Duchese d'Uzès entregaba fondos a los partidarios de Boulanger. En todo caso, lo supe por él o por Laguerre. Algo era seguro: el dinero era bienvenido.

Siempre me alegraré de haber estado en París a finales de enero de 1889 y de haber sido invitado por Rochefort a la famosa cena en el Café Durand en la que se festejó el triunfo de Boulanger en la elección de París. La votación se hizo el 27 de enero, y la excitación era increíble. Toda la ciudad y todos sus monumentos estaban cubiertos de llamadas electorales. Aquí y allá, podía leerse «Jacques», pero en todas partes se leía «Boulanger». Sólo los afiches deben haber costado una fortuna. París estaba blanqueada con ellos. Los periódicos populares estaban llenos de historias sobre el héroe;

por todas partes podía leerse sobre su personalidad y sus logros. ¡Qué no podía esperarse de él! ¡Iba a ser presidente o dictador, guía de Francia, sin duda, y de su ejército: el salvador del pueblo!

¿Qué significaba toda esta excitación? Hasta Marguerite Laguerre admitió que la idea de *la revanche* estaba en todos los corazones franceses y que Boulanger era el héroe elegido de un nuevo *coup d'Etat*. Pensaba que resultaría electo y Laguerre estimaba que conseguiría una mayoría de 25 000 votos. Pero cuando se supo que con medio millón de votos había obtenido 100 000 (después resultaron ser 81 000), París se volvió loco. Hasta en el Hotel Meurice, donde me alojaba, había un aire de excitación reprimida. El gerente vino a verme mientras me vestía. Quería saber si habría una revolución. Cuando salí, vi que las calles estaban abarrotadas y finalmente tuve que coger un coche y rodear los grandes bulevares, porque la rué Royale estaba atestada de gente.

Jamás hubo cena semejante. Tuvo lugar en el gran salón de la primera planta. Todos recordarán que, por entonces, Durand estaba en la esquina de la Rué Royale, frente a la Madeleine. Hacía algún tiempo que yo era cliente de Durand. El dueño y los camareros me conocían, de modo que me llevaron en volandas escaleras arriba. Ya había treinta o cuarenta personas sentadas a la mesa. En el extremo más cercano a la puerta, estaba *le brav' Général*; a su derecha, me parece, el conde Dillon, quien tan pronto me vio me llamó y señaló la silla vacía que había a su lado.

La mesa estaba llena de periodistas y diputados. Apenas tuve tiempo de felicitar a Boulanger cuando ya le estaban presentando a otro comensal. Acaba de estrechar la mano de Rochefort, cuando fue llamado desde el otro extremo de la habitación para conferenciar sobre algo. Cuando regresó, reía.

—¿Qué le parece? —dijo—. Ese desdichado Jacques, nuestro oponente, está cenando en el restaurante de enfrente.

Todos rieron como si se tratara de una gran broma. De vez en cuando servían otro plato y comíamos. A medida que bebíamos, fue creciendo la excitación y el calor se hizo sofocante. Finalmente, Rochefort ordenó que se abrieran las ventanas, que daban a la calle Royale y la gran *place*.

De pronto, nos llegó el grito de la multitud reunida afuera. *Vive Boulanger* fue coreado por miles de voces y llegó como una gran ola sonora hasta la iglesia y el extremo más alejado del bulevar. Una vez más el aire se conmovió con el grito: *Vive Boulanger*. Fui a buscar a Laguerre: estaba rodeado de gente. Me acerqué a la ventana: hubiera podido atravesarse el gran espacio abierto, caminando sobre las cabezas de la multitud. Me abrí paso escaleras abajo y el jefe de comedor, a quien conocía, me aseguró que entre la multitud había cinco mil estudiantes.

Regresé al comedor. El hombre más tranquilo del lugar era el general Boulanger, que bebía calmosamente su café en la cabecera de la mesa. Una vez más subió ese grito, estremeciéndome: *Vive Boulanger, vive Boulanger*. No podía estarme quieto. Me acerqué a él y le dije:

—General, sin duda es el momento. ¡Ha llegado la hora!

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó con perfecta compostura.

—El Eliseo está allí —y señalé— apenas a un cuarto de kilómetro.

Para mi estupefacción, meneó la cabeza.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Cuándo comenzaremos?

—No tenemos fuerzas —contestó.

Reí.

—Abajo esperan cinco mil estudiantes —dije y una vez más, como para dar consistencia a mi desafío, llegó la gran ola sonora: «*Vive Boulanger! Vive Boulanger!*».

Esto lo afectó. Se inclinó hacia mí.

—Estoy dispuesto —dijo—. Vea a Rochefort y a Dillon. Si ellos están de acuerdo, saldremos.

Rodeé la mesa por detrás de él y me acerqué a Rochefort, que seguía hablando. Lo llevé aparte y dije:

—Boulanger está preparado para ir al Elíseo.

Su rostro expresó sorpresa. Pensó un momento y luego dijo imperiosamente:

—*Non, non! Restons dans l'ordre*.

—El orden es un lugar de descanso de primera clase —dije—, pero en él no figuran las multitudes.

—No estamos preparados —contestó Rochefort—. No hemos hecho preparativos.

—Perfecto —dije—, tal vez a los otros les pasa lo mismo. Nuestra fuerza está allí, en la calle. ¡Escuche!

Y otra vez resonó aquel grito: *Vive Boulanger, vive Boulanger*.

Rochefort sacudió decidido la cabeza y se volvió.

De pronto me di cuenta de que esa era la razón por la cual había tenido éxito Napoleón III. Porque había insistido una y otra vez. ¿Acaso no había fallado dos veces antes de ganar? Regresé junto a Boulanger.

—¿Qué dice Rochefort? —preguntó en seguida, y se lo dije—. Pero se equivoca —continué—. Esa es la razón por la cual ganó Napoleón. Probó y fracasó, volvió a probar y a fracasar, pero la tercera vez ganó. ¡Pruebe! ¡Pruebe una vez más! ¡No van a comérselo!

Le brav' Général sacudió la cabeza.

—No hemos hecho preparativos —dijo, repitiendo la tonta frase de Rochefort.

Y uno o dos minutos después, Laguerre dijo lo mismo:

—No estamos preparados.

Como si los preparativos fueran necesarios.

—No puedo actuar en contra de la opinión de Rochefort —fue la última palabra de *le brav' Général*.

—¿Pero qué arriesga? —pregunté—. Nada. ¡No pueden castigarlo por querer hacerle una visita al presidente!

Sacudió lentamente la cabeza. Dudaba. Me fui. Los reyes que no osan coronarse a sí mismos no son dignos de la corona.

Estreché las manos de Rochefort, Laguerre y el conde Dillon. Todos hablaban animadamente, esperanzadamente, de sus posibilidades, de lo que podía suceder, y ninguno de ellos veía el simple hecho de que a menos que pudieran conseguir una elección que sacudiera a Francia como había sacudido a París, jamás tendrían mejor oportunidad que esa.

Salí a la calle y casi junto a la puerta fui interpelado por un joven que preguntó:

—¿Viene?

Sacudí la cabeza, sonriendo mientras él se volvía, evidentemente desilusionado. Vacilé: si hubieran sido ingleses, hubiera pedido al

joven que subiera conmigo y hablara con Boulanger. ¡Pero no! Podían ofenderse. Después me enteré que, esa noche, Naquet, el senador, también aconsejó a Boulanger que fuera al Elíseo. Es posible que sea cierto. Una cosa es segura: la multitud de estudiantes esperaba que el general hiciera algo, que al menos hiciera un intento por conseguir una corona.

Sus oponentes, o por lo menos uno de ellos, fue más sabio: era el señor Constans, que acababa de entrar a formar parte del gobierno con una inmaculada reputación, proveniente del extremo oriente. Según la excelente frase de la señora Laguerre, no tenía *ni conscience, ni tête, mais du poing*. En ese momento, mostró resolución. Presintiendo el peligro, amenazó a Boulanger o envió a algún falso amigo a decirle que su arresto era cosa resuelta e inmediatamente Boulanger huyó a Bruselas. En el verano fue a Londres: un fracaso. Cuando huyó de París, todos comprendieron que había dejado escapar su oportunidad. Lo invité a cenar en Park Lane e invité a Wyndham y media docena de amigos a conocerlo. Una ingeniosa y bonita irlandesa insistió en que hablase en inglés y para mi sorpresa lo hablaba muy bien para ser francés. En respuesta a mi pregunta dijo que había ido a la escuela en Brighton, «pero después de treinta años, uno olvida un idioma».

Poco después, cené con él una o dos veces en Portland Place, pero era deprimente y el champagne, espantoso, dulce como el azúcar. Sus amigos, el ubicuo Rochefort entre ellos, trataron poco después de convocar a una manifestación y banquete en el Alexandra Palace, pero sólo fueron unas pocas personas, por curiosidad, y el pobre Boulanger leyó un largo discurso dirigido «al Pueblo, mi único Juez», refiriéndose al pueblo de París. Pero este ya lo había juzgado y condenado por ausencia, aunque él no parecía advertirlo.

Nadie supo o se interesó por la duración de su estancia en Londres o por el momento en que se fue: era un arma descargada. De pronto, un par de años después, supimos que se había suicidado en Bruselas sobre la tumba de su *bonne amie*, Madame Bonnemain, entrando así en el misterioso silencio este pobre Antonio que imaginamos que hubiera podido ser un César. Pero no tenía grandeza.

Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos.

El incidente me puso en guardia. Si los franceses estaban decididos a conseguir *la revanche*, pronto sucederían cosas interesantes, y como editar que ya era de la *Fortnightly Review*, me correspondía mantenerme en contacto con Francia. Pero el señor Ferry me hizo cambiar de opinión. Todos saben que hizo la guerra y anexó Tonkín (Vietnam del Norte), pero cuando lo vi más tarde en París y lo felicité por su logro, me dijo que eso lo había arruinado.

—Incluso en mi propio distrito —dijo—, mis electores no me perdonan las vidas perdidas y el costo. El campesino francés no quiere la guerra. No le importa nada la Alsacia-Lorena. ¡Confíe en mi palabra: jamás habrá una guerra de revancha!

Pero la siguiente generación tenía un espíritu distinto. Practicaron el atletismo y toda clase de ejercicio corporal incluso en el ejército, y Caillaux me dijo, en 1912, que los generales franceses más importantes opinaban que Rusia y Francia o Francia e Inglaterra podían ganarle fácilmente a Alemania. No compartí su opinión, pero era imposible dejar de reconocer que en Francia había un espíritu nuevo, exactamente opuesto al que el señor Ferry había predicho veinte años antes.

Ahora debo mencionar lo que, para mí, fue el principal acontecimiento de esta década: la Conferencia Colonial, que tuvo lugar en 1887, y mi relación con tres hombres, Cecil Rhodes, Alfred Deakin y Jan Hofmeyr. Sir Henry Holland presidió las reuniones de 20 o 30 ministros coloniales con una bonhomía cortés que no excluía la dignidad, pero a quien yo más deseaba ver era a Jan Hofmeyr, a quien había conocido en Ciudad del Cabo en el transcurso de mi primer viaje alrededor del mundo. Quería encontrarlo y ver si mi primera estimación de él, hecha unos diez años antes, era justificada. Vino a almorzar y a cenar conmigo. Llegué a conocerlo realmente bien y desde entonces lo consideré uno de los hombres más capaces y mejores que he conocido. El aire de imperial hermosura de su gran inteligencia holandesa, me enseñó a comprender y apreciar lo mejor que tiene el pensamiento inglés.

Comencé a ver que los ingleses tenían abundancia de grandes cualidades y por encima de todo un genio para el gobierno basado en el carácter individual y una comprensión de las fuerzas reales de la vida práctica que no excluía las luchas ideales. Por extraño que

parezca, aunque está dotado de una singular sensibilidad para la belleza física —como creo que demuestra mi propio caso—, el inglés jamás intenta desarrollarla. Los franceses construyen teatros de ópera y escuelas de música nacionales y municipales, subvencionando incluso las galerías de arte de provincias, y los alemanes gastan libremente el dinero en laboratorios químicos y físicos. Pero los ingleses y los americanos cierran los ojos a estas necesidades espirituales. El objeto de toda vida civilizada es la humanización del hombre, y hay que admitir que en Inglaterra y en América se hace menos por esto que en cualquier otro estado de la cristiandad. Jan Hofmeyr estaba demasiado ocupado con el posible conflicto entre británicos y boers y la presión ejercida por las razas de color, como para preocuparse demasiado por teatros nacionales o escuelas de arte municipales.

No es que haya hablado mucho de eso, porque a los holandeses les interesa todavía menos que a los ingleses. Creo que fue Hofmeyr, el fornido, ancho y sensible boer, quien me presentó a Cecil Rhodes, que al comienzo no me hizo una impresión tan buena o tan profunda como la que me produjo Alfred Deakin. El australiano parecía más abierto a la influencia del ideal y, sobre todo, amaba la literatura tanto como la política.

Los invité a cenar a los tres en mi casita de Kensington Gore, frente a Hyde Park. Cecil Rhodes tenía que retirarse temprano y Deakin también tenía un compromiso, de modo que pronto me quedé solo con Hofmeyr. Este habló algo despreciativamente de Deakin, y yo lo defendí. En todo caso, dije:

—¡Es más inteligente y más culto que su Cecil Rhodes!

—Sí, es posible —admitió Hofmeyr—, pero Cecil Rhodes es dueño de Kimberley y ya es uno de los hombres más ricos y poderosos de Sudáfrica. Irá lejos y puede hacer grandes cosas.

Recuerdo claramente lo escandalizado que me sentí ante esta evidencia de la adoración de Hofmeyr ante el becerro de oro. Supongo que lo que me mantenía tan ingenuo, a pesar de tener más de treinta años, era la influencia del profesor Smith y las universidades alemanas. Todavía me faltaba aprender cuán universal es el poder del dinero y estoy convencido de que mi primera lección sobre los valores mundanos me fue impartida esa noche por Hofmeyr. En media hora me demostró la enorme

influencia que tenía Rhodes en El Cabo y de hecho en toda Sudáfrica, a causa de su gran riqueza. Algo amargado, resumió sus impresiones.

—Tiene más influencia que yo sobre los jefes boer, aunque a mí me conocen de toda la vida. Hoy, el dinero es Dios y el millonario gobierna.

Pronto descubrí cuánta razón tenía Hofmeyr. Dilke, por ejemplo, sabía todo acerca de Cecil Rhodes y me dijo que le gustaría reunirse con él y conmigo en cualquier momento.

—¡Un hombre muy capaz! —dijo, pero cuando le hablé de Deakin apenas pareció interesado aunque conocía su nombre y su trabajo. También Arthur Walter, el hijo del director de *The Times*, hablaba de Rhodes con manifiesto respeto, aunque por esa época no lo conocía personalmente, mientras que mis elogios de Deakin lo dejaban frío.

Es extraño, pero yo parecía gustarle a Rhodes, tal vez porque conocía El Cabo y a Hofmeyr y sentía gran simpatía por los boer y no temía proclamarla. En todo caso, me invitó a almorzar y en sus habitaciones del Hotel Burlington conocí a alguna gente importante, en especial a lord Rothschild, a quien ya había visto en casa de Dilke. En esta ocasión observé que Rhodes no se preocupaba demasiado por lo que comía, aunque bebía mucho. Lo que desde el principio me gustó de Rhodes fue su absoluta carencia de parcialidad o pretensión de cualquier clase. Yo ya me había formulado la regla —sujeta, sin embargo, a excepciones importantes — de que ningún hombre grande o sabio se da aires. El «partidismo» es una característica de la gente de segunda clase, y cuando un gran hombre lo utiliza, como lo hacía en ocasiones lord Salisbury, es para mantener alejado al insistente o al impertinente. No obstante, constituye casi siempre una prueba de debilidad.

Esto quedó para mí perfectamente ejemplificado en los arzobispos Manning y Newman. Yo había ido a ver a Manning a Westminster a causa de un artículo sobre los pobres del East Side, en los cuales pretendía estar muy interesado. Esa primera vez me hizo esperar y después poco me dijo porque tenía que dar clases a un sacerdote. Yo me encogí de hombros y me puse de pie para irme. Entonces dejó caer la máscara pontifical y me aseguró que me agradecería mucho que le enviara cualquier cosa que escribiera

sobre el East End. Desde entonces fue totalmente cortés y simpático, pero yo no pude olvidar mi primera impresión de él, sentado en su gran silla con el sacerdote asistente a su lado, ni dejar de compararla con la perfecta sencillez de Newman, quien quedó complacido con mi elogio entusiasta de su *Apología* y casi inmediatamente quiso saber cuál era mi posición, a qué escuela de pensamiento favorecía y cuál era mi opinión sobre los grandes temas. Cuando se enteró de mi absoluta incredulidad, pareció desasosegado. Me apresuré a admitir que el respeto del hombre por el amor generoso y de hecho por todo aquello que está por encima de él, demostraba un matiz de lo Divino, pero que el pico y la garra de la naturaleza eran terribles y que…

Newman asintió con gravedad.

—Las dudas son escalones ascendentes hacia la fe —dijo, acariciándose el mentón—. La Fe es inapreciable, planea por encima del abismo, transformándonos en uno con el alma universal.

—Eso me recuerda —dije— las palabras más nobles del *Religio Medici*:

> Indudablemente, hay en nosotros algo Divino, algo anterior a los elementos que no debe obediencia al sol[64].

—¡Magnífico! —exclamó el anciano santo con el rostro Iluminado por una especie de radiación supernatural—. ¡Magnífico! Palabras nobles, magníficas. ¿Pero leyó usted alguna vez su *Christian Morals* y su *Vulgar and Common Errors*? A mí me gustan.

—No —contesté—, pero los conseguiré. Me encanta su *Hydriotaphia*. El último capítulo de la *Urn Burial* es glorioso, lleno de pasajes mejores incluso que los de Bossuet (Newman asintió sonriendo). Browne es un enigma para mí, un médico rural dueño de frases mágicas y aunque durante su infancia debe haber visto a Shakespeare, Jamás lo menciona, por lo que sé.

—Sin embargo, era un gran hombre —dijo Newman—, y somos sus deudores. ¿Recuerda esto?: «Amo perderme en un misterio para perseguir a mi razón hasta un *O, altitudo*[65]».

Sacudí la cabeza y, hacia el final de nuestra charla, me aconsejó sonriendo:

—No debe subestimar la memoria como lo hizo el otro día. Es injusto, cuando puede usted llevar en su memoria joyas

inapreciables como esta frase de Browne. Esas palabras enriquecen la vida.

Yo sólo había dicho que la gran memoria verbal impedía con frecuencia que una persona pensara por sí misma, pero en realidad la memoria de las grandes cosas bien dichas enriquece la vida, como dijo Newman, y hay pocas joyas más notables en la prosa inglesa que esta de Sir Thomas Browne. Cada vez que pienso en Newman y en su fe apasionada, recuerdo los grandes versos:

> … El más verdadero nombre de la vida
> Es «Adelante». No hay discordancia en el rodar
> Y el avanzar de esa Armonía Eterna
> Puntuada por las estrellas…
> ¡Sólo las grandes almas pueden ser así persuadidas!

Recordando a Guy de Maupassant

Fue en los primeros años de la década del 80 cuando Blanche Machetta, o Roosevelt, que era su apellido de soltera, me hizo intimar con Maupassant en París.

Blanche era una americana que había ido a Milán a estudiar canto. Era extraordinariamente guapa, una rubia alta y bien formada con grandes cantidades de cabello rubio rojizo y rasgos clásicos perfectos. Había cambiado la música por el matrimonio, casándose con un italiano y viviendo muchos años en Italia. Sin embargo, hablaba italiano con fuerte acento americano y jamás pudo aprender el participio pasado de algunos verbos irregulares. El francés lo hablaba de la misma manera, pero con mayor fluidez y un total desprecio por la sintaxis y el género de los sustantivos. No obstante, era una excelente compañera, llena de vida y alegría, de buen carácter y siempre dispuesta a hacer un favor. Escribió en inglés una novela titulada *The Copper Queen* que le permitió hablar de sí misma como *femme de lettres* y artista. Evidentemente, conocía muy bien a Maupassant y a él le gustaba mucho, porque el elogio que hizo de mí lo transformó inmediatamente en mi amigo.

Su apariencia no sugería talento. Tenía apenas una altura media, pero era notablemente fuerte y guapo. La frente, cuadrada y más bien alta; la nariz, de excelente perfil y casi griega; el mentón, firme sin ser agresivo; los ojos, bien dispuestos y gris azulado; el cabello y el bigote espeso eran muy oscuros y usaba además una pequeña perilla. Sus modales eran excelentes, pero al principio parecía reservado y reacio a hablar de sí mismo o de sus logros. Ya había escrito *La Maison Tellier*, que me parecía mejor que *Boule de Suif*.

Que no se piense que mi incapacidad para descubrir su genio en su apariencia o modales era extraña. Franceses que lo habían conocido durante años no veían nada en él, no tenían idea de su talento. Un día Zola me dijo que, aun cuando ya estaban siendo escritas las historias de «Medan», nadie esperaba nada de Guy de Maupassant. Se decidió de manera natural que la historia de Zola

saldría primero y que los otros cinco colaboradores se clasificarían después de leídos. Maupassant fue dejado para el final. Leyó *Boule de Suif*. En cuanto terminó, los otros seis afirmaron que era una maravilla y lo saludaron como gran escritor con típico entusiasmo francés.

Al comienzo su reserva era casi impenetrable y, como me dije, usaba una «armadura» contra muchas pretensiones juveniles. Una vez me dijo que era normando y había heredado el amor por los viajes por mar; otra vez, confesó que su familia provenía de la Lorena y que su nombre derivaba evidentemente de *mauvais passant*. De vez en cuando, decía que sólo escribía libros con el objeto de ganar dinero para dedicarse al *yachting*, y casi al mismo tiempo contaba cómo Flaubert había corregido sus primeros poemas y cuentos, enseñándole realmente a escribir, aunque era obvio que debía muy poco a cualquier maestro. Hacia el final, había sido tan cortejado por los príncipes que adoptó una actitud esnob y, se dice, usaba una corona de marqués debajo del sombrero, aunque no tenía ningún derecho a ella y tampoco a la partícula *de* que siempre usaba. Pero en el fondo, como a todos los franceses, le importaban muy poco los títulos y constantemente alababa la nobleza y la necesidad del trabajo y la tarea diaria. En realidad, sólo admiraba la aristocracia del genio y los logros de los artistas y los hombres de ciencia.

Cenó conmigo y le dije que deseaba publicar sus cuentos en inglés y pagaría por ellos el precio más alto. Pareció sorprendido, pero tenía necesidad de dinero y pronto me envió cuentos, algunos de los cuales publiqué después en la *Fortnightly Review*.

Un invierno, Dilke me prestó su villa de Cap Brun, cerca de Toulon. Invité a visitarme a Percy Ffrench of Monivae, quien había sido embajador británico en Madrid, y mientras estaba conmigo nos topamos con Maupassant en Cannes. Ffrench hablaba el francés con tanta corrección como el inglés y su elogio de mí y de mi influencia en Inglaterra pareció afectar a Maupassant. En todo caso, aceptó pasar unos días con nosotros. Se quedó alrededor de una semana y comencé a conocerlo bien.

Recuerdo que una noche estaba elogiando ante él
L'héritage
. Me dijo lo que yo ya había supuesto. Es decir, que la vida de

oficina descrita en el cuento estaba tomada de su experiencia en el Ministerio de Marina durante sus primeros tiempos de París. Sugerí que el final era demasiado largo, que el cuento terminaba inevitablemente con la condena hecha por la heroína de las muchachas que proponían hacer exactamente lo que ella había hecho. *«Comme ces créatures sont infâmes»* hubiera debido ser la última frase de la historia. Vaciló un poco y luego dijo:

—Creo que tiene usted razón. Eso resalta y subraya la ironía —y después de reflexionar un momento, preguntó—: ¿Por qué no escribe usted cuentos?

—No poseo el arte —contesté—, y amo la vida más que cualquier transcripción de ella.

—No podría ser tan buen crítico —continuó— a menos que fuera también un creador. Póngase a trabajar y tendremos a nuestra vez el placer de criticarlo.

—Lo pensaré —dije, y en verdad desde ese día la sugerencia no me abandonó. ¿Podía ser un escritor? Siempre había sabido que podía ser un buen orador y pensador político, pero escribir era medirme con lo más grande. ¿Tenía genio? De no ser así, sería tonto comenzar. Súbitamente, se me ocurrió que podía escribir uno o dos cuentos y ver qué pasaba con ellos. Pero durante algún tiempo no me tomé en serio el trabajo. En realidad, no lo hice hasta que la idea de un escaño en el Parlamento me pareció tonta, pero esa es otra historia.

Cuanto más conocía a Maupassant, más me gustaba. En muchos aspectos era típicamente francés: amable, alegre y justo. Le gustaba remar. De hecho, estaba muy orgulloso de su fuerza y quedó muy sorprendido al descubrir que mi temprano entrenamiento en una escuela inglesa y la vida universitaria en los Estados Unidos, me habían hecho, si no más fuerte, por lo menos más diestro que él. Fue de sus labios que escuché por primera vez el proverbio francés *bon animal, bon homme*. Su vigor físico era extraordinario. Por ejemplo, afirmaba haber remado toda la noche después de haber estado el día entero en el Sena. Le atraían las payasadas, aun cuando resultara ser la víctima. Una mañana en Argenteuil, en el río, cuando se puso de pie para cambiar de lugar de remo y pasó por encima de la borda para llegar a su bancada, el timonel, viendo su oportunidad, se arrojó sobre la borda en el momento exacto y

Maupassant cayó al agua.

—No pude evitar reír —dijo—. Había sido tan bien calculado.

—¿Tenía una muda? —pregunté.

—¡Oh, no! —rio—. Simplemente, remé más fuerte hasta que tuve calor y las ropas se secaron. En esos días, nunca cogía frío…

Creo que era este abundante vigor físico el que inspiraba sus amables juicios de sus contemporáneos y rivales. Encontraba genio hasta en Bourget. La única vez que lo oí criticar injustamente a alguien fue a E. de Goncourt. Siempre hablaba con desprecio de su *écriture artiste*.

—La gente que no tiene nada que decir, cuida naturalmente de decirlo bien —fue una de sus observaciones—. Es cuando se encuentran juntas las dos capacidades, una verdadera visión de la vida y el amor por las palabras, como sucede con Flaubert, cuando se ve al maestro.

Goncourt era todavía más prejuicioso. Después de la muerte de Maupassant negó con vehemencia que hubiera sido un gran escritor.

Tan pronto como Maupassant descubrió que yo era muscularmente vigoroso, en realidad su igual en ese sentido, comenzó a hablar del rendimiento amoroso. Como muchos franceses, era curiosamente vano, y no precisamente con respecto a sus mayores virtudes.

—La mayor parte de la gente —dijo— tiende a pensar que las clases más bajas, los obreros y en especial los marineros, son mejores amantes que aquellos que viven vidas sedentarias. Yo no creo eso. El escritor o el artista que hace ejercicio y se mantiene en forma es mejor amante que el marinero o el fontanero. Se necesita cerebro para darle a otro la mayor cantidad posible de placer.

Esta era su tesis. Discutimos largamente este asunto, los tres. Le dije que pensaba que la juventud era la principal condición del éxito, pero para nuestra sorpresa no estuvo de acuerdo con esto, y clausuró el asunto hablando de doce abrazos consecutivos como algo normal. Riendo, le recordé a monsieur *Six-fois* de Casanova, pero se negó a aceptar incluso a esta autoridad.

—Six-fois —exclamó con desprecio—. Yo lo he hecho *six fois* en una hora.

No puedo dejar de pensar que una afirmación de esta índole fue la que contribuyó a la historia que me relató en 1923, en Niza, mi amigo George Maurevert, el escritor, que me dijo que Maupassant, excitado por la incredulidad de Flaubert, fue una vez a un burdel de París con un *huissier* como testigo, y poseyó a seis muchachas en una hora. Flaubert era singularmente ascético; sin embargo, se interesaba mucho por la sorprendente virilidad de Maupassant.

Se puede creer o no esta historia, pero nadie debe tomarla como una calumnia contra Maupassant —y mucho menos contra las costumbres francesas contemporáneas—, porque Lumbrose cuenta en su libro cómo Bourget y Maupassant visitaron un burdel en Roma. Bourget se sentó en un rincón —dice— y Maupassant, que se fue con una chica, se burló de él.

Una y otra vez Maupassant me dijo que podía continuar haciendo el amor tanto tiempo como deseara.

—Una capacidad peligrosa —dije, pensando que alardeaba.

—¿Peligrosa por qué? —preguntó.

—Porque podría llegar fácilmente al agotamiento y la depresión nerviosa —contesté—. Pero debo estar hablando metafóricamente, imagino.

—Por supuesto que no —insistió—, y en cuanto al agotamiento, no sé lo que quiere decir. Estoy tan cansado después de dos o tres veces como después de veinte.

—¡Veinte!, —exclamé riendo—. El pobre Casanova ha sido derrotado.

—Lo he hecho veinte veces y más —insistió Maupassant.

No podía hacer más que encogerme de hombros.

—Sin duda sabe usted —continuó después de una pausa—, que en dos o tres abrazos se agota su provisión de semen, de modo que luego se puede seguir sin más pérdidas.

—Pero indudablemente eso aumentaría el agotamiento nervioso —repliqué.

—Yo no lo siento así —contestó.

Cuando nos separamos para dormir, Ffrench declaró que era fanfarronería francesa.

—Les encanta exhibirse —insistió.

Pero yo no estaba tan seguro. Maupassant me había producido una impresión de veracidad y era sin duda muy fuerte.

Después de pensarlo, se me ocurrió que tal vez hubiera empezado a interesarse muy tarde por las mujeres y que en la primera juventud no había practicado la masturbación, de modo que le quedaban reservas. Decidí preguntárselo a la primera oportunidad y uno o dos días después, en ausencia de Ffrench y con ocasión de un paseo que hicimos Maupassant y yo a Toulon, lo hice.

—No, no —contestó—. Aprendí a excitarme por pura casualidad. Cuando tenía unos doce años, un marinero practicó un día este arte delante de mí y a partir de entonces yo, como la mayor parte de los muchachos saludables, jugué ocasionalmente conmigo mismo. Pero no cedía a menudo a mis deseos.

—¿Era la religión la que se lo impedía? —pregunté.

—¡Oh, no! —exclamó—. Nunca fui religioso. Incluso cuando era niño la religión me parecía repugnante. Cuando tenía alrededor de dieciséis años, poseí a una chica y el deleite que sentí me curó de la masturbación. Creo que mis experiencias fueron bastante normales, salvo que por E… supe que podía durar más que otros hombres. Supongo que sexualmente soy ligeramente anormal —resumió—, porque puedo conseguir una erección siempre que quiero.

—¿De veras? —exclamé, demasiado atónito como para pensar.

—Mire mis pantalones —observó riendo y allí, en la calle, me demostró que decía la verdad.

—Qué capacidad tan extraordinaria —exclamé—. Creí que yo era anormal en ese sentido, porque me excito en un instante y he oído decir a muchos hombres que se necesita cierto tiempo para estar preparado para el acto. Pero su capacidad va más allá de cualquier cosa que haya visto u oído.

—Eso es lo peor —observó tranquilamente—. Cuando se adquiere una reputación, algunas prácticamente se ofrecen. Pero con frecuencia se encuentran mujeres a las que el acto no les interesa mucho. Supongo que eso ocurre más a menudo en Inglaterra que en Francia, si la mitad de lo que se dice es cierto. Aquí las mujeres son por lo general normales, pero es raro que sientan con demasiada intensidad. A veces sucede, gracias a Dios.

Como es natural, pensé mucho en su anormalidad.

Pronto observé que no admiraba a las muchachas como yo lo hacía. Parecía preferir las mujeres hechas y limitarse a una o dos. Llegué más o menos a la conclusión de que escatimaba su capacidad

más que la mayoría de los hombres. Pero lo negó rotundamente.

—La tentación ha sido puesta para ceder a ella —declaró—. No me niego nada que me convenga o me agrade. ¿Por qué habría de hacerlo?

Era tan propenso como cualquiera a la búsqueda de lo desconocido. Recuerdo que una vez que hablábamos de la caza mayor en América o África, dijo de pronto que la mujer es la única presa que merece la pena perseguir. La sola esperanza de encontrarla aquí o allá —a la Esperada, a la Deseada—, da interés y significado a la vida.

—La única mujer que amo realmente —continuó con cierta exaltación—, es la Desconocida que ronda mi imaginación. La seducción hecha persona, porque posee todas las perfecciones que todavía no he encontrado nunca en una sola mujer. Debe ser intensamente sensual, pero debe también poseer autocontrol; sentimental, pero coqueta. Encontrarla es la gran aventura de la vida. No hay otra.

A mí me dejó atónito comprender que alardeaba más de sus éxitos amorosos que de su literatura.

—¿Quién sabe —dijo— si estos cuentos míos vivirán o no? Es imposible asegurarlo. Es posible estar entre los grandes hoy y ser olvidado por la siguiente generación. La fama es puro azar, la caída de una moneda, pero el amor o una sensación nueva son cosas que se salvan del olvido.

Yo me negué a aceptarlo.

—La sensación es fugaz —exclamé—, pero el deseo de fama me parece la principal característica de la humanidad y durante el tiempo de nuestra vida podemos estar seguros de una reputación duradera y de una influencia que se prolonga más allá de la tumba.

Maupassant sacudió la cabeza, sonriendo.

—*Tout passé*. No hay certeza.

—Conocemos —continué— el camino recorrido por la humanidad durante decenas de miles de años. El feto en el útero muestra nuestro progreso desde el renacuajo al hombre y conocemos los milenios de crecimiento que van desde el niño humano al pensador y al poeta, el hombre-Dios de hoy. El mismo proceso sigue repitiéndose en cada uno de nosotros. ¿Ha llegado usted a ser más comprensivo que otros, más amoroso, más

generoso, más compasivo, más decidido a sacar lo mejor de usted? Póngalo en su libro y sin duda vivirá con una popularidad cada vez mayor. Goethe tenía razón:

> *Wer immer strebend sich bemüht* (A quien lucha sin cesar)
> *Den können wir erlösen* (a ese podemos redimir)

—¿Y Rabelais? —dijo sarcásticamente—. ¿Y Voltaire? ¿Qué lugar ocupan en su Panteón moral?

—Voltaire defendió a Calas —contesté—, y sería tan fácil elogiar a Rabelais como a Pascal, pero su objeción tiene algo de verdad. Es lo extraordinario, bueno o malo, lo que sobrevive. Recordamos al marqués de Sade por su crueldad repugnante y monstruosa, con la misma exactitud con que recordamos a san Francisco. En la vida hay espacio para mucho escepticismo. Soy defensor de la regla que da asidero bastante para la esperanza y estimula los mayores logros. Tres o cuatro de sus cuentos seguirán leyéndose de aquí a cien años.

—Apenas comprendemos a Villon —respondió— y el lenguaje de la Ille de France en el siglo doce es como otro idioma para nosotros.

—Pero la imprenta ha cambiado todo eso —contesté—. Inmoviliza el lenguaje, aunque admite el agregado de palabras e ideas nuevas. Su francés durará como dura el inglés de Shakespeare.

—No me convence —contestó Maupassant—, aunque hay mucha verdad en sus argumentos. Pero si usted mismo no fuera un escritor, no estaría tan interesado en la fama y el renombre póstumo.

Allí me había cogido y sólo pude reír.

Uno o dos días después, French vino a decirme lo magníficamente dotado que era Maupassant como amante. Le pregunté si opinaba que la anormalidad era una señal de salud.

—Por supuesto —exclamó—. Una prueba de fortaleza extraordinaria.

Pero yo no estaba convencido.

Creo que fue en 1885 o 1886 cuando me envió su *Horla* acompañada de una interesante carta.

«La mayor parte de los críticos pensará que me he vuelto loco», escribía, «pero usted comprenderá mejor. Estoy perfectamente sano, pero la historia me interesó de una manera extraña. Pensamos tantas cosas que no podemos explicar. Hay en nosotros miedos

instintivos que forman, por decirlo así, los entretelones de nuestro ser».

Le Horla me impresionó muchísimo. El título estaba formado por el *hors-lá*, el no ser nosotros en esta vida. Fue el primer cuento de Maupassant que estaba mucho más allá de mí. Yo no hubiera podido escribir nada parecido. Y al preguntarme por qué, llegué a la conclusión —tal vez inspirada por simple vanidad— de que era demasiado sano, demasiado normal, por decirlo de alguna manera, y esto me hizo pensar. La siguiente vez que lo vi, le dije:

—Ese *Horla* suyo es sorprendente. Temer como debe haber temido usted para escribir este cuento espantoso, es para mí la evidencia de que sus nervios están destrozados.

Maupassant se rio de mí.

—Jamás he estado mejor —declaró—. Nunca en mi vida.

En Viena yo había estudiado todas las enfermedades venéreas, y acababa de leer un nuevo libro alemán sobre la sífilis en el cual, por primera vez, encontré registrado el hecho de que con frecuencia esta enfermedad mata a su víctima por parálisis entre los cuarenta y los cincuenta años, cuando comienzan a declinar las fuerzas vitales. De pronto, lo recordé y le pregunté:

—¿Ha tenido usted sífilis alguna vez?

—He tenido todas las enfermedades infantiles —dijo riendo—. Todos las tienen en su juventud, ¿no es cierto? Pero ya han pasado doce o quince años desde que observé por última vez una señal. Hace años que estoy completamente curado.

Le dije lo que había descubierto el especialista alemán, pero no hizo caso.

—Como sabe, me desagrada todo lo alemán —dijo—. Hasta su ciencia es exagerada.

—Pero el otro día —argumenté— se quejó usted de dolores en los miembros y tomó un baño muy caliente. Esa no es una señal de salud.

—Demos un largo paseo —contestó—. Ya verá que no estoy decrépito.

Dimos el paseo y por el momento deseché mis dudas y temores, pero cada vez que pensaba en *Le Horla* entraba en sospechas.

También había capítulos en otros de sus libros que me inquietaban.

Creo que fue en la primavera de 1888 cuando lo encontré en Cannes, adonde había llegado desde Marsella con su yate *Bel-Ami*. Cenamos juntos y me contó que había vivido hermosas experiencias en Argelia y el norte de África. Según parece, había ido hasta la Ciudad Santa de Kairouan, donde admiró la espléndida mezquita, pero había aprendido poco, salvo el hecho de que los árabes tienen tres o cuatro concubinas aparte de su esposa y que las mujeres son por lo general terriblemente desdichadas, con los celos como una especie de locura continua.

Me habló de una judía que administraba una casa junto con sus dos hijas y dijo que le gustaría escribir un cuento sobre una de ellas, donde la haría enamorarse de un oficial francés, porque la había sacado a pasear y había sido amable con ella.

—Cualquier muestra de afecto que no tenga nada que ver con la pasión —observó— tiene un significado curioso, en especial para mujeres como esas. Se enorgullecen mucho más de la ternura que del deseo.

—Las novelas largas —confesó casualmente una vez— son mucho más fáciles de escribir que las *nouvelles* o los *contes*. Por ejemplo, *Pierre et Jean* la escribí en menos de tres meses y no me cansó en absoluto, mientras que *La Maison Tellier* me llevó mucho más tiempo y esfuerzo.

Tal vez fuera esa preferencia por el cuento corto la que siempre me hacía poner a Kipling junto a Maupassant, pero debo admitir que Kipling era un compañero mucho más interesante. Si se le sacaba y se le demostraba interés, podía contar un cuento tan perfecto como los que escribía. Maupassant, a diferencia de la mayor parte de los franceses, no era un conversador dotado, tal vez porque no se dejaba llevar por la inspiración del momento. Pero de vez en cuando lo sorprendía a uno con la amplitud de su visión o la corrección de un juicio, haciendo gala de un cerebro que había viajado, como decía Meredith.

Una noche estábamos hablando de Napoleón. Yo relaté cómo me había sorprendido. Dije una vez que Jesús había sido el primero en descubrir el alma y hablar de ella y desde ella, sobre todo en aquel inefable «dejad que los niños vengan a mí». Años más tarde,

descubrí que Napoleón había dicho lo mismo: «Jesús descubrió el alma».

—No me gusta Napoleón —dijo de Maupassant—, aunque hay que admirar su inteligencia, pero Jesús me parece el más sabio de los hombres. Para mí la forma en que llegó a esas alturas de pensamiento en semejante ambiente, es una de las maravillas del mundo. No llevaba en sí la marca de su época. Pertenecía a todos los tiempos.

—Es curioso —asentí—. De hecho, resulta imposible encuadrarlo en su época. Habla siempre para todos los hombres y todos los tiempos. Pero de vez en cuando hay una palabra reveladora. ¿Recuerda usted cuando el Diablo lo alcanzó en la alta montaña y le mostró el Reino de este Mundo? Esta frase significa evidentemente que él pensaba que el mundo era plano y que si se subía lo bastante, se le vería entero.

—Es verdad, es verdad —exclamó Maupassant—. No había caído en ello. Sin embargo, hoy nos dirige a todos y lo seguimos humildemente, a distancia.

Maupassant era casi tan patriótico como Kipling, pero no estaba tan cegado por el instinto gregario.

—Sabe —me dijo una vez—, nosotros, los normandos y bretones, sentimos mayor desagrado por los ingleses que por los alemanes. Ustedes son nuestros enemigos; fueron ustedes quienes entraron a saco en nuestras ciudades y nos infligieron pérdidas económicas terribles. El alemán está lejos de nosotros, mientras que ustedes están cerca, apenas del otro lado de una angosta franja marina.

—Comprendo —contesté—, pero los ingleses no sienten ni miedo ni disgusto por ustedes. ¿Cómo lo explica?

—Es curioso —declaró—. Creo que debe ser porque antes de la moderna era industrial, nosotros éramos ricos y ustedes pobres. El rico siempre teme al pobre y su miedo instintivo es razonable.

La explicación era ingeniosa y en parte verdadera, me parece.

Desde el comienzo de nuestra relación, pese a su mente vigilante y a su buen humor comprensivo y solidario, comencé a ver cuánta verdad había en la afirmación de Taine de que Maupassant era un *taureau triste*, «un toro triste». Maupassant se quejó primero de dolor en los ojos. Aproximadamente un año después, dijo que con

frecuencia quedaba ciego durante una hora. Llamó a esto «una experiencia aterradora». Más o menos para esa época, confesó que había recurrido a todas las drogas. La neuralgia lo abrumaba y tomaba éter («un alivio temporario es mejor que nada»), pero con su buen sentido pronto comprendió que una droga sólo pospone el pago, al tiempo que aumenta la deuda. No es sorprendente que Flaubert le haya rogado que fuera «moderado» en todo: en ejercitación muscular, hasta en su escritura y en especial en esa tentación de ceder a ataques de tristeza que sólo lo dejaban deprimido y agotado (*abruti*).

A Maupassant le gustaba atribuir su malestar al exceso de trabajo. Más de una vez alardeó en mi presencia de haber escrito mil quinientas páginas en un año, sin hablar de los artículos en el *Gaulois* y *Gil Blas*. Las páginas apenas contenían ciento cincuenta palabras cada una, es decir, dos novelas inglesas en un año. Trabajo duro, pero nada extraordinario, a menos que se tenga en cuenta su salud en rápida decadencia que más o menos para esa época comenzó a hacérseme visible.

Recordaré siempre una noche. Por la mañana había tenido neuralgia que había ido cediendo hasta permitirle comer y beber. Un vaso de excelente oporto había completado el tratamiento. Habíamos estado hablando de la fe en Dios, cuando de pronto Maupassant dio un giro personal a la conversación.

—Qué ser extraño es el hombre —exclamó—: Una inteligencia imperial que contempla los dolores y miserias de su desdichado compañero carnal. Observo con toda claridad que mi salud empeora mucho, que mis dolores corporales van aumentando, que mis alucinaciones duran cada vez más y mi capacidad de trabajo disminuye. El supremo consuelo proviene de la certeza de que cuando mi estado sea muy malo, le pondré fin. Mientras tanto, no pienso quejarme. He vivido horas grandiosas. ¡Ah, horas grandiosas!

Creo que fue en 1889 cuando descubrí por qué su salud empeoraba de esa manera. Rompió un compromiso que tenía conmigo y cuando un mes después nos encontramos, yo seguía molesto y se lo hice ver. Para excusarse, barbotó que había llegado de París una visita inesperada y finalmente confesó que «los últimos amores son los más terribles».

—Es exquisitamente bella —dijo—, físicamente perfecta. Una

amante sin tacha, un perfumado altar amoroso. Y además tiene un capital de pasión que jamás había encontrado. No puedo resistirme a ella y lo peor de todo es que no puedo dejar de exhibirme y sorprenderla. Qué estúpidamente vanos somos los hombres y cómo pago después el exceso. La verdad es que en la semana posterior a una orgía con ella, sufro como un condenado y aun ahora, que ya hace un mes que se ha ido soy presa de tormentos (*indicible malaise*). Desearía que se mantuviera lejos. Me agota, me abruma, me enerva.

Pensé que era mi deber aconsejarlo.

—En todo se le nota el *surmenage* —dije—. Su piel es plomiza, su expresión peculiar, atemorizante. Por el amor de Dios, interrumpa esas orgías. Son excusables a los veinte o a los treinta, pero no a los cuarenta. Es una prueba para usted. Si su cerebro no controla su cuerpo, se destruirá. Apréndase la gran frase de Shakespeare. Ni siquiera su Antonio podía ser «el fuelle y el abanico que enfriara la lascivia de una mujerzuela». Indudablemente, era una confesión personal.

—Qué gran frase —exclamó Maupassant—, el fuelle y el abanico. Grande… Ya sé todo eso —continuó—, pero después me digo que de todas formas estoy derrotado, que estoy cada vez peor. Una noche más no me hará mal. No puede usted imaginar lo variado de su seducción. Usa un perfume que al principio me obliga a olerlo como el éter. En una hora se ha desvanecido, pero queda en su lugar el aroma sutil y más intoxicante de su cuerpo. Su belleza física, el encanto inefable de su reserva y de sus dádivas, me vuelven loco. Nunca había experimentado un placer semejante. ¡Hombre, es como un afrodisíaco! Tan pronto como comienza a aliviarse mi estado de depresión y miseria, la deseo. Mis pensamientos van hacia ella. Mi pensamiento y mi cuerpo la reclaman. Por supuesto, tengo toda clase de buenas intenciones: seré moderado y me controlaré. Pero cuando está allí, siento en mí la fuerza de diez hombres y el deseo de conquista; el anhelo loco de conseguir un estremecimiento aún más intenso que los anteriores me domina, y su respuesta me arrastra y… caigo una vez más.

Sin duda era un gran amante, uno de los más dotados de que se tenga memoria y, aunque en su conversación conmigo hablaba sobre todo del aspecto físico de la pasión, sus cartas a su amante

demuestran que también le era devoto espiritualmente, y que ella era la compañera de su corazón y su complemento. No hay en toda la literatura una mejor historia de amor. Puede compararse con el *Antonio y Cleopatra* de Shakespeare y algunas de las frases de Maupassant son tan intensas como las mejores de Shakespeare. Sin duda, merece registrarse y considerarse.

Ahora bien, ¿quién era ella, la amante incomparable? Una judía en buena posición económica, unos diez años menor que él y casada con un hombre que no le hubiera perdonado su infidelidad si la hubiera descubierto. Los amantes tenían que encontrarse a intervalos largos y a escondidas. Diez años después de la muerte de Maupassant, escribió sobre él y su amor en «La Grande Revue», y me parece que estas páginas demuestran sin lugar a que si Maupassant le hubiera hablado del efecto que tenían sobre su salud sus orgías amorosas, ella no sólo se hubiera rehusado a hacerle daño, sino que hubiera procurado ayudarlo a autocontrolarse.

Su afecto por él parece profundo y elevado al mismo tiempo. Se deleita recordando sus buenas cualidades: su amor y admiración por su madre; su gentileza hasta para con los mendigos desvergonzados; su interés en otros hombres y mujeres, en especial en todos los tipos curiosos y poco comunes; su deseo constante de ser justo y honesto. Por supuesto, habla de su amor por ella y transcribe dos veces extractos de sus cartas. He aquí, en francés, una expresión soberbia de la humildad del amor y de esa adoración sagrada que nos redimirá de esta sórdida existencia que llevamos.

> *Comme je vous aimais! Et comme*
> *j'aurais*
> *voulu*
> *m'agenouiller*
> *tout à coup devant vous,*
> *m'agenouiller*
> *là, dans la poussière, sur le bord du trottoir, et baiser vos belles mains, vos petits pieds, le bas de votre robe, les baiser en pleurant.*

Es fácil traducirlo:

> «¡Cómo te amaba! Y cómo hubiera deseado arrodillarme de pronto delante de ti; arrodillarme allí, en el polvo, en el bordillo de la acera, y besar tus bellas manos, tus pies pequeños, el ruedo de tu falda:

besarlos llorando».

Esta Madame X era inteligente. Una vez Maupassant confiesa que él es «un escritor de novelas hasta cuando hago el amor». Sutilmente, ella agrega: «Yo diría más bien que seguía siendo un amante incluso en sus novelas… Y qué amante maravilloso era», continúa.

> Cada encuentro era un renacimiento del amor, gracias a su genio. Gracias a él he vivido horas tan arrebatadoras que me estremezco de sólo pensar en qué hubiera sido mi vida si no lo hubiera conocido y amado. Sus cartas, y había muchas, llegaban en los momentos más inesperados, y la mayor parte llevaban la fecha de la misma noche. Con frecuencia sucedía que acababa apenas de dejarlo cuando llegaba una carta suya, tan ardiente, tan apasionada, tan tierna, que me resultaba difícil contener mi deseo de volver a él enseguida.

He aquí la última parte de una de esas cartas de amor que demuestra, me parece, una maravillosa intensidad de sentimiento, tal vez la más sorprendente y convincente de las expresiones que conozco de la más profunda de las pasiones humanas:

> «Hace unas horas, estabas en mis brazos. Ahora estoy solo. Pero tú permaneces. Las peculiaridades de tu personalidad viven en mí con coherencia tan abrumadora, que me parece ver tu voz, respirar tu belleza, escuchar tu perfume… Beso tus manos blancas y mis labios se demoran en tu boca roja…».

¡Indudablemente, este hombre alcanzó alturas no soñadas!

Algunos de nosotros ya sabíamos que Maupassant era muy afectuoso, una persona que había nacido amante, si alguna vez hubo alguna, pero estas palabras doradas son la mejor prueba de su sorprendente genio. ¡Ay! Su caída fue más espantosa.

En 1890, su amor advierte en él un cambio profundo.

«Está viviendo, dice, en un estado de exaltación espiritual que le provoca alucinaciones». En agosto, él le escribe desde Niza diciéndole que la necesita: «Estoy perseguido por ideas tan extrañas, oprimido por una angustia tan misteriosa, sacudido por sensaciones tan confusas que deseo gritar "¡socorro, socorro!"».

«Los ecos confusos de los días vividos me torturan una y otra vez o me excitan hasta producirme una serie de locura». Y entonces

habla de los pesares intensos que siente por «los días que ya no son» (*des regrets pour un temps qui fut et qui ne ser plus jamais, jamais*). «Tengo la sensación, continúa, de que mi fin está cerca y será totalmente inesperado. ¡Ven a mí, ven!».

Fue esta llamada, este trigo de suprema angustia, el que produjo su fatal visita última.

Una y otra vez, ella observa la constante preocupación de su pensamiento con la idea de la muerte, incluso en un momento en el que estaba ocupada con la convicción de su abundante salud y vigor. Hacia el fin, declara que «su razón» nunca pareció alterada; sus sensaciones sí, es verdad, pero no su juicio. «Sólo dos años antes, qué lleno de vida estaba y qué fuerte, y yo era joven y lo amaba. Oh, los tristes y dolorosos años que he vivido desde entonces».

Creo que todos estarán de acuerdo en que si Maupassant le hubiera dicho la verdad a esta mujer, ella lo hubiera ayudado a controlarse. Ni una sola vez habla ella del aspecto físico de su afecto. Son las alegrías de su compañía las que recuerda, los deleites de su intimidad espiritual. Siempre es él quien llama y ella quien acude.

El destino de Maupassant no es tan merecedor de piedad, porque fue advertido una y otra vez, y nosotros, mortales, no podemos quejarnos ni siquiera de aquellas catástrofes que es difícil, si no imposible, prever. Hasta su criado, Français, lo había advertido.

Tres o cuatro años antes del fin, Maupassant sabía que el camino de la autocomplacencia lo conducía directamente a la demencia y a la muerte prematura.

Podía seguir las huellas del progreso de su enfermedad de cuerpo y alma a partir de *Le Torla*, al comienzo, hasta *Qui sait*, llena de impío terror, el último cuento que escribió. Hasta en su trabajo creador recibió advertencias después de cada exceso y de cien maneras distintas. Primero, una orgía le provocaba ceguera parcial; después, agudos dolores neurálgicos y períodos de insomnio, al tiempo que su escritura evidenciaba terrores espantosos. Y esta enfermedad debía curarse con descanso y dieta, baños y fricciones y, sobre todo, mediante un permanente cambio de escenario. Después vino una desesperante y larga depresión, interrumpida ocasionalmente por exaltación y excitación. Más tarde aún, períodos

de alucinación durante los cuales su pensamiento divagaba y que después recordaba con humillación y vergüenza. Y siempre, siempre, la indescriptible agonía mental a la que llamaba *indicible malaise*. Finalmente, perdió el control de sus miembros, vio fantasmas en la carretera y fue perseguido por visiones que le dieron la certeza de la locura, que sólo podía enfrentarse mediante la resolución inquebrantable de matarse si el castigo se volvía insoportable.

Y sin embargo, suplicó una y otra vez las fatales caricias. Es posible que la sífilis hubiera debilitado su fibra moral. Muchos de nosotros llegamos al agotamiento nervioso entre los cuarenta y los cincuenta años, y mediante una abstinencia decidida, ejercicio cuidadoso y un cambio de escenario, hemos recobrado la salud corporal y mental. Pero en contra suya estaba el joven Maupassant de los viajes por el Sena y las complacencias demenciales con Mimi y Musette.

Dije una vez que se necesitaba pura buena suerte para que un milagro de genio como Shakespeare alcanzara las alturas y diera lo mejor de sí mismo. Si no hubiera sido por las mil libras de lord Southampton, nunca hubiéramos visto *Hamlet* o *Lear* o *Macbeth* o *La tormenta*. Para un francés, se necesita un milagro de genio y una salud extraordinaria para llegar a una vejez sana como la de Hugo y escribir a los setenta años sobre_ el arte y el gozo de ser abuelo. Pero Maupassant, como Shakespeare, era ante todo y sobre todo un amante, y esa es la mayor de las desventajas.

Su criado, François, ha sido más revelador que cualquier otro con respecto al último estadio de su enfermedad. Observó en seguida que la enamorada de Maupassant era extremadamente bonita y se vestía muy bien: « *une burgeoise du plus gran chic; elle a tout à fait la genre de ces grandes dames qui ont été élevées soit aux Oiseaux, soit au Sacré-Coeur. Elle en a gardé les bonnes et rigides manières*

C’est

». («Es una burguesa de gran distinción, el perfecto tipo de esas grandes damas que han sido educadas en los Oiseaux o en el Sacré-Coeur. De ellos ha conservado los modales perfectos y rígidos»).

A medida que iba viendo el efecto producido por su intimidad en su amo, a quien quería, llegó a odiar y temer sus visitas. Una y

otra vez se sintió tentado de decirle al «Vampiro», como la llamaba, que se mantuviese alejada.

El veinte de septiembre de 1891, hacia las dos de la tarde, escuchó la campanilla y al abrir la puerta vio a la mujer «que ya había hecho tanto daño a mi amo. Pasó junto a mí sin hablar, como siempre, con impasible rostro marmóreo».

Después de la catástrofe, lamentó no haberle dicho lo que estaba haciendo, dándose con la puerta en la cara. No sabía que en agosto Maupassant le había escrito rogándole que fuera a verlo… una lamentable llamada última que ya he citado.

«Por la noche, Maupassant parecía quebrado (*accablé*) y no habló de la visita. Un mes después, pese a los cuidados constantes, no había mejorado. A comienzos de noviembre viajaron de París a Cannes, al Chalet de l’Isére».

Maupassant sufría todavía un quebranto nervioso (*malaise indicible*). El cinco de diciembre escribió a su abogado: «Estoy tan enfermo que temo que no viviré más que unos pocos días».

Cada dos o tres días iba a Niza a almorzar con su madre en la villa Les Ravenelles y François iba con él para preparar su comida, porque sabía exactamente cómo guisar de modo que su amo obtuviera la mejor alimentación sin riesgo de indigestión.

El veinticuatro de diciembre hizo una larga visita a su madre y le prometió pasar con ella el día de navidad. Mejoraba lentamente y quería por encima de todo ponerse a trabajar otra vez y terminar un *sketch* sobre Turgueniev que había comenzado. Rogó a su madre que leyera todas las novelas de Turgueniev y le enviara una o dos páginas de comentario sobre cada una. Ella prometió hacerlo.

Pero el día de navidad no cumplió su compromiso. Dos damas, dos hermanas —una soltera, la otra casada— habían ido a verlo y él salió con ellas y pasó el día en la isla de Santa Margarita, en la bahía de Cannes. Todos sabemos quién era la dama casada. François no nos dice nada de este cambio de planes, pero relata que en la tarde del veintiséis Maupassant salió a dar un paseo en dirección a Grasse y que a los diez minutos regresó. François estaba vistiéndose, pero Maupassant lo llamó en voz alta, imperiosamente, para decirle, que «en el camino había encontrado una sombra, un fantasma».

«Evidentemente —continúa François— estaba asustado, era víctima de una alucinación, pero no quería confesarlo».

«El día veintisiete, durante el desayuno, tosió un poco y con total seriedad declaró que se había tragado un trozo de lenguado que se le había ido a los pulmones y le produciría la muerte».

Ese día volvió a escribir a sus abogados diciendo que «iba de mal en peor y pensaba que dos días después estaría muerto». Cuando salió por la tarde a navegar en su yate, el marinero Raymond observó que era incapaz de levantar la pierna a la altura correcta para pasar a bordo. O la levantaba excesivamente o la ponía demasiado baja. François afirma que él ya había notado ese mismo síntoma de debilidad paralítica.

El primero de enero, Maupassant no podía afeitarse y le dijo a François que tenía la vista nublada por una especie de niebla. Pero durante el desayuno comió dos huevos y bebió un poco de té, sintiéndose mejor. Entonces partió para Niza, porque de otro modo «mi madre pensará que estoy muy enfermo». François lo acompañó.

Lo curioso es que la información sobre lo sucedido este último día varía mucho. Su madre dice que hablaron toda la tarde y que no observó en él nada anormal, excepto una especie de exaltación o excitación reprimida. A mitad de la comida que tomaron a solas (*tête-à-tête*) habló delirantemente (*divaguait*). «A pesar de mis súplicas, de mis lágrimas, en lugar de dormir allí, en Les Ravenelles, se empeñó en ir a Cannes. Le rogué que se quedara —dice ella—, me puse de rodillas pese a la debilidad de mis viejos huesos. Él quería cumplir con sus designios (*il suivait sa visión obstinée*). Lo vi desaparecer en medio de la noche, excitado, loco, delirante, yendo no se sabe dónde, mi pobre niño» (*et je vis dans la nuit… exalté, fou, divaguant, allant je ne sais où, mon pauvre enfant s'enfoncer*).

La mayor parte de este relato es inexacta, una ficción de la memoria, no los hechos concretos. François nos cuenta la verdad de manera más exacta. Nos dice que preparó el *déjeuner* de Maupassant y que además de su madre estaban presentes la mujer de su hermano, su sobrina y su tía (Madame de Harnois) a quien Guy quería mucho. A las cuatro, llegó el coche a buscarlos y de camino a la estación compraron una cantidad de uvas blancas para proseguir

con su régimen (*cure*) habitual. François nos dice que al llegar a casa, Maupassant se cambió de ropa, se puso una camisa de seda para estar más cómodo, cenó el ala de un pollo, un poco de achicoria y un soufflé de arroz con crema aromatizada de vainilla y bebió un vaso y medio de agua mineral.

Algo más tarde, Maupassant se quejó de dolores en la espalda. François lo alivió con *ventouses*, le dio una taza de manzanilla y a las once y media Maupassant se acostó. François se acomodó en un sillón de la habitación contigua, esperando que se durmiera. A las doce y media se fue a su habitación, pero dejó la puerta abierta. Un momento después, se oyó la campanilla del jardín. Era un telegrama, pero encontró a Maupassant durmiendo con la boca entreabierta y regresó a su lecho sin despertarlo. Continúa: «Hacia las dos y cuarto, escuché un ruido. Me apresuré a ir a la pequeña habitación en lo alto de las escaleras y encontré a Maupassant de pie, con la garganta cortada».

—Mira lo que he hecho François —dijo—. Me he cortado la garganta. ¡Es un caso de locura pura!

François llamó en su ayuda al marinero Raymond, enviaron a por el médico y ayudaron a meter al loco en una camisa de fuerza.

En mi primer esbozo de Maupassant, publicado en el primer volumen de mis *Contemporary Portraits*, pude llegar un poco más allá incluso que François. A comienzos de enero 1892, llegué al hotel de Antibes. Todo el mundo hablaba de la locura del pobre Maupassant. De inmediato me fui a Niza y gracias a los relatos de testigos presenciales, reconstruí la escena del *déjeuner* del primero de enero en la villa de su madre. Les Ravenelles. Durante la comida había divagado, justificando así los temores y ansiedades de su madre. Después, salió a la pequeña terraza en forma de medialuna, con el cielo azul sobre su cabeza y el movedizo mar purpúreo al frente, como para burlarse de su agonía. Cito aquí lo que escribí en ese momento:

> Con cuánta desesperación luchaba por controlarse, bien contestando a una observación casual de sus amigos, bien padeciendo el sudor frío del miedo al sentir que el timón se le escapaba de la mano. Vuelto a su sano juicio una vez más por una frase cordial o cualquier otro bendito sonido de la vida cotidiana para perder pie otra vez sobre la corriente helada de la memoria

> resbaladiza y las espantosas imágenes insistentes, teniendo siempre en el fondo de su conciencia la certeza espantosa de que ya estaba loco, loco, de que jamás sanaría, loco, de que el desesperado esfuerzo por mantenerse sujeto a la roca y no caer al abismo era vano, que resbalaba, resbalaba a pensar de sí mismo, pese a sus dedos ensangrentados, que caía, caía… ¡El invierno no conoce un horror semejante! Allí, en esa cámara de torturas —aunque haya durado sólo un minuto— pagó todas sus deudas, pobre, acosada, perseguida criatura de locos ojos implorantes, ahogándose bajo la garra del espectro más espantoso que amenaza a la humanidad…
>
> Regresó a Cannes en tren y a las dos de la mañana François lo oyó llamar y se apresuró a acudir junto a su lecho, sólo para encontrar a su amo cubierto de sangre y loco, gritando: *Encoré un homme au rancart! Au rancart!* (Otro hombre al pozo).

Sin duda, esta fue la frase de Maupassant y la observación que François pone en su boca: «Es un caso de locura pura», es sólo un resumen posterior de la situación. «Otro hombre al pozo» es el desesperado grito del alma de Maupassant.

Después se descubrió que de Maupassant había sacado su revólver, pero François ya le había quitado los cartuchos, de modo que lo dejó de lado y cogió una especie de cortapapel que no hizo cortes lo bastante profundos y le lastimó la cara más que la garganta.

El médico puso a de Maupassant en cama, donde durmió vigilado por François y Raymond en la luz vacilante, mientras pensaban en el desastre irreparable.

Por la mañana, encontraron el telegrama de la judía, del «Vampiro», como vuelve a llamarla François con amargura, preguntándose si su influencia nociva, a través de ese telegrama que Maupassant nunca vio, hubiera ayudado a precipitar la catástrofe suprema.

Todos saben que el gran escritor empeoró rápidamente, fue conducido a París, al asilo del doctor Blanche, transformándose cada vez más en un simple animal, hasta que la muerte se lo llevó un año y medio más tarde, el tres de julio de 1893.

La historia de la vida y el trágico fin de Maupassant está llena de lecciones para todos los artistas. Lo que encuentro en ella es la moral que subrayo continuamente: que toda capacidad que nos es concedida es casi necesariamente una desventaja y un peligro.

De Byron se dijo, y esto puede aplicarse también al caso de Maupassant, que «una mañana se despertó famoso». La publicación de *Boule de Suif* puso a Maupassant, en un día, entre los grandes maestros del cuento corto. Por todas partes se lo elogió como artista impecable. Apenas puede sorprendernos que a partir de allí descuidara la autocrítica y apenas mejorara, en algunos casos, la perfecta artesanía demostrada en esa historia temprana. En los diez años siguientes, escribió más de doscientos cuentos, pero tal vez no haya otro que muestre un acabado más perfecto.

Una vez más: estaba dotado de una extraordinaria capacidad viril. La consecuencia de ello fue que contrajo la sífilis antes de la madurez, y esta lo llevó a un final prematuro porque estaba decidido a exhibir su destreza como amante.

¿Cuándo aprenderemos, los artistas y los amantes, que las máquinas mejor dotadas son las que necesitan los frenos más fuertes?

¿Pero cómo atreverme a juzgarlo? Qué absurda parece toda crítica cuando pienso en su encanto personal, en la alegría de sus ojos cuando nos encontrábamos, en la presión de su mano, en sus aladas palabras durante las veladas que pasábamos juntos, en el brillo inolvidable cada vez que era asaltado por una nueva idea, en los mil deleites de su inteligencia clara y despierta. ¡Ah, mi amigo, mi querido amigo! ¡Perdido para siempre! ¡Guy, tragado y perdido en la vasta ola de la noche increada, perdido para siempre!

He releído su último libro. Comienza con una obra maestra:
Beauté
L'Inutile
. Al final, *Un cas de divorce* y *Qui sait*, Y ahora *Un cas de divorce* me parece más característico y más terrible que *Qui sait*, con palabras más profundas, palabras arrancadas del alma de un gran amante: la adoración del hombre por la belleza de las flores, su amor apasionado por la orquídea con sus exquisitos flancos rosados y sus pistilos de marfil, que despide un perfume intoxicante más fuerte y más dulce que el aroma de un cuerpo de mujer.

Y el vio marchitarse, agostarse y morir a la flor, perdiendo toda belleza y despidiendo, en lugar del perfume seductor, el olor horrible de la putrefacción.

El funeral de Robert Browning, Cecil Rhodes y Barnato, un duelo financiero, actriz y príncipe en Montecarlo

A comienzos de diciembre de 1889, Smith Eider, la editorial, me envió un ejemplar de *Asolando: Fancies and Factus*, de Robert Browning. Pasé la noche leyéndolo. Buen material, pero no de primera clase. A propósito, ¿de dónde había sacado el título? ¿De Asolo, el pueblecito de las colinas que rodean Venecia, mencionado en *Sordello*? ¿O tal vez de *asolare*: vagabundear? Pocos días después, tuvimos noticia de que Browning había muerto en Venecia, a los setenta y siete años. Durante media docena de años, yo había sentido el mayor amor y admiración por el glorioso Robert Browning. En realidad, hasta que lo conocí en un almuerzo en casa de lady Shrewsbury, fue mi héroe, junto con Carlyle. Había encontrado ciertas similitudes entre nosotros. Lo mejor de su trabajo era como pensador, no como bardo. Su talento poético no era extraordinario. En su juventud, había leído todo un diccionario inglés, y yo había hecho lo mismo sin saber que él había dado el ejemplo cuarenta años antes. Mi amigo Verschoyle me había regalado un diccionario Johnson en dos enormes volúmenes encuadernados en piel y yo los había leído en algo más de un año, poniendo al pie de cada página, con tinta roja, todas las palabras que no me eran familiares. Cuando terminé este trabajo, volví a repasar las palabras escritas en rojo, marcando con lápiz azul las que había olvidado en el intermedio. Finalmente, lo leí otra vez. Sin embargo, había todavía unas treinta palabras que no me habían quedado en la memoria, pero no me importó. El simple hecho de haber sentido la misma necesidad que Browning intensificaba mi simpatía por él. Además, ¿acaso no le había escrito al público inglés: «Vosotros, que no me amáis, pero que me amaréis un día»? Esto era lo que yo había sentido desde la infancia y sólo a los treinta y pico de años estaba comenzando a tener la esperanza de

que yo también, algún día me ganaría sus simpatías.

Para mis adentros, lo llamaba siempre el «glorioso Robert Browning», pero cuando nos conocimos me sentí desilusionado. Hice lo que pude por ganármelo, una y otra vez. Durante un almuerzo en casa de lady Jeune, cuando manifestó desdén por Lowell, que era festejado y honrado, pensé que me lo había ganado. Cuando vio que yo también sentía desprecio por la poesía de Lowell, me tomó confianza y atravesamos juntos Hyde Park y tomó té en mi casita de Kensington Gore. Preparé una cena poco después a la que invité a Frederick Harrison, que era un viejo amigo suyo y a lord y lady Folkestone. Después de comer, habiendo rogado de antemano a lord Folkestone que me lo preguntara, dije lo que Browning había significado para mí. Evidentemente, estaba complacido. Más tarde Harrison dijo que mi alabanza era demasiado entusiasta, «excesiva», dijo, pero ese es un buen defecto. Después de esto, Browning me trató con cierta cordialidad. Vino dos o tres veces a mi casa, pero se negaba a beber. Era de una sobriedad sorprendente. Me dijo que la salud dependía de la autonegación. No obstante, era algo excesivamente fornido para mi ideal de salud perfecta. No era tan entendido en cuestiones físicas como creía serlo. Un día traté de que me explicara de dónde había sacado la pasión de *James Wife*
Lee's
. Quería saber si la había aprendido de una sola mujer, su esposa. De inmediato, se replegó en sí mismo como una culebra herida y trató de mostrarse indignado. Le dije que Shakespeare había sido infinitamente más franco. Citó los tres últimos versos de su poema que comenzaba con la afirmación de Wordsworth, transcrito en bastardillas.

… Con esta misma llave
Abrió Shakespeare su corazón. ¡Una vez más!
¿Lo hizo? Entonces, menos Shakespeare será[66].

A mí me pareció un ejemplo perfecto del hombre más pequeño juzgando al más grande y una teoría en sí mismo. Me dediqué a probarle que Shakespeare había hablado mucho de sus propias experiencias sensuales. Cité el soneto sobre la lujuria:

disfrutada no más que despreciada presto;

más que es razón buscada, y no bien poseída,
más que es razón odiada, como cebo puesto
adrede a volver loco al que a beber convida[67].

—El hombre que podía escribir eso a los treinta y cinco años, debe haber sido muy débil —comencé—. Es una confesión de debilidad. El hombre saludable común no detesta a la lujuria después del goce; por el contrario…

Pero Browning no quería discutirlo o siquiera considerarlo.

—Hay cosas que no deben decirse —insistió—, cosas que el público no tiene derecho a saber.

Mientras que yo estaba convencido de que todos los hombres pueden aprender incluso de las debilidades de los grandes hombres. Blake lo sabía.

Que tu guía sean los errores de un sabio
más que las perfecciones de un estúpido[68].

No conseguí que Browning argumentara o pensara siquiera. Prefería considerar mi deseo de saber una impertinencia y nos separamos con cierta frialdad, aunque, por supuesto, tan pronto como hube comprendido que no conseguiría nada, me retraje y procuré excusarme. Después nos encontramos media docena de veces más, casi por casualidad. Nunca volvió a mi casa y nunca más tuve la oportunidad de una charla privada con él.

Y ahora se había ido
… adonde allá en lo alto
El amor pesa el consejo del futuro
Browning, esa alma intensa
Cubierta de silencio y de olvido.
La muerte de esos hombres empobrece la vida.

Cuando supe que Browning iba a ser enterrado en la Abadía, me alegré mucho. Sin duda, merecía un descanso eterno en el gran templo del Silencio y la Reconciliación. Le hablé a Froude de esta ceremonia el último día del año que moría y me pidió que fuera con él. Por supuesto, me apresuré a prometerlo.

Era una mañana nebulosa, melancólica, desapacible. En la propia Abadía, Froude me presentó a Lecky. Me alegré de haber leído su *Rationalism* con gran interés, porque se puso muy cordial

cuando le dije que su frase sobre las prostitutas —«la hermandad de los pesares»— había significado mucho para mí. «Una de las frases más grandes de nuestra literatura». Así la llamé, pero no podía evitar preguntarme si con un poco de interés amoroso no podía trasformarse a la profesión más antigua del mundo en «una hermandad de alegrías». Pero ni él ni Froude estaban dispuestos a considerar semejante cosa. La llamaban «una pobre invención francesa» y, cuando cité lo que me parece el pensamiento más noble de Proudhon[69], se mantuvieron inquebrantables. Proudhon proponía que las formas más bajas del trabajo, la recogida de basuras y los comercios más arriesgados, fueran realizadas por la orden de la juventud, una banda sagrada de voluntarios. Decía que los hombres se transformaban en soldados por una paga escasa y arriesgaban sus vidas por casi nada. ¿Porqué no entusiasmarlos para que emprendieran los trabajos más viles y peligrosos con el mismo espíritu caballeresco? «Los recolectores de basura pronto obtendrían distinciones», declara Proudhon, ¡y de la misma manera me parecía que la hermandad de los pesares podía aceptar incluso la degradación de la lujuria como una nueva distinción!

Pero no quisieron aceptarlo. La mayor parte de los hombres, aun cuando sean personas capaces, no pueden aceptar una idea nueva con razonable ecuanimidad.

Mientras hablábamos, comenzó a repicar la gran campana y los profundos sones impusieron un silencio solemne. De inmediato se desvanecieron los murmullos.

Al mirar a mi alrededor, quedé atónito ante el gran número de caras conocidas que podía distinguir aun con mi miopía: Meredith y Wolseley y, por extraño que parezca, Whistler e Irving, Frederic Harrison, Bret Harte y du Maurier. Era una multitud y las caras resplandecían de manera extraña en la niebla grisácea iluminada por el oro de algunas bujías y lámparas. De pronto, el órgano comenzó a tocar la misa funeraria de Purcell y apareció el féretro, precedido por el coro y los sacerdotes, con el hijo de Browning como deudo principal. Lo colocaron en los escalones del presbiterio. Al día siguiente, los periódicos publicaron una larga lista de las personas que siguieron el ataúd, pero yo sólo pude reconocer la hermosa cabeza de Sir Frederick Leighton.

El corro inició un himno. Las jóvenes voces me arrancaron

lágrimas y no fui el único afectado. Cuando cesó la música, Huxley se tapaba la cara con un pañuelo.

El ataúd fue bajado a su lugar junto a la tumba de Chaucer. El Deán pronunció la bendición, y el gran órgano dejó oír los compases de la Marcha Fúnebre de Saul.

Comenzamos a movernos lentamente y cuando llegué junto a la tumba, me pareció que grandes espíritus poblaban el lugar. Allí estaban Chaucer y Shakespeare, Spenser y Ben Jonson y el gran Doctor con su figura corpulenta y su alma reverente. Y el espíritu de Robert Browning se les reunió y sus palabras parecieron conmover el aire:

> Oh, amor lírico, mitad ángel y mitad pájaro
> Todo maravilla e impetuoso deseo[70].

Otros versos suyos giraban en mi cabeza; versos inolvidables. La confesión de la mujer en *The Ring and the Book*:

> A él le correspondía llamar y a mí acudir.

Y la manera en que Browning agradecía a Dios el hecho de que cada hombre tuviera dos mitades de alma:

> … una con la cual enfrentar el mundo,
> otra para mostrarle a la mujer cuando se la ama.

¿Pero llega la luz después de la oscuridad y estará esperando el alma de la mujer? ¿Quién sabe? ¿Quién puede decirlo?

Pasamos del gentío en la gran iglesia a la gran melancolía de la niebla. Hasta Froude estaba afectado. Lo escuché susurrar: «Pronto. Pronto. Da el sueño a su bienamada», y después, en voz alta:

—¡Qué gran ceremonia! Y un gran hombre —agregó.

Yo asentí.

En el verano de 1888, Rhodes sorprendió a la sociedad inglesa dándole 10 000 libras a Parnell con la condición de que trabajaría para retener a los miembros irlandeses de la Casa de los comunes, porque creía, según le dijo, que «el gobierno autónomo de Irlanda llevaría al gobierno autónomo imperial». De pronto, los políticos ingleses advirtieron que debían ensanchar sus puntos de vista si no querían que los más capaces hombres de las colonias se les pusieran en contra. Yo ya había ayudado a fundar la Imperial Federation

League, de modo que estaba desde el comienzo en cuerpo y alma con Rhodes. Me parecía un inglés notable, sin «partido» o pose de ningún tipo, utilizando con cierto desdén el esnobismo brtánico para favorecer sus propios planes. Decía de Parnell que era «el hombre más razonable y sensible que había conocido». La gente olvida muchos de los logros de Rhodes. En 1887, lord Salisbury estaba dispuesto a aceptar la extravagante reclamación de Portugal de un dominio continuado desde Angola, en la costa occidental a Mozambique en el este, lo que hubiera tenido como resultado una limitación del imperio inglés en África. Afortunadamente, Rhodes se había ganado a Sir Hercules Robinson para que apoyara su idea, o más bien, la idea de Bartle-Frere, de que Inglaterra debía anexarse toda la meseta central africana, desde El Cabo hasta El Cairo. W. H. Smith se oponía a ceder la carta oficial a la Compañía de Prospecciones de Rhodes, hasta que Sir Hercules Robinson habló de «la ingerencia *amateur* de personas irresponsables y mal informadas de Inglaterra». En abril de 1889, lord Gifford, Rhodes, Rud y Beit pidieron una carta y lord Knutsford pasó la propuesta a lord Salisbury, como manera probable de ahorrarse los inmensos gastos en que se había incurrido en la Bechuanaland británica. Se informó en privado a Rhodes que conseguiría lo que deseaba si ponía personas influyentes en el directorio. En consecuencia, consiguió al duque de Abercorn como Presidente; el duque consiguió al yerno del príncipe de Gales, el duque de Fife, que aceptó unirse al directorio, y luego al mejor de todos, Alberth Grey, a quien Curtney llamó «el paladín de su generación» y que era el miembro más distinguido del Comité Sudafricano. Aunque Chamberlain lo había aconsejado en contra. Albert Grey aceptó finalmente ponerse del lado de Rhodes. Se hicieron las cosas y la compañía inició su existencia.

A través de todas estas negociaciones, vi a Rhodes dos o tres veces por semana y aprendí a conocerlo íntimamente. Escuché de sus labios el relato de los diversos escalones que lo hicieron ascender en fortuna y poder. En 1892, su Compañía De Beers sólo pagó el tres por ciento sobre un capital de 200 000 libras; en 1888, pagó el veinticinco por ciento sobre un capital de más de dos millones y cuarto. Es decir, que en 1882 rindió 6000 libras y seis años después, 600 000 libras. Después me habló de su larga lucha

con Barnato y de cómo finalmente incorporó Kimberley Central a De Beers. Nunca olvidaré la manera sumaria en que hablaba del asunto y lo diferente que sonó cuando lo escuché de boca de Beit y después de Barnato y Woolfie Joel. Según parece, asistieron a una reunión definitiva una noche en Kimberley. De un lado, Rhodes y Beit; del otro, Barnato y Woolfie Joel. Beit había convencido a Rhodes de que le dejara hacer el trato a él.

—No por nada soy judío. ¡La conseguiré más barata que tú! —dijo. Rhodes aceptó.

Barnato y Woolfie llegaban al lugar de la cita, cuando Barnato dijo de pronto:

—¿Cuánto sacaremos?

—Medio millón, espero —dijo Woolfie.

—¡Bah! —exclamó Barney—. Esta noche seré millonario, ya verás. A Rhodes no le interesa el dinero —y chasqueó los labios.

Cuando se reunieron los cuatro, Rhodes —olvidando todo lo que le había prometido a Beit— dijo en seguida: —Detesto el regateo. Barnato, te daré más de lo que vale tu participación en Kimberley. ¡Te daré un millón en efectivo!

—¡Oh, Dios mío, Rhodes, Dios mío! ¡Nos arruinarás! —gimió Beit

Barnato se puso de pie y cogió su sombrero.

—Por mí podemos irnos, Woolfie, si piensan que pueden comprarnos con un millón. Pensé que íbamos a hacer un trato justo —y fue hacia la puerta.

—Siéntese, siéntese —exclamó Rhodes—. Vamos, Beit, háblales.

El cuarteto pasó la noche hablando, regateando, disputando, pero al final Rhodes y Beit compraron Kimberley Central por más de cinco millones de libras. Sin embargo, la fusión era un buen negocio para De Beers y dejaba libre a Rhodes para sacar todavía más de los yacimientos de oro del Rand que lo que había sacado de los diamantes en Kimberley.

Cuando consiguió la promesa de la carta oficial para su compañía prospectara, se paseaba por Londres con un manojo de solicitudes de todos colores asomando por el bolsillo de su chaqueta. Mucho antes de esto, yo le había presentado a Arthur Walter, de *The Times*.

Por extraño que parezca, al principio a Arthur Walter no le gustó

Rhodes.

—Es un patán —dijo—. Olvida las cortesías más elementales en su apuro por imponer sus ideas.

—Es verdad —repliqué—, pero te gustará, Walter. No hay malicia en él, nada mezquino —y pronto mi predicción resultó cierta.

Cierta noche, Rhodes se ganó a Walter y después me tendió una solicitud coloreada.

—Escriba su solicitud de acciones en la Chartered Company —dijo— y conseguirá su parte hasta una cantidad de mil acciones.

Le devolví el papel meneando la cabeza. De inmediato, eligió otro color y me lo tendió.

—Es lo máximo que doy, Harris. Vale miles.

—No lo quiero —dije—. No juego.

—¡Al demonio con el juego! —gritó—. Esto es una certeza. Estas acciones llegarán en la bolsa a las 5 libras. Puede hacer 40 000 libras en una semana utilizando ese formulario. ¡Le daré 20 000 libras cuando lo desee!

—No, no, Rhodes —dije—. No debe entenderme mal. Estoy convencido de que estas acciones darán mucho (en una semana llegaron a 8 libras), pero usted me gusta y lo que he hecho, lo he hecho para ayudarlo y por la causa que nos interesa a ambos y no quiero que me pague por eso.

Me tendió la mano, diciendo simplemente:

—Comprendo, sin embargo desearía…

Sacudía la cabeza.

—¿Sabe que aparte de usted hay un solo hombre en Inglaterra que ha rehusado? Mire esta lista —y me la alcanzó.

Uno de los primeros nombres que me llamó la atención fue el de la duquesa de Abercorn; el siguiente que me sorprendió al ir volviendo las páginas fue el de Schradhorst, el hermano del agitador liberal que siempre se ponía en contra de Rhodes. Tenía 100 acciones.

—Me las pidió —fue el comentario de Rhodes.

—¿Y ese quién es? —pregunté, señalando un nombre que sólo tenía cinco acciones.

—Oh —exclamó Rhodes después de pensarlo un rato—, ese debe ser el nombre del guardiamarina que me llevó en su chinchorro al

buque insignia en Simón Bay.

Nos pusimos a reír. Desde duquesa a guardiamarina, amigos y enemigos, todos tendían la mano. Y Rhodes insistió.

—¡Y usted es demasiado cuidadoso con el dinero, Harris! Ya verá. Lo lamentará. Tome 10 000 libras. Póngalas en Consols y olvídelo. Antes de morir, dirá que mi consejo fue el mejor que le dieron.

Veinte años más tarde, Winston Churchill me dio el mismo consejo, diciendo que el dinero que le había hecho ganar con su *Vida* de su padre lo habían liberado de cuidados y temores. Rhodes y Winston Churchill tenían razón. Hubiera debido tomar el dinero que me ofrecían, poniéndolo en Consols y olvidándome del asunto. Hubiera sido más feliz siguiendo su consejo.

Durante bastantes años, más o menos para esa época, pasé la peor parte del invierno en Montecarlo y al comienzo acostumbraba a jugar bastante, aunque nunca perdí la cabeza ni me perjudiqué seriamente.

Una noche, en Montecarlo, advertí que detrás de mí estaba el príncipe de Gales. Casi en el mismo momento, Sir Algernon Borthwick, a quien conocía bastante bien, me tocó en el hombro e inclinándose me dijo en voz baja que el príncipe deseaba que le fuera presentado. Por supuesto, de inmediato me puse de pie y me di vuelta y el príncipe, estrechándome la mano, dijo con fuerte acento alemán:

—He oído hablar mucho de usted a mi tío, el duque de Cambridge. Dice que es usted el mejor narrador de cuentos que ha conocido. Espero que algún día podré escucharlo, pero ahora veo que está jugando con suerte y desearía que pusiera esto por mí, y me tendió un rollo de billetes de banco.

Su acento era de judío alemán y sus «th» eran como un ladrillo. Había habido una sucesión de rojos y yo la había jugado, de modo que puse el montón del príncipe junto al mío y gané un par de veces, consiguiendo un par de máximos para cada uno. Estaba bien inspirado, porque el siguiente *coup* ganó el negro y el príncipe estaba contento como un niño. Lo que había dicho acerca de la narración de historias me vino a la memoria en el momento en que se guardaba el dinero en el bolsillo. De pronto se me ocurrió que probablemente nadie se había atrevido nunca a contarle un chiste

verde. De modo que le recité un versito picaresco, que le divirtió inmensamente.

He aquí el juego de los veinte dedos de los pies,
que es conocido en toda la ciudad.
Las chicas lo juegan con los diez dedos para arriba
Y los muchachos con los diez dedos para abajo.

—Cuénteme otro, cuénteme otro —exclamó.

De modo que le conté una historia que siempre me pareció terriblemente divertida. Una noche, un viejo actor se encuentra en un muelle del Támesis. Sin trabajo ni recursos, está allí sentado, pensando, cuando una pájara nocturna se sienta junto a él en el banco. Él le hace sitio, inclinándose cortésmente, de modo que ella comienza a hablar y finalmente le pregunta por su oficio.

—Yo soy actor, Madame, simplemente un viejo actor. ¿Y usted? —pregunta cortésmente.

—¡Oh! —fue la amarga respuesta—. ¡Yo soy sólo una prostituta!

El actor en desgracia se vuelve seriamente hacia ella.

—¡Dos grandes profesiones las nuestras, Madame, perjudicadas por la competencia de los *amateurs*!

El príncipe frunció el entrecejo un momento y después advirtió la broma y rio con entusiasmo.

—Otra historia, Sir —dije y le hablé de lady Hawkins.

Sir Henry Hawkins, el famoso juez «estrangulador», según lo llamaban, se había casado al final de su vida con su cocinera. Ella usaba el inglés como una *cockney* ordinaria y pronto se transformó en la notoria señora Malaprop de las últimas décadas del siglo diecinueve en Londres. A Sir Henry Hawkins le gustaban mucho las hermosas alfombras orientales y tenía una espléndida en la sala. Una vez, en una recepción, un joven lord cumplimentó a Lady Hawkins por la bella alfombra.

—No sé cuántos hombres me han copulado sobre esta alfombra —se dice que contestó la dama[71].

El príncipe estaba tan encantado y rio con tanto entusiasmo que le conté el cuento de la sirvienta inglesa que al final de su primera semana de trabajo le dice a su señora:

—Señora, tendré que irme.

—Cómo, Mary —dijo su ama—, sólo ha estado con nosotros una

semana y hemos tratado de que se encontrara cómoda. ¿Qué pasa?

—Bueno, señora, son esos horribles textos que hay en mi habitación. No puedo soportarlos.

—¿Horribles textos, Mary? ¿Qué textos? —preguntó atónita la anciana dama puritana.

—Bueno, señora, hay uno sobre mi cama que dice: «Esté siempre preparada, porque no conoce el día ni la hora en que llegará el Señor».

—Bueno —dijo la anciana dama— ¿y cuál es su objeción a esto, Mary?

—Bueno, señora —dijo Mary con expresión resuelta—. Ya hace más de una semana que estoy preparada y todavía no ha venido. No puedo dormir.

El príncipe rio con tanto regocijo que continué contándole viejos chistes escolares que siempre había creído que conocía todo el mundo. Era evidente que jamás los había escuchado, porque durante media hora paseó hacia uno y otro extremo de la sala de juego, con su brazo en mis hombros, sacudido de risa. Lo que más parecía gustarle eran las quintillas humorísticas. Hubo una en especial que le gustó tanto que trató de aprendérsela de memoria. Es esta:

Había una damita en el mar
Que dijo: «Dios, cómo me duele mear».
«Ya veo», dijo el piloto,
«Eso habla bien del estado
Del capitán, del contador y un servidor».

Observé que tanto lord Hartington como Randolph Churchill acechaban una oportunidad de hablar con el príncipe. Se lo dije y de pronto se me ocurrió una idea, que me apresuré a comunicarle.

—Sir, Jeanne Granier, la gran actriz francesa, está aquí, y es una de las mujeres más ingeniosas de París y una gran narradora de chistes. Si me hicieseis el honor de cenar conmigo esta noche en el Grand Hotel, invitaría a la Granier y procuraríamos divertiros.

—Me encantaría —dijo de inmediato—, pero los m… periodistas podrían hablar. Consiga que venga también lord Randolph Churchill y se lo pondrán en su cuenta. Hablan más de él que de mí, ¿comprende?

—Muy bien, Sir —dije—. ¿Digamos a las diez?

—¡Seguro, seguro! —contestó—. A las diez estaré con usted.

Mientras buscaba a Jeanne Granier vi a Randolph y aceptó venir, pero algo reacio.

—Si no desea venir —dije—, puedo invitar a lord Hartington, pero lo malo de esto es que no sabe francés y en cambio el suyo es muy bueno.

—Esto es definitivo —dijo caprichosamente—. Lo consideraré una orden e iré.

Pronto encontré a la Granier y la llevé a cenar. Era del mejor tipo de mujer francesa y creo que nos gustábamos sinceramente. Cuando le hablé del príncipe y de cómo me lo había ganado contándole cuentos *risqué* que nadie se había atrevido nunca a contarle, rio apreciativamente.

—Todos nos dejamos ganar por las vidas que desconocemos —dijo—. Le contaré historias que jamás ha imaginado. Déjemelo a mí.

Tuvimos una comida excelente y un poco antes de las diez nos fuimos al Grand Hotel. Nos encontramos con el príncipe en la puerta. Era una noche maravillosa. El cielo parecía un zafiro profundo engarzado en la radiación de la luna llena. Apenas le había presentado a Mlle. Granier y él había dicho lo encantado que estaba de conocer a una reina del escenario, cuando ella adoptó una pose y señalando a la luna, exclamó:

—*Qu'elle est belle et pâle cette*
lune-là
—y luego, con voz de hombre, contestó—*: Pour belle je*
n'en
sais rien; pour pâle, elle doit bien
l'etre
, elle a passé tant de nuits!

El príncipe rio encantado con el ingenioso *innuendo*, y a mí también me sorprendió hasta que algunos años más tarde descubrí que el ingenioso juego era de Henri Becque, el dramaturgo, que pasó por la vida casi ignorado y desconocido, pese a poseer un gran talento.

Cuando subimos a mis habitaciones, apareció Randolph, pero no contribuyó mucho a la alegría de la velada. Todo el peso de la misma recayó sobre Jeanne Granier quien inmediatamente, después

de una pequeña colación, comenzó a contar historias de sus comienzos en el teatro, con incomparable humor. Estaba en las tablas desde pequeña y a partir de los diez años apenas había pasado noche sin que fuera molestada por el deseo de algún anciano.

—¿Y qué hacen? —preguntó el príncipe.

—El gerente me besaba, Sir —dijo—, el director me pellizcaba el trasero (*fesses*) al pasar; el otro me decía que era bonita y tentadora. Todos me perseguían, sin excepción. ¡Y sin embargo, debo confesar que a mí me gustaba, y cuanto más audaces eran, más agradables me parecían!

No pudimos evitar reír.

El príncipe estaba rejuvenecido y hacia el final también Randolph comenzó a interesarse en los relatos de la Granier, que eran realmente excelentes y constituían un retrato íntimo completo y una crónica, por decirlo así, leí escenario francés. Al mencionarle a Sarah Bemhardt, Jeanne recitó un versito ingenioso que era el epitafio de la gran comediante:

Artista adorada de polo a polo,
Aquí yace Sarah, que ocupaba
Mejor sus papeles
Que su corset.

Por supuesto, hablamos un rato de Sarah y después la conversación recayó sobre Coquelin, a quien yo siempre había considerado el mejor actor que había visto. Para mi sorpresa, Randolph estuvo de acuerdo conmigo. Lo había visto en *El burgués gentilhombre* y le había parecido, como a mí, inimitable.

Por extraño que parezca, Granier también conocía un epitafio ingenioso que le habían dedicado y lo recitó con sorprendente brío y cierta malicia.

Aquí yace, bajo el mármol y la hiedra
El nieto, el digno heredero de Molière,
Sólo que, por modestia, en lugar de Poquellin
Se ha llamado Coquelin.

No sé por qué reímos tanto o cómo pasaron las horas, pero cuando nos separamos eran casi las tres de la mañana y el príncipe

me agradeció por una de las veladas más encantadoras que había pasado nunca. También elogió abundantemente a la Granier y la despidió feliz y hasta Randolph dijo que había sido una noche grande y memorable. Antes de irse, me confesó que su inexplicable depresión tenía que ver con pérdidas en el juego.

—Debo dejar de jugar —dijo—. No tengo suerte.

Su suerte lo había abandonado para siempre, como relataré en un capítulo posterior.

Me parece que fue aproximadamente para esta época que la gran firma cervecera Guinness pasó a ser una firma de responsabilidad limitada. La compañía fue comprada por la casa Baring y jamás se vio en Londres un éxito semejante en lo referido a promoción. Durante todo el día, cientos de personas sitiaron las oficinas del banco y cuando se cerraron las puertas algunos espíritus osados envolvieron piedras con sus cheques y los arrojaron por las ventanas, decididos a conseguir que se aceptaran sus solicitudes. Las acciones subieron inmediatamente y todo el mundo felicitó a lord Revelstoke como presidente del gran banco. Una tarde lo vi y admitió que Baring había hecho más de un millón de libras esterlinas en esa sola transacción y en el mismo día, operación sin paralelos, salvo en algunas de las actividades de Hooley algunos años más tarde.

Uno o dos días después, encontré a lord Rothschild en una cena en casa de Sir Charles Dilke y sentí gran curiosidad por saber si la capacidad de este hombre se relacionaba de alguna manera con su gran posición. Conté la historia de la promoción de Guinness tal como me la había contado lord Revelstoke y lord Rothschild escuchó con aparente interés. Cuando terminé, dijo:

—La promoción de Guinness nos fue ofrecida primero a nosotros, pero la rechazamos.

—Eso debe pesarle —dije—, al ver que ha sido un éxito. Incluso un Rothschild debe considerar que un millón merece la pena.

—Yo no lo veo exactamente así —contestó lord Rothschild—. Voy a la Bolsa todas las mañanas y cuando digo «no» a cualquier plan o empresa que me proponen, regreso a casa por la noche tranquilo y contento. Pero cuando acepto alguna propuesta, me siento inmediatamente lleno de ansiedad. Decir «sí» es como poner el dedo en una máquina: las ruedas pueden arrastrar todo el cuerpo

detrás del dedo.

—¡Buen Dios! —exclamé—. Jamás se me ocurrió verlo desde esa perspectiva.

El gran financista me pareció excesivamente prudente más que inteligente, pero estaba rodeado de gente inteligente, sobre todo por Cari Meyer, de quien hablaré en un volumen posterior.

Hablando después con Dilke de Rothschild, descubrí que estaba de acuerdo conmigo en mi estimación del caballero.

—Cuando llegas, al punto más alto de la pirámide de la vida —dijo—, la prudencia se transforma en una virtud y no tienes idea de lo firme que son los cimientos. Un día el barón me llevó a visitar el banco y en la habitación blindada me mostró un millón de libras de esterlinas en soberanos, que había sido puesto allí por su abuelo, con la advertencia de que su padre nunca debería tocarlo, salvo en caso de extrema necesidad. «¿Acaso una letra de cambio del Banco de Inglaterra no sería igualmente buena —preguntó el hijo—, además de darnos el treinta por ciento de interés anual?».

—No —dijo el abuelo—. Hay momentos en que se necesita el oro, aunque no sea más que para darte una sensación de seguridad.

Más tarde escuché una historia sobre William Waldorf Astor que proponía la misma moraleja. Probablemente la contaré en mi próximo volumen.

Lord Randolph Churchill

Se ha escrito mucho sobre lord Randolph Churchill. Lo han hecho personas como Sir Henry Lucy, que tenía relación con todos y no conocía a nadie. Y no era fácil conocer a Randolph Churchill. Los hechos meramente exteriores sobre su persona y su carrera han sido establecidos por su hijo en dos enormes volúmenes, una admirable biografía oficial victoriana que se distingue por la notable justicia con la que se explican todos los incidentes de su carrera política: un político escribiendo acerca de un político. Pero del hombre en sí mismo, de sus capacidades, de sus fallos y extravagancias, apenas hay una sola palabra. Y, sin embargo, Winston hubiera podido (no, de hecho hubiera escrito) escribir una vida real si Randolph no hubiera sido su padre y no hubiera tenido que pensar también en su propia carrera política. Sin embargo, es preciso confesar que la simpatía entre padre e hijo era escasa. Winston me dijo una vez que siempre que trataba de hablar seriamente de política o de cualquier otra cosa, su padre lo rechazaba sin piedad.

—No quería escucharme o pensar en nada de lo que yo dijera. No había compañerismo posible y eso que hice grandes esfuerzos y los hice a menudo. Era tan egoísta que para él no existía nadie más. Mi madre lo fue todo para mí.

Randolph Churchill tenía una personalidad notable y en la sociedad londinense circulaban tantas historias sobre él que sería posible pintarlo en sus hábitos cotidianos basándose en estas anécdotas reales. Winston amenizó sus páginas con un par de ellas.

Todos recordarán cómo, siendo un jovencito, Randolph se burló de Tom Duffield, el Montero de las jaurías de Oíd Berkshire. En el invierno de 1868, cuando Randolph no tenía todavía veinte años tuvo la mala suerte de cabalgar un día demasiado cerca de las jaurías y fue violentamente reprendido por el irascible Montero. Salió de inmediato del campo sin replicar. Pero durante una cena de caza que se realizó poco después, de la cual fue hecho presidente

por su madre, que siempre lo destacaba, se le pidió que propusiera el brindis por la caza del zorro. El señor Duffield tenía que responder. Randolph comenzó declarándose un entusiasta de todas las formas de deporte.

—Primero la caza del zorro, aunque también he practicado mucho la de la liebre. Tanto me gusta, que si no puedo participar en la caza del zorro o de la liebre, me voy con mis terriers a perseguir ratas en un granero. Y si tampoco puedo hacer eso —agregó, haciendo una pausa—, bueno, antes de tener que vagar dentro de la casa, soy capaz hasta de salir con Tom Duffield y la jauría del Oíd Berkshire.

Hubo una pausa de consternación, mientras todo el mundo se preguntaba qué sucedería, pero el propio Tom Duffield rompió a reír con buen humor y transformó la historia en un clásico.

Durante muchos años, en realidad desde su entrada en la Cámara hasta 1886, fue principalmente su coraje lo que lo recomendó. Es posible que haya sido sobre todo *morgue* aristocrática, pero a los ingleses no les gustaba menos por eso.

Es habitual que los extremistas de un partido reformista critiquen a sus líderes más convencionales, pero este procedimiento es insólito entre los conservadores. Desde el comienzo, lord Randolph demostró esta audacia, con un desprecio por la autoridad titular que hubiera sido notable incluso en un radical. En 1878, atacó a un ministro, el laborioso Sclater-Booth, de una manera que regocijó a la Cámara.

—No objeto —dijo— que el Presidente de la Local Government Board se ocupe de graves cuestiones como el salario de los inspectores de ruidos molestos. Pero tengo los mayores reparos a que venga aquí con toda la apariencia de un gran legislador a reparar faltas en la Constitución británica según sus pequeñas ideas y sistemas —y después la burla ingeniosa que hizo rugir de risa a la Cámara—: ¡Es extraño —continuó como hablando consigo mismo —, es verdaderamente extraño lo a menudo que •se encuentra a la mediocridad adornada con un apellido doble!

La propuesta inofensiva de Sclater-Booth introdujo tímidamente el principio electivo en el Gobierno del Condado. Randolph la atacó como «cortina de humo», una «medida muy radical, una deserción de los principios Tory, una violación suprema de la honestidad

política». Los representantes salieron de la Cámara comparando esto con el famoso ataque de Disraeli a Peel.

Poco después, Randolph habló de la educación irlandesa con el espíritu más liberal y proirlandés. Gracias a los años que había pasado en Dublín cuando su padre era Virrey, conocía Irlanda y sus problemas mejor que casi cualquier político inglés, y de esta manera se labró una reputación de inteligencia además de audacia. La Cámara siempre se llenaba para escucharlo, más que si se hubiera tratado de un ministro. Pese al hecho de que todavía era un mal orador, que a veces hablaba demasiado alto y otras demasiado bajo y dependía de sus notas, que a menudo lo confundían por su volumen, era la mayor atracción de la Cámara. Y al iniciarse la temporada parlamentaria en 1880, el incidente Bradlaugh le dio su primera oportunidad. Se cambió de asiento, pasándose al del extremo debajo de la pasarela y en seguida se transformó en jefe del nuevo grupo compuesto por Drummond Wolff, Gorst y Arthur Balfour, grupo al que él llamó «el cuarto partido», según relata Winston. Durante los siete años siguientes, Randolph Churchill fue sin duda la figura más sensacional de la Cámara de los Comunes y mucho antes de la derrota del gobierno de Gladstone, era reconocido como el conservador más capaz de la Cámara. La Cámara de los Comunes tiene una notable característica escolar y la derrota de Gladstone quedó simbolizada para todos por el hecho de que apenas habían comenzado a darse las cifras concedidas a la oposición, cuando Randolph se puso de pie de un salto e inició los vítores.

Naturalmente, se transformó en líder de la Cámara y ministro de Hacienda del gabinete conservador de lord Salisbury, y aquí manifestó otra de sus características: su gratitud. Randolph se ocupó de recompensar a todos los partidarios. Wolff fue hecho consejero privado y Gorst subsecretario de Estado. Honor al judío y un salario al necesitado.

Recuerdo haber almorzado un domingo con él en casa de la señora Jeune, tiempo después de haberlo conocido y apreciado. Casi antes del final del almuerzo, lord Randolph se puso de pie y alegó «asuntos urgentes», abandonando la habitación seguido por el opositor conservador. Pocos momentos después, para nuestra sorpresa, este caballero llamado Winn, si mal no recuerdo, regresó

pálido como un fantasma y evidentemente furioso hasta el punto de no poder hablar. Cuando la señora Jeune le preguntó si había sucedido algo, contestó:

—Una escena de brutal descortesía, totalmente inesperada. Ayer, Randolph se me acercó y me dijo que deseaba media hora de conversación conmigo. En ese momento me vi obligado a decirle que estaba demasiado ocupado. Me pidió que me encontrara hoy aquí con él, me dijo que se iría temprano y me rogó que siguiera su ejemplo, con el objeto de poder conversar con tranquilidad. Consentí, un poco en contra de mis hábitos. Ya vieron cómo lo seguí. En el vestíbulo le pregunté adónde iríamos a charlar, y me dijo «¿es que no es posible librarse de usted y de sus conversaciones?» y salió de la casa. ¡Jamás me han insultado así en mi vida!

El pobre caballero parecía casi incapaz de superar este ataque a su dignidad. Todos nos compadecimos de él, secretamente divertidos por la rudeza de Randolph.

Pero nadie que desee elevarse en la vida política inglesa, ni siquiera si es hijo de un duque, puede permitirse ser siempre grosero y especialmente con un opositor de su propio partido. Cuando le mencioné el incidente uno o dos días más tarde, lord Randolph se limitó a sonreír.

—Había olvidado —dijo— que le había pedido que me siguiera, pero es más bien estúpido.

Sin embargo, aquellos hombres que intentan conseguir y mantener el poder deberían aprender «a soportar alegremente a los estúpidos», como sabía muy bien san Pablo.

Otra historia de antes de su triunfo. Una noche cenó conmigo en el recién inaugurado Amphitryon Club, si no recuerdo mal, y después me llevó consigo a un mitin en Paddington, donde tenía que hablar. La cena había sido excelente y el Perrier-Jouet de 1875 era, me parece, el mejor champagne que he bebido. Habíamos tomado una botella de dos litros y por primera y última vez durante el tiempo que duró nuestra relación, Randolph se manifestó algo excitado o tal vez debería decir inquieto. En todo caso, nunca lo había oído hablar tan bien. En su propio distrito, rodeado de amigos y admiradores, hablaba sin notas. Por lo general, escribía sus discursos y se los aprendía de memoria, y aun así dependía de notas

para recordar la secuencia de temas y las frases especiales. Esa noche habló espontáneamente y para mi sorpresa adaptó a la situación política inglesa del momento un pensamiento que aparece en la segunda parte del *Fausto* de Goethe. Comenzó anunciando que se acercaba una elección general y que «cuál sería el partido ganador era el gran interrogante». Los Liberales y el señor Gladstone tienen mucha confianza. Saben que las clases trabajadoras detentan la balanza del poder, y la *bourgeoisie* liberal piensa que está más cerca de los trabajadores de lo que podría estar nunca el partido conservador aristocrático. Pero yo tengo el convencimiento de que tal conde o tal marqués siente mucha mayor simpatía por la clase trabajadora que el ambicioso carnicero o panadero o candelero no conformista. Quiero que me comprendan porque explica lo que siempre he intentado decir al llamarme un Tory-demócrata. La clase más baja y la clase más alta de Inglaterra se unen de manera natural; se aprecian y se estiman; no son esos grasosos hipócritas que hablan de moralidad y frecuentan la escuela dominical mientras llenan el azúcar de arena. Ellos están unidos por lazos de franca inmoralidad.

Naturalmente, conduje la ovación, que sin embargo fue curiosamente débil y pronto desapareció en medio de algunas risas algo inseguras y de mucha sonrisa avergonzada. En la pausa que siguió, miré a la mesa de los periodistas. Todos habían dejado caer la pluma o el lápiz y esperaban el resto del discurso. Randolph habló un rato y según me pareció, con cierto esfuerzo, para borrar la impresión de su frase tan verdadera.

Cuando nos íbamos, me preguntó si había dicho algo espantoso. Procuré tranquilizarlo.

—Es lo mejor que he oído y que oiré seguramente desde una plataforma inglesa —le dije, y le recordé lo que había dicho.

Se asustó.

—Es todo ese maldito champagne —exclamó—, pero tenemos que conseguir que la frase no llegue a *The Times* de modo que no puedan contradecirme o hasta arruinarme. Me ayudará, ¿no es cierto?

Por supuesto, asentí, pero le aseguré que los periodistas no habían anotado la frase. Rio, pero insistió en asegurarse, de modo que fuimos a las oficinas de *The Times*. Por pura buena suerte

encontré allí a Arthur Walter que, después de escucharnos, envió una persona a la sala de composición para revisar el informe. Para mi regocijo, la gran frase había sido cuidadosamente omitida. A la mañana siguiente leí todos los periódicos. Ni uno solo había creído oportuno registrar la verdad. Esta frase sigue siendo para mí la culminación de la inteligencia de Randolph Churchill.

Poco antes o poco después de este incidente, quedé muy desilusionado con él. Se había propuesto el plan del túnel del canal y yo me entusiasmé con la idea. Poco antes había quedado sorprendido por el crecimiento extraordinariamente rápido de los puertos de Amberes y Hamburgo, descubriendo que se debía principalmente al hecho de que los barcos cargueros que llegaban a cualquier puerto inglés tenían que «desprenderse de la carga» y pasarla a otro barco, porque no había en el canal un túnel que permitiera a los trenes llegar al continente. Hice un estudio especial del asunto y llegué a la conclusión de que si hubiera un túnel, el puerto de Londres volvería a ser una vez más el primero del mundo. Creía que el sentido común inglés insistiría en que la empresa se llevara a cabo lo antes posible. Y había dinero del grande en el negocio. En consecuencia, me puse a trabajar con la pluma y la palabra para convencer al público inglés de su evidente conveniencia. Con diez minutos de charla, convencí a lord Randolph Churchill quien, alentado por mi cálido elogio de él como de un «pionero», declaró que no sólo votaría el proyecto sino que hablaría exhaustivamente de él. Al escucharlo me sentí seguro de la victoria. Para abreviar, cuando llegó el momento del debate, a Randolph Churchill se le había ocurrido otra cosa. Con gran sentido del humor, imaginó a un funcionario inglés, secretario de estado de asuntos interiores, escuchando la noticia de que una tropa de cinco mil franceses había tomado el túnel y se encaminaba hacia Dover. ¿Debía o no volarlos a todos?

—Por una vez —resumió lord Randolph— prefiero la seguridad a la duda.

La imagen era idiota. Como yo ya le había señalado, ninguna tropa francesa asumiría un riesgo tan desesperado. Ambos extremos del túnel podían hacerse por encima del nivel del agua, de modo de poder volarlos con una simple cañonera. Ningún general enviaría sus tropas a semejante deshonra, y si lo hiciera, nueve de cada diez

tendrían que rendirse al día siguiente. Pero lo que le importaba a Randolph era el triunfo parlamentario y el asunto me dio una idea de su insularidad. Pero después de todo, por qué habría de culparlo si ahora, cuarenta años más tarde, el mismo plan acaba de ser rechazado otra vez por cinco primeros ministros, después de considerarlo, ahora que los aeroplanos han arrojado bombas sobre Londres, jugando al escondite con la protección dada a Inglaterra por el mar. En el momento en que escribo esto, descubro que Winston Churchill defiende la construcción del túnel a través del canal con los mismos argumentos que yo usé para persuadir a su padre en la generación anterior. En ese momento, quedé terriblemente decepcionado, porque había sido lo bastante idiota como para decir que Randolph Churchill defendería el proyecto, mientras que fue él quien lo hizo fracasar. Había hecho de mí un tonto y cuando le dije cómo me había perjudicado creer en su palabra, se limitó a sonreír. Desde entonces, mi fe en él quedó muy sacudida.

Como ya he dicho, sabía más sobre Irlanda que cualquier parlamentario o ministro inglés que haya conocido, y cuando a causa del proyecto de ley de gobierno autónomo de Gladstone, acuñó el slogan «Ulster peleará y Ulster tendrá razón», quedé paralizado de horror, porque comprendí la inteligencia demoníaca del llamado y algunas de sus nefastas consecuencias. No pude dejar de reprochárselo.

—Usted está luchando por el día de hoy —le dije—, pero mañana, con o sin Gladstone, el Gobierno Autónomo irlandés será un hecho y usted se parecerá a la señora Partington.

—Es suficiente con que dure para el día —fue su cínica respuesta.

Siempre fue el político luchador que buscaba victorias personales, indiferente a la mala semilla que esparcía, sin ninguna visión de un futuro ideal. Me vi obligado a reconocer que las esperanzas que había puesto en él eran infundadas.

Una vez nos reunimos en Wadhurst, el lugar de Murietta en Sussex, donde Madame de Sainturce dispensaba una graciosa hospitalidad. Recuerdo que Sir William Gordon Cumming era de la partida, ese mismo Sir William que según se suponía en ese momento era amigo íntimo del príncipe Eduardo y se daba aires

porque gozaba del favor real. Al segundo día, Randolph me pidió que fuera con él a una habitación privada, para conversar. Él sabía que yo conocía a Parnell y a la señora O'Shea y quería saber si era verdad que Parnell se disfrazaba para visitar a Kitty y si esa era la explicación de sus sorprendentes cambios de apariencia. A veces, Parnell aparecía en la Cámara con una gran barba; a la semana siguiente, estaba totalmente afeitado; de pronto, llevaba los cabellos hasta los hombros; poco después, se lo había cortado y la parte superior de su cabeza estaba afeitada, como si hubiera estado jugando a ser sacerdote.

Randolph quería saber qué significaba todo eso. Le dije la verdad tal como la entendía: que Parnell era uno de los seres más extraños que había conocido. Siempre visitaba a la señora O'Shea disfrazado, bien para evitar que lo reconocieran, bien porque era supersticioso, jamás pude determinarlo. El número trece lo aterrorizaba; contaba el empedrado y si nueve de ellos lo llevaban al umbral con el pie derecho, entraba alegremente. Lo he visto dar vueltas durante media hora hasta que conseguía un número afortunado que lo libraba de temores. Para mi estupefacción, Randolph asintió.

—Puedo comprender eso —dijo.

Sólo pude mirarlo, atónito.

Mientras hablábamos, se abrió la puerta y entró lady Randolph. Naturalmente, me puse de pie.

—Randolph —dijo ella.

Pero él se quedó sentado en silencio. Pese a este silencio ominoso, ella se acercó a él.

—Randolph, quiero hablar contigo.

—¿No ves —contestó él— que he venido aquí para que no me molesten?

—Pero necesito hablarte —repitió ella con poco tacto.

Él saltó sobre sus pies.

—¿No puedo tener un momento de paz sin que vengas a molestarme? —rugió—. ¡Sal de aquí y déjame solo!

Ella se volvió y abandonó la habitación.

—Por mi bien, no debería usted haber hecho eso —le dije.

—¿Por qué no? —exclamó—. ¿Qué tiene que ver con usted?

—Su esposa me odiará —contesté—, porque he sido testigo de su humillación. A usted, puede perdonarlo; a mí, nunca.

Rio como un escolar.

—Eso es lo sorprendente que hay en usted —dijo—. Tiene usted una intuición aguda del carácter y de la vida. Pero no se preocupe. ¡Diré que usted se enojó conmigo por mi rudeza y eso lo arreglará todo!

—No diga nada —respondí—. Esperemos que olvide el incidente, aunque no es probable.

A partir de entonces, lady Randolph no perdió oportunidad de demostrarme que me detestaba cordialmente. Recuerdo que algunos años más tarde entró en París en el expreso del sur y fríamente se apropió del asiento de un anciano. Pasé diez minutos explicando quién era ella y calmando al anciano francés, pero ella apenas se tomó la molestia de agradecerme. Casi siempre me mostraba lo peor de sí misma y era bien imperiosa, bien indiferente.

Cuando lord Randolph llegó a ser líder de la Cámara de los Comunes y ministro de Hacienda, se vio de inmediato su verdadera grandeza. El más irresponsable y osado de los críticos, el tipo de líder de la oposición cuyo *métier* y *raison d'être* era el ataque permanente, fuese frívolo o sustancioso, adquirió en un día un aspecto nuevo, una extraña e inesperada dignidad. La transformación sorprendió a todos. No sólo era justo, sino amable. Escuchaba y contestaba al pesado o al estúpido con digna cortesía. Por primera y única vez en la historia de la Cámara de los Comunes, utilizó a sus ministros de gabinetes y los jefes de su partido como peones en un juego y consideró cada debate como una nueva campaña.

Tradicionalmente, los ministros acostumbraban a dar sus nombres a los diputados y levantarse para hablar cuando les parecía, sin referencia a lo que acababa de comentarse, como se hace hoy. Randolph Churchill cambió todo eso. En medio del debate, pedía a un ministro del gabinete que hablara después o que no hablara, según los discursos de los opositores. Y pronto fue evidente que Randolph era un táctico consumado, que usaba sus tenientes con gran habilidad. Por ejemplo, entre los conservadores

había un enorme y voluble judío llamado barón de Worms a quien le encantaba proferir tópicos comunes. En un momento del debate, Randolph envió al barón de Worms una nota elogiosa en la que le pedía que contestara al liberal que hablaba en ese momento. De Worms asintió, sonriendo feliz, y cuando llegó su tumo se desempeñó con pomposa fluidez. De inmediato, Gladstone comenzó a tomar notas. Poco después, Randolph le susurró a de Worms que se detuviera. Ya se había puesto lo bastante en evidencia y podía fácilmente llegar demasiado lejos. Pero de Worms seguía hasta que Randolph le tiró de la chaqueta con un violento:

—¡Siéntese, estúpido!

Gladstone se puso de pie y ridiculizó a de Worms. Tan pronto como hubo terminado su discurso, Randolph se puso de pie y deploró el hecho de que el hombre más elocuente del momento mantuviera tan frecuentemente el debate en un nivel mínimo, sólo porque le gustaba destacar simplezas. Y luego continuó desarrollando sus nuevos argumentos y elevando el tono de la controversia. Cuando se sentó, toda la Cámara admitió que Gladstone había sido vencido, quedando claramente en segundo plano. Hasta que interrogué más tarde a Randolph, no tenía idea de que había planeado el ataque como un capitán, utilizando al pobre de Worms como carnada para «atrapar» a Gladstone.

En lo referido a las cualidades esenciales del liderazgo, sorprendió a todos aquellos capaces de juicio. Se dijo que Gladstone había dicho que lord Randolph era el hombre más distinguido que había conocido y el conservador más destacado después de Pitt. En las seis semanas que siguieron a la suspensión de los debates, se ganó las mejores opiniones de toda clase de hombres. Los mejores jueces, hombres tan esclarecidos como Hartington y Dilke, no percibieron sus cualidades hasta más tarde. Después del debate Bradlaugh, Hartington dijo que Randolph conocía la Cámara mejor de lo que esta se conocía a sí misma, pero creo que fue Dilke el primero en ver sus cualidades únicas como director de debates y capitán de esa guerrilla de palabras. Una y otra vez cité la gran frase de Bacon, que parecía haber sido escrita expresamente para él: «Los grandes hombres, como los cuerpos celestes, se abren paso violentamente hacia sus lugares y, una vez allí, lo hacen despacio».

Pero de vez en cuando, una muestra del antiguo Randolph

deleitaba a la Cámara. Se hizo una moción especiosa que ocultaba una astuta trampa. Randolph se puso de pie.

—Indudablemente, en vano se tienden las redes a la vista de los pájaros —dijo, y la Cámara lo aclamó.

—A Randolph no lo cogen durmiendo. Tiene dos ojos.

Toda una serie de apologías. Mediante su capacidad, el nivel de la Cámara se había elevado. Exactamente lo contrario sucedió unos años más tarde, cuando Arthur Balfour se transformó en líder. Insistía en tratar a los miembros como si hubieran acabado de llegar de Connemara y él fuera todavía ministro irlandés, y la Cámara resintió sus insolentes impertinencias.

Cuando volvió a reunirse el Parlamento, el poder de lord Randolph había aumentado. Había depuesto a Gladstone, ganándose en la Cámara una posición aún mejor que la suya. Es verdad que pronto hubo rumores de disputas en el gabinete.

—Objetan el presupuesto de Randolph —se escuchó decir, y los que objetaban eran lord George Hamilton, por la Marina y W. H. Smith, por el Ejército. Pero todos sentían que finalmente tendrían que ceder. Luego, un gran día, nos enteramos de que lord George Hamilton había reducido sus cálculos presupuestarios. Habría paz. ¿Cómo sería el presupuesto de Randolph? En dos o tres ocasiones, me había dicho que había decidido proponer un presupuesto democrático. La demanda de Gladstone de «Paz, Ahorro y Reforma», parecía habérsele metido en la sangre. En vano traté de persuadirlo de que los tiempos habían cambiado, que los días del viejo propietario de diez libras que pagaba todos los impuestos y, en consecuencia, amaba la economía como la principal virtud, se habían ido para siempre.

—La mayoría de los votantes actuales —afirmé— no paga nada y por lo general los ingleses prefieren tener las manos libres en cuestiones económicas.

No quiso escucharme. Una noche me dijo que Smith seguía en sus trece, que no reduciría sus cálculos y que lord Salisbury lo apoyaba.

—¡Piense en la pareja! —exclamó—. ¡Viejos comerciantes, ambos! Y los dos me odian. Dimitiré y veremos qué hacen frente a Gladstone.

—No sea loco —exclamé—. No dimita. Insista.

De pronto me dijo, durante la cena, que iba a Windsor y cuando por pura ignorancia yo no vi nada extraordinario en esa invitación, me explicó que diez años antes, durante el caso de divorcio de su hermano, él se había puesto del lado de Blandford contra la Reina y que desde entonces la corte lo había boicoteado. Estaba muy complacido con la invitación de la Reina.

Cuando regresó de Windsor, había circulado la nueva de su dimisión, creando una sensación extraordinaria. Se murmuraba que había usado el papel de cartas de la Reina para escribir su dimisión a lord Salisbury, como si Randolph hubiera podido pensar alguna vez que se aprovecharía de la dignidad de una visita a Windsor. Lord Geor ge Hamilton había viajado con él en el tren que lo llevaba a Windsor y nos dijo que aun entonces Randolph seguía decidido a dimitir. Para demostrar su gratitud por un temprano apoyo de *The Times*, Randolph había dado al periódico la primicia y el editor Buckle lo criticaba muy cortésmente en dos columnas.

Esa misma mañana recibí una esquela en la que me pedía que fuese a verlo. Fui a Connaught Place hacia las once, deprimido. Las filas de carruajes que había alrededor de la casa me sorprendieron y la propia casa estaba atestada de miembros Tory del Parlamento. Encontré a Randolph a solas.

—¿Qué le parece? —exclamó, gozosamente—. Más de doscientos cincuenta tory han venido a testimoniarme su apoyo. He ganado. La «vieja pandilla» tendrá que rendirse.

Pero no había contado con la obstinación y antipatía de Salisbury.

Durante días no sucedió nada, hasta que recibí otra nota. Volví a Connaught Place que ahora estaba desierto. Randolph salió a recibirme.

—Las ratas abandonan el barco —comenzó a decir melancólicamente—. Salisbury ha cablegrafiado a Hartington para que regrese del continente. Llegará dentro de una semana.

—¿Y Hartington lo ayudará? —pregunté—. Tenía gran opinión de usted, ya sabe —y le conté cómo Hartington me había elogiado su gestión en la Cámara y lo importante que era este elogio, porque los que más lo prodigaban eran los mejores jueces.

Al comienzo Randolph parecía desanimado, pero en el transcurso de la conversación me contó cómo se había ganado a la

Reina durante la cena y cómo ella le había dicho que lo consideraba un verdadero estadista.

—Una gran mujer —agregó—, una de las más sabias y prudentes.

Hartington llegó días después. Randolph fue a recibirlo a la estación y quedó profundamente impresionado.

—Un hombre noble —dijo gravemente después—. Me aseguró que me consideraba un líder conservador nato y que no haría nada que pudiera entorpecerme.

Un par de días después, me contó sorprendido que Salisbury se había ofrecido a servir con o sin Hartington, y que este había rehusado.

—Ahora ganaré, porque era la última carta de Salisbury.

Pero no lo era. Un par de días después, lo visité. Me recibió con la siguiente exclamación:

—Estoy perdido, Goschen será ministro. Me había olvidado de Goschen —y continuó diciéndome que había sido la señora Jeune quien se lo había sugerido—. Tan pronto como lo mencionó —dijo —, me sentí enfermo. Sabía que había terminado todo.

Y así era. W. H. Smith, el «Viejo Moralidad», se transformó en líder de la Cámara y Goschen se hizo responsable de las finanzas. Randolph quedó sin nada.

Procuré convencerlo de que en realidad nada se había perdido.

—El asiento de debajo de la galería —exclamé— y su picante crítica y en seis meses «Viejo Moralidad» se alegrará de poder volver a salvo a su librería y…

Para mi sorpresa, sacudió la cabeza.

—No puedo hacerlo —dijo—. Soy un conservador. No puedo hacerlo. Ah, si estuviera Gladstone en el poder, me pondría a trabajar en seguida. No puedo atacar a mi propio partido.

Pero seis años antes, durante el asunto Bradlaugh, lo había hecho. ¿Por qué había cambiado?

—¿Entonces por qué demonios dimitió? —fue la pregunta que me vino a los labios, pero no la formulé.

La tragedia fue total, sin comentarios.

Otro incidente, porque el león caído iba a recibir más de una patada. Fue extraño que desde 1880 hasta su dimisión en 1886, todos parecieron favorecerlo y ayudarlo. Después de su dimisión,

todo se le puso en contra. Primero, una buena suerte sorprendente; después, una mala suerte igualmente insólita. Sin embargo, al comienzo todo parecía ir bien. Durante las sesiones de 1887, hubo rumores de reconciliación. La gente estaba a tal punto embrujada por la habilidad e increíble personalidad de Randolph, que estaba segura de que de un modo u otro se las arreglaría. Debía tener algo en la manga. Luego llegaron rumores de un pacto con Chamberlain y del espejismo de un partido de centro. Como líder de la Cámara, «Viejo Moralidad» Smith era casi absurdo. El rumor creció. Después murió Bright y Central Birmingham quedó vacante. En seguida me enteré por Louis Jennings, el mejor amigo de Randolph y también conocido mío, de que Randolph, harto de Paddington y de campesinos, iba a pedir el lugar de Bright y transformar en realidad la democracia Tory. Pero Chamberlain no quiso saber nada de tener semejante rival cerca de su trono. Dijo a Hicks-Beach que si Randolph insistía en pretender Central Birmingham, el pacto no escrito entre los Liberales sindicalistas y los conservadores se rompería y que él se consideraría libre de compromisos.

Al comienzo, Hicks-Beach luchó por Randolph. Seguía teniendo la mejor opinión sobre su genio. Cuando cayó Gladstone en 1886, lord Salisbury llamó a Hicks-Beach y a Randolph para determinar quién dirigiría la cámara baja. La pretensión de Hicks-Beach era más antigua y muchos dijeron que estaba mejor fundada. Era un hombre de gran carácter, gran experiencia y verdadera capacidad, pero no quiso escuchar. Randolph, declaró, era la primera elección a considerar, en todo sentido. Él debía ser el líder y él, Hicks-Beach, se pondría inmediatamente a sus órdenes. Detestaba herir a Randolph, pero Chamberlain fue inexorable. Como Hicks-Beach vacilaba, Chamberlain puso a trabajar a lord Hartington y su intervención decidió el asunto: Randolph debía renunciar a la idea de representar a Central Birmingham so pena de destruir la coalición. Randolph dejó la decisión a Hicks-Beach y este le dijo que debía salvar al partido y retirarse. Randolph sintió intensamente el golpe. Las noticias se habían propagado y sentía que ser derrotado por Chamberlain era humillante.

Randolph comenzó a asistir a las carreras, a apostar fuerte y al comienzo ganó dinero. La gente sonreía como ante las travesuras de un muchacho.

Más o menos un año después, llegó otro golpe. El gobierno anunció su intención de nombrar una Comisión Real para investigar las acusaciones hechas por *The Times* a Parnell. Randolph, bien informado como siempre de las cuestiones irlandesas, vio el peligro y por pura grandeza de alma envió una protesta a W. H. Smith, señalando el peligro y dejando clara su opinión de que Parnell sería rehabilitado. Sus viejos colegas fueron lo bastante estúpidos como para no prestar atención a su advertencia. Cuando a comienzos de 1890 el informe fue presentado a la Cámara, Randolph redactó una enmienda con Jennings, culpando a *The Times* e ignorando la acción del gobierno. Jennings tenía que introducir la enmienda, que Randolph prometía apoyar con un discurso. La Cámara estaba atestada. Jennings estaba en su puesto, esperando que el Presidente le diera la palabra, cuando de pronto Randolph se puso de pie y comenzó a atacar al gobierno con las palabras más ácidas que pudo encontrar. Cuando se sentó, vio que Jennings estaba enojado y le escribió varias notitas, pero este estaba seriamente ofendido y nunca volvió a dirigirle la palabra. La verdad es que, como ha dicho su hijo, Randolph era demasiado aristócrata, demasiado egoísta, demasiado imperioso e impaciente e irritable como para ser un buen amigo. Se peleó casi con todo el mundo, sobre todo con Gorst y Matthews, que le debían mucho. Con todos, excepto con Hicks-Beach, Ernest Beckett (después lord Grimthorpe), su cuñado lord Curzon y Wolff, a quien rara vez veía.

Después del asunto Chamberlain, lo vi menos, pero poco después lo encontré en Montecarlo, comí con él y lo invité a cenar más de una vez, como ya contaré.

Mientras desempeñaba el papel de segundo de Randolph, vi con frecuencia a Louis Jennings y llegó a gustarme realmente. Y después de la pelea por la enmienda, lo vi todavía más. Deseaba que me hiciera cargo del «New York Herald» en Londres. Pero yo tenía mis razones para desconfiar de Gordon Bennett, como tal vez relate después, de modo que no salió nada de la bien intencionada propuesta de Jennings. Pero esto nos acercó y a causa de su furia por lo que llamaba la traición de Randolph, hablamos con frecuencia de él y su futuro. Jennings era un hombre excelente, amable, con inteligencia bastante como para apreciar la inteligencia de Randolph, y dotado además de una lealtad totalmente carente de

egoísmo. Una vez, hablando de Randolph, dijo:

—Sabe que usted no le gusta, ¿no?

—No —contesté—, más bien pensé que le gustaba, pero no es que importe mucho. Sus simpatías y antipatías no son razonables.

—Tiene modales encantadores —dijo Jennings— cuando quiere, y los usa y se apoya en ellos. Una vez, casualmente, me contó una extraña historia.

Aquí está tal como la oí de boca de Jennings esa noche en Kensington Gore.

—Al comienzo, Randolph no tenía éxito en Oxford —comenzó a decir Jennings—. Jamás estudiaba ni leía. Cazaba con jauría siempre que podía y era altanero como el demonio. Pero después de todo, era hijo de un duque y Blenheim estaba cerca y la mejor clase se puso de su lado, como hacen los ingleses. Fue hecho miembro del Bullington Club, el club más elegante de Oxford, y una noche aventuró su idea de que la relación amo-sirviente, en el hogar de un caballero inglés, era casi ideal. «Cualquier talento que hubiera en el hijo de un mayordomo o un jardinero, dijo, sería observado por el amo, que por supuesto se alegraría de dar al niño dotado la educación y las oportunidades que su padre no podría permitirse. Algo parecido debería ser la relación existente entre la aristocracia y la clase trabajadora de Inglaterra. Eso es democracia tory, tal como yo la concibo». Por supuesto, los jóvenes lo aclamaron, lo felicitaron y lo alabaron y, cuando la reunión estaba a punto de disolverse, uno de ellos insistió en tomar «la del estribo». Sacó una copa de brandy, la llenó con champagne y se la dio a beber a Randolph. Nada reacio, Randolph la vació y los jóvenes se perdieron en la noche con toda clase de buenos deseos. Randolph me aseguró que a partir del momento en que salió al aire libre, no recuerda nada más. Será mejor que lo diga con sus propias palabras: A la mañana siguiente, me desperté con un gusto espantoso en la boca y en el entresueño quedé como golpeado por un rayo. El empapelado de las paredes era espantoso, sucio, y cuando me di vuelta en la cama, quedé atónito. Junto a mí había una mujer vieja. Sobre la almohada se veía un fino mechón de cabello gris sucio. ¿Cómo había llegado allí? ¿Qué había sucedido para llevarme a semejante cuchitril? Me deslicé de la cama y me puse la camisa y los pantalones tan silenciosamente como pude, pero de pronto la

vieja de la cama despertó y me dijo, sonriéndome: «Oh, amorcito, no vas a dejarme así». Tenía un solo diente amarillo en la mandíbula superior que se movía cuando hablaba. Mudo de horror, me puse la mano en el bolsillo y arrojé sobre la cama todo el dinero que tenía. No podía pronunciar palabra. Ella seguía sonriéndome. Me puse el chaleco y la chaqueta y huí de la habitación. «¡Amorcito, no eres muy gentil!», escuché que me decía, mientras cerraba la puerta. Huí escaleras abajo, lívido de terror. En la calle, encontré un coche de alquiler y le di al cochero la dirección de un médico de quien había oído hablar. Tan pronto como estuve en su presencia, me dijo que conocía a mi hermano y que… Lo interrumpí brutalmente: «Quiero que me examine de inmediato. Anoche me emborraché y me desperté en la cama de una vieja prostituta espantosa. Por favor, examíneme y aplíqueme algún desinfectante». Bueno, se puso a trabajar y dijo que no veía señales de abrasión, pero preparó un fuerte desinfectante y me lavé las partes con él. Y todo el tiempo procuraba consolarme, supongo, con tópicos comunes. «En Oxford no hay muchas enfermedades serias. Por supuesto, debería haber casas con licencia, como en Francia, y las prostitutas deberían examinarse todas las semanas o cada quince días. Pero en Inglaterra odiamos la legislación “para abuelas” y realmente, mi querido lord Randolph, no me parece que tenga serios motivos para alarmarse». ¡Motivos para alarmarme, ya lo creo! ¡Me odiaba por haber sido tan estúpido! Finalmente, me llevé un par de libros sobre enfermedades venéreas y los devoré. La semana siguiente fue una pesadilla. En seguida decidí que me merecía una gonorrea por mi estupidez. Incluso recé a Dios como si fuera una divinidad maligna, para que me la enviara. Merecía eso, pero nada más, nada peor. ¡No un chancro, no la sífilis! Durante una semana no pasó nada, ni una señal. Volví a respirar. Sin embargo, tenía que esperar al vigésimoprimer día antes de estar seguro de que me había salvado de la sífilis. ¡Sífilis! Piensa en ello, a mi edad, y yo que estaba orgulloso de mi prudencia. Llegó el día señalado y no había nada, ni un signo. Al día siguiente el doctor volvió a examinarme: «¡Nada, lord Randolph, nada! Le felicito. Según todas las apariencias, ha escapado usted ileso». Al otro día tenía que cenar con Jowett, el Director de Balliol. Era domingo y había tres o cuatro personas que deseaba presentarme. Me puso a su

izquierda. Siempre fue muy amable conmigo este Jowett. Hablé mucho pero bebí poco. Después de aquel primer exceso, resolví no beber jamás más de dos vasos de vino y una copita de licor con el café. No me arriesgaría por segunda vez. Estaba tan agradecido a Dios por mi inmunidad, que las promesas de reforma eran fáciles. De pronto, en medio de la cena me sentí algo indispuesto. ¡Extraño! Me alarmé en seguida, y helado de miedo, me excusé y dejé el comedor. Afuera, pregunté a un lacayo dónde estaba el cuarto de baño. También pedí al mayordomo que me excusara con el Director. “Me encuentro muy mal, dije, y debo ir a casa”. “Tiene usted mal aspecto”, contestó, y un minuto después estaba en un coche de alquiler camino del médico. Afortunadamente, estaba en casa. Para abreviar, el médico de Oxford y después uno de Londres, me dijeron que estaba perfectamente bien.

Quedé estremecido por la historia.

Dos historias más y la vida de Randolph Churchill estará completa, en lo que a mí concierne. Ya he dicho que lo encontré muchas veces en Montecarlo en los años siguientes. Al comienzo, me divertía con su infantil convencimiento de que podía ganar dinero jugando en las mesas. Le dije que en Baden-Baden, Blanc, el propietario, tenía sólo la mitad de las posibilidades a su favor y que sin embargo había hecho una gran fortuna. Pero él insistía en que la posibilidad de cambiar la apuesta daba ventaja al jugador. Yo le era útil porque conocía Montecarlo desde hacía muchos años, los *croupiers*, los directores, todo. Tenía una confianza infantil y descubrí que perdía el tiempo tratando de evitar que jugara, de modo que le enseñé lo que llaman «sistema Labby», que es una progresión muy lenta de pérdidas y por lo tanto menos peligrosa que los otros sistemas, que por lo general son modificaciones del tonto juego del doblete que rápidamente mata o cura, porque la apuesta máxima es limitada.

Después de varios encuentros en Montecarlo, Randolph me demostró más amistad y me habló con más franqueza que en los días de éxito.

Una noche, después de cenar, tuvimos en el Hotel de París una charla realmente seria sobre política y descubrí que éramos polos opuestos. Yo señalé que de la misma manera en que las comunidades campesinas eran superadas por las naciones, las

naciones estaban en proceso de ser superadas por los imperios mundiales. Ya se estaban formando dos: Rusia y Estados Unidos, que pronto superarían a todas las naciones. El problema para Inglaterra era si estimularía una unión con las colonias transformándose en una confederación de estados con un senado imperial constituido por todas las colonias en lugar de esa trivial Cámara de los Lores. Para mi estupefacción, se puso furioso.

—¡Conozco la Cámara de los Lores —exclamó— y hay allí mucho sentido común y buenos sentimientos y detesto su senado imperial de almaceneros ensoberbecidos de Ballarat y tenderos de Sydney!

No supe qué decir. Seguía viviendo en la época feudal y su inteligencia no era más que un accidente.

Después le hablé del socialismo y del papel que debería desempeñar en una comunidad bien ordenada. Randolph no quería oír hablar de socialismo a ningún precio, realmente no comprendía esa palabra esencial del problema moderno. No quería aceptar que la prosperidad de las clases trabajadoras francesas provenía del reparto de tierras durante la revolución.

—La prosperidad comparativa del campesino francés tiene sus desventajas —insistió—. ¡Mire sus vidas limitadas y sórdidas! Prefiero Inglaterra con su mayor libertad y por lo menos una clase que saca el mejor partido posible de la vida y da el ejemplo.

Después de esa noche, me interesé muy poco por su posible regreso al poder. Su falta de educación lo limitaba. Nunca podría ser un Mazzini y mucho menos un Bismarck. Mientras comía y bebía y hablaba de las mujeres bien vestidas que iban y venían, comprendí cómo en inglés la palabra «iletrado» ha llegado a significar «lúbrico».

Partió en un transatlántico de la línea Donald Currie y envió artículos a un periódico inglés en los que condenaba la comida y la bebida, diciendo que eran dignas de una pensión de segunda clase. Estaba ampliamente justificado, pero fue muy atacado por su bien fundada crítica. Todo el mundo mercantil, cuyo patriotismo se limita al interés, y sus campeones en la prensa, lo ridiculizaron durante meses hasta dañar seriamente su reputación pública. Sin embargo, la comida en los barcos era mala hasta que Ballin, con ayuda de Harris, estableció un Ritz en el «Kaiserin Auguste

Victoria» y de inmediato se elevó el nivel del viaje transatlántico. Fue el primero en contribuir a hacer un lujo de la vida en el mar.

Randolph regresó de Sudáfrica con una gran barba canosa. Otros han contado cómo procuró recuperar su lugar y su influencia en el Parlamento y cómo fracasó. La Cámara se llenó para escucharlo. Se puso de pie y después de las primeras palabras, comenzó a mascullar y a vacilar y a repetirse de manera incoherente, haciendo frecuentes gestos enfáticos que aumentaron lo grotesco de la exhibición.

Beit me dijo que Randolph había hecho dinero siguiendo sus consejos de inversión. En realidad, se sabe que cuando murió dejó a su viuda muchos miles de libras, todos provenientes de esa fuente. Yo recordaba sin cesar las palabras de Nennings: «Randolph está condenado». Pronto sabría la razón.

Su hermano murió y de inmediato anuncié que iba a publicar en la *Fortnightly Review* un artículo sobre «El arte de vivir», escrito por el difunto duque. Mostré algunas frases a los periodistas y como todos conocían la inteligencia y la franqueza del duque, fue fácil despertar una tremenda sensación, porque en verdad el artículo era casi demasiado franco como para publicarse. Mis lectores recordarán que conseguí el artículo publicando, a pedido del duque, un trabajo escrito por lady Colin Campbell, quien por entonces era la amante del duque, y una amante muy bella, por cierto. Sólo consentí en publicar su efusión, con la condición de que el duque me escribiría un artículo absolutamente sincero con sus verdaderas opiniones sobre la vida y el vivir. Hizo lo que le había pedido. En el artículo declaraba que las mujeres eran las únicas cosas dignas de ganarse en esta vida. «Una buena cena y la charla de hombres capaces es interesante, pero sin las mujeres y el placer que procuran, la vida sería estéril, chata y tonta, un cuento contado por un idiota, lleno de sonido y de furia y que nada significa».

Años después de la publicación del trabajo de lady Colin, el duque me contó que esta había insistido en ser invitada por su esposa, la rica señora Hammerseley, de Nueva York, a pasar una semana en Blenheim. La duquesa, inocentemente, aceptó en seguida, y a su debido tiempo apareció lady Colin, insistiendo en subrayar su intimidad con el duque, a quien llamaba siempre por su nombre de pila. Con inmenso regocijo, me contó que el demonio de

mujer lo había sacado a dar un paseo a solas por la mañana, reteniéndolo hasta que se hizo tarde para el almuerzo.

—Somos tan viejos amigos —le dijo a la duquesa— y hace tanto tiempo que no lo veo. Realmente, debéis perdonarnos. Cuando estamos juntos, el tiempo vuela.

—Mi esposa dista mucho de ser una estúpida —dijo el duque—. En realidad, ninguna mujer es ciega en un caso así y lady Colin no volverá a recibir otra invitación a Blenheim.

Eso era todo lo que sabía hasta que recibí una carta de Randolph, rogándome que fuera a verlo a casa de su madre en Grosvenor Street, donde estaba pasando una temporada. Fui desprevenido. Con frecuencia había recibido notas similares en el pasado. Cuando atravesó la habitación para estrecharme la mano, quedé horrorizado por su aspecto. En un par de años, había cambiado de carácter, se había transformado en un viejo. Su cara era enjuta; el cabello, grisáceo y escaso en la coronilla; la espesa barba, también canosa, lo cambiaba por completo. Se movía erguido, lo que le agregaba dignidad, pero la antigua sonrisa juvenil había desaparecido.

—Siéntese, siéntese —dijo—. ¡Tenemos que hablar! No conoce a la duquesa de Marlborough, ¿no es verdad? Ella desearía conocerlo y creo que serán buenos amigos. Voy a arreglar un encuentro. Es una mujer notable y la muerte de mi hermano ha sido un golpe terrible para ella. Lo amaba, como nos aman las buenas mujeres, a pesar de nuestras faltas. Cuando leyó sobre el artículo que él había escrito para usted y se enteró de que iba a ser publicado, quedó espantada, escandalizada. Había leído el artículo y lo odiaba. Está convencida de que fue escrito bajo la influencia de lady Colin Campbell, por quien no siente simpatía. En ese momento, en presencia de mi hermano, quemó el artículo y la prueba que usted le había enviado… y pensó que había terminado para siempre con ese asunto. Cuando vio el anuncio de que iba a aparecer ese odioso artículo, se puso fuera de sí. Llamó a sus apoderados, pero estos le dijeron que no podía hacer nada. Finalmente, me cablegrafió y fui a verla. Quiero repetir exactamente lo que le dije a esta pobre mujer dolorida: «No tenemos poder, pero es una suerte que hayas enviado a por mí, porque conozco al editor de la *Fortnightly* y estoy seguro de que tan pronto como Harris comprenda la posición en que estás

y tu objeción, lo suprimirá. Lo conozco y puedo comprometerme por él. Quédate tranquila. Ese artículo no se publicará nunca». ¿No tenía razón, Harris? —agregó, poniéndose de pie y tendiéndome la mano.

La demanda tenía un aire teatral que me enfrió un poco. Era evidentemente algo preparado, pero muy bien hecho. Sin embargo, vacilé.

—Verá, yo soy sólo un administrador —dije—. No soy dueño de la «Review». Este artículo del difunto duque fue comprado y pagado a un precio muy alto.

—Por supuesto —adujo Randolph—, no es necesario decir que la duquesa pagará todo lo que sea necesario, y lo hará de buen grado. Eso se comprende.

—Pero es que no bastará ningún dinero —dije, y expliqué cómo había aceptado cargar a la «Review» con el trabajo de lady Colin, porque su hermano hacía una contribución lo bastante interesante como para hacer olvidar la inocuidad de la dama.

—Era muy guapa —observó Randolph—, con un cuerpo extraordinario. Mi hermano era buen juez… —y sonrió.

—Estoy seguro de que comprenderá —proseguí— que no puedo complacerlo en esta circunstancia. No soy libre, comprenderá…

—Conozco a Frank Harris —replicó—. Usted puede hacerlo si quiere y yo he dado mi palabra en su nombre. No rehusará la última demanda de un viejo amigo —y volvió a tenderme la mano.

Interpretó mal mi silencio. Temió que significara una negativa. Sin saber que había ganado, jugó su última carta.

—Vamos, Harris —comenzó a decir de la manera más atractiva —, haga lo que le pido y le escribiré un artículo sobre cualquier tema que desee a cambio del de mi hermano. ¡Vamos, diga que sí! Se lo agradezco de corazón y la duquesa también se lo agradecerá cuando se entere. Prometí telegrafiarle —y se volvió hacia una mesita auxiliar. Luego, reflexionando, me miró—. ¿Por qué escribiré para usted? —dijo—. Estoy tratando de evitar los trabajos pesados, pero haré lo que pueda.

—¡Olvídelo! —dije—. Póngase bien y fuerte. Eso es lo que desean sus amigos y nada más.

—Haré lo que pueda —repitió—, pero a veces temo que la suerte se haya vuelto contra mí.

Así era en verdad y mucho más de lo que cualquiera de nosotros imaginaba.

El resto de su trágica historia se cuenta pronto. En las décadas del 80 y del 90, Sir Henry Thompson, el famoso médico, acostumbraba a ofrecer «octetos», como llamaba a las cenas de ocho invitados. Creo que era un buen médico y sabía mucho sobre el estrechamiento y la glándula prostática, pero estaba más orgulloso del hecho de haber escrito dos aburridas novelas y de que algunas de sus pinturas figuraran en las muestras de la Academia. Le gustaba mostrar dos o tres cuadros de Alma-Tadema[72] que tenía en su sala, lo que en sí mismo define su gusto y proscribe su talento. Sin embargo, era amable y a los setenta años la gentileza es prueba de virtud. Sus vinos eran razonables sin ser extraordinarios y sus invitados eran con frecuencia personas interesantes. Recuerdo que durante una de esas cenas. Randolph fue el invitado de honor y se sentó a la derecha del anfitrión. Lord Morris estaba sentado a su izquierda y yo a su lado, teniendo a mi izquierda a Sir Richard Holmes, el genial bibliotecario de Windsor. Fue lo bastante amable como para pedirme que lo visitara e inspeccionara la colección, y yo hubiera aceptado gustoso si no me hubiera hablado primero de sus acuarelas, que también podían verse de cuando en cuando honrando las anémicas paredes de la Academia. El artista *amateur*, como el escritor *amateur*, me aburren tanto como el actor o cantante aficionados.

Cuando nos sentamos a la mesa, yo quedaba casi frente a Randolph y no pude dejar de observar que hacía una inclinación bastante seca a lord Morris, que estaba a mi derecha, y otra aún más fría a mí. Se lo veía mucho peor que un par de meses antes en Grosvenor Street. El rostro estaba demacrado y la piel gris. En sus ojos había resplandores de odio, ira y miedo.

Ya habíamos terminado la sopa cuando dije algo sobre Irlanda a lord Morris, que estuvo de acuerdo conmigo. Para mi sorpresa, Randolph me interrumpió enojado.

—Usted sabe mucho de Europa, señor Harris, y por supuesto todo lo que hay que saber sobre América, ¿pero qué sabe de Irlanda? —ladró.

—Nací en Galway —contesté— y me eduqué en la Royal School de Armagh y en la infancia se adquiere un cierto *flair* difícil de

obtener en años posteriores.

—Es imposible de adquirir —coincidió lord Morris—. Ningún sajón lo consigue nunca. Sin preguntarlo, supe en seguida que era usted nativo de mi querido y desdichado país.

Lord Morris hablaba con fuerte acento, pero siempre fue muy amable conmigo, tal vez porque desde el comienzo de nuestra relación comprendí que tenía un pie en cada uno de los dos campos irlandeses y que era uno de los pocos hombres cuya opinión sobre asuntos de Irlanda podía aceptarse sin equivocarse. Creo que fue «derrotado» sólo una vez en su vida. Esto lo consiguió el famoso Padre Healy, gran amigo suyo. Un día lord Morris estaba describiendo una boda que había presenciado, y entusiasmado con la belleza de la novia, dijo:

—Y allí estaba yo, sin siquiera una pantufla para arrojarle.

—¿Por qué demonios no tiró su acento[73]? —dijo mordazmente Healy.

Durante el siguiente plato, lord Randolph no dijo una relabra. Cuando trajeron la caza, el lacayo observó que no estaba bien trinchada, de modo que pasó rápidamente junto a lord Randolph para ir a trincharla a la mesa auxiliar. De inmediato, Randolph, señalando la fuente con la mano extendida, gritó como si sufriera algún dolor:

—¡E-e-e-e-h!

—¿Qué sucede, lord Randolph? —preguntó solícito el anfitrión.

—E-e-e-e —y repitió el gemido, señalando al lacayo—. ¡Quiero eso e-e-e-e! ¡Un poco de e-e-e-e!

—Lo traerán otra vez —dijo Sir Henry—. Me alegro mucho de que le agrade.

Trajeron de vuelta el urogallo. Randolph se sirvió y comenzó a comer ávidamente. De pronto se detuvo, bajó el cuchillo y el tenedor y contempló los rostros, sospechando aparentemente que se había observado su extraño comportamiento. Estaba loco, era evidente. A partir de ese momento, pude beber pero no comer. ¡Churchill loco! ¡Cómo Maupassant!

Cuando nos levantamos de la mesa, pregunté a Holmes si había observado el incidente.

—No, no vi nada, pero el urogallo estaba excelente —dijo. Más tarde le pregunté a lord Morris si había observado algo extraño en

el comportamiento de Randolph.

—No —contestó—, excepto que parece estar de un humor espantoso.

Años más tarde, después de su regreso a Londres y su fallecimiento allí, tuve oportunidad de coincidir en una cena con la señora de Jack Leslie, hermana de su esposa. Le hablé de mi experiencia en el «octeto» de Sir Henry Thompson.

—Randolph estaba muy enfermo —dijo— cuando mi hermana lo llevó a hacer su último viaje alrededor del mundo. Todos lo sabíamos. Nadie sino Jenny hubiera tenido el coraje de ir con él, pero ella no tiene miedo de nada y es muy fuerte. No obstante, por cosas que ha dejado caer, debe haber pasado una temporada difícil. Según me dijo, una vez él entró en el camarote con un revólver cargado y la amenazó, pero ella se lo quitó, lo empujó sobre la litera y abandonó el camarote, cerrando la puerta detrás de ella. Jenny es la mujer más valerosa que he conocido.

Años más tarde, encontré a lady Randolph, como siempre la llamaba, en una cena en casa de lady Cunard. Le dije algo de lo que me había dicho la señora de Jack Leslie y le expresé mi admiración por su coraje al llevar a Randolph en esas condiciones a dar la vuelta al mundo.

—Al comienzo —dijo—, cuando todavía estaba fuerte, fue difícil, pero, en cuanto se debilitó lo bastante, no me importó.

¡Qué epitafio!

Apasionada experiencia en París: una amante francesa

En este volumen, que contiene mis recuerdos de De Maupassant, deseo relatar otra experiencia de la vida francesa. Viajaba una vez de Londres a París. En el tren, en Calais, había un joven alemán que preguntó algo a un viajero francés, que lo trató muy mal. Evidentemente, el francés adivinó su nacionalidad por su mal acento y su francés defectuoso. Lamentando su rudeza, yo contesté a su pregunta y pronto el alemán y yo nos hicimos amigos. Cuando llegamos a París, le dije que iba al Hotel Meurice y al día siguiente me visitó, almorzó conmigo y después fuimos juntos al Bois de Boulogne.

Había algo ingenuo y juvenil en el hombre, que me interesaba. Apenas habíamos llegado a la Avenue des Acacias, cuando me dijo que las muchachas francesas le parecían maravillosamente atractivas. Cinco minutos después, nos cruzamos con una victoria en la que iba una muchacha muy bonita y una mujer mayor. Mi alemán exclamó que la chica era una belleza y quiso saber si sería posible trabar conocimiento con semejante estrella. Le dije que nada era más fácil. Eran un par de *cocottes*, y si tenía doscientos francos para gastar, sería bien recibido. Le aconsejé que la siguiente vez que nuestros carruajes se cruzaran, saltara dentro de la victoria y procurara cosechar mientras brillaba el sol. Esto le pareció una acción imposible, de modo que cuando volvimos a cruzamos, le dije que me siguiera y salté.

De inmediato, el cochero dobló por un camino lateral y se dirigió rápidamente hacia la ciudad. Pasé un brazo alrededor de cada una de las mujeres y les aseguré nuestra compañía durante la cena, en el Café Anglais. Después de algunos momentos de charla, la bonita me susurró.

—Debes hacer tu elección —y cuando me volvía hacia la mujer mayor, esta dijo—: ¡Si me eliges a mí, no te arrepentirás!

No sé por qué, pero de inmediato me aparté de la muchacha

bonita, diciendo:

—Debo ser leal con mi amigo, que te eligió a ti.

Cinco minutos después, se nos reunió mi alemán en un café de los Champs-Elysées. Apenas podía creerlo cuando le dije que le dejaba la muchacha bonita y vivaz. Para abreviar: cenamos juntos en una habitación privada y después llevamos a las mujeres a su casa. Mi alemán se fue escaleras arriba con su *innamorata* y yo entré en un gran apartamento de la primera planta. Allí, para mi sorpresa, había una niña de unos doce años, que evidentemente se había quedado dormida. Tan pronto como encendimos la luz, se puso de pie de un salto, confundida, y se apresuró a ir hacia la puerta.

—No te vayas —dije, porque era muy bonita, pero ella salió corriendo—. ¿Es tu hija? —pregunté a mi compañera quien, según me pareció, asintió. Este incidente ayudó a fortalecer mi resolución —. Voy a dormir en el sofá —dije— o, si lo deseas, me iré a mi hotel, así puedes estar con la niña.

—No, no —contestó mi compañera, cuyo nombre era Jeanne d’Alberi —. Nunca duerme aquí, tiene su propia habitación y yo estoy interesada en tu charla y no tengo nada de sueño. El teatro es mi pasión. Ni siquiera me has dado un beso —agregó, acercándose a mí y levantando la cara.

—No estoy de humor para besos —dije—. Tengo sueño. Creo que he bebido demasiado. Ese Musigny es muy fuerte.

—Como quieras —dijo, y en dos minutos me preparó el sofá. Me saqué la ropa y mientras escuchaba el chapoteo que hacía en su *cabinet de toilette*, me quedé dormido.

Súbitamente, fui despertado por la sensación de placer más aguda que había sentido nunca, y encontré a Jeanne encima mío. Cómo se las había arreglado, no lo sé, pero el mal estaba hecho, si mal había, y mis sensaciones eran demasiado intensas como para renunciar a ellas. En un instante invertí nuestras posiciones y procuré obtener una renovación del deleite. No fue en vano. Su sexo me apretaba y me ordeñaba con extraordinaria fuerza y astucia que no había imaginado posibles. Ni siquiera con Topsy había experimentado un placer tan intenso. Tomándola en mis brazos, la besé una y otra vez con apasionada sorpresa.

—Ahora me besas —dijo, haciendo una mueca—, pero no me

creíste cuando en la victoria te dije que me eligieras a mí, que no te arrepentirías. Mi amiga sólo tiene su cara bonita —agregó desdeñosamente.

—¡Eres una maravilla! —exclamé, y levantándola, la llevé a la cama. Cuando la deposité en el lecho, levanté su camisón. Estaba bien formada de la cintura para abajo, pero sus senos eran fláccidos y bajos. Sin embargo, había algo seguro.

—Esa no era tu hija —dije—. Tú nunca has tenido un niño.

Ella asintió sonriendo.

—Me sentía sola —dijo simplemente—, y Lisette era tan bonita y tan alegre que la adopté hace muchos años, cuando sólo tenía un año. Soy vieja en este juego, ya ves —añadió tranquilamente.

No sé por qué, pero todo lo que decía Jeanne acrecentaba mi interés por ella. Tenía personalidad y cerebro, aunque en verdad era cualquier cosa menos bonita, y no sólo hablaba un excelente francés sino que conocía además las costumbres sociales y las normas de urbanidad. Cuando quise pagarle, no aceptó dinero, me dijo que no necesitaba nada y que estaba contenta de haberme conocido. Que me deseaba como «amigo… y amante». Y sonrió. Uno o dos días después, ofrecí un almuerzo en mi hotel e invité a Jules Clarétie, del «Français» y a un famoso actor cómico del Palais Royal. Estaba también Jeanne, que se comportó como una magnífica anfitriona. Todos estaban encantados con ella. Siempre tenía la palabra exacta para cada uno y su tacto era ejemplar. Después me dijo que jamás olvidaría mi amabilidad al tratarla como a una igual. Más tarde descubrí que era hija de un general francés, pero que en el mismo año había perdido padre y madre. Una hermana menor suya, a la que amaba, había tenido un amor desgraciado, dedicándose a la droga, y después de su muerte Jeanne había resuelto hacer dinero.

No hacía un secreto del hecho de que tenía dos admiradores. Uno era un diputado que la visitaba cada quince días y le daba veinte mil francos al año; el otro era un viejo senador que aparecía de vez en cuando, esperando siempre encontrarla dispuesta, porque le pasaba cincuenta mil francos por año y en ocasiones le había dado más que eso de una sola vez.

—Es un encanto y le debo muchas amabilidades —dijo— y te aseguro que si fui al Bois fue por Adèle y no por mí, pero me gustó el modo en que saltaste al carruaje y también que me hubieras

elegido.

Creo que fue durante ese almuerzo cuando Clarétie contó la historia de Aimée Desclée que puedo reproducir aquí, porque Aimée Desclée era en muchos sentidos la actriz más seductora que he visto sobre un escenario.

—La conocí —comenzó a decir Clarétie— en París, cuando era muy joven y acababa de conseguir un puesto en el «Figaro», como crítico de teatro. Me enamoré de ella y la cortejé, como hacen los jóvenes. Un día me dijo que quería ser actriz, representar *Fedra*, nada menos. Cuando le dije que tenía que empezar desde abajo y durante meses no podía esperar que le dieran ni el papel más insignificante, se rio de mí y dijo que de la misma manera que algunos hombres nacen generales y no subalternos, ella no tenía ninguna necesidad de un período de aprendizaje. Como crítico, yo conocía a la mayor parte de los grandes nombres de la profesión, y por extraño que parezca unos días después encontré a un hombre que había arrendado un teatro y cuya primera dama había caído enferma con bronquitis, si no recuerdo mal. Le dije que tenía la persona apropiada para tomar su lugar y hacer gran sensación y le presenté a Aimée. Le hizo buena impresión y finalmente aceptó producir *Fedra* y darle su oportunidad. Llegó la gran noche, el teatro estaba lleno y apareció Aimée con el peor ataque de miedo escénico que he visto. Jamás presencié un fiasco semejante. Apenas se le oía lo que decía y cinco minutos después, entre las protestas del público, huyó del escenario y bajó el telón frente a un público medio divertido, medio enojado que sólo pudo ser apaciguado con la devolución del dinero de la entrada. ¡Se llevó todos mis ahorros! Naturalmente, mis colegas de la prensa se burlaron de lo que llamaron mi capricho. Algunos me aseguraron que una cara bonita no hacía una gran actriz; otros insinuaron que la niña debió tener encantos ocultos. En fin, fui ridiculizado. No volví a ver a Aimée y aproximadamente un año después escuché decir que había huido a Italia con un actor cómico del que estaba locamente enamorada. Después supimos que él la había abandonado en Venecia sin un *sou*. Unos meses después, recibí una corta esquela de ella, donde me pedía que fuera a verla. Ejercía una fascinación curiosa, de modo que fui. ¡Cuándo entré en la habitación, quedé atónito! Había perdido su belleza y parecía diez años mayor.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté.

—Como Dante —contestó—, he estado en el Infierno.

—¿Lo pasaste mal? —pregunté estúpidamente.

Ella asintió.

—¿Adivinas para qué te he pedido que vinieras?

Yo meneé la cabeza.

—Quiero que me des otra oportunidad como la que me diste.

—Imposible —contesté—. Se rieron de mí y todos te conocen. No podría aunque quisiera.

—Ahora no se reirán —dijo—. Sé que me tienes afecto, sé que me ayudarás y te aseguro que mi gratitud será eterna. Tú y yo debemos ser siempre amigos —y me tendió las manos. Su voz tenía una cualidad extraordinaria y su personalidad seguía fascinándome. Me descubrí diciendo—: Haré lo que pueda, y cuando me dio las gracias con los ojos llenos de lágrimas, supe que haría lo posible y más también. Por extraño que parezca, alrededor de un mes después vino a verme un agente teatral, tal como había sucedido la primera vez. Tenía un teatro y una compañía, pero la actriz que deseaba lanzar se había ido a América, dejándolo plantado. ¿Conocía yo una actriz que pudiera desempeñar un gran papel? Sin vacilar, le hablé de Aimée Desclée. Él conocía toda la historia del fiasco, pero le aseguré que había cambiado, le rogué que se fiara de su juicio y lo que esperaba sucedió. Él quedó arrebatado por su magnetismo personal y puso en escena *Fedra* para ella, con la única condición de que no revelara su verdadero nombre hasta después. Bueno, hicimos mucho ruido, pero el teatro estaba casi vacío. Cuando Aimée Desclée salió a escena, antes de que abriera la boca, yo temblaba de expectación, pero sus primeras palabras nos arrastraron. Al final del primer acto, salí y envié notas a media docena de colegas para que vinieran a verla, pero cuando regresé al teatro, estaba lleno. París ya tenía por entonces un sistema mágico de comunicación y en una hora todos sabían que se había descubierto una gran actriz. Creo —añadió Clarétie—, que era la actriz más grande que he visto.

Clarétie contó muy bien la pequeña historia, con extraña reticencia. Sin embargo, Jeanne se encargó de sub, rayar su efecto.

—La vi poco después en *Froufrou*, —dijo—, y estoy de acuerdo con usted. No sólo era una gran actriz, sino una gran mujer. En su

voz había matices que destrozaban el corazón. Era su propio sufrimiento el que le daba ese poder. Dumas *fils* fue muy inteligente al elegirla para representar a su heroína.

Este almuerzo me enseñó que a su manera Jeanne era una mujer sorprendente. Había leído muchísimo y conocía a la perfección toda la literatura francesa ligera. Encontraba cosas nuevas que decir de Flaubert, de Zola, de Daudet y hasta de Maupassant; palabras iluminadoras. Además conocía París, todos sus recovecos, era una maravillosa compañera para un hombre de letras y una amante incomparable.

Después de uno o dos días, empecé a pensar que era una hechicera. Jamás trataba de excitarme, pero siempre que la buscaba, encontraba en ella el mismo poder diabólico. Los franceses tienen una expresión para eso: lo llaman *casse-noisettes*, «cascanueces», un sexo femenino con la fortaleza contráctil de una mano, y Jeanne sabía exactamente cuándo debía usarlo.

Yo me encaprichaba cada vez más y, sin embargo, por miedo, traté varias veces de darle dinero y liberarme, pero ella no aceptaba dinero, aunque siempre estaba dispuesta a almorzar y cenar conmigo y conocer actores, actrices y hombres de letras.

Un día dimos un largo paseo a Fontainebleau, cenamos allí y regresamos. Quise besarla, pero ella se apartó. Finalmente, por puro despecho, dije:

—Tendré que empezar a pensar en regresar a Londres, a mi trabajo.

Jeanne me miró.

—Iba a proponerte otra cosa —dijo—. Tengo un lugar cerca de Argel, lleno de sol, entre las montañas y el mar, algo maravilloso. Tendrías caballos y podrías dedicarte a escribir libros y abandonar de una vez por todas ese estúpido periodismo.

Podría no tener éxito —dije— y tengo demasiado poco dinero como para ponerme a hacer la prueba.

—Yo tengo más dinero del que crees —observó tranquilamente —. Tengo trescientos mil francos ahorrados y esa casa y la granja y…

—No puedo vivir de tu dinero —interrumpí con rudeza.

—¿Por qué no? —preguntó—. Podríamos casarnos y vivir una vida casi perfecta.

Yo di un respingo. ¡Qué perspectiva! Recordé las relaciones del mes anterior. Una vez había pillado a Jeannie por casualidad, cuando acababa de lavarse la cara. No tenía cejas, se las pintaba y también se teñía las pestañas con algo. ¿Casarme con ella? Me reí para mis adentros y no pude evitar sacudir la cabeza.

—Soy una amante bastante buena, ¿no? —preguntó.

—La mejor posible —contesté—. Nadie podría negarlo y además eres una excelente compañera, pero quiero ver más de la vida y del mundo antes de establecerme. Hace mucho que he decidido dar la vuelta al mundo cada veinte años, quiero aprender un par de lenguas nuevas y…

—Podrías hacerlo —insistió—. Yo no pondría objeciones. Quiero hacer de mi casa una casa hermosa; te quiero a ti como esposo y compañero, pero podrías tomarte un invierno o un verano para dar la vuelta al mundo, siempre que vuelvas a mí. Y volverías, ¿sabes? Te conozco. Sé que quieres labrarte una reputación como escritor y estoy segura de que lo harás, pero eso significa años de duro trabajo, años sin problemas de dinero. Piénsalo.

Yo sonreí, pero sacudí la cabeza.

Uno o dos días después, dijo:

—Tendré que enviar a Lisette a la escuela, a menos que nos vayamos juntos al sur. Se está transformando en una jovencita y es exquisitamente bonita. ¡Deberías verla en su baño!

—Encantado —dije sin pensar.

La siguiente vez que entramos a su casa, Jeanne me llevó al piso superior y abrió la puerta. Allí estaba Lisette, bañándose, un modelo de belleza infantil, sorprendentemente esbelta y deliciosa. Nos dio la espalda y cogió una toalla que había cerca, pero Jeanne se la quitó, diciéndole:

—No seas tonta, niña. Frank no te va a comer y yo le he dicho lo bonita y bien formada que eres.

Al escucharla, la niña la miró con sus ojos grandes e inescrutables y se dejó mirar. Era Un cuadro exquisito. Los senos apuntaban apenas, las caderas eran apenas algo más llenas que las de un niño, los pies y las manos más pequeños… una perfecta estautilla de Tanagra, con la carne blanca y un resplandor rosado en la parte interior de los brazos y los muslos, mientras que el monte de Venus mostraba apenas una pelusa. Se quedó allí esperando, una

arrebatadora figura de doncella. Sentí que se me secaba la boca y me latían las sienes. ¿Qué significaba todo eso? ¿Tenía Jeanne la intención…?

Un instante después, Jeanne sacó a la niña de la bañera y cubriéndola con la toalla, dijo:

—Sécate y baja, querida. Cenaremos pronto.

Cuando hubimos bajado, preguntó:

—Bueno, ¿vienes con nosotras a Argel?

—Supón que deseara a Lisette —dije con audacia.

Jeanne se encogió de hombros.

—Seguramente habrá varias Lisette en tu vida —dijo, seria—, pero sólo una Jeanne, espero —y me miró a los ojos.

—Eres un encanto —dije—, una maravilla.

No se dijo más, pero cuando Lisette bajó en camisón y bata, Jeanne la animó a que se sentara en mis rodillas después de la cena, y todavía me parece sentir el cálido peso de su cuerpo esbelto en mis piernas.

Cuando regresé esa noche al Meurice, sabía que tendría que luchar contra la mayor tentación de mi vida. ¿Podría hacerlo?

Fue la frase de Shakespeare la que me salvó, lo creo verdaderamente. No podía ser «el fuelle y el abanico que enfriara la lascivia de una mujerzuela». Sin embargo, la tentación era enorme, porque en verdad Jeanne era una compañera muy interesante y una amante adorable. Quise saber por qué me había elegido.

—¿Cómo se hace para saber por qué un hombre te gusta íntimamente mientras que otro te repele? —dijo—. Me gustas físicamente, me interesas mentalmente y sé que eres trabajador y bondadoso. Creo que podríamos llevar una existencia casi ideal. Estoy cansada de París, me siento sola, sin objetivo ni propósito.

—¿Y Lisette? —pregunté.

—Oh, las Lisette son para después —sonrió—. Antes de que haya crecido, habrás encontrado a una belleza árabe con muslos aún más bellos. Es el artista que hay en ti el que te arrastra; la atracción que sientes por la belleza plástica. Lo observé desde el principio, pero no puedo hacer que mis senos sean redondos y pequeños. Si pudiera lo haría, puedes estar seguro, pero sé que puedo darte más placer que cualquier otra mujer, y así estoy segura de que siempre volverás a mí.

dar placer era la más alta que he encontrado en una mujer occidental.

Una noche inolvidable; una de las pocas noches de mi vida en que alcancé las sensaciones de placer más intensas junto con el goce estético más alto de juguetear con piernas hermosas y despertar deseos nuevos en un cuerpo adorable y en un espíritu honesto.

Al día siguiente, dejé a Jeanne una carta en la que le explicaba lo mejor que podía mi deseo de completar mi trabajo. Incluí cinco mil francos para ella y Lisette. Era todo lo que podía permitirme. Después tomé el tren y antes de la caída de la noche estaba en mi casa de Kensington Gore. Había ganado, pero eso era más o menos todo lo que podía decir y no me sentía orgulloso de mí mismo. Durante meses seguí experimentando la tentación, más aguda que al comienzo, hasta que de pronto supe por el actor cómico del Palais Royal, que creo que se llamaba monsieur Galipaux, que Jeanne había abandonado París y se había ido a vivir a Argel.

—Todos la extrañamos —añadió.

Desde entonces nunca supe nada de ella ni de Lisette, pero me enseñó qué sorprendentes cualidades poseen algunas mujeres francesas como amantes.

A partir de entonces, cada vez que me he tropezado con celos enfermizos, irracionales, he recordado a Jeanne. Ella me enseñó que una mujer puede amar y deleitarse en ofrecer el placer más intenso y, sin embargo, no sentir celos de los amores más ligeros y estéticos del hombre. Para esas pocas y extrañas mujeres, la lealtad del corazón y la compañía espiritual lo son todo.

El pregusto de la muerte desde 1920 en adelante

De pronto he decidido pasar por encima de más de un cuarto de siglo, dejando mi madurez para ser descrita luego, para llegar a la vejez, porque hay cosas que deseo transcribir con la exacta fidelidad de un diario.

Había oído decir con frecuencia que los sesenta y tres años son «el gran climaterio» de la vida de un hombre, pero, hasta que hube pasado esa edad, no comprendí su significado.

Alphonse Daudet escribió en alguna parte que todo hombre de cuarenta años ha intentado en algún momento poseer a una mujer y ha fracasado (*fit faux coup*). Fue tan lejos como afirmar que el hombre que negaba esto estaba, o bien fanfarroneando, o bien mintiendo descaradamente.

Puedo decir con total honestidad que no conocí esa experiencia hasta los sesenta años. Como ya contaré, mucho antes me había convertido en protagonista mediocre de lides amorosas, pero nunca me había avergonzado el fracaso. Como el escocés proverbial, no me faltaba vigor, pero «no era tan frecuente» como había sido. El deseo parecía tan intenso a los sesenta como a los cuarenta, pero aparecía cada vez más al ver las desnudeces de la extrema juventud.

Recuerdo una tarde de verano en Nueva York. Creo que fue por la época en que comenzaron a usarse los vestidos cortos. Cuando entré en la habitación, una niña de catorce o quince años se encogió rápidamente en un sofá, tirando de su vestido que se había enrollado muy por encima de sus rodillas. Estaba exquisitamente bien formada, con hermosas piernas enfundadas en seda negra y mostrando un margen de muslos que brillaban como el alabastro. Todavía siento la sequedad de boca que se me produjo al ver sus muslos desnudos y recuerdo lo difícil que me resultó hablar de cosas ordinarias como si tal cosa no me interesara. Estaba todavía medio dormida y espero haber conseguido el control completo de mi voz antes de que hubiera podido arreglarse el ruedo que había provocado el rubor de sus mejillas y sus miradas confusas y

enojadas.

Una y otra vez, por la calle, me volví para fijar en mi memoria las piernas de alguna jovencita, tratando de reconstruir la línea sutil y vacilante de las caderas en flor, viendo todo el tiempo el gracioso triángulo delineado por el vello suave que revelaba los labios llenos de la *fica*[74]. Incluso a los cuarenta años, en realidad antes, como ya he dicho, amaba ya los pechos pequeños como manzanas medio maduras y me enfriaba ante toda apariencia de madurez en una mujer. Pero también descubrí, una y otra vez, que esta mujer, o la mujer por la que me interesaba, podía depararme un placer tan intenso como cualquier niña, tal vez de hecho más intenso y más prolongado, ya que dependía sobre todo de la pasión mutua. Pero ahora estoy hablando del deseo y no de los deleites de la pasión, y el deseo me asaltaba sólo cuando veía la extrema juventud ligera y apenas en capullo.

Puedo relatar aquí una experiencia de mi madurez donde se manifestaron todas mis lujurias semiconscientes y conscientes. Cuando vivía en Roehampton y editaba la *Saturday Review*, acostumbraba a pasear todos los días a caballo por Richmond Park. Una mañana, observé movimientos entre los altos helechos y, dirigiéndome hacia el lugar, encontré a un guardabosque arrodillado junto a una coneja joven.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Muchas cosas —contestó, sosteniendo las patas traseras de la pequeña criatura y mostrándome que estaban rotas—. Aquí la tiene, señor —continuó—. Bonita como un cuadro, ¿eh? Apenas de un año o así, la pobrecita, este otoño se puso en celo y fue y eligió el macho más grande y viejo del parque para frotar contra él su pequeño culo… ¿No es cierto, bestezuela? Y por supuesto él la montó, señor, y esos dos palitos que tiene por patas se rompieron bajo su peso y la encontré aquí tirada, sin siquiera haber conocido el placer, ¡y ahora tendré que despeñarla, señor, y es tan suave y bonita! ¿No es verdad? —y acarició suavemente la piel sedosa.

—¿Tiene que matarla? —pregunté—. Yo pagaría para que le arreglaran las patas.

—No, no —contestó—, llevaría mucho tiempo y muchos problemas y hay muchas como ella. La pobre tiene que morir —y cuando le acarició suavemente la bonita cabeza, la coneja lo miró

con sus grandes ojos llenos de lágrimas.

—¿Realmente pierde muchas así? —pregunté.

—No tantas, señor —contestó—. Si hubiera resistido a esta temporada, el año que viene hubiera estado lo bastante fuerte como para soportar al más grande. Fue sólo su mala suerte —dijo—, haber nacido entre los machos más viejos y pesados del parque.

—¿La edad tiene algo que ver con la atracción? —pregunté.

—Por supuesto —contestó el guardabosque—. El macho viejo siempre va detrás de estas pequeñas y ellas siempre están dispuestas. Supongo que es la naturaleza animal —agregó, como si lo lamentara.

—La naturaleza animal —me dije mientras me alejaba— y también la naturaleza humana, mucho me temo —y sentí que la aprensión o un presentimiento me apretaban el corazón.

Y ahora mi experiencia. A comienzos del verano de 1920, ya pasado mi 65 cumpleaños, me ocupaba en terminar un volumen de *Portraits* antes de hacer un viaje varias veces aplazado a Chicago. Antes de salir de Nueva York, me visitó una jovencita que buscaba empleo. No la necesitaba, pero era bonita, hasta provocativa incluso, aunque por primera vez en mi vida no me sentí conmovido.

Al ver desaparecer su figura ligera y graciosa, comprendí de pronto la desdicha de mi situación en una poderosa y sofocante ola de amargura. De modo que era el fin. El deseo estaba allí, pero faltaba el impulso. Sabía que había modos de llevar el deseo a su punto más alto, pero no me interesaban. Había llegado el fin de mi vida. ¡Dios, qué catástrofe! ¡Qué derrota vergonzosa, irremediable! Entonces, por primera vez, comencé a envidiar a la mujer Después de todo, ella podía entregarse hasta el final, en su lecho de muerte si lo deseaba, mientras que un hombre iba por ahí con aspecto de hombre, con sentimientos de hombre, pero sin capacidad, impotente, desdichado en el mismo centro del orgullo y propósito de su virilidad.

Y entonces me sobresaltó la idea de mi trabajo. Últimamente, no había escrito cuentos nuevos. El poder transformador de la imaginación me había abandonado junto con la virilidad. Era mejor la muerte que semejante esterilidad, ese desierto espantoso y monótono. De pronto, recordé linos versos:

Adorable como besos recordados después de la Muerte,

Profundo como el verdadero amor y aquejado por todas las penas,
¡Oh, Muerte en vida, días que ya no son[75]!

Sentado allí, en el recinto oscurecido, las lágrimas brotaron de mis ojos. ¡De modo que es el fin!

Me arrastré de regreso a casa. Allí, solo, podría medir el desastre y apreciar su profundidad. Creo que por primera vez en mi vida, las lágrimas inundaban mi corazón y me ahogaba el sentimiento de la mortalidad del hombre.

Lágrimas, lágrimas inútiles, sé bien lo que significan.
Lágrimas que surgen de la profundidad de una desesperación divina.

¿Por qué «divina»? ¿Por qué no «maldita»?

Surgen del corazón y se juntan en los ojos
Cuando se miran los felices campos otoñales
Y se piensa en los días que ya no son…
¡Oh, Muerte en vida! ¡Días que ya no son[76]!

Me iría a casa. Y entonces recordé un terrible incidente. Un día, mucho antes de la guerra mundial, Meredith me envió una copia de *Richard Feverel*, llena de correcciones. En su carta me decía que se había puesto a corregir todos sus libros para una edición definitiva. Quería saber qué pensaba yo de los cambios que había hecho. «Creo que verá que son todas enmiendas —escribía—, pero sea franco conmigo, por favor, porque es usted casi el único hombre viviente cuyo juicio en esta materia me interesa. Morly también es un buen juez, pero no de trabajo creativo, y como a usted siempre le ha gustado *Richard Feverel*, le envío el libro para que me dé su opinión».

Naturalmente, me sentí conmovido y me senté a leer, seguro de que las alteraciones serían todas enmiendas. Pero la primera ojeada me dejó sorprendido. Seguía prefiriendo la palabra inane a la colorida. Repasé el trabajo con el mayor cuidado. En unos trescientos cambios que había hecho, había tres o cuatro que aprobaba; todos los demás eran cambios para peor. De inmediato, tomé mi coche y me fui a Box Hill.

Llegué a la casita a últimas horas de la tarde y encontré a

Meredith, que acababa de volver de su paseo en burro colina arriba. Me llevó a su estudio, alejado del resto de la casa, y nos pusimos a trabajar con entusiasmo.

—Ha puesto usted agua en la tinta —exclamé— arruinando algunas de las más bellas páginas de la lengua inglesa. El cortejo en la barca, incluso eso ha empeorado. ¡Por el amor de Dios, deténgase y deje tranquilo lo que está bien hecho!

Al comienzo no quería aceptar mi opinión, de modo que revisamos los cambios uno detrás de otro. Pasaron la horas.

—¿Cómo explica usted —dijo por fin— el hecho de que yo sigo sin estar convencido, que en verdad no me ha persuadido usted?

Tenía que decirlo. No había otro remedio.

—Usted está envejeciendo —dije—. El poder creador lo está abandonando, me temo. ¡Por favor, por favor, perdone mi franqueza brutal! —exclamé, porque su rostro de pronto pareció volverse gris—. Usted sabe, debe saber cómo lo reverencio y también cada palabra de esta escena. El mayor idilio de la literatura me es muy querido. Es mejor que *Romeo y Julieta*. ¡No cambie una palabra, maestro, por favor, ni una palabra! ¡Son sagradas!

No sé si lo convencí o no. Me temo que no. A medida que envejecemos nos hacemos más obstinados, y más tarde él dijo algo acerca del placer que se experimenta al corregir el trabajo temprano.

Pero no olvidé este hecho: Meredith había pasado el gran climaterio. Debía tener por entonces unos sesenta y seis años y había perdido la capacidad de juicio imparcial.

¿La había perdido yo también? Parecía probable.

¡Dios, la amargura de esta muerte en vida!

> ¡Los días que ya no son[77]!

A partir de entonces, empecé a decir mi edad, a hacer que la gente la adivinara, tanto hombres como mujeres, pero ni siquiera las mujeres reflexivas parecieron comprenderlo. Si uno no es calvo ni cano —los estigmas de la senilidad— uno está bien, en su opinión. ¡Bien! ¡Oh, Dios!

Sin embargo, pronto comprobé que mi juicio no había perdido su vigor. Mi virilidad había disminuido, ya no estaba siempre preparada para el acto, como antes, pero seguía allí y en la medida

en que la atesoraba, en que no la gastaba, mi facultad de juicio permanecía igual. Mi peor miedo era infundado: la abstinencia total era una necesidad, a menos que… pero esa es otra historia.

La necesidad de goce, incluso la temblorosa desconfianza en las facultades debilitadas, podían soportarse sin quejas. Sin embargo, todo me indica que la salud general se resiente: coge frío y tendrás dolores reumáticos difíciles de paliar; come algo que no te cae bien y te sentirás enfermo, no por algunas horas, como en la madurez, sino durante días y semanas; no hagas bastante ejercicio o hazlo en exceso y sufrirás como un perro. La naturaleza se transforma en un acreedor importuno que no te da un instante de respiro.

Recuerdo que, hace años, visité Pitt House que estaba en la parte alta de Hampstead Heath. Quería saber por qué la llamaban Pitt House. Descubrí que el dueño, al enterarse de que la salud de lord Chatham era mala, había puesto su casa a disposición del estadista, y desde entonces se la había llamado Pitt House. Allí fue el hombre que había criticado a Wolff y ganado un imperio para Gran Bretaña después de una serie de triunfos parlamentarios; allí había pasado sus últimos días en absoluta soledad y negra melancolía. Atormentado por 3a gota, acostumbraba a sentarse solo todo el día en una habitación pequeña, sin siquiera un libro, con la pesada cabeza apoyada en la mano. No podía soportar ni siquiera la presencia de su esposa, aunque habían sido amantes durante muchos años; no quería ver ni a un sirviente, y había hecho practicar una ventanita en la pared por donde podía coger la comida y donde colocaba otra vez el plato, cerrando luego la trampilla. Piensen en ello: ¡él, que durante largos años había sido amo del mundo, cuyas raras apariciones en la Cámara de los comunes habían resultado triunfos, reducido a esta condición de soledad desesperante! Ese agujero en la pared era para mí tan significativo como su gran discurso en defensa de los colonos americanos.

Es verdad que la vejez es amargada a menudo por la mala salud. ¡Creo que es lo que sucede con la mayor parte de los hombres, pero no conmigo, gracias a Dios! Ahora, cerca de los sesenta años, estoy tan bien como siempre; en realidad, mejor. He aprendido a mantenerme bien y a cerrar la puerta a la vejez y la mayor parte de sus achaques. Para beneficio de otros, permítanme relatar aquí,

brevemente, una explicación.

Durante mi tercera visita a Sudáfrica, al final de la década del noventa, cogí una fiebre de agua y fui abandonado junto al río Chobé por todos mis porteadores, que pensaban que los espíritus habían venido a llevarme consigo porque yo deliraba y decía disparates en voz alta. Cuando llegue el momento, contaré extensamente cómo llegué al mar y a la civilización en cuatro meses de delirio e inanición. Baste decir aquí que, ya en el barco de regreso a Europa, el interior de mi estómago pareció desintegrarse, y cuando llegué a Londres era un mártir de la indigestión crónica. Pasé dos años recorriendo las consultas de los médicos más celebrados de Europa… en vano. Uno me prescribió un régimen a base de uvas; otro, me hizo comer sólo verduras y un tercero afirmó que sólo debía comer carne, pero yo sufría casi de continuo y me puse delgado como un esqueleto.

Mi médico de Londres fue el primero en conseguir una mejoría. Me dijo que debía dejar de fumar. Yo había fumado en exceso durante toda mi vida, pero dejé de hacerlo de inmediato, aunque debo admitir que jamás ningún hábito me resultó tan difícil de vencer. Todavía un año más tarde, cuando olía el aroma de un cigarro realmente bueno, se me hacía la boca agua, aunque pronto descubrí que, al dejar de fumar, la comida sabía mejor y los vinos finos adquirían un sabor que nunca había imaginado. Si tuviera que volver a vivir la vida, nada me induciría a fumar. Me parece que es el peor de los hábitos, enemigo tanto del placer como de la salud. Pero la indigestión seguía y mi vida era un tormento. Siguiendo el consejo de Schweninger (que había sido médico de Bismarck), probé a ayunar cada quince días y saqué de ello algún beneficio, aunque no excesivo.

Un día, mi médico de Londres me aconsejó probar el lavado de estómago. La palabra me asustó, pero descubrí que era sólo un sifón y no una bomba. Hay que pasar por la garganta un tubo de caucho, verter un cuarto de agua tibia en el estómago a través de una cánula y el agua sale, llevándose consigo las impurezas y la comida no digerida. La primera vez lo hice con ayuda del médico y no puedo describir el alivio que sentí de inmediato. Pasé de sentirme muy enfermo a estar perfectamente bien, en un momento. Me había librado de los guisantes que había recomendado el doctor y cuando

salieron con el agua, no pude evitar una sonrisa, porque quedaba demostrado que la prescripción había sido errónea.

Al día siguiente, probé otra vez y pronto descubrí que mi estómago no toleraba el pan con mantequilla. Ningún médico me había recomendado jamás que no comiera pan con mantequilla, pero la razón parecía clara. La fiebre había debilitado mi brazo, de modo que no podía digerir almidones o grasas. *En una semana, el lavado de estomago me reveló un régimen científico*: adoraba el café, pero descubrí que era veneno para mí, porque detenía la digestión. Por supuesto, dejé de beberlo y evité el pan y la mantequilla, las patatas, etc. De inmediato, mi cuerpo comenzó a trabajar bien. Hace ya quince o veinte años que me lavo el estómago nueve de cada diez días antes de acostarme, porque, de vez en cuando, como demasiada mantequilla o café, o alguna comida grasosa en un restaurante, y no me resulta más desagradable que lavarme los dientes, y me proporciona un sueño perfecto y una salud casi ideal. Pero algún paciente preguntará: «¿Y qué hace usted si se indigesta después del almuerzo o del desayuno?». Sólo puedo decir que si es doloroso, hago un lavado de estómago inmediato, pero si es sólo ligera, tomo una dosis del polvo alcalino de un tal doctor Dubois, un francés que ha mejorado el bicarbonato de soda y ese tipo de lenitivos con un fosfato alcalino que proporciona alivio inmediato. Pero el remedio, el remedio infalible y bendito para los males digestivos, es el lavado de estómago. Gracias a él y a una mayor moderación de comidas y bebidas, así como a una total abstinencia de tabaco, gozo de una salud casi perfecta. Indudablemente, estoy mejor ahora de lo que estuve a partir de los treinta años.

Me contento con un par de tazas de té por la mañana; hago una buena comida a la una y por la tarde sólo tomo una sopa de verduras y a veces un troza de carne o de dulce. Ahora puedo beber una tacita de café, incluso con crema, después del almuerzo, sin sentir molestias. A los casi setenta años, puedo correr cien yardas casi a la misma velocidad con que lo hacía a los veinte, y corro un poco todos los días.

He recuperado la salud, pero no se puede negar la edad, aunque se la mantenga bajo control. Lo peor de todo es que es una ladrona de esperanza. Se descubre uno suspirando en lugar de reír; la visión de la propia tumba, allí, en el camino, siempre nos acompaña; y

como la gran aventura del amor ya no resulta tentadora, uno se cansa de la monotonía del trabajo y los deberes desprovistos de seducción. Sin esperanzas, la vida se hace estéril, chata e improductiva.

Lo peor de todo es la desesperanza. Antes, si uno necesitaba dinero, había veinte maneras de ganarlo. Un poco de reflexión y de energía y se superaba la dificultad. Ahora, sin deseo, sin alegría, sin esperanza, ¿cómo encontrar la energía? La sola idea de una cruzada lo llena a uno de disgusto. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cuál es el beneficio? Estas son las preguntas que suben a los labios y los ojos se llenan de lágrimas.

También ahora, de pronto, mi memoria para los nombres se ha vuelto muy mala. Con frecuencia recuerdo frases que quiero citar, pero en ese momento no consigo recordar quién las escribió. O voy a la librería a comprar un libro y he olvidado el nombre del autor. Todo esto aumenta mi trabajo y es muy fastidioso.

Procuro pensar que equilibra otra debilidad mía que me parece agradabilísima. Durante toda mi vida, he olvidado de la manera más curiosa los acontecimientos desagradables y los nombres de las personas vulgares. Con frecuencia mi mujer me pregunta:

—¿Te acuerdas de Mary o de Sarah…? —una sirvienta que había hecho tal cosa o dejado de hacer tal otra. Yo la he olvidado por completo.

Recuerdo que una vez mi mujer se enfadó muchísimo porque un escritor de segunda línea nos persiguió hasta la puerta para que le prestara diez dólares.

—¿Pero no recuerdas —exclamó— que no hace seis meses habló y escribió en contra tuya?

Yo me había olvidado de todo. Las pequeñas miserias de la vida quedan en mí cegadas por el olvido casi cuando acaban de pasar, y esta me parece una de las mayores bendiciones de mi vida. Para mí el pasado es todo dulzura, como un hermoso paisaje iluminado por el sol.

Pero el presente se oscurece cada vez más. ¡Y el futuro! La queja de Whitman, al final de *Hojas de hierba*, encuentra eco en mi corazón:

> Comencé en la florida juventud y seguí sin desmayos,
> Vagando, espiando, entreteniéndome con todo: la guerra,

La paz, el día y la noche absorbentes.
Sin nunca abandonar, ni por una hora mi tarea.
Y aquí termino en la enfermedad, la pobreza y la vejez.
Canto a la vida, pero me acuerdo mucho de la muerte[78].

Hoy, la sombría muerte sigue mis pasos, acecha mi forma sedente y durante años

Se acerca más a mí, cara a cara.

Y sin embargo, hay algo que nos sujeta a la vida, tal vez lo que Goethe llama «la dulce costumbre de vivir».

Yo, por mi parte, no puedo aceptar el consuelo. Con la pérdida de la virilidad, el encanto ha desaparecido de mi vida. Uno observa que las piernas de una chica no tienen nada de maravilloso. Y aun si están bien formadas, ya no se estremece y se excita como solía. ¡La magia ha desaparecido casi por completo!

Hace diez años yo leía con gran curiosidad los anuncios de los teatros de París. Ahora, no me esforzaría en cruzar la calle para ser testigo de la sensación del día.

Casi todo el encanto se ha ido. Hace cinco años, tomaba el libro que acababa de corregir, recién salido de la prensa, con intenso interés. ¿Había en él algo nuevo y extraordinario? Ahora leo y el sentido crítico es sumamente agudo, porque el encanto se ha ido, incluso en lo que se refiere a mi propio trabajo. Veo con toda claridad que mi cuarto libro de *Portraits* no es tan bueno como los dos primeros; veo que este libro de cuentos, *of Shores Undream'd* no es tan bueno como el anterior, *Waters Unpath'd*.

Los cielos ya no llevan la corona de luz.
La tierra ha sido desposeída del sol.

¿Por qué continuar luchando? ¿Por qué no facilitarse el descanso con una jeringa? No le tengo miedo al país inexplorado. ¡Ningún miedo! ¿Por qué vacilar? No puedo esperar escribir mejor a los setenta que a los sesenta. Sé que no es probable. ¿Por qué quedarse en el escenario otra hora superflua? No lo sé.

Camino la tierra, aspiro el aire y siento el sol[79].

Y hay en ello un cierto atractivo, aunque ligero. La primera sacudida fuerte y me iré. Tal como están las cosas, es el futuro de mi esposa el que me detiene, más que cualquier otra cosa. ¿Voy a apenarla, a herirla? ¡Y sin embargo, le debo toda clase de gentilezas!

Está la jeringa hipodérmica. Mañana compraré la morfina.

¿Pero entonces no hay placer en la vida? ¡Oh, sí, uno, el más grande, el más intenso, el más completo: la lectura!

Y en segundo lugar, escuchar música y estudiar hermosos cuadros y nuevas obras de arte. Pura alegría sin mezclas. Entro en mi pequeña biblioteca y tomo un libro de Chaucer. Se abre en *The Persons Tale* y ya estoy en un nuevo mundo. Leo sobre los siete pecados mortales. Primero el Orgullo, «la raíz de todos los males», porque «de esta raíz surgen ramas como la ira, la envidia, la pereza, la avaricia, la glotonería y la lujuria…».

Yo no tengo orgullo, dentro o fuera del corazón, y ninguna de sus ramas, en especial «ninguna infatuación del corazón, que se produce cuando un hombre se goza en el mal que ha hecho»; no hay señales de ninguna de sus ramas, excepto tal vez la de la lujuria, aunque no consigo comprender cómo un pecado tan agradable puede asociarse con el orgullo.

Leo primero sobre «la repugnante lujuria por la cual los hombres cometen adulterio, es decir, que los casados y adúlteros arderán en el infierno».

No me conmuevo: jamás he codiciado a la mujer de otro hombre. Pero luego leo «que de la lujuria surgen diversas especies, como la fornicación entre hombre y mujer que no están casados, que es un pecado mortal contra la naturaleza».

¿Contra la naturaleza? ¿Por qué? «Perfecciona la razón del hombre diciéndole que es un pecado mortal; porque en la medida en que Dios prohibió la lujuria y san Pablo…».

Lo que sigue es peor: «Otro pecado de lujuria es privar a una doncella de su doncellez… ese precioso fruto que el libro llama el centésimo fruto, en latín *centesimus fructus*», y yo me sonrío, porque este dulce placer no está específicamente prohibido por san Pablo.

Finalmente, echo una mirada a la confesión de la Esposa de Bath:

No mentiré:
Un hombre puede ganamos mejor con halagos
Y atenciones y preocupaciones

O como lo aprendí en la escuela:

Y con asiduidades y atenciones
Nos hacen decir más o menos la verdad.

Y de pronto, otra gran frase que me parece dirigida especialmente a las mujeres, me llama la atención. Aquella en donde aconseja a las bonitas que no se vistan como para mostrar «el trasero en luna llena, como si fuera el cuarto trasero de una burra». ¡Riendo alegremente, resuelvo no sufrir por la plenitud de la vida o por las lunas llenas que me he perdido!

Chaucer es uno de los muchos hechiceros que pueden cambiar para mí el mundo y hacer de tiempos duros y llenos de ansiedad, horas gozosas y alegres de diversión y agradable discurso. Y esta diversión sí que puedo variarla a voluntad. Pasar del sonriente Chaucer al profundo Spencer y oírle hablar de

… su rostro angelical
Que hizo brillar el sol en un lugar sombrío[80].

¡Gracias a Dios! Hay cientos de libros que quiero leer. Debo aprender ruso y ver otra parte del mundo de Dios. Y he oído hablar de un nuevo poeta español de Nicaragua, Rubén Darío, un poeta del amor, de los mejores, cuya prosa también es notable.

Y también está Amo Holz, a quien conocí en Berlín, que está lleno de talento; y Schopenhauer, a quien no he leído en los últimos veinticinco años, y tantos, tantos otros, gracias a Dios. ¡Lo bastante como para durar años! Odio mi ignorancia. Allí está Willie Yeats, un compatriota, y sin duda uno de los mayores poetas ingleses de la actualidad, que ganó el premio Nobel el año pasado. Y por encima de todo, Heinrich Heine, cuya vida estuve a punto de escribir y siempre deseé escribir. Heine, el más adorable de los hombres después de Shakespeare, «el mejor de los humoristas», como decía él mismo, el más sabio de los modernos, salvo en lo referido a sus propios asuntos.

Me pregunto por qué Heine nunca escribió dramas o novelas. Su

óptica aguda, imparcial, hubiera podido darnos maravillosos dramas o cuentos. ¿Por qué nunca trató de escribir una novela con su prosa exquisita, prosa tan perfecta como la de Shakespeare? Uno de estos días le dedicaré un mes a Heine, aunque sé de memoria docenas de sus poemas.

De modo que aquí estoy otra vez sumergido en los profundos placeres del alma, en las alegrías del arte y el logro artístico que para nosotros, los modernos que envejecemos, llevan en sí todas las seguridades y el solaz de la religión. Aquí, por fin, pisamos los mortales terreno firme con la profunda convicción de haber recibido nuestra herencia. Porque gracias a vivir para lo más alto que hay en nosotros, como deben hacer los artistas, los hombres no sólo podemos construir un mundo mejor y más satisfactorio que cualquiera de los imaginados por el fanático, sino que podemos entrar en nuestro paraíso y gozarlo cuando queramos. Y sobre la puerta está inscrito el amor con letras grandes y luminosas; y todo aquel que entre será bienvenido; y resulta imposible esperar en exceso, porque aquí se cumplen todos los deseos, se superan todas las previsiones.

Ahora, por fin, debo ponerme seriamente a la tarea. Gracias a Dios, mediante la reflexión, se puede añadir algo a la propia estatura. ¿Cuál es mi mensaje a los hombres?

> Hombres, mis hermanos; hombres, los trabajadores, haciendo siempre algo distinto
> De lo que han hecho y pensando seriamente en las cosas que harán.

En parte es la osada alegría en el amor y en un lenguaje honesto, en parte la admiración por los grandes hombres, en especial por los grandes benefactores de la humanidad, los artistas y escritores que acrecientan la alegría y los hombres de ciencia que disminuyen los dolores. Aquí, en este mundo, está nuestra oportunidad; aquí, en estos setenta años de vida terrena, está nuestra noble y única herencia.

Y a causa de esta convicción, detesto las guerras y el espíritu combativo, agresivo, de la gran raza conquistadora, los anglosajones con su avidez demente y egoísta de poder y riquezas. Odio su éxito y temo la vida que están construyendo con sangre en

lugar de yeso. Quiero que se dispersen los ejércitos de mar y de tierra y que la fabricación de municiones sea una ofensa criminal en todas partes.

Y quiero que se formen otros ejércitos. El dinero que ahora se gasta en la ofensiva y la defensiva, debería dedicarse a la investigación científica. En cada ciudad deberían fundarse colegios científicos, donde se instalaría a los investigadores y se los honraría como a oficiales. También quiero escuelas de música y de arte en cada ciudad, y teatros de ópera donde ahora hay barracas; y por encima de todo, hospitales en lugar de las espantosas prisiones, y médicos en lugar de galeotes y enfermeras en lugar de verdugos. Y quiero, quiero, quiero alimento y techo para todos y que no se hagan preguntas en los asilos que son simplemente el seguro del rico contra el desastre.

Mis ideales todos son humanos, todos están a nuestro alcance, pero si se hicieran realidad, la vida quedaría transfigurada.

Y si este nuevo ideal no accede pronto a la existencia, tendré miedo, porque el abismo se abre delante de nosotros. Ahí está Sir Richard Gregory, el famoso geólogo que, en 1924, dio la alarma en la prensa inglesa: «Estamos en el umbral de sucesos a través de los cuales las fuerzas quedarán desatadas y los poderes que se adquirirán estarán mucho más allá de lo que podemos imaginar ahora. Y si estos dones se utilizan mal, la humanidad desaparecerá del planeta».

Y, sin embargo, Inglaterra, y también América, están gastando miles de millones en ejércitos y marinas, dentaduras postizas que no sirven ni siquiera para morder, como le dije al presidente Harding… para horror suyo.

¿Qué puedo hacer para alabar el nuevo Estado Ideal y el nuevo Hombre Ideal? Muy poco, y ese poco será efectivo en la medida en que pueda mejorarme a mí mismo y vea mis propios defectos.

> La muerte todo lo clausura y sin embargo, antes del fin
> Es posible hacer algún trabajo de nobles merecimientos[81].

Y así, mediante el arte, las letras y la creencia en un milenio futuro sobre esta tierra amiga nuestra, recupero el amor a la vida y me dispongo otra vez a dar lo mejor de mí. ¿Es posible olvidar aquel pequeño poema?

El beso del Sol por perdón
Y el canto de los pájaros para la alegría.
En un jardín se está más cerca del corazón de Dios
Que en cualquier otro lugar de la tierra [82].

¿Qué necesito aparte de un poco de dinero para darme seguridad? Y ni siquiera eso es imposible, porque mis necesidades son pocas y me satisfago con poco en la medida en que el espíritu esté interesado y deleitado.

Y una y otra vez mis amigos me han ayudado. Amigos americanos a quienes ni siquiera conocía, me han enviado dinero y aliento haciendo acudir las lágrimas a mis ojos. Lágrimas dulces de gratitud y afecto. Como retribución, sólo puedo hacer lo más que pueda, si es posible más de lo que puedo. Y comienzo con esta humillante confesión.

Shakespeare dijo que se le había agraviado mucho más de lo que él había agraviado a otros. Desearía poder decir lo mismo, pero siento que he agraviado a otros por lo menos en la misma medida en que me han agraviado a mi. Y ahora ni siquiera estoy seguro de haber sido más generoso de lo que han sido conmigo.

Unos pocos leerán seguramente este Libro mío en el espíritu en el que fue concebido. Algunos incluso verán lo que me ha costado.

Hablan de hacer dinero con un libro sincero. Esto es absurdo. Si el libro está en inglés, se pierde escribiéndolo; se pierde publicándolo; se pierde vendiéndolo. En francés, es posible hacer dinero con él, pero, incluso en ese caso, esto implica una pérdida de prestigio. El año pasado, 1923, Victor Marguerite, hijo del famoso general, perdió la Legión de Honor por publicar *La garçonne*. Y Edmund Gosse, un profesor campeón de la mediocridad en Inglaterra, escribe sobre «la brutalidad de *La garçonne* y el caos inmundo del *Ulises*», aunque tanto Víctor Marguerite como James Joyce son hijos de la luz, que están mucho más allá de su comprensión.

Hace uno o dos años, yo era honrado dondequiera que iba. En todas partes, sentía que hombres y mujeres hablaban de mí con interés, o al menos con curiosidad. Desde la aparición del primer volumen de *Mi vida*, siento dondequiera que vaya la condenación muda y veo la burla en la sonrisa oblicua. He pagado muy cara mi osadía.

Me dije que todos los que abren caminos deben sufrir, pero el castigo inmerecido amarga la vida. Los Horridge de Inglaterra y los Mayer de América son como enfermedades vergonzosas. No obstante, mi recompensa es segura, aunque no veré los laureles. Muchos hombres y algunas mujeres me leerán cuando yo no sea más que polvo y tal vez sentirán algún agradecimiento por haber roto las rejas y haberlos guiado fuera de la prisión del puritanismo, hacia el aire libre y el sol de este arrebatador mundo de maravillas.

El otro día escuché aquí, en Niza, un delicioso versito humorístico:

> Si las faldas se acortan,
> Dijo la joven con un sollozo,
> Tendré otras dos mejillas para empolvar
> Y mucho más pelo que peinar.

¿No es gracioso? Y la risa es algo en esta efímera vida nuestra.

Notas

[1] La edición de lujo llevaba, al parecer, fotografías rosadas de muchachas desnudas, algunas remilgadas, ninguna indecente, todas bonitas. Las fotografías no eran de las mujeres de las cuales Harris habla, en sus memorias, sino de modelos profesionales. (N. del E.) <<

[2] Naturalista inglés, quien escribió un libro probando que la vacunación era inútil y peligrosa. <<

[3] *La garçonne* (1922) trata de la homosexualidad. (N. del E.) <<

[4] Sir Richard Francis Burton
(1821-1890)
célebre soldado, explorador del Nilo Blanco y descubridor del Lago Tanganyika. Tradujo la versión no expurgada de *Arabian Nights*. Homosexual, defendió con valentía los derechos de los homosexuales en sus escritos y la organización que fundó con este objetivo. (N. del E.) < <

[5] Johann Peter Eckermann, el Boswell de Goethe en *Conversations with Goethe*. <<

[6] Las citas son de los *Ensayos*, Libro III, Cap. 5, «Sobre algunos versos de Virgilio». (N. del E.) <<

[7] Correctamente, *Dichtung und Wahrheit* (1811-32), su autobiografía literaria. (N. del T.) < <

[8] Uno de los proverbios rimados de Goethe:

Si quieres tocar el infinito

Limítate a recorrer todos los lados de lo finito. (N. del T.) <<

[9] La cita pertenece al *Rabbi Ben Ezra* de Browning. (N. del E.) < <

[10] Ver el poema de Burns que lleva este título. (N. del T.) <<

[11] General de división Mijail Dimitrievich Skobelef. (N. del E.) <<

[12] General Michael Ivanovich Dragomirof, jefe de la 14.ª División en el paso del Danubio. (N. del E.) < <

[13] Sir Henry Morton Stanley, periodista y explorador. (N. del E.)
<<

[14] Alejandro II, quien reinó desde 1855 a 1881. (N. del T.) < <

[15] Frederick Sleigh Roberts, Conde de Kandahar, Pretoria y Waterford y mariscal de campo. (N. del E.) < <

[16] Pedro Alexeivich Kropotkin
(1842-1921)
, de noble cuna y heredero del título de Príncipe. Se adhirió a los movimientos anarquistas rusos, llegando a ser uno de sus más apreciados ideólogos. (N. del E.) < <

[17] Del *Notebook* de Blake: «My spectre around me» (*Complete writings of William Blake*, Geoffrey Keynes, editor, Londres, 1957). (N. del T.) < <

[18] *De To the Evening Star*. (N. del T.) < <

[19] Guillermo I. (N. del E.) <<

[20] Wilhelm von Humboldt, filólogo y estadista. (N. del E.) < <

[21] Perdinand Lassalle, socialista alemán que fue encarcelado en 1848 por actividades revolucionarias. (N. del T.) < <

[22] Elizabeth Barret Browning, de *Wine of Cyprus, XII*. (N. del T.) < <

[23] «Venecia enseñó a estos hombres a amar otro estilo de belleza, de pecho amplio y ceño sereno como sus horizontes; con muslos y hombros como su oleaje; con pies como su espuma sigilosa; bañada en nubes de cabello dorado como su crepúsculo». (N. del T.) <<

[24] Literalmente, «hizo con la mano una taza para cubrirse la cara; reprimió su ira; lo pateó». (N. del T.) <<

[25] En el quinto volumen, Harris revela que se trata de Jacques Damala, quien fue, durante poco tiempo, marido de Sarah Bemhardt. (N. del E.) <<

[26] *Loscksley Hall*, de Tennyson. (N. del T.) < <

[27] Acto IV, escena 1. (N. del T.) < <

[28] De *To Himself*. «Tus palpitaciones no valen nada / y el mundo no merece tus suspiros. / La vida nunca ha sido otra cosa que amargura y aburrimiento, / y la tierra es ciénaga». (N. del T.) <<

[29] Poeta, crítico y novelista. Fundó la «Revue fantaisiste». (N. del E.) <<

[30] Organización agraria fundada en Irlanda en 1879. (N. del E.) <<

[31] Secta antiritualtsta, fundada en Irlanda en el siglo diecinueve, que consideraba a las escrituras como la única guía verdadera en asuntos de religión. (N. del E.) <<

[32] James Anthony Froude, eminente historiador profundamente influenciado por Carlyle, de quien fue albacea literario. (N. del E.) <<

[33] Vizconde Morley of Blackburn: empezó escribiendo artículos no políticos en la conservadora *Saturday Review*, y, en 1867, llegó a ser director de la liberal *Fortnightly Review*. (N del T.) < <

[34] Frederic Chapman, editor de la *Fortnightly Review*, que fundó en 1865. Más tarde, asociado a Hall, fundó la editorial que publicaría a autores como Dickens, Browning y Trollope. (N. del E.) <<

[35] Richard Holt Hutton, uno de los propietarios del *Spectator*, periódico liberal. (N del E.) < <

[36] Edward Augustus Freeman, profesor de historia moderna en Oxford. (N. del T.) < <

[37] Nicholas Malebranche, filósofo cartesiano francés. (N. del T.) <<

[38] Señora Hubert Edith Bland: escribió cuentos para niños, poesía y novelas con el nombre de E. Nisbet. (N. del E.) < <

[39] Dueño del *Athenaeum* y miembro liberal del Parlamento. También era republicano. (N. del E.) < <

[40] Tennyson, *Locksley Hall*. (N. del T.) <<

[41] Editor de *Punch* y escribió más de cien parodias de dramas populares. (N. del E.) < <

[42] Henry Mayers Hyndman, nacido en el seno de una familia acomodada, trabajó primero en el periódico conservador *Pall Mall Gazette*. Tras leer a Marx, dedicó el resto de su vida y fortuna al socialismo. (N. del E.) < <

[43] Abraham Stoker, irlandés, conocido sobre todo por ser el autor de *Drácula* (1897). (N. del E.) <<

[44] Robert y James eran fundamentalmente arquitectos, pero también diseñaron muebles. (N. del E.) <<

[45] Juego de palabras entre moción y movimiento (*motion*), con el cual Finch-Hutton alude evidentemente a la necesidad que cree tener Fowler de hacer una deposición o movimiento intestinal. (N. del T.) < <

[46] Dirigió una revuelta contra el gobierno y fue ejecutado. La caricatura de Cade como bufón aparece en *Enrique VI*, parte II, Acto IV (N. del T.) < <

[47] Acto V. escena, 4. (N. del T.) < <

[48] Personajes de *The Cloister and the Henrth*. (N. del E.) < <

[49] Sir Herbert Beerbohm «Tree», actor-director, hermano de Max Beerbohm. (N. del E.) <<

[50] A quien, como se verá, más tarde, Harris frecuentará mucho. (N. del E.) < <

[51] *Conversations with Goethe*, Eckermann, 29 de enero de 1826. <<

[52] Lo imaginario puede constituir alimento para el pensamiento, pero sólo las experiencias son estimulantes. (N. del T.) < <

[53] Frente grande, cerebro pequeño. (N. del T.) < <

[54] Sir John Everett Millais, uno de los creadores del movimiento prerafaelista. (N. del E.) < <

[55] Juego de palabras en el que Carlyle introduce en *Clavigera* la palabra *vinegar* (vinagre). (N. del T.) < <

[56] De un corto poema de Goethe reproducido en los *Volkrlieder*, de Herder. (N. del T.) <<

[57] Salgamos en primavera a pasear por los prados que ascienden desde las playas de los lagos suizos al pie de sus montañas más bajas. Allí, mezclada con las altas gencianas y los blancos narcisos, la hierba crece fuerte y libre. Y mientras seguimos los ventosos senderos de montaña bajo la bóveda del ramaje velada y difuminada por los capullos —senderos que caen y se elevan por encima de los verdes bancos y montículos que transcurren entre ondulaciones perfumadas, empinados sobre el agua azul, adornados aquí y allá con montones de hierba segada que llenan el aire con desmayada dulzura—, miremos hacia las colinas más altas donde las olas de verde perpetuo se introducen en esas largas calas que hay a la sombra de los pinos. Y tal vez sabremos entonces por fin el significado de aquellas serenas palabras del Salmo 147: «Hizo que la hierba creciera en las montañas». (N. del Autor) < <

[58] De *Beauty and Duty*, de Ellen Sturgis Hoopers. (N. <<

[59] Juego de palabras entre *hear* (oír) y *overhear* (oír por casualidad o por encima). (N. del T.) < <

[60] Construyó a lo largo de su vida uno de los mayores imperios periodísticos de Inglaterra. (N. del E.) < <

[61] Juego de palabras entre *to confirm* (confirmar) y *to confine* (estar de parto). (N. del T.) < <

[62] Jean Henri Georges La Guerre, abogado que defendió al anarquista Kropotkin en Lyon, en 1883. (N. del E.) < <

[63] Tanto en inglés (*subject*) como en francés (*sujet*), puede utilizarse la misma palabra para decir «persona» y «tema». Es intraducibie al castellano. (N. del T.) < <

[64] De Sir Thomas Browne. (N. del T.) <<

[65] También de *Religio Medid*. (N. del T.) <<

[66] De «House» en *Pacchiarotto with Other Poems*. (N. del T.) <<

[67] Soneto CXXIX. La traducción que se incluye pertenece a Agustín García Calvo en la edición de los *Sonetos de Amor*, Ed. Anagrama. (N. del T.) <<

[68] Del *Notebook* de Blake. (N. del T.) < <

[69] Pierre Joseph Proudhon, socialista francés, padre del pensamiento anárquico, autor del célebre libro ¿*Qué es la propiedad*? (Tusquets Editores, n.º 1 de Col. «Acracia»). < <

[70] De *The Ring and The Book*. (N. del T.) < <

[71] Juego de palabras entre *to cumpliment* (felicitar, cumplimentar) y *to copulate* (copular). (N. del T.) < <

[72] Su nombre completo es Sir Lawrence Alma-Tadema. (N. del E.)
<<

[73] La palabra *brogue* significa a la vez «acento regional» (específicamente, el acento irlandés) y «zapato recio», un calzado utilizado por los campesinos irlandeses. (N. del T.) < <

[74] Palabra italiana del lenguaje popular que significa «coño». (N. del T.) < <

[75] Parte de la última *stanza* de «Tears, idle Tears», canción de *The Princess*, de Tennyson. (N del T.) < <

[76] La primera *stanza* del mismo poema más el verso final del mismo. (N. del T.) < <

[77] *The Princess*, de Tennyson. (N. del T.) <<

[78] «L. of G's Purport», de *Second Annex*, sección «Good Bye my Fancy». (N. del T.) < <

[79] De *Be Still, my Soul, Be Still*, de A. E. Housman. (N. del T.) <<

[80] Spenser, *The Fuerie Queen, Ib*., I, iii, 6. (N. del T.) < <

[81] El *Ulyses*, de Tennyson. (N. del T.) <<

[82] *God’s Garden,* de Dorothy Gurney. (N. del T.) < <